

LA REINA TRISTE

José Miguel Carrillo de Albornoz



LA REINA TRISTE

José Miguel Carrillo de Albornoz

La reina triste

José Miguel Carrillo
de Albornoz

La reina triste

Diseño: Joaquín Monclús
Ilustración: *Catalina de Aragón* de M. Sittou.
Kunsthistorisches Museum de Viena,
foto: The Art Bridgeman Library/Index

Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 - Pamplona

ISBN 978-84-15370-44-4

A mi hermano Manolo Carrillo de Albornoz y a su hijo Manuel que continúa nuestro linaje

1

Alcalá de Henares. Navidad de 1485

Hacía ya más de un mes que la corte de los Reyes Católicos estaba en la villa de Alcalá de Henares, cerca de Madrid, que pertenecía al arzobispado de Toledo, en cuya silla se sentaba el gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza. Isabel y Fernando habían decidido aceptar la invitación del prelado. Subieron desde Córdoba acompañados de lo más florido de la nobleza castellana y andaluza, haciendo el tradicional alto invernal en la guerra de Granada, hasta los páramos helados del centro. Llegaron con bien, contentos por el triunfo de la campaña militar que supuso la toma de Ronda y la de las fortalezas de Cambil y Albáhar, en la frontera del reino de Jaén, provocando nuevas disensiones entre los príncipes moros de Granada, Boabdil el Chico y su tío el Zagal.

Las tropas y sus capitanes se habían merecido el descanso invernal, y al poco tiempo de la llegada de la reina y su séquito a la villa arzobispal, el 15 de diciembre, un feliz acontecimiento, el alumbramiento de su cuarto vástago, llenó de alegría la corte. El parto había sido fácil y su alteza dio a luz otra niña, fuerte y hermosa, de piel muy pálida y sonrosada, a la que llamaron Catalina. Durante semanas fue el centro de todas las miradas y después el nuevo juguete de las infantas Isabel, Juana y María, en el cuarto de los niños. La familia real estaba feliz. Con cuatro infantas y un príncipe, los Reyes Católicos podían sentirse satisfechos. Tenían asegurada la sucesión de sus Estados y podían establecer nuevas alianzas, concertando matrimonios que fortalecieran la creciente preponderancia de las coronas unidas de Castilla y Aragón en el concierto de las potencias europeas. La reina Isabel estaba feliz y se notaba en su corte. Con buen talante, había presidido las justas y participado activamente, gastando muchos miles de ducados, en las fiestas que el cardenal organizó, invitando a los mejores caballeros de los reinos peninsulares que acudieron a la humilde villapara homenajear a la infanta Catalina, que había nacido en territorio del prelado, y a sus poderosos padres.

El cardenal don Pedro le dio a la reina Isabel una preciosa perla que esta guardaría para la infanta hasta que tuviera edad de usarla, y los nobles de Castilla le ofrecieron numerosos regalos, jarros de plata y de oro, joyas y medallas, reliquias de santos y preciosas telas, y cuadros que estuvieron expuestos en el palacio para que todos los

pudieran admirar.

Los reyes habían amueblado con sus tapices y cuadros el gran palacio destartalado que el arzobispo les había cedido como morada y habían situado el estrado de la reina, cuyo suelo estaba cubierto de cálidas alfombras marroquíes, en un gran salón con una chimenea que siempre estaba bien surtida de troncos de encina, pero que no bastaban para caldear la habitación. Una vez pasadas las fiestas, la corte estaba recobrando la tranquilidad, y la reina, recuperada por completo del parto, pasaba largas horas en compañía de sus damas, en esa habitación, que tenía un gran balcón que miraba hacia una plaza recóndita, donde un solitario cedro elevaba sus ramas altas al cielo, intentando alcanzarlo.

Doña Isabel estaba en la flor de la edad y se sentía llena de fuerza. Sentada no se notaba que era de estatura algo más que mediana, de cuerpo bien proporcionado, a pesar de la reciente maternidad y de sus casi treinta y cinco años. En su rostro, redondeado y sereno, brillaban con intensidad sus ojos, de un color indefinible, entre verde y azul, que podían tener una mirada gélida y difícil de sostener, llegado el caso. Sus cabellos eran rubios y la palidez de su piel resaltaba, incluso entre las de sus damas. Llevaba una corona de oro en la cabeza y un vestido de terciopelo rojo con las armas bordadas de Castilla y León, que realzaba la natural majestad que emanaba de su persona.

–¡Qué frío hace, alteza! –dijo, sin poder contenerse, doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, la fiel dama y amiga de la reina Isabel la Católica–. Los corredores de este palacio arzobispal de Alcalá parecen hechos para matar a cristianos viejos, más que para acogerlos.

–No exageréis, Beatriz. Hoy no hace tanto frío como una semana atrás, cuando nació la infanta Catalina, y entonces no os quejabais tanto.

–Pues claro, señora –dijo la duquesa de Medinaceli, interviniendo en la conversación–. Cierto es que el día quince de diciembre fue muy helado, pero todas estábamos más pendientes del real alumbramiento que del tiempo y eso hizo que lo sobrellevásemos mejor. Creo que tiene razón doña Beatriz: hoy hace un frío atroz. Yo, que he pasado varios inviernos en nuestros Estados sorianos, por lo habitual más fríos que esta tierra, no recuerdo haber vivido un invierno que entrase con tanta furia y con vientos tan helados como los de este diciembre.

–Quizá tengáis razón las dos –dijo la reina–. El caso es que a mí no acaba de molestarme el frío. A pesar de que amo Andalucía y sus vegas floridas, los jardines cordobeses y la dulzura del invierno sevillano, soy castellana de espíritu y llevo en mi corazón las mesetas de Castilla la Vieja y sus planicies arboladas de pino, sus campos de cereal rico, sus ovejas merinas que andan por doquier y que son el

símbolo de su riqueza y prosperidad y sigue gustándome sentir en el rostro este aire helado que casi corta. Siento que me hace concentrarme, me ayuda a afinar mis pensamientos y me recuerda que aunque reina, sigo siendo vulnerable y humana, y sirvo desde mi elevado sitial en esta tierra a Dios todopoderoso, cosa que no le fuera mal recordar a tantos otros que llevan coronas sobre sus sienes.

–¡Ay, señora! ¡De qué poco os sirvo! –dijo doña Beatriz–. A vuestros altos pensamientos yo opongo mis miedos y mis quejas inútiles y aun así me aguantáis.

–No exageréis, Beatriz. Sois mi amiga y lo seréis siempre. Cuando yo no era sino una princesa que algunos nobles de Castilla apoyaban, tú me juraste fidelidad y me acompañaste en jornadas muy duras y de mucho peligro. Nunca olvidaré cuando amenazaste con tu puñal a aquel osado maestre de Calatrava con quien querían casarme, y tu marido, Andrés Cabrera, que era guardián del tesoro de Castilla, que estaba en el Alcázar de Segovia, me lo entregó, por orden del arzobispo de Toledo, el turbulento don Alonso Carrillo. A eso, entre otras cosas, debo la corona que ahora ciño y nunca lo he de olvidar; como tampoco olvido el apoyo que vos también me disteis siempre, duquesa –dijo mirando a la Medinaceli.

Esta asintió rememorando viejas aventuras vividas en épocas de Enrique IV, el hermano y antecesor en el trono de la reina.

Doña Beatriz se emocionó al recordar aquellos tiempos de penurias y guerras civiles en Castilla, cuando tras la muerte del rey Enrique IV los nobles se dividieron en dos partidos, uno apoyando a la reina Isabel y otro a doña Juana, a la que llamaban la Beltraneja, porque aunque de derecho era hija del rey muerto, en toda Castilla se murmuraba que era fruto de amoríos extramatrimoniales de la reina con don Beltrán de la Cueva, valido del rey, a quien este hizo duque de Alburquerque, lo cual podía no ser sino una habladuría.

–¡Qué lejos están aquellos tiempos ya, señora! Gracias a Dios se acabaron las guerras internas de Castilla y vuestro enlace con el rey de Aragón ha dado tranquilidad a estos reinos, que llevaban casi cincuenta años de luchas internas que los debilitaban frente a la morisma de Granada.

–Así es, amiga mía. Pero eso también ha de acabarse. Mientras me queden fuerzas no he de descansar, como juré hace ya tres años, hasta conseguir la victoria final contra los moros de Granada. Y a cada retraso siento como que me falta el aliento, y cada pueblo que toman nuestros valientes subditos como el conde de Cabra, el marqués de Cádiz o el conde de Tendilla, siento un especial júbilo en el corazón que se llena de esperanza de que todo acabe cuanto antes y que podamos poner fin a esta lucha de siete siglos y recuperar, de una vez

por todas, la península ibérica para la cristiandad.

–Esperemos que así sea, alteza, y lo antes posible –dijo la Medinaceli–. Por cierto, señora, sé que mi marido el duque os ha hecho llegar una carta con las pretensiones de ese marino que está en Sanlúcar de Barrameda y que él protege, que se llama Cristóbal Colón.

La reina asintió interesada en lo que la duquesa tuviera que decir al respecto y la dejó continuar, sabiendo que la dama vaciaría en sus oídos todo lo que sabía acerca del curioso personaje que ella deseaba también conocer.

–Nosotros pensamos que es genovés –siguió la duquesa–. Aunque oculta su linaje, seguro que es de buena cuna, porque tiene educación y buenos modales, sabe ser hombre de mundo cuando conviene y es capaz de defender sus ideas con verdadera pasión, aunque de caudales esté más bien corto. A mi marido, don Luis, le gustó el brillo de sus ojos y la firmeza de su voz cuando hablaba de conquistar el mar tenebroso y alcanzar las Indias orientales por el oeste, y confieso que a mí también. Tiene algo de iluminado y parece que, además, posee cartas de navegación secretas y, desde luego, está dispuesto a arriesgar su vida por defender su convicción. Ahora solo espera que vos, la reina de Castilla, le escuchéis y financiéis su expedición, tras ser rechazado por el rey dePortugal. Si no lo hacéis, dice que se irá a ofrecerle sus servicios al rey de Francia o incluso al de Inglaterra, que es aficionado a la mar y desea hacer una buena marina para su país.

–Menos marina y más orden necesita el rey Enrique VII –dijo la reina–. Aún está tambaleándose sobre la corona que lleva en sus sienes y está manchada de sangre, una sangre que intenta ocultar su enlace con Isabel de York y que al menos supone, para la dolorida nación, un poco de reposo tras tantos asesinatos reales y tanta lucha fratricida. Las nuestras no fueron nada al lado de la guerra que dieron en llamar de las «Dos Rosas», que durante tanto tiempo enfrentó a las casas de Lancaster y York y que por fin parece haber terminado. Por eso os digo que más le vale a ese pretendido almirante quedarse aquí y esperar a que yo decida algo positivo para él, que levar anclas antes de tiempo hacia destino tan imprevisible como es la peligrosa Albión.

–Claro, señora –dijo la duquesa–. Don Luis y yo estamos de acuerdo. Es absurdo que se vaya cuando aún ni siquiera le habéis hecho llegar vuestra opinión acerca de su idea de explorar el terrible océano.

–Pues pronto la tendrá, os lo aseguro. Pero antes ha de examinar sus proposiciones un consejo que nombraré, para que decidan si el pretendido almirante es hombre cuerdo o si por el contrario está loco y debemos desatender sus pretensiones. Y aunque aún no tengo la suficiente información sí puedo deciros, como le acabo de responder a

vuestro marido, amiga mía, tras consultar con mi esposo el rey don Fernando, que la idea de atravesar el mar por occidente me parece osada pero interesante y, desde luego, si se muestra viable, sería de una importancia capital para Castilla, que lleva casi sesenta años de retraso con Portugal en el dominio de los mares, a pesar de tener una marina poderosa y marinos osados. Aquí nos ha faltado un hombre de la visión y del empuje del infante don Enrique el Navegante, de Portugal, que impulsara la conquista de los mares. Espero poder ser yo la que aliente en los castellanos ese espíritu más adelante, porque antes de todo está la empresa de Granada.

–Claro está, alteza –dijo la duquesa de Medinaceli–. Todos estamos con vos en esa sagrada empresa que, sin duda, pronto habrá de acabar con bien.

–Dios te oiga, amiga mía. Rezo todas las noches ante mi altar para que el Señor nos favorezca y nos dé el triunfo en esa guerra que es la suya.

–Así ha de ser, alteza –dijo doña Beatriz–. La estrella de los moros está palideciendo. Sus disensiones internas son cada vez mayores y eso facilitará mucho el triunfo final. Parece que las disputas de tío y sobrino por el trono granadino acercan su corona a vuestra planta.

La reina se quedó unos instantes meditativa, mientras las damas respetaban sus pensamientos y callaban. Pero no iba a durar mucho el silencio. Unos pasos firmes se oyeron en la antesala y todas reconocieron el andar firme de su alteza el rey don Fernando, que volvía de la partida de caza. No se equivocaron. Las puertas de la habitación se abrieron para dar paso al rey, a quien acompañaban el conde de Benavente, el duque de Alba, el marqués de Cádiz y el anciano capitán don Diego de Cáceres Ovando, al que llamaban el paladín de los Reyes Católicos, que tan buenos servicios les había prestado durante la guerra por el maestrazgo de la orden de Alcántara, que ensangrentara Extremadura años atrás.

Las damas se alzaron y la reina sonrió a su esposo mientras esperaba en el estrado que llegase hasta ellas.

–Buenas tardes, Isabel. Señoras –dijo el rey, saludando a las dos damas que se inclinaron con graciosa reverencia ante su alteza y se retiraron, para dejarle un lugar al lado de la reina.

–Bienvenido seáis, esposo mío. Señores, me agrada que hayáis venido a saludarme –dijo la reina con su habitual gracejo, mientras los caballeros se acercaban a besar su mano, para después retirarse discretamente a un lado, intuyendo que quería estar un momento a solas con el rey.

No se equivocaban. Isabel la Católica se quedó mirándole, mientras tomaba asiento a su lado, con los ojos cálidos llenos de luz. Fernando

tenía la hechura de un príncipe. Era de rostro fino e inteligente, con ojos oscuros y profundos que sabían penetrar el alma. Tenía el cuerpo fibroso de un guerrero, aunque la edad había hecho que se redondease su vientre, lo que le recordaba que ya no era tan joven. Llevaba una ligera cota de malla de acero con un frontal de seda encima, bordado con las armas de Aragón, y se protegía del frío con un pesado manto de terciopelo, orlado con piel de marta cibelina, que era parte del botín capturado a un general moro, que el marqués de Cádiz le había regalado.

Isabel seguía estando muy enamorada de su marido, cosa que se notaba en sus menores gestos, a pesar de estar al tanto de los devaneos de este con algunas damitas de sangre hidalga, que ella había hecho retirar discreta y apresuradamente de la corte tras los escarceos con el rey, sin dar escándalo. Le dolía la incapacidad de su esposo de mantenerse fiel a su vínculo matrimonial, pero, aunque le había costado muchas lágrimas secretas, acabó aceptando el hecho en silencio, intentando sobrellevarlo con dignidad, porque sabía que ella era la única mujer que él quería y respetaba de verdad.

–¿Cómo habéis pasado el día, Isabel?

–Tranquila, mi señor. He estado toda la tarde bordando un tapiz para el ajuar de la pequeña Catalina, acompañada de mis damas, sentada aquí en este estrado. Por la mañana, después de despachar los asuntos más urgentes con el canciller, dimos un paseo corto por el jardín, pero entramos enseguida de nuevo dentro de la casa, porque hacía tanto viento que apenas se podía caminar sin que se volaran las tocas de nuestras cabezas y decidí suspender el paseo, antes de que el aire provocara algún desaguisado o hiciera que alguna de mis damas se enfriara. Luego vino a verme doña María Manuel, el aya de la infanta Catalina, y nos la trajo unos momentos para que pudiéramos contemplarla. Está creciendo de maravilla. Es una niña fuerte y apenas llora. Doña María está muy orgullosa de ella y no la deja ni a sol ni a sombra, cosa que me parece muy bien. Nuestras otras hijas, las infantas Isabel, Juana e incluso la pequeña María, se pasan el día embobadas, mirando a su hermanita recién nacida, e incluso nuestro hijo, el príncipe don Juan, que no tiene interés por los recién nacidos, está encantado con ella. Y es que en realidad es una niña preciosa, sonrosada y siempre sonriente.

–Cuánto me alegro, esposa mía. Desde luego podemos dar gracias a Dios por lo bien que nos han ido las cosas hasta el momento y, además, con nuestras hijas podremos tejer una red de alianzas en Europa que afiancen nuestro poder entre las coronas del mundo.

–Sí, tenéis razón. Pronto tendremos que negociar el matrimonio de nuestra hija mayor, la infanta Isabel, con el príncipe don Alfonso,

heredero de Portugal, que es el marido ideal para nuestra querida hija. Ya tiene quince años, y muy pronto tendremos que comprometerla y dejar que abandone nuestra corte. No sabéis cuánto me cuesta aceptar la mera idea.

–Debéis asumirlo, señora. Isabel será un día reina de Portugal, si Dios quiere, alejando para siempre el fantasma de la guerra con el reino vecino y posible amenaza de guerra en nombre de doña Juana la Beltraneja. Gracias a Dios, está encerrada en un convento, tiene fama de santa y no parece estar interesada en absoluto en luchar por el trono de Castilla.

–Dejadla con sus oraciones, esposo mío. Sus derechos prescribieron con su renuncia y hoy está muy lejos de tener otra influencia que la que su intercesión provoque en lo alto. Es una buena dama y le deseo una vida tranquila, en su lugar de retiro. Además, el rey don Juan nos es muy devoto.

–Claro que sí, Isabel. Pero debemos aprovechar la ventaja que ello supone y negociar muy pronto el casamiento de nuestra hija primogénita. Nada hay como un enlace dinástico para fortalecer los lazos de amistad que comienzan a existir entre nuestros reinos.

–No tengo más remedio que darte la razón, Fernando. Pero aún podemos esperar unos años.

–Sí, en este caso quizá sea cierto, pero debemos comenzar a negociar los matrimonios de nuestros hijos. El emperador Maximiliano de Austria también quería a Isabel como consorte, tras la viudedad, pero el deseo de un compromiso portugués lo impide. No obstante es un buen partido y debemos pensar en afianzar su apoyo, que nos conviene para neutralizar las pretensiones del rey de Francia sobre los territorios de mi corona en Italia. Tiene dos hijos, y quizá sería interesante pensar en un doble enlace con una de las casas de Trastámara y de Habsburgo. Podríamos casar con sus hijos Felipe y Margot a nuestro príncipe don Juan y a la infanta doña Juana, si no sigue adelante el compromiso de nuestro hijo con la heredera de Navarra.

–Aún son tan jóvenes, esposo mío. Me parece algo prematuro hablar de esto.

–Sí, Isabel, pero son príncipes e infantas y tienen un deber inexcusable, que es fortalecer la posición de los reinos de sus padres.

–Así ha de ser. La sangre real obliga mucho. Pero aún hay tantas cosas que hacer antes de pensar en sus bodas... Tenemos la guerra de Granada.

Se hizo un corto silencio entre ellos mientras el murmullo de las conversaciones de los nobles se escuchaba con claridad. El grave tono de voz del anciano capitán, Diego de Cáceres Ovando, a quien la reina

apreciaba de modo especial, se oyó mientras Isabel retornaba de sus meditaciones. Con un gesto indicó a las damas y a los señores que podían acercarse al estrado. Estos obedecieron con prontitud. Cuando llegaron hasta ella, con su tono más jovial inició una conversación:

–Contadme, marqués –dijo preguntando al de Cádiz, que era un hombre apuesto y marcial, de complexión muy fuerte, rostro regular y hermoso, orlado de una rebelde cabellera rizada y morena–. ¿Os tratan bien en esta villa o habré de intervenir en vuestro favor? –dijo la reina, con una suave sonrisa, recordando el episodio lejano en que el osado marqués don Rodrigo Ponce de León se metió en su dormitorio en el alcázar de Sevilla por la ventana, pidiéndole justicia contra el duque de Medina Sidonia con quien tenía pendencias, que habían puesto en armas a Andalucía y a quien la reina estaba favoreciendo. Era una broma ya vieja entre ellos y el marqués había probado una y mil veces su genio militar y su arrojo en la guerra contra los moros y todos le llamaban el «Sansón de Andalucía».

–Todo está bien, señora, siempre que vos estéis presente –dijo con esa galantería que tanto placía a la reina–. Pero ya comienzo a echar de menos la guerra, aunque el invierno no ha hecho más que empezar. Quiero ofreceros un gran éxito en la que tendremos el año que viene.

–Dios te oiga, amigo mío. No me podríais dar una mayor satisfacción.

–Pues así será –dijo el conde de Benavente, don Alonso Pimentel–. Podéis contar con quinientas lanzas nuevas, de mis Estados, que acudirán a engrosar el ejército real en cuanto su alteza dé la orden. Hay que concluir la guerra cuanto antes, y la división del enemigo nos ayudará a hacerlo.

–También yo haré un esfuerzo, alteza –dijo don Fadrique Álvarez de Toledo, el poderoso duque de Alba–. Podéis contar con quinientas lanzas mías para la campaña del año que viene, que no he de ser menos que el conde y, como sabéis, podéis contar con toda la nobleza castellana, que a las órdenes del rey don Fernando está dispuesta y deseosa de entrar en batalla para poder concluir la reconquista.

–¡Cómo me gusta oíros! –dijo la reina, quien se quedó mirando al viejo capitán Ovando, que escuchaba silencioso, con el rostro algo triste– También vos estaréis ahí, nuestro fiel paladín –dijo la reina mirando a don Diego.

–Me encantaría deciros que sí, señora. Sabe Dios que ese es mi mayor deseo, pero creo que mi tiempo ha pasado ya. Yo ya no tengo la fuerza de antaño para guiar mesnadas de hombres con mano de hierro y no quiero que mi decadencia sea dolorosamente evidente ante vuestros ojos. Por eso preferiría, si vuestra alteza me da licencia, retirarme a mi Cáceres natal, donde gracias a vuestra bondad he

edificado una hermosa casa y establecido mayorazgo. Así podré poner en orden mis asuntos antes de fallecer y podré estar con mi segunda esposa y formar como un digno caballero a mi hijo más joven, que comienza a ver el mundo en este último tramo de mi vida, si os parece bien, alteza.

–¿Estáis seguro de lo que decís, mi viejo amigo? ¿Es ese en verdad vuestro deseo? –dijo la reina entristecida, mirando al anciano con una dulzura tal en sus ojos que casi hizo que a este se le saltasen las lágrimas.

–Sí, alteza. No estoy hablando por hablar. Ya me conocéis. Por eso he venido en persona cuando mandasteis que acudieran cien lanzas de Cáceres para la campaña de este año y por eso me he llegado hasta aquí, en pleno invierno, para pediros la licencia que mi alma necesita ya. Mis tiempos de guerrero han concluido. Os dejo encomendados a mis hijos. Diego, mi primogénito, será quien lleve el pendón de nuestra casa con vos al triunfo en Granada, junto a mi hijo segundo, frey Nicolás, comendador mayor de la Orden de Alcántara, que os venera tanto como yo y en quien siempre podréis confiar como en mí mismo. Podéis estar segura, alteza, de que nunca os ha de fallar, pues su espíritu está hecho a las grandes cosas tanto como a las pequeñas, y me enorgullece haberle engendrado.

–Sé que puedo contar con los vuestros, amigo mío. Pero se me va a hacer difícil no verte más en la corte y conduciendo mis mejores tropas a la batalla. Te echaremos de menos y esperamos que disfrutes de tu merecido descanso, al lado de tu esposa Catalina Godoy, aunque aún lloro la muerte de la primera doña Isabel de Flores, que fue nuestra camarera mayor y nunca olvidaremos.

–Así es –corroboró el rey, con quien el capitán ya había hablado antes, previniéndole que quería pedirle licencia a la reina, que al fin y al cabo era su soberana–. Te echaremos en falta, pero tienes nuestra licencia para partir. Te la has ganado a pulso, tras más de veinticinco años de servicios intachables. Toma este medallón en recuerdo mío –dijo el rey, tendiéndole un valioso camafeo italiano de oro, con un ágata tallada, de magnífica hechura.

–No he de ser menos que mi esposo –dijo la reina–. Toma, fiel servidor y amigo nuestro, este relicario de santa Isabel, mi patrona, que siempre he venerado especialmente. Que ella te dé su protección en adelante y que te facilite el reposo en tu hermosa tierra. No me despido de ti, porque quizás aún nos veamos de nuevo.

–Que Dios os oiga, alteza. Estoy presto a partir, pero llevo en mi corazón el recuerdo de tantos años de servicio a vuestro lado. Y solo siento que mis ojos no verán ondear la bandera de vuestra alteza en las torres de la Alhambra, pero será uno de mis hijos quien la clave

allí.

–¡Que así sea, don Diego! ¡Partid en paz con nuestras bendiciones!

–Adiós, altezas –dijo inclinándose y besando la mano de la reina con cierta temblorosa emoción y a continuación con mayor firmeza la del rey.

Luego abrazó a los tres nobles señores, bastante más jóvenes que él, con quienes había compartido tantos buenos ratos y tantos combates sangrientos. Apenas podía pronunciar palabra. Tras despedirse también de la duquesa de Medinaceli y de doña Beatriz, se retiró de la estancia.

–¡No sabéis cuánto me apena su partida! –dijo la reina mirándoles a todos–. Desde que era princesa ha estado a nuestro lado, siempre fiel, siempre incuestionable e insobornable. Nunca he tenido un solo motivo de queja contra él, a pesar de haberle dado un poder como pocos hombres han ostentado en Castilla, en tiempos de la revuelta de la orden de Alcántara.

–Es un cabal caballero y un fidelísimo subdito, señora –dijo el de Benavente.

–Y un buen amigo –dijo el duque de Alba–. Todos le echaremos de menos.

De repente se abrió de nuevo la puerta y entró la infanta Isabel con su rubia belleza, llevando a la infantina doña Catalina en brazos, seguida de doña María Manuel, su aya, que estaba protestando porque se la habían quitado por sorpresa.

Cuando vieron que la reina no estaba sola, cesaron en sus protestas y risas. La infanta se acercó al estrado mientras su padre la observaba. Era muy parecida a su madre, pero su rostro era más fino y alargado, herencia de él, y sus ojos eran oscuros, como los del rey. Doña Isabel se acercó a su padre con la niña en brazos y realizó ante él una perfecta reverencia de infanta que denotaba su esmerada educación, para después recibir un beso del rey en la frente. Don Fernando se sentía muy orgulloso de ella. Era una mujer preciosa, dotada de un cerebro brillante, casi tanto como el suyo propio.

–¿No es preciosa, padre? –dijo mostrándole a la pequeña Catalina, mientras la reina disfrutaba de la escena–. Mirad su rostrosonrosado, sus ojos claros, la sonrisa que siempre tiene y la tez de porcelana de nuestra madre.

–Sí, hija. Lo es –dijo el rey, asintiendo mientras observaba a su hija menor. En verdad era una niña como había visto pocas. Su rostro emanaba salud y sonreía y se dejaba coger, sin extrañar a nadie. «Aquella niña se quedaría un poco más de tiempo con ellos, cuando las demás hubieran partido», pensó el rey. Aún era un bebé, mientras que su hermana mayor tenía ya quince años; su hermano, el príncipe,

tenía siete, y sus otras dos hermanas, doña Juana seis años y doña María, tres–. Pero haced el favor de no hacer correr detrás de vos al aya de vuestra hermana –dijo con tono que simulaba una seriedad que estaba lejos de sentir–. Ved cómo doña María se acalora y no está bien que la alteréis de ese modo.

–Claro, padre –dijo la infanta, depositando su carga en brazos de la buena dama, algo entrada en carnes, que la recogió aliviada, con el rostro regordete arrebolado del esfuerzo de correr tras las infantas.

–Perdonadme, altezas –acertó a balbucir la señora.

El rey cortó con un gesto sus excusas y con toda amabilidad le dijo:

–Id con Dios, doña María, pero antes dejad que los señores vean a la infanta.

La dama se acercó a estos, que contemplaron a la niña con gusto.

–¡Qué hermosa está! –dijo Benavente–. ¡Cualquiera diría que apenas tiene diez días!

–Sí. Ciertamente parece mayor –dijo el duque de Alba.

–Será una hermosa infanta, que casará con el monarca de algún país poderoso –dijo el marqués de Cádiz, que conocía bien las intenciones del rey don Fernando.

–Aún está muy lejos el casamiento de la infanta, señores –dijo la reina, a quien seguía sin gustarle hablar del matrimonio de sus hijas, aunque fuese aún tan lejano como en el caso de la jovencísima Catalina que estaba allí con ellos, porque le recordaba que pronto debería separarse de su hija Isabel. ¡Cuántas veces se había confesado de ese pecado de egoísmo con fray Hernando de Talavera, por no querer separarse de su prole! Pero aunque el cura era rígido, en este extremo había sido siempre indulgente con ella, sabiendo que Isabel jamás antepondría interés alguno a su deber.

De nuevo se abrió la puerta de la sala, para dar entrada al grancardenal de España, don Pedro González de Mendoza, quien se acercó hasta el estrado para saludar a los reyes y a los nobles que estaban en torno a ellos. Era un hombre alto, enjuto de carnes, con mirada poderosa y nariz grande, que daba personalidad a un rostro en el que destacaban sus ojos inteligentes y oscuros y su boca fina. Iba vestido de púrpura, como le gustaba hacer habitualmente, con una cruz pectoral muy rica, cargada de rubíes orientales, y un cinturón bordado con granates incrustados. Su paso era solemne como el de un verdadero príncipe de la Iglesia, e iba acompañado de dos diáconos.

Se hizo una cierta tensión en el ambiente con su entrada, ya que, a pesar de las grandes fiestas de la villa, que habían corrido a su cargo, habían existido problemas entre los alcaldes de corte de los reyes, que usaban la jurisdicción real dentro de la villa. El cardenal no veía bien

que en su territorio mandaran los reyes como ocurría en todos los lugares de sus reinos. Y siendo tozuda la reina, y muy consciente de su poder, no había consentido en que estos se sometieran a la jurisdicción del cardenal, y siendo este tan tozudo como su soberana, seguía oponiéndose a esta costumbre real que era menoscabo de su autoridad. El rey, más político, decidió que se llevase la cuestión a información y que se crease una comisión que determinara en ese asunto, pero ello retiró la confianza y el agrado con que sus altezas recibían habitualmente al cardenal primado de España.

Tras el besamanos, el cardenal pidió, con tino y buena voluntad, ver a la infanta antes de que su aya se la llevara de nuevo a los aposentos de los niños. Quería mucho a la niña y se sentía orgulloso de que hubiera nacido en una villa de su sede. Como era hombre orgulloso, sentía que el honor recibido por la villa recaía en parte en su persona. Sus atenciones con la niña suavizaron el ambiente, que se hizo más cordial con sus primeras palabras.

–Me alegra encontraros a ambos juntos, altezas. Tengo una noticia importante que debo comunicaros y lo hago con sumo gozo. Acabo de recibir una misiva de Roma –dijo con cierta teatralidad, señalando la carta que llevaba entre las manos uno de sus diáconos.

–Decidnos, pues –dijo la reina–. No nos tengáis sobre ascuas.

El cardenal sonrió abiertamente. Sabía que la noticia que traía iba a despejar toda la tensión anterior y con lentitud, mirando a sus reyes, les dijo:

–Altezas, el nuevo Papa, Inocencio VIII, a quien Dios guarde muchos años en la silla de San Pedro, me acaba de enviar un breve en que apoya de todo corazón la guerra de Granada y, para ello, ha decidido otorgar la segunda cruzada que habíais solicitado de Roma para la lucha contra los moros, con grandes indulgencias para todos los cristianos que acudan junto a vos a la batalla.

Durante un instante la inesperada noticia provocó un silencio sepulcral. Unas lágrimas de emoción escaparon de los ojos de la reina, mientras sus labios rezaban silenciosos un Padrenuestro en acción de gracias por lo que aquello suponía.

El rey, más frío, se repuso antes.

–¡Qué excelente noticia, cardenal! No podíamos recibirla en mejor momento, y en estas fechas de celebración del nacimiento de Cristo Nuestro Señor. Eso supone que de toda Europa han de venir caballeros a la lucha. Y también de nuestros reinos, ya que muchos voluntarios se sumarán a los convocados por nosotros.

–Así es –dijo el belicoso marqués de Cádiz–. La noticia es tan buena, que casi garantiza el fin de la guerra de Granada. Si conseguimos mantener la división de los dos príncipes, el Zagal y el

Chico, en cinco años habremos conseguido expulsar del reino a la morisma.

–Es prematuro poner fechas, don Rodrigo –dijo el duque de Alba–. Pero sin duda la noticia supone un golpe de muerte para los sarracenos granadinos. Por fin se acerca el final de tantos siglos de ocupación musulmana.

–Yo estoy de acuerdo con el marqués –dijo el conde de Benavente–. Con la ayuda de Dios no creo que tardemos más de cinco años en acabar con los últimos moros que pisan suelo español.

–Demos gracias a Dios, damas y caballeros –dijo la reina alzándose de su sitial–, y recemos una oración por la buena nueva que el cardenal nos trae. Arrodillémonos y que el cardenal rece con nosotros un misterio del rosario para agradecer el favor del cielo en esta guerra. La campaña del año que viene no podrá comenzar con mejores auspicios.

–Recemos, pues –dijo el cardenal arrodillándose junto a los demás, comenzando las oraciones pedidas.

Todos y cada uno de los presentes estaban encantados con la buena nueva. Mientras rezaban, sentían en su interior la alegría de saber que tenían el apoyo necesario para cumplir con el sagrado deber que unía en España a todos: la expulsión de los moros de Granada y la conquista de su último principado independiente.

2

La forja de las alianzas matrimoniales

El final de la guerra de las Dos Rosas entre las casas de Lancaster y de York dejó exhausta a Inglaterra, deseosa de recuperar la tranquilidad y la prosperidad. Enrique Tudor, heredero de la casa de Lancaster, que ahora reinaba con el nombre de Enrique VII, había sucedido al jorobado y cruel Ricardo III, que había asesinado a sus dos sobrinos, los hermanos de la actual reina Isabel de York, casada con el nuevo soberano. El rey estaba encantado de la evolución de los acontecimientos nacionales e internacionales. El nacimiento el año anterior de Arturo, el príncipe de Gales, consolidó su posición en el interior del país y le permitía mirar hacia el continente, donde estaba Francia, la enemiga y triunfadora de la guerra de los Cien Años.

Al odiado y triunfante Luis XI había sucedido su hijo, el mediocre Carlos VIII, que quería expandir su influencia en Italia para demostrar al mundo la preponderancia de su país tras el triunfo del largo conflicto con Inglaterra. Por ello, había desempolvado viejos pergaminos que le atribuían derechos, por la casa de Anjou, al trono de Nápoles, cosa que enfadó sobremanera al rey de Aragón, Fernando el Católico, cuyas propiedades sicilianas y pretensiones napolitanas eran claras.

Sabiendo que el rey Fernando era un hábil político y comprendiendo que era la mejor manera de consolidar su posición en el concierto de los nuevos poderes de la Europa del siglo xv, envió un embajador ante los Reyes Católicos para tantear la posibilidad del enlace del príncipe de Gales con una de las infantas españolas, aunque la más conveniente sería sin duda la pequeña Catalina, que había nacido solo unos meses antes que el príncipe Arturo de Inglaterra.

El embajador inglés había ido hasta la corte española en la hermosa ciudad de Córdoba, tras el triunfo en el asedio de Málaga que supuso un golpe terrible para el poder del Zagal, aunque apunto estuvo de costarle la vida a los Reyes Católicos. Durante el asedio un moro al que llamaban el Santo se entregó al marqués de Cádiz, diciendo que poseía el secreto de una entrada a la ciudad que les permitiría tomar Granada. Pero solo lo revelaría a los reyes en persona. Como los reyes descansaban, los hombres del marqués lo llevaron a la tienda de los marqueses de Moya para que esperara allí. El Santo, viendo a la dama y amiga de la reina, doña Beatriz, conversando con el infante don

Álvaro de Portugal, que había acudido al cerco de la ciudad con una compañía enviada por el rey de aquel país, los confundió con los reyes y, sacando un puñal, se abalanzó sobre la dama, que esquivó el golpe, saliendo herido el infante don Alvaro, que no pudo zafarse del moro antes de que los guardias reales, alertados por el ruido, entraran y acabaran con la vida de aquel fanático que había creído atentar contra los soberanos españoles.

No le fue fácil al inglés llegar hasta las personas reales. A pesar de tener sus cartas credenciales en orden, tardó en acceder a la presencia de los reyes, que estaban rodeados de guardias que examinaban con atención y desarmaban a cuantos desconocidos pretendían acercarse a los soberanos, fueran quienes fuesen. Mientras esperaba con paciencia, estuvo contemplando con admiración la belleza de los reales alcázares cordobeses, que se decía que solo era superada por la de los sevillanos. El acceso por los hermosos jardines que desde hacía siglos habían sido el placer de los califas y posteriormente de los reyes cristianos, le dejó anonadado. A los setos de cipreses seguían magníficos arreglos de flores e hileras de naranjos en plena flor, que embriagaban el aire con el aroma de su azahar. Todo ello en un espacio cuidado, donde los estanques y las fuentes invitaban al descanso y al olvido de las tensiones y preocupaciones y reclamaban una atención merecida, que al embajador no le costó darles. Los diferentes niveles del jardín le fueron llevando sin darse cuenta a la parte más alta, donde estaba el acceso al palacio de los reyes tras un patio rectangular, en el cual se podían ver grandes macetas de cerámica andaluza, colocadas sobre ricos capiteles califales de mármol blanco.

Tras acceder al espacio habitado por los reyes, le llevaron por unos largos corredores, donde se cruzó con muchos peticionarios y nobles españoles que estaban en la corte, a quienes saludó levemente al paso, concentrando de nuevo su atención en la misión que llevaba. Por fin, tras una serie de antesalas llegaron al salón,donde Isabel y Fernando recibían en audiencia. Impresionaba el estrado donde los reyes de España acogieron al inglés. Se erigía al fondo de la sala, tapizado por entero de terciopelo granate. Se accedía a él por medio de tres escalones cubiertos de una alfombra de lana y seda, procedente de Oriente, como las demás que cubrían el suelo del estrado con dos impresionantes tronos góticos del mismo tamaño. Los reyes permanecían sentados en su plena majestad, cubiertos con semipalio por la divisa de «Tanto Monta, Monta Tanto» y sus emblemas, el yugo y las flechas bordados en oro y plata.

La reina vestía de brocado granadino de rica seda, bordada la orla con castillos y leones, tocada de una sencilla corona de oro. El rey llevaba, como era su costumbre, ligera cota de mallas con protector de seda y calzas de paño de Medina. Se protegía del frío con una

sobrepelliz orlada de martas cibelinas. Sentados en el estrado, que era el símbolo de su poder, recibieron al embajador con la cortesía debida. Tras un breve intercambio de saludos, tomaron el pliego que el rey de Inglaterra enviaba, con unos ricos presentes. Tras alabar la belleza de los mismos, escucharon sus palabras con atención. Una vez comunicado por el embajador el mensaje de amistad del rey de Inglaterra, los reyes le despidieron. El embajador sintió la frialdad de los ojos de la reina sobre él durante toda la entrevista, lo cual le hizo sentirse algo incómodo.

Pero a pesar de la dificultad inicial y del rechazo de la reina, su misión había tenido buena acogida por parte del rey. Tras un par de interesantes entrevistas privadas con Fernando en su sala de trabajo, se había ganado el apoyo del monarca a la alianza inglesa. Era un paso importante, aunque la reina Isabel, cuya opinión sería determinante, seguía renuente al matrimonio y tenía buenas razones para ello. De un lado, estaba la tradicional alianza de Castilla y Francia, que sufriría con el enlace, pero lo que más pesaba en el corazón de la reina era la desconfianza que sentía hacia la casa Tudor, con fama de sanguinaria y terrible, que ahora se presentaba con buenas palabras ante ellos. Pero por mucho que el embajador intentara ganarse su ánimo, no conseguía hacerle olvidar los asesinatos que manchaban esa familia real, con la cual, de no haber mediado otro tipo de consideraciones, ella jamás habría aceptado mezclarse y menos aún meterlos en su círculo familiar. Temía que su hija, educada en el amor, el honor, la tradición y la religión, no sería feliz en aquel reino de bárbaros.

Con mucho cuidado, el rey fue preparando el terreno para hacerla mudar de opinión. El proyectado enlace del príncipe de Asturias, don Juan, con la reina de Navarra había fracasado por culpa del rey de Francia, lo cual no era precisamente un gesto de buena voluntad hacia Castilla, sino un feo, que incluso podía llevar a un futuro enfrentamiento armado puesto que las pretensiones de Carlos VIII sobre Sicilia y Nápoles eran intolerables. Si conseguía el apoyo del Papa, que hasta entonces se había mostrado neutral, podría provocar una guerra en Italia en la cual Castilla no podría quedar imparcial, ya que Francia atacaría las posesiones italianas de Aragón.

Las necesidades de alianzas que encerrasen a Francia y la aislasen para impedir que guerrease contra Aragón eran vitales. Los esfuerzos de los Reyes Católicos estaban dirigidos a la guerra de Granada y esta era una prioridad absoluta para la reina Isabel, tanto, que incluso consintió en abrir las negociaciones matrimoniales con Inglaterra, a pesar de su oposición inicial, apoyándose en su deber.

El embajador fue despedido de la corte con su misión cumplida y regresó a Inglaterra llevando consigo presentes de los reyes para

Enrique VII y dejando el camino abierto para estudiar un posible enlace entre las coronas españolas y la inglesa.

1. Londres. 1488

El rey Enrique VII recibió con alegría los informes de su embajador. La situación era favorable para su causa, más de lo que se habría atrevido a soñar. Además, de cara al pueblo de Inglaterra, era importante el hecho de que la infanta española no era del todo una extranjera ya que su bisabuela, abuela de la Reina Católica y madre de Juan II de Castilla, la reina Catalina de Lancaster, era hija del duque de Lancaster, hijo a su vez del rey Eduardo de Inglaterra.

Esas gotas de sangre real inglesa de la casa de Lancaster eran suficientes para justificar el enlace y que el pueblo de Inglaterra, siempre belicoso y poco afable con los extranjeros, pudiera aceptar a la infanta española como princesa de Gales y futura reina de Inglaterra. Sin duda, el enlace era una apuesta, pero al rey Enrique le gustaban los retos, quería ser alguien en el concierto de poderes y no había ninguna alianza mejor que la de los reyes españoles, queestaban transformándose, con la unión de sus coronas, en la nación más poderosa de Europa, comenzando a eclipsar a Francia.

La reina Isabel de York, que guardaba la frescura y la belleza de la hermosa princesa que había sido, de piel pálida y cabellos muy rubios, escuchaba atenta las palabras del embajador. Para ella, los reinos españoles eran casi de cuento de hadas, tanto como los de las sagas artúricas, con las cuales la habían mecido en la niñez. Castilla, y su lucha de siglos contra los moros, era a su entender un país romántico poblado de princesas de cabellos y ojos oscuros, con paladines que se jugaban la vida por defender a sus damas de los más variados peligros, todo ello en un lugar en que el sol brillaba de modo constante, algo inimaginable en su país, donde llovía permanentemente.

«No va a ser fácil para la infanta castellana adaptarse a Inglaterra –pensó–. ¿Cómo podría olvidarse de la luz del sol que siempre alimentaba su país? ¿Cómo podría adaptarse a las costumbres de un pueblo tan diferente al suyo?»

–No te preocupes por ella de antemano –dijo el rey, adivinando sus pensamientos–. Es hija de reyes y si forjamos la alianza, ya se encargarán sus padres de prepararla para que se adapte a nuevas costumbres. Al fin y al cabo, no vendrá a servir sino a ser servida, y reinar es un oficio que se aprende de quienes son reyes. No creo que haya en Europa mejor maestro de ese oficio que su padre el rey don Fernando el Católico, cuya inteligencia política está dando quebraderos de cabeza a Francia y está admirando a toda Europa. De

hecho, su actuación en Italia es modélica ya que, con un mínimo de esfuerzo y una excelente diplomacia, está consiguiendo lo que otros no han podido lograr con diez veces más medios y en el doble de tiempo.

–Tenéis razón, esposo mío –dijo la reina–. No debo preocuparme por ella. Se adaptará como han tenido que hacerlo antes que ella todas las princesas que abandonaron sus países para reinar en nuevos territorios. Ese es el sino de la sangre real: saber cumplir con el deber de reinar con tantos sacrificios personales como sean necesarios.

–Así es, Isabel –dijo Enrique VII–. No vale cualquiera para sentarse en un trono y por eso, una infanta española es una garantía para Inglaterra. Además nuestro hijo será si Dios así lo quiere, un joven apuesto. Miradle –dijo–. Es un niño fino, incluso demasiado, si me permitís decirlo. Me preocupa el que no llore ni proteste apenas. Le encuentro demasiado callado y sosegado y, a veces, me hace pensar que puede estar enfermo.

–No digáis eso ni en broma, señor. Arturo es un príncipe tranquilo y aunque es algo delicado, tiene buena salud, y si el Señor lo permite, se desarrollará bien y será un buen rey para esta nación.

–Dios te oiga, Isabel. No podemos permitirnos un rey débil tras el largo conflicto que ha asolado el reino. Decidme, embajador, ¿habéis visto en persona a la infanta? ¿Cómo es la que un día, si todo sale como debe, será la reina de este país?

–Alteza –dijo con orgullo el interpelado–. Como imaginé que me ibais a hacer esa pregunta, lo primero que hice fue pedir al rey que me dejara ver a la infanta, petición a la cual accedió con gusto. Está muy orgulloso de la niña, que irradia salud y es de una simpatía arrolladura. De hecho, sin conocerme, me echó los brazos al cuello y me besó y estuvo riéndose durante todo el rato que pasé en el cuarto de las infantas, siempre vigilado de cerca por su aya doña María Manuel, quien pertenece a una de las más antiguas familias de Castilla, con sangre real.

–Me alegra lo que decís. Es importante que la futura princesa de Gales sea una dama saludable, capaz de dar a luz muchos príncipes fuertes y sanos –dijo mirando a su esposa, que indirectamente se dio por aludida, sabiendo que su esposo quería tener más hijos y estaba algo molesto porque ella no se quedaba de nuevo embarazada.

Soslayando la incomodidad de la reina, el embajador intervino, sabiendo que era un buen momento para ello.

–Como las palabras no son suficientes para imaginar bien un rostro, altezas, me he permitido encargar un retrato de la niña a uno de los mejores maestros pintores de la corte de los Reyes Católicos y he aquí el resultado –dijo sacando de debajo de su jubón de terciopelo una pequeña tabla con un retrato donde se podía admirar el rostro de una

niña de dos años, la infanta Catalina, de ojos oscuros y tez clara, que brillaban con alegría en un rostro redondo y armonioso, que complació mucho a los reyes de Inglaterra.

–Magnífica idea –dijo el rey–. Es preciosa en verdad la infanta.

–Sí –dijo la reina, mirando la tablita–. Sin duda será una excelente esposa para nuestro príncipe.

–Podéis retiraros, embajador. Nos habéis servido bien –dijo el rey.

Mientras el embajador se retiraba, entraba el duque de Norfolk en la cámara real. Pertenecía a un antiguo linaje y había heredado los grandes Estados de su familia, que le convertían en uno de los personajes más ricos e influyentes de Inglaterra, a pesar de su juventud. Por su inteligencia y su rango se ganó la amistad de su soberano y tenía acceso directo al rey, que apreciaba su agradable compañía y su buena cabeza para los asuntos de Estado.

–Buenos días, altezas –dijo, haciendo una elegante reverencia–. ¿Qué es lo que se cuece en palacio? –dijo con cierta ironía, no exenta de humor, pues sabía muy bien los proyectos de su señor.

–Mirad, duque –dijo el rey cuando Norfolk se acercó–. Es la infanta Catalina, hija de los Reyes Católicos. ¿Qué os parece como futura soberana?

El duque se quedó serio un instante observando el inocente rostro de la infanta que le contemplaba desde la tabla, sin saber que estaba ganándose en ese momento a su primer partidario en Inglaterra.

–Me parece una excelente elección –dijo Norfolk–. Además, tiene sangre real de la casa de Lancaster –continuó, haciendo alarde de sus conocimientos de la genealogía de las casas reales.

–Así es, duque. Eso también es importante.

–Lo es muchísimo, alteza. Esa sangre real inglesa hará que el país entero la acepte como a su señora natural sin protestar, cosa que no sería fácil con ninguna princesa extranjera salvo las portuguesas, que son tan parientes vuestras como la misma infanta y por la misma línea del duque de Lancaster. Nadie tendrá nada que oponer y el trono estará consolidado para vuestra casa. Además, tener como yerno al futuro rey de España siempre será beneficioso, teniendo al otro lado del Canal a ese intrigante Carlos VIII de Francia, siempre enredando e intentando medrar a costa de lo que sea. No sé si estáis enterado, pero me ha llegado la voz de que ha concertado una alianza secreta con el gran turco, tras perder el apoyo del papa Inocencio VIII para sus pretensiones napolitanas, solo para molestar al pontífice.

–Sí. Me había llegado el comentario, pero no creo que sea real. Las alianzas contra natura nunca han dado buenos resultados. Siempre se acaban volviendo contra quienes las conciertan.

–Eso no es cierto siempre, alteza –dijo Norfolk.

–Tenéis razón –dijo el rey–. No siempre, pero sí casi siempre, duque.

–Puede ser. El caso es que lo que sí es seguro es que el rey está intrigando contra los reyes de Castilla y Aragón, apoyando una campaña en Navarra y Nápoles contra don Fernando, cuando este estáempeñado en acabar con la conquista del reino de Granada. Creo, alteza, que es una oportunidad de oro para que, tras las favorables nuevas que os traía el embajador ante los Reyes Católicos, convoquéis al embajador español, el caballero Puebla, ante vos, y os atreváis a proponer directamente el matrimonio del príncipe de Gales y la infanta al rey de Aragón. Seguro que es el mejor momento posible para hacerlo, señor.

–¡Qué ladino eres, Norfolk! Y cuánta razón tienes. Te ruego que convoques al embajador Puebla. Siguiendo tu consejo voy a proponerle el matrimonio de Arturo con la infanta Catalina, y esperaremos que tome una decisión que nos sea favorable.

–¡No lo dudéis ni un instante, señor! Don Fernando es el mayor talento político de Europa y no creo que vaya a aceptar perder una alianza como la inglesa, que tanto conviene a su corona de Aragón. Y aunque cuente con la oposición de la reina doña Isabel, sin duda la convencerá; al fin y al cabo, Inglaterra es importante en el norte, y con la paz que vuestro reinado nos está dando, pronto seremos de nuevo un gran reino.

–Me agrada oíros, Norfolk. Vuestras palabras son muy interesantes.

–Solo son lógicas, señor. En buena ley, Fernando el Católico, aprovechándose del poder que le da la demografía y la potencia del reino de su esposa, va a ser el mayor poder de Europa en cuanto acaben de conquistar Granada. Evidentemente, a ello se va a oponer el rey de Francia. Por eso es vital para el rey Fernando cubrirse las espaldas con la alianza portuguesa. Ya todos los reyes de Europa esperan el anuncio del compromiso de la infanta Isabel de Aragón con el heredero de la corona de Portugal.

»Además, se dice que el emperador está interesado en aliarse con los Reyes Católicos, y en las cancillerías de Europa también se espera que pronto se anuncie un enlace entre el emperador y los reyes españoles. Imagino que la bella princesa Margot de Austria será la prenda y que el príncipe don Juan de Aragón y Castilla será el agraciado con la preciosa hija del emperador y de la duquesa María de Borgoña. Así, Fernando conseguiría aislar a Francia, por eso la alianza con Inglaterra le es vital. No lo dudéis, señor. Veréis como acepta el compromiso.

–Si así fuera, Norfolk, id pensando en algún señorío que os guste y

que queráis para completar vuestros territorios, porque os lo he de conceder, si está en mi mano.

–Además de inteligente, alteza, sois generoso. Os agradezco mucho vuestra largueza. En efecto –dijo, pensándolo muy poco–, os puedo decir que hay un pequeño bosquecillo que apetezco hace años para la caza del jabalí, que es propiedad vuestra y que entra como una pequeña cuña en mis Estados, afrentando su redondez.

–Ya sé a cuál te refieres –dijo el rey sonriendo, ya que el territorio mencionado no era, como decía el duque, un pequeño bosquecillo sino un gran bosque de más de mil hectáreas, con un maravilloso pabellón de caza que había edificado el rey Ricardo III–. Pues será vuestro si el rey español acepta la alianza.

–Mi agradecimiento será eterno, alteza. Pero antes de irme, quiero daros un último consejo –dijo con su tono más afectado–. Os sugiero que cuando llegue el momento, no temáis que se rompan las negociaciones. Apretad bien las clavijas al español, y sacadle una buena dote, que son de familia rica y se van a ver cargados de oro con el fabuloso tesoro de los moros, pues poco le falta a Granada para caer.

–Ya veremos, duque –dijo sonriendo el rey–. Ahora, partid en busca del embajador. Tengo verdadera urgencia de hablar con él.

–Así lo haré, señor. Sé dónde estará en este momento y os lo he de traer en menos de un par de horas.

–Partid, pues, a toda velocidad. No tardéis, que yo iré haciendo redactar mi proposición al escribano.

–Tomaos vuestro tiempo para meditar, señor. Las prisas son malas consejeras en asuntos de Estado, como sabéis.

El duque salió, tras despedirse brevemente, siguiendo las normas de cortesía de no dar la espalda a sus reyes. Había sido un buen día para él. El rey se quedó meditando sus últimas palabras. Norfolk era mucho más listo de lo que se había imaginado. Sería importante tenerle muy en cuenta en los tiempos que estaban por venir. Sus consejos tendrían mucho más valor, sin duda, que el bosque que le iba a regalar.

2. Sevilla. Abril de 1490

El palacio del rey don Pedro I, con sus magníficas yeserías mudejares y sus elegantes patios, situado en los Reales Alcázares de Sevilla, estaba decorado con los mejores tapices y sedas de las cuales colgaban los reposteros de los reyes de Castilla y Aragón. Había grandes ramos de flores en los jarrones de plata de la casa real, así como en los que, para la solemne ocasión de los esponsales de la infanta Isabel,

primogénita de los Reyes Católicos, habían prestado los duques de Medinaceli y los marqueses de Cádiz.

Las negociaciones de la alianza portuguesa, que tanto habían deseado las dos coronas tras los enfrentamientos del pasado reciente, habían llegado a buen término. La infanta Isabel se casaría con el heredero del trono de Portugal. Era una boda política de la mayor importancia, y los novios, ambos de suficiente edad e inteligencia, comprendieron lo relevante de su enlace y lo asumieron como correspondía a sus altos rangos.

La reina Isabel la Católica no pudo oponerse al matrimonio, aunque se le hacía difícil separarse de aquella maravillosa e inteligente hija que Dios le había dado. Se había preparado para perderla y ahora que el hecho era inminente, parecía que lo llevaba mejor de lo que había pensado. Al fin y al cabo, el príncipe portugués era buen mozo y seguramente ella le acabaría queriendo, aunque nunca tanto como ella amaba a su esposo don Fernando; pero raras veces los reyes tienen el privilegio de amar a sus parejas. En cualquier caso, sin dar más vueltas al asunto de la partida de su hija, que era inevitable, se dedicó en cuerpo y alma a los preparativos de la boda, para que todo estuviera perfecto. El prestigio del reino estaba en juego y era importante impresionar a todos los asistentes a la ceremonia.

Las infantas doña Juana, doña María y doña Catalina observaron con emoción la realización de los preparativos que sus padres los reyes habían ordenado para la gran recepción que tendría lugar esa tarde en el alcázar, después de la boda por poderes que llevarían a cabo la infanta y el príncipe don Alfonso, representado por el embajador don Hernando de Silveyra. Con sigilo, las infantas se habían metido en el cuarto de su hermana mayor para ver los últimos retoques de su vestido. Isabel las descubrió por el ruido que hacían y les dijo que se quedaran con ella. Juana tenía diez años, María tenía ocho y la pequeña Catalina solo cinco. Si para las mayores la emoción era más por la ceremonia que entendían a medias y que provocaba su curiosidad al anticipar las que algún día ellas mismas habrían de vivir, para la pequeña Catalina aquello era como una enorme fiesta cuya razón se le escapaba, pero que le encantaba porque le ponían preciosos vestidos y la dejaban mirarse en el espejo de plata grande de la reina. Todos reían, le regalaban cosas bonitas, le hacían carantoñas y jugaban con ella, de modo que llevaba viviendo unos días mágicos que deseaba que nunca terminaran. Además, sabía que todo aquello era en honor de su hermana Isabel, a la cual adoraba.

Estaba tan guapa, pensó la niña, mientras veía cómo acababan de peinarla tras haberla vestido con su magnífico traje de bodas, cuajado de pedrería y de perlas, que se había hecho con un magnífico collar que el rey de Portugal le había enviado como regalo. A sus veinte

años, la infanta Isabel era una mujer preciosa y recordaba bastante en el físico a su madre, algunos años atrás, aunque sus cabellos no eran tan rubios, ni su rostro tan redondo, ni sus ojos entre verde y azules, sino negros como el azabache. Pero tenía planta de princesa y sería una gran reina, pensaron las niñas, que la tenían como modelo, habida cuenta de la diferencia de edad que había entre ellas.

Cuando estuvo lista, la infanta Isabel se levantó del sillón donde estaban acabando de peinarla y de ponerle un tocado de rico brocado. Estaba cubierto con una hilera de perlas que su madre le había regalado y unos rubíes de la corona de Aragón, que habían pertenecido a su abuela, la madre de don Fernando.

–Estás guapísima –dijo la infanta Catalina, mirándola embobada–. Eres como un hada, Isabel.

La infanta se rió ante la ocurrencia de la pequeña. Las otras estallaron en alabanzas mientras la vieron salir de su estancia. Casi al mismo tiempo, llegaron las ayas de las infantas que estaban buscándolas por todo el palacio para llevar a las niñas a los lugares de privilegio donde podrían ver toda la ceremonia del casamiento que sería oficiado por el cardenal de España, don Pedro González de Mendoza. Después irían a las tribunas, decoradas con paño de seda dorada que se habían mandado hacer por los reyes, en las afueras de la ciudad, donde se celebrarían las justas. En ellas iban a brillar los caballeros españoles, italianos y portugueses que habían acudido en masa al convite real.

Era la primera boda de la familia real en muchos años y estaban tirando la casa por la ventana. Incluso la reina Isabel –de naturaleza ahorrativa, ya que reservaba todo su oro para la guerra de Granada, muy próxima a su fin- se había permitido numerosas larguezas poco habituales en ella.

Las ceremonias transcurrieron como debían. Los reyes contemplaban la escena del enlace desde un estrado cubierto con terciopelo rojo con su divisa de «Tanto Monta, Monta Tanto». La reina llevaba un vestido de paño de oro que cubría un manto de brocado con orla de armiños, regalo del emperador de Alemania. Se había puesto su corona de ceremonia y su majestad resaltaba como nunca, de modo que a su paso levantó vivas emocionados, mientras el rey, vestido con calzas de terciopelo negro, camisola bordada, una gran cadena de oro al cuello y una capa dorada con orla de armiños como la de la reina, iba orgulloso a su lado. Una vez que los reyes se colocaron en los tronos sobre el estrado, al lado de los cuales se situaron unos sitiales para el príncipe don Juan y las infantas doña Juana, doña María y doña Catalina, el cortejo de la infanta comenzó a moverse. El séquito de doña Isabel era magnífico. La acompañaron el

cardenal de España, el almirante don Fadrique Henríquez, tío del Rey Católico, el duque de Medinaceli, el marqués de Cádiz, el duque de Medina Sidonia, el de Alba, el del Infantado, el conde de Ureña, el de Benavente, el marqués de Astorga, el conde de Cabra, el de Tendilla, el señor de Aguilar y numerosos caballeros que pertenecían a lo más florido de la nobleza de los diversos reinos de la monarquía española.

El séquito de la infanta se encontró con el de los portugueses, en el que estaban el infante don Álvaro al lado del embajador don Hernando de Silveyra, los duques de Viseo y de Montemor, los condes de Monte y de Marialva y otros muchos nobles señores venidos de Portugal al enlace, vestidos con sus mejores galas.

Tras la ceremonia, en la que el embajador aceptó a la infanta por esposa y princesa de Portugal en nombre de su señor don Alfonso, llegaron los plácemes y la corte entera se trasladó al lugar de las justas, donde hubo una gran liza entre caballeros de los diversos reinos. Todos se quedaron asombrados al ver las tribunas decoradas y el campo grande, que estaba delimitado por cien tribunas, cincuenta a cada lado del campo, donde se aposentaron los príncipes y los nobles señores. En medio estaba la tribuna real, toda ella decorada con paño de seda granadina con un hermoso dosel de rico bordado y con dos grandes sitiales en el centro, para los reyes, y otros más pequeños para sus hijos a los lados.

Justaron los mejores caballeros que destacaban en la guerra. El marqués de Cádiz rompió lanzas con dos portugueses y dos italianos, venciendo a los cuatro, lo cual no hizo sino acrecentar su ya legendaria fama de imbatible. También triunfaron en sus enfrentamientos el infante don Álvaro de Portugal, el conde de Benavente, frey Nicolás de Ovando, don Gonzalo Fernández de Córdoba, Garcilaso de la Vega, el conde de Cabra, el duque de Medinaceli y el de Viseo. Las infantas se encargaron de repartir los premios a los vencedores, cosa que emocionó sobremanera a las dos más pequeñas, doña María y doña Catalina, que colocaron las coronas de laurel en las lanzas de los triunfadores.

Para concluir la jornada, los reyes habían organizado una gran recepción, que tuvo lugar en los Reales Alcázares. Damas y caballeros acudieron a la fiesta con sus mejores galas. Las cocinas de palacio se habían esmerado y se podían encontrar toda clase de delicadezas así como los grandes asados tradicionales, que hicieron las delicias de los invitados. Además, los reyes habían preparado un baile, y su orquesta demostró estar a la altura de las mejores de Europa, mientras las damas y caballeros danzaban los ritmos de la época con alegría.

Ya era muy tarde. Doña Catalina, muerta de cansancio tras las

emociones de la jornada, dejó que su aya doña María Manuel la llevara a su habitación sin rechistar, no sin antes haberse arrojado a los brazos de su hermana, la infanta Isabel, para cubrirla de besos y de haber recibido la bendición y las caricias de sus padres los reyes. Estaba feliz. Aquel había sido el día más importante de su vida y no quería que terminara. Pero apenas le dio tiempo a pensar más. Su aya tuvo que desnudarla casi dormida, asistida por sus doncellas. La infantina estaba agotada.

Mientras descansaba, no sabía que su padre estaba negociando con el embajador inglés un compromiso que afectaría profundamente su destino. Aceptada la proposición del enlace con el inglés, se estaban concluyendo las negociaciones de la dote de su matrimonio.

El rey Enrique VII quería negociar la dote de doña Catalina, sabedor de la enormidad de la dote de la infanta Isabel, que había sido de más de doscientas mil coronas, amén de llevar para ella quinientos marcos de oro, mil de plata, cuatro collares de oro con rubíes y diamantes, diversas joyas valiosas, así como un ajuar tasado en más de ciento veinte mil florines, de los cuales unos cien mil se habían gastado en vestidos y veinte mil en ropa blanca bordada en Flandes y Castilla. Don Fernando el Católico se enfadó al recibir la misiva con las pretensiones de Enrique VII. Incluso pensó en romper el compromiso de matrimonio de su hija con el ávido rey inglés, pero era un hombre frío que nunca actuaba por impulsos. Tras rechazar su primer deseo de expulsar de su presencia al embajador inglés, sus ojos, fríos y calculadores, se posaron sobre él. El noble sintió que se le helaba la sangre en las venas y comprendió que no era sino un mísero peón en el juego que dominaba la poderosa inteligencia del rey que tenía delante.

Con suma habilidad, el Rey Católico recondujo la situación. Escribiría al rey inglés, rechazando los onerosos términos del contrato matrimonial y reduciéndolos a algo más razonable.

–Si Enrique VII quiere casar a Arturo de Gales con Catalina de Aragón tendrá que ser sobre la base de la dote pactada. En caso contrario, habrá que pensar en otras posibilidades –dijo amenazador, aunque en su fuero interno sabía que Enrique VII no quería perder su alianza y que se allanaría ante su órdago.

Al fin y al cabo no era más que una cuestión de dinero, pero no permitiría que la ambición del inglés se cebara en las arcas castellanoaragonesas. Ni siquiera informó a la reina de las pretensiones inglesas. No quería darle excusas para romper un compromiso que no le agradaba. El enojoso asunto lo había solucionado él solo, con habilidad y diplomacia.

Ahora, de lo que tenían que ocuparse era de asuntos importantes

como el final de la guerra de Granada y la partida de la princesa a Portugal. Además, estaba el asunto del marino genovés, el tal Cristóbal Colón, cuya causa había sido rechazada ya por una comisión, pero que el interés de la reina y el apoyo del duque de Medinaceli y de la marquesa de Moya habían hecho que fuera examinado de nuevo por otra. El rey pensaba que el marino era un charlatán y le habría expulsado hacía tiempo del país, pero respetaba los deseos de Isabel la Católica y quizá, solo quizá, si tenía razón, las ventajas que tendría Castilla sobre Portugal y el resto de las naciones en el comercio de las especias sería tal, que la riqueza afluiría a España de un modo casi inimaginable. Este era el único caso en que su esposa y él habían diferido desde el principio y tenían opiniones verdaderamente enfrentadas, pero la intuición de su esposa, la reina Isabel, era famosa y raras veces se equivocaba. Por eso, ante la insistencia de la reina en mantener el apoyo al personaje, en contra de toda lógica, este cobraba un interés nuevo para él. En cualquier caso, no pondría caudales del reino de Aragón para la empresa del genovés. Si la reina confiaba en su intuición sería ella quien financiaría la expedición. Eso estaba muy claro.

En estas cosas iba pensando cuando entró en sus aposentos, tras despedir al inglés.

La reina permanecía aún despierta. Su larga cabellera rubia y ondulada caía sobre sus espaldas. Iba en camisón, envuelta en una bata de seda y parecía haber estado esperándole.

–Me alegra que hayas venido al fin, esposo mío.

–Me quedé despidiendo a unos invitados –dijo el rey.

–Déjame que te ayude a desvestirte, mi señor –dijo la reina, con un tono que el rey comprendió que era una llamada a compartir su lecho aquella noche.

–Con mucho gusto, mi señora –dijo, mientras arrojaba la sobrepelliz a un rincón y se quitaba la pesada cadena de oro.

Luego soltó los cordones que ataban la camisola mientras la reina le ayudaba a despojarse de sus zapatos y le desabrochaba el rico cinturón.

La luna brillaba en lo alto de aquella noche, casi cálida, de Sevilla. Don Fernando tomó a su esposa en brazos y se dirigió hasta el lecho real. Sentía el amor de ella como una llama inextinguible y eso le excitaba. Con manos expertas, liberó a la reina de sus vestidos para dejarla desnuda bajo los rayos de aquella luna andaluza que brillaba en lo alto y después se desvistió él. Se sintió enardecido por su amor y la acarició con mano experta, mientras ella esperaba que se fundiera

en un abrazo íntimo y que la poseyera con la firmeza que necesitaba en aquella noche en que se sentía en el cenit de su felicidad.

Don Fernando se recostó sobre ella y la besó con ternura creciente, mientras ella le abría como siempre su alma y su cuerpo y se entregaba al disfrute del placer conyugal con su esposo. Por un instante, sintió que de nuevo eran aquellos tiernos infantes que, enfrentándose a todo y a todos, decidieron casarse, rompiendo con los proyectos de otros para ellos. Don Fernando fluyó con ella, dentro de ella y juntos se entregaron de nuevo, en una unión maravillosa que hizo que sus corazones latieran al unísono y que sus cuerpos se compenetraran en un acto de amor verdadero. A pesar de los años transcurridos, los reyes de Castilla y Aragón eran aún capaces de amarse con la fuerza de la juventud. Cuando llegaron a la par a un orgasmo maravilloso, las lágrimas corrieron por los ojos de Isabel. Eran lágrimas de felicidad, como solo en contadas ocasiones de su vida había vertido, que compensaban parte de las lágrimas de dolor que en su juventud había tenido que verter. Una vez apagada la llama de la pasión, se quedaron mirándose el uno al otro con esas miradas largas y silenciosas que solo se producen entre los seres que llegan a una verdadera compenetración de cuerpo y alma.

Y así, en silencio, acurrucándose sobre el pecho velludo de su esposo, la reina Isabel se durmió, mientras Fernando el Católico pensaba en la inmensa fortuna que tuvo al conseguir que una reina tan excepcional como aquella le amara tanto.

3

Granada y las Indias Occidentales. 1492

La infanta Catalina se despertó con el alba. La ciudad de Santa Fe, enfrente de Granada, había sido levantada por sus padres, tras el incendio fortuito del campamento meses atrás, para mostrar a los moros granadinos que nunca se iban a retirar de allí hasta que cayese la ciudad. Granada era el último baluarte de un poder que durante siete siglos había permanecido en España y cuya estrella declinó hasta extinguirse su fuego. Hoy era un día importante. Catalina lo sentía como todos los demás habitantes de Santa Fe y por eso había dormido con dificultades. Todos decían que el soberano de Granada se rendiría esa mañana. Boabdil el Chico entregaría a sus padres, los Reyes Católicos, las llaves de la ciudad deseada –cuyas murallas oscuras y poderosas, con altas torres defensivas, que se alzaban aguerridas, estaban allí frente a sus ojos– cuatro días antes del plazo convenido.

Doña María Manuel, su fiel aya, se dio cuenta de que la infanta se había despertado y acudió presurosa a su lecho.

–Buenos días, mi niña preciosa –dijo–. ¿Ha descansado bien mi señora esta noche?

–Casi no he pegado ojo, aya. No podía dormirme, nerviosa porque no quiero perderme nada.

–No te preocupes, alteza –dijo–. Ahora haré llamar a las doncellas para que vengan y te aseen. Te vas a dar un buen baño con agua caliente y luego, cuando estés limpia y seca, te pondremos el vestido rojo que sus altezas los reyes te regalaron hace un par de semanas con ocasión de tu séptimo cumpleaños.

–Sí, aya. Me encanta ese vestido de brocado de seda dorada. Es, en verdad, un vestido de princesa.

–Eso es exactamente lo que sois, niña mía, una infanta de España, que es más que una princesa, y estáis llamada a altos destinos. Ya vais empezando a ser mayor y creo que debéis comenzar a pensar como tal.

La infanta se puso tiesa ante las palabras de su aya, afectando dignidad, cosa que hizo reír a esta y después a la niña. Descompuesta toda su dignidad, se echó en brazos de la buena señora, que comenzó a hacerle cosquillas, mientras al ruido del alboroto llegaron las doncellas, que tenían órdenes desde el día anterior de tener preparado

el baño de la infanta para asearla en ese día tan esperado. Julia y Ana, sus doncellas personales, la llevaron en volandas hasta una bañera de mármol de hechura romana que era una verdadera maravilla y que había sido encontrada en la villa de un noble moro. Confiscada por los reyes, estos la utilizaron como bañera para sus hijos.

Tras el ritual infrecuente del baño, la niña fue secada con gruesas toallas y después le pusieron el rico vestido de paño dorado. Su aya peinó sus cabellos rubios dorados con esmero y los trenzó con cordoncillo de hilo de oro y colocándolo, conforme a la moda de la corte, con horquillas que sujetaban las trenzas como espigas.

Cuando hubo concluido toda la operación, la infanta quiso verse en un espejo y entonces su aya la llevó a la antesala de la reina, donde estaba el gran espejo de plata. Mientras la niña se contemplaba con arrobo y cierta coquetería infantil, llegó al lugar el comendador de Lares de la orden de Alcántara, frey Nicolás de Ovando, a quien la infanta conocía bien, pues era persona de confianza de la corte de sus padres los reyes y que siempre era muy amable con ella. De hecho apenas hacía unos días, con motivo de su séptimo cumpleaños, la había obsequiado con unos pasteles moros llenos de miel que le encantaron.

–Estáis preciosa, alteza –dijo el freire, mirando a la infanta admirativamente–. Sin duda seréis una reina preciosa de algún país amigo dentro de unos años.

–También vos estáis muy bien, caballero –dijo la infanta con esa gracia infantil que se estaba haciendo famosa en la corte de Santa Fe, admirando el atuendo guerrero de frey Nicolás, que iba vestido con el hábito blanco de caballero de Alcántara, con cota de mallas fina debajo del mismo, que apretaba al cinto un cordón doble, con la cruz flordelisada verde resaltada en el pecho, y su manto blanco, con la misma cruz flordelisada verde, de mayor tamaño que la anterior, como era la costumbre de su noble y antigua orden militar.

–Os agradezco el visto bueno, señora –dijo galante el caballero–. Ahora, si me lo permitís, debo dejaros, porque tengo una compañía de caballeros de la orden esperándome para ser de los primeros en entrar en la ciudad, y yo, además, tengo que cumplir el compromiso que mi padre hizo a los vuestros, de colocar el pendón real y el de los Ovando en la torre más alta de la ciudad, y por Dios que he de cumplirlo.

–Partid pues, caballero, pero luego venid a contármelo –dijo la infanta–, y quizá, si encontrarais en el camino alguno de aquellos dulces de miel…

–Contad con lo uno y lo otro, alteza. Esta tarde os visitaré e intentaré encontrar unos dulces que os agraden. Al fin y al cabo tenemos que celebrar que estamos en el día que señala el final de la

reconquista, y ¿qué mejor modo de hacerlo que con dulces de miel? Quedad con Dios –dijo frey Nicolás, saliendo hacia el patio donde le esperaban los suyos.

–Id con él –dijo la infanta.

Doña Catalina estaba feliz. El día no podía haber comenzado con mejores augurios. Había movimiento por doquier. Vio salir de sus habitaciones a sus hermanas doña Isabel, doña María y doña Juana, ya arregladas para la solemne ocasión. Isabel, la mayor, se había quitado el luto que llevaba por su marido el príncipe don Alfonso de Portugal, muerto el año anterior, apenas unos meses después del matrimonio –del que no tuvo descendencia–, y lucía un vestido precioso de seda granadina de color vino, bordado de perlas, que lo enriquecían hasta darle una apariencia regia. Era una mujer preciosa, y Catalina se quedó admirada mirándola. Isabel quería entrañablemente a su hermana pequeña, que para ella era casi como una hija, y alabó mucho su vestido y su peinado, cosa que hizo que la niña se pusiera colorada de placer. Le hizo unas cuantas carantoñas y la llevó de la mano, con doña María su aya andando detrás de ellas. La infanta pequeña estaba orgullosa y ufana de ir al lado de la mayor. Las otras infantas, doña María y doña Juana, que también se habían vestido con sus mejores galas para la ocasión, y el príncipe don Juan, se les unieron. Mientras se dirigían a las habitaciones de los reyes saludaron a todos los que se encontraron al pasar: la marquesa de Moya y su esposo, don Andrés Cabrera, don Rodrigo Ponce de León, marqués y duque de Cádiz, don Garcilaso de la Vega y don Gonzalo Fernández de Córdoba.

La infanta Isabel, pensando que era muy pronto aún, preguntó a doña María si doña Catalina había desayunado, y la buena señora le dijo que no, algo avergonzada. Como sus otras hermanas y el príncipe tampoco habían desayunado, decidió llevárselos a todos a sus aposentos, tras ordenar que prepararan un buen tentempié, antes de ir a las habitaciones de sus padres. Sería un día largo y emocionante y quería que todos estuvieran bien comidos, para soportar las emociones que sin duda les esperaban.

La comitiva real estaba preparada para entrar en la ciudad. El rey chico, Boabdil, los recibió a las puertas de Granada. Ante él, los reyes y la familia real, los grandes de los reinos y los prelados y el ejército entero, vestido de gala para la ocasión. Un grave silencio se extendió por el campo cuando se acercó el rey moro con su escaso cortejo, entristecido en la derrota. Estaba cumpliendo con el compromiso adquirido con los reyes, y ese 2 de enero de 1492 les iba a hacer entrega de las llaves de la ciudad, cuatro días antes de lo previsto,

porque temía que si se apuraba el plazo tendría problemas entre los suyos y, dado que no podía haber ya victoria, tampoco quería prolongar la guerra. Había aceptado su destino y creía que entregar la ciudad era lo mejor, ya que no le quedaba ninguna otra solución, salvo la de pelear hasta morir, lo cual supondría la total destrucción de aquella ciudad cuya belleza cantaban los trovadores desde hacía siglos. No había de ser así. Granada debía perdurar como una joya, aunque cambiase de dueño, y sus jardines y sus patios, sus palacios y sus torres no serían abatidos, sino que permanecerían como recuerdo de quienes las erigieron en una Al Andalus musulmana, que ese día desapareció. Muy pronto la presencia musulmana en la península solo sería un recuerdo del que quedarían restos gloriosos diseminados por la geografía andaluza, como la Giralda, la mezquita cordobesa o la misma Alhambra. Ellos ya eran el pasado.

Todos estos pensamientos y un dolor sordo y profundo invadieron al rey moro cuando se acercaba a los Reyes Católicos, con solo su espada y sus más fieles cortesanos detrás. ¿Había hecho bien en no luchar? Pero ¿qué habría podido hacer contra el poderío militar de aquellos soberanos que le esperaban, mirándole fijamente, mientras avanzaba los últimos pasos? Seguramente, nada. Y entonces su memoria habría sido mil veces maldita y denostada por los siglos, por haber inmolado Granada, la preciosa, en un sacrificio baldío. Bien sabía Alá que él no era cobarde y que no tenía miedo a la muerte, pero sentía, en lo más profundo de su interior, el deber de salvaguardar la belleza que generaciones de granadinos habían creado.

Ahí, ante esa inmensa horda de soldados que era el ejército cristiano que se extendía hasta donde se perdía la vista, comprendió que había acertado. Nunca habría podido mantener su reino contra la firme voluntad de aquella reina que tenía delante. Su fe era inquebrantable y su voluntad firme, y quería acabar con la guerra de siglos en su reinado. Hoy era el día de su triunfo final. Se veía su rostro pálido y fino, de ojos claros, radiante y hermoso, erguida en su caballo blanco, vestida con el pesado vestido de ceremonia de brocado de oro que corresponde a una reina, en un día señalado y jubiloso que hubieran querido vivir tantos de sus antepasados. Se cubría con un manto real con orla de castillos y leones bordados en oro. En su pecho llevaba los collares de las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, y en su cabeza, sobre los cabellos rubios bellamente trenzados, la corona real. A su lado estaba el rey don Fernando, vestido de oro por entero, con camisa fina de hilo de Holanda y sobrepelliz de terciopelo acuchillado bordada de oro. Se cubría con un manto de terciopelo de color grana, con orla de armiños, y llevaba en la cabeza una corona real, como la reina.

El rey moro hizo un ademán de bajar de su caballo ante los reyes, pero la reina Isabel se lo impidió con un gesto. Entonces, con lágrimas en los ojos, sacó su cimitarra de su cinturón, y uno de sus cortesanos que había descabalgado se la entregó elevando las dos manos hacia la reina de Castilla y León y ahora también de Granada. Isabel I aceptó la espada y la levantó, mostrándola a los suyos. Un clamor se extendió entre el ejército cristiano como una ola, vitoreando a su reina y mostrando el júbilo que todos sentían.

Uno de los hombres de Boabdil levantó una banderola y, en lo alto de las murallas, un cañón disparó por tres veces. Era la señal convenida. Granada se había entregado a los reyes cristianos y sus puertas esperaban abiertas de par en par la entrada de estos. Boabdil se retiró.

Los reyes y la familia real se quedaron esperando fuera de la ciudad hasta que toda entera estuviera en manos de sus leales. Así, los primeros cristianos que entraron en Granada fueron don Pedro González de Mendoza, el cardenal de España y arzobispo primado de Toledo, los marqueses de Moya, los duques de Medinaceli, el conde de Benavente, don Rodrigo Ponce de León, marqués y duque de Cádiz, don Alonso Téllez Girón, conde de Ureña, don Alonso de Cárdenas y Carrillo de Albornoz, maestre de Santiago, don Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, don Alonso de Aguilar, don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, los caballeros de Alcántara, detrás del comendador de Lares de la orden, frey Nicolás de Ovando, con quien estaban sus hermanos don Diego y don Hernando de Ovando y muchos de los principales nobles de Castilla y Aragón, y caballeros de Portugal, Sicilia y Nápoles que habían acudido a la conquista de Granada, así como prelados y eclesiásticos encabezados por el confesor de la reina, fray Hernando de Talavera, que sería el primer obispo de Granada.

En pocas horas los cristianos tomaron la ciudad. El cardenal entró en las fortalezas de la Alhambra y Alhizán y las tomó para los reyes, y los cuerpos del ejército real se posesionaron de las murallas y de las torres, la de la Vela, la del Homenaje, la de Comares y todas las demás, de menor importancia. Entonces, el comendador de Lares de Alcántara, frey Nicolás de Ovando, subiéndose a la torre más alta de la muralla, hizo ondear desde ahí el pendón real y un estandarte con la cruz flordelisada de sinople de la orden de Alcántara. Había cumplido la promesa que su padre hiciera a sus altezas, y la reina lo vio desde abajo y tuvo un pensamiento para el padre de aquel bravo caballero, el capitán don Diego de Cáceres Ovando, que había fallecido hacía ya siete años. Y entonces desde todas las torres se oyó un vítor a la reina y al rey. Al cabo de pocos minutos, sus altezas recibieron el mensajero del cardenal de España que les informaba que ya podían ir a tomar

posesión de la Alhambra, que había sido revisada y estaba libre de peligro.

El cortejo avanzaba. Boabdil estaba allí, enfrente de los reyes, sabedor de que ya no le necesitaban y que había dejado de ser el soberano de aquella tierra hermosa. Se alejó con discreción hacia el destierro. La infanta Catalina se quedó mirando fijamente a aquel apuesto rey de barba cana que acababa de perder su reino y leyó en su rostro un cúmulo de sentimientos contrapuestos que la asustaron un tanto. Y mientras avanzaba con el resto de la familia real, se quedó por unos minutos un tanto meditativa. Debía ser muy duro para aquel señor tan apuesto dejar su ciudad, su palacio y su reino en manos de otro. Pero al cabo de unos minutos el júbilo que todos sentían le hizo olvidar el rostro del príncipe que comenzaba su exilio, y se entregó a disfrutar de las sensaciones que nunca habría de olvidar.

La Alhambra, el palacio más hermoso de Andalucía, abrió sus puertas por primera vez a sus nuevos propietarios. Ante sus ojosatónitos se extendieron sus riquezas y su belleza arquitectónica sin par. Guiados por el cardenal arzobispo, que ya había inspeccionado la casa, contemplaron admirados el patio de los Arrayanes, el de los Leones, y las suntuosas habitaciones como el salón de los embajadores con sus inscripciones, donde estaba el salón del trono cuyo uso los reyes mantendrían, porque poseía las proporciones perfectas para ello. Siguiendo la exploración del lugar descubrieron el maravilloso cuarto dorado o Mexuar, antiguamente usado para la administración de justicia, y el Serrallo o cuarto de Comares que era la residencia oficial del monarca, donde los reyes decidieron quedarse.

El arzobispo les guió después por los jardines, que eran una verdadera maravilla. La infanta Catalina se quedó prendada del estanque del Generalife con sus fuentes y su perfecta armonía. Mientras los reyes y la comitiva salían del lugar para ver otras dependencias, ella se quedó allí, sentada con su aya, fascinada por aquel jardín que, a pesar de ser invierno, era tan hermoso. Sin saber por qué, aquel lugar la fascinaba y quería permanecer tranquila y disfrutar del sitio en silencio. Doña María Manuel, que la conocía bien y sabía que de vez en cuando su niña necesitaba un poco de soledad y tranquilidad, se relajó y se sentó en un extremo del jardín, disfrutando de la maravillosa vista, mientras doña Catalina soñaba con ser princesa de cuento de hadas y que un caballero apuesto y valiente, de rostro moreno por el sol, subiera a buscarla a una torre de mármol blanco altísima, donde ella le esperaría tejiendo con hilos de oro, plata y sedas preciosas un tapiz maravilloso, cuyo arte ni siquiera la famosa reina Leonor de Aquitania habría podido igualar.

Y mientras ella soñaba, se escuchó una voz que cantaba un romance en la lejanía.

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan.
Unos llaman a Mahoma,
otros a la Trinidad.
Por un lado entran las cruces,
de otro sale el Corán.
Donde antes se oían cuernos,
campanas oyen sonar.
No se ven por altas torres
ya las lunas levantar,
Mas las armas de Castilla
y Aragón ven campear.
Entra una reina en Granada,
y otro llorando se va;
Mesando su barba blanca,
grita al aire su pesar:
¡Ay, mi ciudad de Granada,
sola en el mundo sin par!

En Europa la conquista de Granada fue recibida de modo desigual. El papa Inocencio VIII, que estaba bastante enfermo, organizó un tedéum de acción de gracias y envió sus bendiciones a los monarcas españoles junto con algunas reliquias de santos que fueron muy bien recibidas. El rey de Francia, Carlos VIII, comprendió que, sin duda, había pasado el tiempo en que podía conspirar contra el rey de Aragón sin que este tomara cumplida venganza y se preocupó del fortalecimiento de la autoridad del Rey Católico, que suponía una amenaza para los territorios franceses y para Navarra.

Por su parte, el emperador Maximiliano, que seguía de cerca la campaña de Granada, decidió que los reyes españoles eran unos monarcas poderosos y que habría que comenzar a pensar en una alianza entre la casa de Austria y la de España que fuese ventajosa para ambas, ya que entre los dos podían rodear el territorio del francés por el norte, por el este y por el suroeste.

A su vez, Enrique VII de Inglaterra organizó un solemne tedéum en la catedral de San Pablo y se congratuló de haberse adelantado a los demás reyes de Europa en proponer a los reyes de España una alianza matrimonial. El embajador Puebla recibió la especial enhorabuena del rey, quien pidió la ratificación del compromiso matrimonial entre Arturo, príncipe de Gales, y la infanta Catalina de Aragón.

Y mientras la noticia de la conquista del último reino moro levantaba comentarios en las cancillerías del mundo, Isabel y Fernando se ocuparon de las cuestiones más urgentes de gobierno que demandaba el nuevo reino. Granada se incorporaba a la corona de Castilla y se

promulgaba el decreto que suponía la homogeneidad religiosa del país. Los moros de Granada tenían que convertirse o irse. Mientras tanto, se habían despedido los ejércitos conquistadores, se organizaba la autoridad real en el nuevo reino, se tiraban las mezquitas o se consagraban y se distribuían los cargos de gobierno y señoríos entre los que participaron con mérito en la campaña.

La reina estaba radiante, porque el triunfo había supuesto para ella una de las mayores alegrías de su vida. Por eso recibió con jovialidad la petición de una nueva entrevista de Colón, a quien favorecían en la corte no solo los duques de Medinaceli, sino la mismísima marquesa de Moya, a quien había conquistado en una cena que le organizó la duquesa de Medinaceli, para que se conocieran. Las palabras apasionadas del almirante y su fe en hallar el paso hacia las Indias por la ruta del oeste cautivaron a la marquesa, que se transformó en su mejor valedora ante los reyes. Pero no eran ellos los únicos valedores ante los monarcas. También había conseguido apasionados partidarios entre los aragoneses que eran de la confianza del rey, como Juan Cabrero, Luis de Santángel, Gabriel Sánchez y Juan de Coloma. Los españoles saben soñar y creen en las empresas titánicas, y a pesar de que muchas veces les puede el lado práctico, si se les sabe convencer son capaces de las mayores heroicidades por perseguir un sueño.

Pero, aun así, Cristóbal Colón se equivocó cuando, confiado en sus firmes apoyos, acudió a la audiencia ante los reyes, a pesar de que tenía en contra las opiniones de los doctores, fiando en el interés de la reina en la empresa y creyendo que el negocio estaba hecho ya, les expuso enormes demandas a cambio de lo que el rey consideró que no era sino un sueño. De hecho, el soñador se atrevió a pedir a sus altezas que le hicieran almirante de la mar océana, cuando hasta entonces este cargo solo se le había dado a personas que llevaban sangre real. Además, añadió a esta pretensión desorbitada la demanda de que le hicieran virrey de todos los territorios descubiertos y le dieran el diezmo de los productos de los mismos.

La indignación del rey ante tal pretensión hizo que se le despidiera de la presencia real. Al retirarse, Colón pensó que todo estaba perdido debido a su excesiva codicia. Pero los valedores que tenía ante la reina insistieron en apoyarle e intercedieron de nuevo por él ante los soberanos, y esta vez Isabel se decidió. A pesar de que ninguno de los sabios doctores que habían examinado las propuestas del marino habían dado un dictamen favorable, Isabel decidió, en contra del deseo de su esposo, en uno de esos impulsos incomprensibles que tanto admiraban al Rey Católico, aceptar las pretensiones de Cristóbal Colón aunque estas fueran muy exageradas. Fue decisiva también la mediación de Santángel, pues el marino estaba determinado a partir hacia Francia.

El 17 de abril de 1492, Cristóbal Colón se presentó de nuevo ante los reyes, pero esta vez para firmar las capitulaciones de Santa Fe, que supondrían para el genovés el conseguir su sueño dorado: el patrocinio de la empresa que le llevaría a las Indias. Si conseguía llevarla a cabo, le harían tan rico o más que el más rico de los nobles castellanos que ahora le miraban por encima del hombro.

La infanta Catalina llevaba meses oyendo hablar del marino. Su aya comentaba que era un visionario y ella, curiosa, quería saber cómo era una persona así. Aquel día, sabedora de que el marino iba a llegar, le pidió a frey Nicolás de Ovando, a quien consideraba su amigo porque le hablaba como a una persona adulta y le había regalado varias veces deliciosos pasteles, que la acompañara a la antesala del salón de audiencias para ver en persona a aquel hombre del que hablaba toda la corte. Viendo que la petición era de lo más inocente, el comendador de Lares de la orden de Alcántara accedió a llevar a la niña al lugar deseado. Allí, en un lateral de la habitación, la pequeña se escondió tras unas gruesas cortinas de seda que estaban ante un oscuro ventanal que daba a un patio interior, desde casi una hora antes de que llegara el personaje que quería escudriñar. La joven permaneció sin apenas moverse, actitud que asombró al comendador, que imaginaba que pronto se cansaría de esperar y se aburriría.

No fue así. Tozudamente, la infanta esperó, incómoda y de pie, tras el cortinaje para ver al futuro almirante. Y por fin, su paciencia dio los frutos deseados. Al cabo de un tiempo se oyó un murmullo de pasos y voces y ella supo que el personaje se acercaba, seguido de una multitud de curiosos, que no querían perderse su presencia en la corte en aquel día. Entonces, doña Catalina sacó la cabeza por el lado para observarle mejor mientras se acercaba, imbuido en sus pensamientos. La idea que se había forjado de él no cuadraba con lo que vio. Colón era un hombre de rostro atractivo y ojos poderosos, con nariz recta y barbilla firme; de mediana estatura, complexión normal, ni demasiado delgado ni grueso. De cabellos claros, los llevaba recortados a la altura del cuello, con un peinado a lo paje, lo cual le daba un aire extranjero. Llevaba un sombrero de terciopelo no muy lujoso y vestía correctamente,aunque con modestia, detectándose en su atuendo que no le sobraba el dinero. Pero su paso era firme y determinado y había algo indefinible en su persona que lo hacía atractivo.

Cuando pasó delante de donde ellos estaban, frey Nicolás de Ovando le hizo un breve saludo, que el otro respondió con cortesía, sin detenerse, porque los reyes le esperaban. La infanta escondió su rostro detrás del cortinaje para que el marino no la viera. Pero la precaución era inútil. Los pensamientos del marino estaban en otro lado y nunca se hubiera fijado en lo que se escondía detrás de las cortinas.

Cuando llegó al fondo de la antesala, los guardias reales le abrieron las puertas y entró por ellas con paso firme. Los guardias las cerraron de nuevo detrás de él. La audiencia era privada.

–Salid ya –dijo el comendador, retirando el cortinaje–. Colón ha entrado en el salón de audiencias. Es hora de regresar con vuestra aya.

La infanta obedeció sin rechistar.

–Muchas gracias por haberme traído aquí, frey Nicolás. Tenía muchas ganas de verle.

–Bueno, pues ya le habéis visto, ¿no? Y ahora decidme qué opinión os merece.

–No sé, comendador. No me imaginaba que fuera así. Es un hombre raro; diferente a nosotros. Imagino que por eso da tanto que hablar –dijo con una seriedad que desmentía su corta edad y que asombró al comendador–. Espero que su alteza mi madre decida financiar su viaje. Será interesante ver qué pasa.

–Así que vos también habéis caído en sus redes, joven señora –dijo el comendador de Lares con tono jocoso.

–No sé a qué os referís –dijo la infanta algo molesta–. Yo solo os he dicho mi opinión. No sé si me gusta o no, pero es una persona diferente.

–Creo que tenéis razón –dijo frey Nicolás–. Colón es un soñador y un aventurero y quizás un temerario, y en la corte no hay personas como él, ni falta que nos hacen. Castilla necesita ahora hombres con los pies en el suelo para reconstruir lo que diez años de guerra han arrasado.

–Ya veremos lo que pasa –insistió la niña–. Solo puedo deciros que su alteza mi madre cree en él y, como sabéis, su palabra es ley.

–Dios nos la guarde muchos años para que siga al frente de los asuntos de gobierno, reinando sobre Castilla. Y os digo que si ellacree en verdad en el aventurero, también creeré yo, pues soy su más fiel servidor y no se habrá de oír palabra alguna de mi boca en contra suya.

–Sois admirable, frey Nicolás.

–No, señora. Solo soy leal y agradecido con quien me lo ha dado todo. Vuestra madre y vuestra familia pueden contar con mi misma vida, pues soy vuestro más fiel servidor. Nunca lo olvidéis.

–No lo haré, descuidad –dijo y se retiró seguida del comendador hasta sus aposentos, donde la esperaba doña María Manuel, algo nerviosa por la osadía de doña Catalina.

Poco tardó en extenderse la noticia como un reguero de pólvora por

Santa Fe. La reina había decidido financiar el viaje de Colón. Y el futuro almirante, lleno de orgullo, se retiraba de la corte para comenzar a preparar la gran aventura de cruzar la mar océana. Había que convocar gentes y contratar tripulaciones. El almirante lo había pensado todo. Serían tres naves las que habrían de partir; una carabela grande y dos más pequeñas, para poder asistirse unas a otras en caso de necesidad. Con el corazón contento e ilusionado, se dirigió hacia los puertos de Cádiz, no sin antes despedirse y agradecer el apoyo que unos pocos amigos le habían dado.

La infanta Catalina se apostó en el camino con su aya para verle de nuevo. Esta vez su rostro estaba sereno e iluminado y se había comprado un traje de mejor paño y lucía un sombrero más rico, pero, sobre todo, tenía una aureola de aventurero que era fascinante. Doña Catalina comprendió muy bien que su madre hubiera decidido financiar su expedición. Muchos otros, que como ella lo habían intuido también, le siguieron para embarcarse con él, si don Cristóbal les aceptaba. Y cuando no se lo esperaba, sus ojos se cruzaron un instante y él le dirigió una sonrisa, como si supiera quién era. La joven princesa mantuvo su mirada sin retirarla hasta que Colón siguió adelante, dejando la corte atrás, perdiéndose por el camino que le llevaba hacia la mayor aventura de su tiempo.

4

La guerra de Italia y las alianzas matrimoniales de los Reyes Católicos

Tras el triunfo en la guerra de Granada, el rey de Aragón volvió sus ojos hacia Italia. El rey de Francia le había obligado a hacerlo. A pesar de que había intentado impedir la campaña de Carlos VIII de Francia, el rey Fernando el Católico que, apoyado por su esposa Isabel, había enviado un embajador al rey para convencerle de que no iniciara su periplo napolitano, no pudo conseguirlo. Carlos VIII de Francia era tozudo y había decidido capturar el reino de Nápoles, apoyándose en pretensiones históricas y dinásticas difusas. No obstante su dubitativo derecho, había usado su astucia y buscado aliados en una Italia corrupta y dividida en numerosos principados, ávidos de oro, del que Francia poseía una buena cantidad. Así, apoyado por Ludovico Sforza, duque de Milán, por Génova, por el príncipe de Salerno, por los Orsini y los Colonna, por parte de los cardenales romanos y por los descontentos con el reinado de Alfonso de Aragón, pariente del Rey Católico y hasta entonces rey de Nápoles, Carlos VIII consiguió entrar en la ciudad y conquistar el reino sin combatir apenas, aunque había ido acompañado de un ejército de 50.000 hombres. Nápoles era francés y sus soberanos de la casa de Aragón tuvieron que exiliarse.

El papa Alejandro VI, nombrado tras la muerte de Inocencio VIII en 149Z, pese a su filiación española, había tenido un papel relevante en la llegada a Italia del francés, aunque luego se había echado atrás. Acabaron pesando más en él los intereses personales y familiares que los italianos. De hecho, la familia Borja poseía grandes posesiones en Valencia, donde tenían como señoríos antiguos Llombay y Gandía. Al tratarse de una familia aragonesa, se convirtió en el mejor aliado de los Reyes Católicos, a quienes les dio oficialmente ese título, que ya usaban desde la guerra de Granada. Al hacerlo oficial, trató de vejar al rey de Francia, que llevaba el título de Cristianísimo. Así fue como facilitó las pretensiones castellanas contra Portugal, incluso cuando la reina Isabel no había pedido ninguna ventaja específica para ella. El maquiavélico Papa tenía una buena razón para fortalecer el poder del Rey Católico. No podía soportar que el rey de Francia se adentrara en territorio de la Iglesia. Ese territorio pertenecía al reino de Nápoles, y aunque Alejandro VI deseaba las posesiones italianas de la corona de

Aragón para su hijo César Borja –o Borgia, como le llamaban todos en Italia-, comprendió que esto no sería posible, y decidió apoyar los intereses del soberano español en lugar de los del francés en la guerra de Italia.

A pesar de todo lo anterior, de modo sutil había dado ciertas pruebas de animadversión hacia su antiguo soberano, como cuando había delimitado por la bula *ínter Caetera* las pretensiones castellanas de la exclusividad sobre los territorios descubiertos por Colón, excluyendo de las mismas al reino de Aragón. Las protestas del rey portugués Juan II habían determinado la reunión en Tordesillas de los monarcas ibéricos y la firma del tratado que había supuesto un auténtico reparto del mundo entre Castilla y Portugal. La nueva delimitación excluía al resto de las naciones, que quedaban al margen de la posibilidad de conquistas ultramarinas en los territorios descubiertos por el nuevo almirante de la mar océana en aquellos que aún estuvieran por descubrir.

Tras el regreso triunfal del primer viaje, el almirante Colón, recibido triunfalmente por los reyes en el salón del Tinell en Barcelona, se convierte en el personaje más popular de España y su fama trasciende a Europa. Todas las naciones hablan de los territorios descubiertos, de la nueva ruta de los mares y lo hacen con tono misterioso, ya que en realidad desconocen casi todo acerca del trascendental hecho, salvo el que se ha producido, porque las cartas de navegación y las rutas de los mares nuevos son uno de los secretos mejor guardados de Europa.

En 1495 de nuevo los embajadores parten hacia las cortes europeas. Isabel, la hija primogénita, ha aceptado casarse de nuevo tras una cierta resistencia. Su nuevo esposo es el rey don Manuel el Afortunado, de Portugal, y ha partido de nuevo hacia la nación vecina. Su boda ha reforzado los lazos de las dos casas reales peninsulares que esperan con ilusión un heredero que no acaba de llegar. Por eso, hay que establecer las condiciones para los enlaces matrimoniales de las otras infantas y del príncipe don Juan. Ha llegado la hora de extender las redes por Europa y recoger la cosecha que el prestigio de los Reyes Católicos merece. Fernando sabe que el momento es inmejorable. La reina no podrá oponerse por más tiempo a que sus hijos se casen y se alejen de la corte.

El emperador Maximiliano es el primero al que se dirige el Rey Católico. Es el personaje esencial de la nueva trama que el rey Fernando quiere urdir. Desde Italia, envía a sus emisarios al emperador. La suerte estaba echada y el rey no se equivocaba. Maximiliano recibe a los enviados del Rey Católico, Antonio de Fonseca y Juan de Albión, con suma cordialidad. La propuesta de alianza que traen los embajadores españoles coincide con sus propios

deseos. Las negociaciones son rápidas. Habrá alianza, y esta se sellará con un matrimonio real. Pero en lugar del matrimonio de Margot con el príncipe don Juan, propone el emperador un mayor compromiso que refuerce la alianza de las casas de Austria y de España; de este modo, la archiduquesa Margarita se casará con el príncipe, pero, además, la infanta doña Juana se casará con el archiduque Felipe, su heredero, que andando el tiempo debía convertirse también en su sucesor en la corona imperial. La proposición era muy ventajosa para ambas partes porque se establecía un fuerte y doble vínculo, difícil de quebrantar, entre dos de los monarcas más poderosos de Europa. Además, así, la cuestión de las dotes de la archiduquesa y de la infanta quedaban en segundo término, ya que ambas iban a contraer nupcias con los herederos de sus padres y una y otra podían compensarse.

Cuando el rey don Fernando recibió las nuevas de su embajador en Bruselas, se frotó las manos y se preparó para comunicárselo a la reina Isabel, a quien disgustaban los proyectos matrimoniales que supusieran el alejamiento de sus hijas de la corte española. Por ello se concentró mucho para que sus palabras fueran lo suficientemente convincentes cuando se presentó ante su esposa para comunicarle las nuevas que acababa de recibir de Fonseca y Albión.

La reina estaba sentada en su estrado, acompañada de su inseparable marquesa de Moya y de su hija pequeña, la infanta doña Catalina, que siempre gustaba de estar cerca de su madre, escuchándola y aprendiendo de sus maneras. Era sin duda la más reflexiva de sus cuatro hijas. Con solo once años, le gustaban los juegos y entretenimientos de la infancia con moderación y, en cambio, se interesaba más por cuanto rodeaba a la condición de la realeza de sus padres. Le fascinaba ver cómo rendían pleitesía a sus padres los altaneros nobles castellanos, los caballeros de las órdenes militares, antaño levantiscos, y los prelados. Y quería entender cuál era la clave de ese poder. Por eso, pidió a su madre que le facilitara un preceptor para que le enseñara a leer y a escribir, cosa infrecuente en las princesas y damas nobles de su tiempo, y la reina, tras consultar con el rey, accedió ante el disgusto de doña María Manuel, que veía en aquel capricho de la infanta algo extraño y antinatural.

Desde que le manifestara esa petición, el rey Fernando miraba a su hija pequeña con mucho mayor interés. Había descubierto en su observación paciente que doña Catalina era una personita extremadamente sensible e inteligente y que había que elegir con cuidado a quienes la rodeaban, porque la infanta tenía muchas cualidades y había que moldearlas bien. Aceptó la compañía ocasional del moderado comendador de Lares de Alcántara, frey Nicolás de Ovando, como un bien para la joven, pero decidió que tuviera una maestra de verdadera calidad que le enseñara latines, y la elegida fue

Beatriz Galindo. También debía recibir enseñanzas ocasionales del humanista Pedro Mártir de Anglería y del propio rey, quien desde entonces se encargó de supervisar en persona la educación de la niña, cuya feminidad apuntaba y que pronto sería ya una adolescente.

–Buenos días, señoras –saludó al acercarse al grupo. Mientras la marquesa y la infanta se alzaban para saludarle, el rey siguió hablando–. Me gustaría gozar un rato de vuestra compañía, Isabel –dijo mirándola de un modo que ella comprendió perfectamente.

Sabía que su esposo quería decirle algo importante. La dama se retiró, tras hacer una reverencia a sus altezas, llevándose de una mano a la apenada infanta, pues gustaba de estar presente en las charlas políticas y estaba acostumbrada a que sus padres le permitiesen oírles. Al no ser así esta vez, pensó que su padre hablaría con su madre de una cuestión de suma importancia.

No se equivocaba la infanta. Con mucho tino presentó el rey a su esposa la idea del doble enlace.

–Ya sabéis, Isabel –comenzó el rey–, que envié a Fonseca y a Albión tras el emperador para conseguir reforzar su alianza contra el pérfido rey de Francia, que tanto aflige las posesiones de mis primos en Nápoles y amenaza las mías propias en Sicilia.

–Sí, esposo mío –dijo la reina, poniendo toda su atención, como siempre, a las palabras de su esposo–. Sé que les habéis enviado y que han regresado, espero que con buenas noticias.

-Son inmejorables, Isabel –dijo el rey–. El emperador Maximiliano nos ofrece una alianza contra el rey de Francia, que se sellará con el matrimonio no solo de la archiduquesa con nuestro hijo el príncipe don Juan, sino, además, nos ha propuesto la boda de nuestra hija doña Juana con su heredero, el archiduque Felipe, al que llaman el Hermoso.

La reina escuchó la excelente propuesta y no tuvo más remedio que concluir que aquel era un enlace extraordinario y honroso para la casa de Aragón y de Castilla. El matrimonio doble suponía que los futuros reyes de España y el futuro emperador de Alemania serían hermanos y cuñados, y como no había ningún territorio donde existiera una posible fricción, la alianza era la más deseable para ambos. Maximiliano apoyaría las pretensiones italianas de Aragón, mientras que Aragón apoyaría las campañas del emperador en el norte de Italia y contra Francia. El rey francés pronto se sentiría en una pinza que de verdad lo incomodaría.

–En fin –dijo la soberana–. Tendré que resignarme a perder a mi hija Juana, aunque la verdad es que no se podía casar con mejor partido en el mundo. Pero decidme, ¿cómo han contestado los venecianos y el Papa a nuestra propuesta de alianza?

–También han dado resultado positivo. Han aceptado formar una Santa Alianza que no solo lo sea de nombre. Además, y por sorpresa, se les ha unido también el traicionero Ludovico Sforza, duque de Milán, a quien Carlos VIII no ha sabido tratar lo suficientemente bien tras su apoyo. Te aseguro que entre todos lo vamos a echar de Nápoles en este mismo año de 1495.

–Perfecto. Sea, pues –dijo la reina–. Vamos a firmar la orden para que partan los soldados. Irán al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba.

–Buena elección, alteza –dijo el rey–. Me parece un buen militar que merece la oportunidad de probar un generalato.

En el año 1496, las cosas eran favorables para los reyes españoles. Colón regresa de su segundo viaje, donde explora las Antillas, Cuba, Santo Domingo y Jamaica y, tras pasar muchas penalidades, consigue llegar a Cádiz en deplorable estado, tras haber fallecido la mitad de la tripulación y haber sufrido una travesía infernal. Mientras el agotado almirante descansaba de sus esfuerzos, el Rey Católico ve cómo su política italiana comienza a dar resultados. Fernando V no va a dormirse en los laureles. Sabe que es el momento de forzar las alianzas que aislen al francés.

Las campañas del 95 y 96 fueron buenas para las armas españolas y el rey de Francia. La derrota de las tropas del duque de Montpensier y del señor D'Aubigny habían supuesto la obligatoria retirada del reino de Nápoles, cuyo rey, Fernando II, hijo de Alfonso, había vuelto a sentarse en el trono. Pero aunque hubiera triunfado en la campaña contra el rey Carlos VIII, el Rey Católico sabía que el soberano seguía intrigando contra él y que de ninguna manera había renunciado a sus pretensiones italianas. Por ello, haciendo uso de su genio, decidió completar el trabajo iniciado con un golpe maestro, un último elemento a añadir al entramado de alianzas que había forjado para concluir el cerco de Francia. Y ese elemento era el rey de Inglaterra, a quien Carlos VIII estaba intentando acercar a su territorio con buenas palabras y gestos. Pero los ingleses no habían olvidado aún su derrota en la guerra de los Cien Años, y una alianza con Francia era difícilmente imaginable para el pueblo inglés; y Fernando el Católico lo sabía muy bien.

No había tiempo que perder. Era hora de reverdecer la alianza inglesa. En el Tratado de Medina del Campo de 1489, se estipuló la boda de la infanta Catalina con el príncipe de Gales en lo que no era más que un proyecto, o una declaración de intenciones, dado que tanto la infanta como el príncipe de Gales tenían entonces solo cuatro años. Ahora había transcurrido el tiempo y a ambas partes convenía reforzar aquel compromiso. Durante años, Puebla, el embajador de los

Reyes Católicos ante el rey inglés, había asegurado, por instrucciones de su soberano, que se mantuviera el compromiso pero sin cerrarlo del todo. Eso había molestado mucho en el pasado al rey inglés, que se sentía incómodo por la ambigüedad de la situación. Protestaba porque aún no se habían celebrado los esponsales, aunque ninguno de los futuros contrayentes tenía edad para casarse, ya que ambos rondaban los doce años. No obstante, como en ese caso los intereses de ambos monarcas confluían, era hora de confirmar el tratado anterior, y el embajador Puebla recibió el encargo de su rey de cerrar el matrimonio de la infanta con el príncipe Arturo de Gales.

Puebla pidió audiencia al rey Enrique VII, que se la otorgó con rapidez, recibiéndole con suma cordialidad en su palacio de Winchester, rodeado de sus hijos y acompañado por el duque de Norfolk. El embajador español acudió a la cita con sus mejores galas, sabedor de que tenía una misión importante que cumplir, y armado de la mayor de las paciencias para negociar con el monarca inglés, que tenía fama de difícil y duro. Pero eso sería después. Ahora todo eran plácemes. Puebla se apercibió de los sutiles honores que se le vendían y tomó buena cuenta de ello. Cuando hizo su entrada en el gran salón con chimenea de piedra donde el rey le aguardaba junto a su familia, no se extrañó de la falta de ceremonia. El embajador supo interpretar con acierto que todo aquello había sido un estudiado gesto del rey inglés para facilitar el acuerdo. Cuando llegó ante el rey lo hizo con la mejor de sus sonrisas.

–Bienvenido seáis, embajador –dijo el monarca cuando el español llegó a su lado.

–Bien hallado seáis, alteza –dijo Puebla, con su mayor cortesía, inclinándose con una reverencia irreprochable, a la que ni siquiera Norfolk podía oponer nada, para después saludar a la reina Isabel, a los príncipes Arturo y Enrique y al duque de Norfolk.

«Alteza, deseo que os hayáis repuesto de vuestro enfriamiento –dijo Puebla mirando al delicado príncipe de Gales, demostrando con el comentario que estaba al tanto de lo que pasaba en la corte.

–Sí, gracias, caballero –respondió el príncipe con su exquisita educación, mirando lánguidamente al embajador–. Me siento muy bien ya tras el resfriado que me tuvo en cama la semana pasada.

–Espero que hayáis tenido un excelente viaje hasta aquí –dijo el rey, cortando la conversación con su hijo- Y asimismo espero que vuestros señores los Reyes Católicos se hallen bien de salud, así como la infanta doña Catalina y el resto de sus hijos.

–Gracias por vuestro interés, alteza. En efecto, están todos muy bien. De hecho, como sabéis, hay nuevas del enlace del príncipe don Juan con la archiduquesa doña Margarita y el del archiduque con la

infanta doña Juana. Las bodas se celebrarán muy pronto, el año que viene, sellándose así la alianza del emperador con mis reyes.

–Eso se comenta en las cortes europeas –dijo Norfolk, con afectado tono y cierta incómoda frialdad–. Podéis darles nuestra enhorabuena a vuestros soberanos. Veo que en ese caso el negocio matrimonial se ha decidido a mucha mayor velocidad que en el caso que nos ocupa –dijo el duque inglés con tono belicoso.

Antes había establecido esta estrategia de acoso al embajador español con su soberano, quien miraba al español con aire inocente.

El embajador español, que tenía muchos años de oficio y sabía muy bien quién era Norfolk y cómo actuaba siempre a instancias de su soberano, no se dejó intimidar, y con la mayor parsimonia mostró entonces un pliego cerrado y sellado que había llevado guardado en el interior de su sobrepelliz. Con gesto teatral, se acercó al rey de Inglaterra entregándoselo, mientras le decía:

–Es una misiva de mis señores los Reyes Católicos. Desconozco su contenido concreto, pero sus altezas me habían pedido que concertara con vos una entrevista para confirmar la alianza matrimonial entre las dos coronas, como está pactado desde el Tratado de Medina del Campo. También mis señores los reyes de España piensan que va siendo hora de concretar las fechas del enlace del príncipe Arturo y la infanta doña Catalina.

Norfolk se quedó cortado por el triunfo del gesto del español. No había esperado que los reyes de España se hubieran adelantado a las quejas del inglés y, solo entonces, comprendió que la visita del embajador español estaba motivada por aquello que a todos interesaba: el matrimonio real. Mientras el rey Enrique VII leía la amable misiva en que los reyes de España le transmitían sus mejores deseos para él y su familia y le anunciaban que el embajador tenía plenos poderes para establecer la fecha de los esponsales, Norfolk meditaba para sacar la mejor tajada posible del enlace en la negociación subsiguiente. Los ingleses sabían que era necesario y los españoles también. Ahora todo era cuestión de dineros.

–Vuestros reyes os otorgan plenos poderes para la negociación de la fecha de esponsales, e imagino que, por ende, para acabar de negociar el tema de la dote –dijo el monarca inglés, estableciendo con esa frase el hecho de que no pensaba aceptar la cantidad pactada anteriormente con el Rey Católico como dote para la boda.

Las cosas habían cambiado. Los Reyes Católicos eran ricos, Francia estaba buscando una alianza con Inglaterra y Fernando necesitaba el apoyo o la neutralidad inglesa para poder manejar con éxito sus asuntos en Italia.

Puebla se armó de paciencia. Ya estaba acostumbrado al tira y

afloja económico que había que jugar con el rey de Inglaterra. Al fin y al cabo la boda era un hecho. Ni uno ni otro cuestionaba la alianza. Pero lo que no sabía el inglés era que el rey de Escocia había intentado también aproximarse a la corte española y propuesto el enlace de su hijo con una infanta. Era una baza que quizás habría que jugar en algún momento.

–Así es, alteza. Creo que debemos fijar la cantidad de la dote de la infanta, que debe ser la que ambas partes consideren justa.

-Espero que vendrá bien vestida, como su hermana Isabel, la princesa viuda de Portugal. Desde luego en toda Europa se habló de la magnificencia de sus vestidos y ajuar –dijo la reina.

–Sin duda, su alteza la Reina Católica se ocupará de que así sea, señora. Bien es sabido el amor que mi señora tiene a sus hijas y dudo que dejara venir a su hija a Inglaterra sin el adecuado ajuar.

–No nos disipemos, embajador –dijo el rey–. ¿Qué cifra ofrecéis como dote de la infanta? No olvidéis que, si Dios quiere, va a ser reina de Inglaterra algún día, cuando Arturo me suceda en el trono.

–Eso será dentro de muchos años, si Dios quiere, señor –respondió el embajador, adelantándose a los mismos hijos del rey en la respuesta.

–La voluntad de Dios es inescrutable –dijo el rey mecánicamente–. Pero es cierto que algún día se sentará sobre el trono inglés, si contrae matrimonio con Arturo.

–Al menos tiene una posibilidad, señor –dijo el embajador, mirando con fijación al heredero que sostuvo su mirada, a pesar de que esta era una clara alusión a la debilidad notoria de su salud, siempre amenazada por enfermedades que lo postraban en cama durante días, cuando no semanas. Por el contrario, el pequeño príncipe Enrique, que estaba al lado de su madre, tenía el rostro saludable, era de cuerpo regordete y robusto y en la corte se decía que tenía toda la energía que le faltaba a su hermano, a pesar de tener solo cinco años, pues había nacido seis años después que el príncipe heredero.

–Dejad de filosofar, señor Puebla –dijo el rey–. ¿De qué cifra estamos hablando?

–Ya sabéis que sus altezas no pasan por un buen momento económico. La guerra de Italia ha supuesto muchos gastos.

–¿Cómo decís? –cortó riendo el duque de Norfolk–. Es notorio que el almirante, cuya fama recorre Europa, ha descubierto territorios ricos en oro para la corona de Castilla. ¿No es pues lógico que una parte del mismo vaya a parar a la dote de una de las hijas de los reyes? Esta no debiera bajar de trescientas mil coronas. No cedáis, alteza. Es lo mínimo para un enlace tan ventajoso para España.

–Estimado duque –dijo el embajador–, os agradezco los cumplidos que hacéis a la riqueza de mis señores, y sin duda el enlace de la infanta es ventajoso, pero os habéis olvidado de puntualizarque lo es para ambos. Enlazar con los Reyes Católicos es un honor para cualquier casa reinante en el mundo y, como sabéis, el mismo emperador Maximiliano lo considera perfecto y por eso lo ha redoblado. De hecho, como sabéis –dijo con el tono más inocente que pudo, soltando el as que tenía guardado en la manga–, el rey de Escocia lleva intentando acercarse a los monarcas españoles desde hace tiempo, para ofrecerles un enlace entre el heredero de la casa de Estuardo y una infanta de Aragón que, como sabéis, mis soberanos han desestimado.

La andanada dio en su sitio. La cara del rey se quedó muda de asombro durante un instante y, mientras se reponía, Norfolk, que también había sido sorprendido por el español, reaccionó más rápido:

–Evidentemente, embajador. Sabemos de los intentos del rey de Escocia, pero eso no tiene por qué afectar a esta negociación.

–Claro que no, duque –dijo el embajador, sabiendo que había ganado la partida–. Sin duda su alteza lo ha ponderado todo al considerar la cantidad que pretende conseguir como dote, y asimismo imagino que habrá decidido ya las rentas que se le otorgarán en propiedad a la infanta cuando sea princesa de Gales.

–En ello he estado pensando, en efecto –dijo el rey, reponiéndose de la sorpresa–. La infanta no podrá quejarse de la generosidad de su futuro suegro el rey de Inglaterra, puesto que recibirá un tercio de las rentas del principado de Gales, así como las rentas enteras de al menos otros dos condados, que ya decidiremos más adelante.

–Me parece muy razonable por parte de vuestra alteza –dijo el embajador.

–Yo por mi parte también estoy dispuesto a hacer un esfuerzo extraordinario en nombre de sus altezas mis soberanos, y en cuanto decidáis cuáles son esos otros condados daremos cumplida respuesta a la cantidad de la dote que en ningún caso excederá las ciento cincuenta mil coronas.

–No es posible que habléis en serio, Puebla –dijo el rey, que comenzaba a estar contento, vislumbrando que la dote rondaría las doscientas mil coronas–. Es tan poco... –dijo en un gesto teatral.

–Ya encontraremos la solución, alteza –dijo el embajador–. De todos modos, la infanta irá acompañada de muchas riquezas personales, que no cuentan como dote.

-Continuaremos hablando del tema en Londres, embajador –dijo el rey, dando por concluida la audiencia–. Os veremos allí la semana que viene.

–Será como deseéis, alteza. Acudiré a palacio en cuanto me lo ordenéis.

–Os llamaremos en cuanto nos instalemos en Londres. E id preparado para firmar el acuerdo matrimonial.

–Así será, señor –dijo Puebla, haciendo una graciosa reverencia de una elegancia difícil de igualar, que luego repitió dirigiéndose a la reina y a sus hijos y que terminó con una leve inclinación de cabeza para con el duque.

Estaba encantado porque su misión había sido cumplida con éxito. La boda podía considerarse un hecho. El rey había comprometido suficiente número de rentas para garantizar unos ingresos dignos a la infanta, cosa que tranquilizaría a la Reina Católica y facilitaría toda la negociación.

En la corte de Zaragoza los reyes reciben en el hermoso palacio de la Aljafería, antiguo alcázar árabe de la ciudad, cuyas obras encargadas por ambos están culminándose en el bello estilo decorativo que todos dan en llamar Reyes Católicos, que supone una evolución del gótico florido que encabeza el arquitecto Covarrubias y que tiene hermosísimos ejemplos en diversas partes de España. Esa España que está estrenando su unidad, aún muy frágil, en las personas de sus soberanos, quienes a fuerza de buen gobierno van consiguiendo cimentar una cierta unidad nacional, limitada en muchas cuestiones, ya que cada uno de los reinos tiene sus fueros y privilegios propios, sus leyes y sus costumbres e instituciones, aunque por encima de todos se superpone la autoridad superior de sus soberanos, que aúnan sus esfuerzos para engrandecer a los reinos bajo sus coronas.

El rey había estado con su camarero Juan Cabrero, que seguía siendo la persona de su mayor confianza, y con Gabriel Sánchez, jefe de palacio y tesorero general de Aragón, cuya opinión era importante para el rey, a quien siempre acudía en momentos delicados porque era capaz de encontrar recursos en momentos difíciles.

Había llegado la ratificación del tratado inglés. El compromiso de la infanta Catalina era un hecho y ahora había que ir pensando que esa boda, que en principio no estaba tan clara para elmonarca aragonés, tenía visos de concluirse. Puebla negoció bien y la dote de la infanta, aunque enorme, podía ser pagada cuando llegara el momento. Ahora le tocaba hacérselo ver a la reina.

Con paso cansino se dirigió hacia la recogida salita, donde la reina estaba con la condesa de Haro, doña Catalina Suárez de Figueroa. Esta, que era la esposa del condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, había venido a cumplimentar a su alteza acompañando a su marido, pero por encima de la cortesía la reina

había congeniado con ella desde el principio y gustado mucho de su compañía. Por ello, tras concluir el almirante los negocios que le traían a la corte, en atención a los deseos reales, habían decidido permanecer una semana más en Zaragoza.

La presencia de uno de los grandes castellanos más ilustres en la ciudad había provocado que los señores aragoneses se esmeraran y organizaran algunas fiestas y recepciones que habían dado bastante brillo a la ciudad. Mientras subía la gran escalera que habían ordenado cambiar y cuyo artesonado era deslumbrante, el rey pensaba en las consecuencias de las alianzas que estaba forjando. El Imperio e Inglaterra eran dos inmejorables aliados, y Portugal el más necesario, porque estaba en casa, dentro de los límites peninsulares. Tras la firma de los contratos, solo quedaría soltera la tercera de sus hijas, la infanta doña María.

Don Fernando sabía que, en el fondo de su corazón, la pérdida que más le dolería sería la de su hija pequeña, la infanta doña Catalina, de la cual estaba muy cerca. Le gustaba charlar con ella y dejar que le preguntara acerca de los asuntos de gobierno y le divertía y admiraba el tesón que demostraba en el estudio. Así, en pocos meses, la jovencita estaba haciendo notables progresos en latín y en escritura y estaba recibiendo con mucho afán e interés los conocimientos que sus educadores volcaban en ella cada vez con mayor ilusión, ya que era raro que una alumna real tuviera tanta sed de aprender.

«¡Qué pena me da que tenga que irse tan lejos a un país de bárbaros!», pensó el rey, aunque rápidamente intentó borrar el pensamiento.

Detestaba que sus sentimientos interfirieran con sus intereses y los tenía controlados hasta un grado difícil de igualar, de modo que muchos murmuraban que era de naturaleza inescrutable. Y él, que estaba informado de cuanto pasaba en todos lados y más aún a su alrededor, gustaba de tener esa fama, así como la de hombre frío y calculador, igual que otros gustan lo contrario.

Por eso aceleró el paso y se llegó ante la reina, quien, tras despedir a la condesa, le dejó sentarse y recuperar el aliento. La tarde era tranquila y la habitación acogedora. Se tomó su tiempo y disfrutó unos minutos de la estancia bellamente decorada con algunas de las maravillosas tablas flamencas que la reina gustaba de coleccionar y admiró la *Santa faz* de un maestro flamenco, que la reina llevaba a todos lados, y un hermoso *Descendimiento* de la escuela de Memling, que junto a una *Virgen* de Van der Weiden y un pequeño paisaje de Van der Goes, daban a la habitación un aire de gran lujo. Cuando sintió que su espíritu se reposaba un poco, en compañía de su esposa, le contó las noticias del norte, repitiéndole lo que el enviado le había

dicho y mostrándole el tratado ratificado por el rey inglés, del cual colgaba el sello con las armas de Inglaterra. La alianza inglesa estaba firmada y ratificada por el rey inglés y por su apoderado Puebla. Ahora solo había que establecer las fechas de la boda, pero eso sería cuando la infanta creciera lo suficiente.

La reina, que lo conocía mejor de lo que él se imaginaba, le miró con infinita ternura, detectando la levísima debilidad en su impasible tono cuando le hablaba de asuntos de Estado. Y esta vez, curiosamente, aunque sentía gran dolor por la pérdida de aquella niña ilustrada y estudiosa, casi sintió una pena mayor por su esposo que la amaba con más ternura que a cualquiera de sus otros hijos, a pesar de que intentaba siempre ocultarlo, y las palabras que salieron de sus labios no estaban dirigidas a consolarse sino a consolarle a él.

–Dios mío –dijo la reina–. Qué dura es la tarea de reinar. Uno cría a los hijos para que después partan a lugares lejanos con costumbres diferentes y queden a merced de la buena voluntad de unas gentes con las cuales uno no andaría ni una legua a caballo.

El rey asentía sin darse cuenta. Ella siguió hablando.

–Pero esta boda aún no puede celebrarse. Ella no tiene ni doce años y me niego a que salga de nuestros reinos antes de los quince o dieciséis; así pues, ya puede ponerse como quiera el rey de Inglaterra y pedir cuantas dispensas quiera para esponsales por la corta edad de los contrayentes, pero te digo, esposo mío, que hasta que no se cumpla esa condición, nuestra hija Catalina no ha de salir de España.

–¿Habláis de mí? –dijo con su hermosa voz la infanta, que entró en la habitación en ese momento–. ¿Acaso estáis planeando mi boda y ya queréis libraros de mi presencia?

–Sí y no, hija –dijo el rey–. Tu boda ha sido ya negociada con el príncipe de Gales, Arturo de Inglaterra, que es algo pariente nuestro y es un joven bueno, casi de tu misma edad.

–Ya lo sé –dijo la infanta, que conocía al dedillo las genealogías y los nombres de los vástagos de todas las casas reinantes europeas, con una precisión asombrosa–. Nosotros tenemos ascendientes Lancaster, comunes a la casa real inglesa, por la abuela de nuestra madre que era hija del duque de Lancaster, don Juan, quien se casó en Portugal.

–Así es, hija. Es un matrimonio honroso y, llegado el día, serás su reina. Y aunque es un pueblo belicoso y poco dado a admitir extranjeros, tú no serás vista como tal por esa sangre de su casa real que llevas. Por ello, ese país te respetará, aparte de por tus muchas virtudes. No lo olvides nunca, Catalina, y tampoco olvides que eres nuestra hija y que mereces un respeto como tal que nadie te podrá negar –dijo con un tono de seriedad que nunca antes había empleado con ella.

–No te preocupes, padre –dijo mirándole a los ojos–. Sé quién soy y de dónde vengo y no dejaré que nadie lo olvide, por mi honor y por el vuestro. Te doy mi palabra. Aunque me vaya la vida en ello, nadie pisoteará mi dignidad ni mis derechos –dijo la joven–. Y antes de salir de España, estaré perfectamente preparada para el deber que tengo que cumplir. No me cuesta nada asumir el compromiso. Más bien lo contrario. Me honra que hayáis negociado un matrimonio con un príncipe que me convertirá en la futura reina de un país.

Y su padre, que se preciaba de conocer a los hombres y que rara vez se equivocaba cuando los juzgaba, oyéndola se quedó tranquilo, porque aunque era casi una niña, en su tono de voz había la fuerza de un adulto y la firmeza de un espíritu difícil de doblegar. Y por eso la creyó.

También su madre se quedó admirada de sus palabras y desde ese instante dejó de considerarla una niña, sintiéndose muy orgullosa de haber criado a un ser como aquella infanta que sin duda daría que hablar. Desde luego tenía carácter, eso no se podía dudar, y aunque le preocupase el matrimonio, consideraba que estaba mucho mejor preparada que las demás para salir del nido. Mucho más que su segunda hija, la pobre archiduquesa Juana, de quien estaban comenzando a llegar inquietantes noticias. Tras su reciente boda, parecía que su excesivo amor y su obsesión porsu esposo estaban comenzando a ser la comidilla de la intrigante corte de Bruselas. Había tenido ya varios ataques de celos, provocados por algunas de las damiselas nobles flamencas. Aquella situación preocupó a la reina de Castilla, porque la archiduquesa había perdido el control con ellas y, sin pruebas manifiestas, las había insultado e intentado expulsar de la corte.

En Bruselas estaba perdiendo el respeto de los subditos de su esposo y eso era grave. No iba a ocurrir lo mismo con esta otra hija tan educada y tan consciente de su realeza. «¡Qué diferentes le habían salido sus hijas!», pensó la reina. Isabel se parecía a ella con algo de mezcla de su padre en físico y en carácter. Juan, su hijo, le recordaba muchísimo a su fallecido hermano al que tanto quiso, el malogrado infante don Alfonso. Juan era un enigma, que le recordaba vagamente a su madre, la princesa Isabel, y la reina temía que hubiera heredado de ella aquella terrible melancolía que la acosó hasta casi enloquecerla al final de su vida y que era propia de la casa real portuguesa de Avís. Luego estaba la discreta y tranquila María, que disfrutaba de la vida y no pedía demasiado de ella, y por último esta exigente Catalina, cuyos ojos brillaban como soles iluminados por una antorcha que llevaba en lo profundo de su pecho y que sin duda la ayudaría a protegerse de los avatares de la vida.

–¡Ven, hija! –dijo la reina–. Aún faltan muchos años para que nos

dejes. No adelantemos circunstancias –dijo dulcificando el ambiente de la habitación–. Démosle tiempo al tiempo. Ahora estamos aquí y por el momento aquí seguiremos. Luego solo Dios dirá.

–Buenas palabras son –dijo el rey–. Tenemos mucho tiempo por delante y, en este momento, lo más importante es el heredero que tu nueva hermana, la princesa Margot de Austria, tiene que dar a nuestros reinos. Ese es su deber: engendrar pronto un heredero para los reinos de Castilla y Aragón.

–¡Ojalá sea pronto, esposo mío! –dijo la reina–. Ya vamos siendo mayores y tengo deseos de ver nacer a nuestros nietos, antes de que la vejez nos llegue.

–No exageréis, madre –dijo la infanta–. Sois muy joven y aún os quedan los mejores años por delante.

–Gracias, hija, por tus palabras, pero de verdad, te digo que deseo en lo profundo del corazón ver al que será el heredero de nuestros reinos. Solo entonces me sentiré tranquila.

–Y yo –dijo el rey.

La reunión íntima fue interrumpida por la camarera mayor que traía unos bollos para la reina. Se interrumpió al ver que esta tenía compañía. Pero Isabel la hizo pasar y dejar los dulces, y cuando se retiró invitó al rey y a la infanta a que disfrutaran con ella del fino trabajo de la pastelería real.

5

Muertes en la casa de Trastámara

La infanta Catalina pasea por aquel jardín maravilloso del Generalife granadino que tanto le había gustado desde la infancia. Así consigue escapar del ambiente opresivo de los salones antaño festivos de la Alhambra, donde se halla la corte, triste y taciturna, que rodea a sus padres en esos días de dolor. La acompaña su buen amigo frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares de la orden de Alcántara, que a pesar de sacarle casi treinta y cinco años, es una de las pocas personas cuya compañía acepta de buena gana y que es capaz de sacarla del mutismo en que ha caído poco a poco, casi sin darse cuenta. Últimamente, intentando abstraerse de la atmósfera cargada de palacio, ha volcado su atención en el estudio y en la oración, y eso, en una joven de su edad, es como enterrarse en vida.

Ese año de 1499 se le está haciendo muy cuesta arriba. Solo tiene catorce años, pero siente como si tuviera cincuenta, los mismos que el buen comendador Ovando. Su alegre semblante de hace apenas un par de años ha cobrado una apariencia seria y contenida. Sus vestidos están ennegrecidos por un luto que no cesa de oscurecer la esperanza y el horizonte de la casa real. Tras el terrible golpe que fue para todos el fallecimiento del príncipe heredero de España, don juan, en junio de 1497, su esposa, la princesa viuda, doña Margot de Austria, parió una niña muerta en Alcalá, que acabó con el deseo de los Reyes Católicos de que la casa de Trastámara tuviera un heredero varón que la continuase.

Pero eso no había sido todo. Parecía que la familia estaba viviendo una pesadilla continua de la que no podían despertar. A un dolor seguía otro, como si los Reyes Católicos, maldecidos por tantos de aquellos sarracenos o judíos que fueron obligados a convertirse o a irse, tuvieran que vivir en sus propias carnes el mismo dolor que ellos habían provocado. Y un nuevo golpe inesperado cayó sobre las cabezas de Isabel y Fernando, como un verdadero mazazo que amenazó todo el edificio que ellos habían creado. En agosto de 1498 había muerto inesperadamente, de sobreparto, su hija mayor, la reina doña Isabel de Portugal, esposa de don Manuel I el Afortunado, heredera de las coronas españolas tras la muerte del príncipe don Juan, después dar a luz a su enclenque hijo, el príncipe Miguel, al que todos llaman de la Paz. Y ahora, para acabar de entristecer a la infanta

Catalina, a quien la muerte de sus hermanos había dejado desconsolada, le había tocado el turno de salir de la corte a la última de las hermanas que estaba a su lado, la tranquila y buena doña María, que acababa de partir hacia Portugal para sustituir en ese trono a su querida hermana mayor fallecida.

Dolor y muerte. Muerte y dolor. La corte está apagada a fuerza de lágrimas. No hay bailes ni fiestas, y no se oyen risas en ningún lado desde hace meses. Solo rezos, responsos, funerales, misas y recuerdos, muchos recuerdos. Los palacios de Castilla, Aragón y Andalucía están cargados de la memoria de quienes se han ido para siempre. En adelante ya nada volverá a ser igual que antes.

¿Por qué le ha tenido que pasar a ella?, piensa la Reina Católica. ¿Cuál es su pecado para que tengan que afligirla tantos dolores? La vida estaba golpeándola, quitándole lo que más amaba, sus hijos, por quienes hubiera dado su misma vida, que ahora sentía vacía. Isabel la Católica se siente como un fantasma. Aunque vaya mudando de ciudad y de palacio, el estado de su espíritu es siempre melancólico en esos tiempos oscuros y lleva a recordar la tristeza de su infancia; aquella tristeza dolorosa de la corte de Isabel de Portugal en Arévalo, donde, abandonados de todos, tras la muerte de Juan II de Castilla, se criaron su hermano Alfonso y ella, con aquella madre enferma, viviendo en precarias condiciones económicas y donde lo único que tenían era la esperanza. Ahora no hay dificultades materiales ni le faltan el respeto, pero el dolor y la desesperanza son sus compañeros diarios. Solo su indomable disciplina, su sentido del deber y su ecuanimidad la mantienen en pie. Su confesor, fray Francisco Ximénez de Cisneros, con su aspecto pálido y escuálido, era como la imagen de ese ascetismo rígido y duro que la reina sentía necesitar para poder sobrevivir a tantas pruebas.

Por otro lado el rey, abrumado por el dolor y por la complicación que tanta muerte inesperada suponía para sus planes, intentaba recomponer su maltrecha estrategia internacional. Veía que en caso de morir el frágil príncipe don Miguel, a la sazón heredero de los tronos de España y Portugal, el archiduque Felipe el Hermoso, como esposo de su hija doña Juana, sería el futuro señor de Castilla y Aragón, algo con lo que Fernando nunca había contado ni deseaba. El marido de su hija no era un príncipe inteligente, ni prudente y, además, para los reinos peninsulares, nunca había sido bueno el reinado de extranjeros. Los españoles no gustaban nada de ellos y si el príncipe Miguel moría, cosa que no era improbable, parecía que la casa de Habsburgo se sentaría en el trono español tras la muerte de él y de su esposa, algo que su mente brillante consideraba desastroso para las coronas de Castilla y Aragón y que podía dar lugar a graves desórdenes interiores, como los que hubo al principio de su reinado y en tiempos de los reyes

anteriores.

Pero la espantosa realidad mostraba que doña Juana era la única de sus hijas que había sobrevivido a un parto, y seguía gozando de excelente salud física. Ya tenía a la archiduquesa Leonor, una niña sana y fuerte, y estaba de nuevo embarazada para alegría de la corte de Bruselas esperando tener un nuevo hijo para mediados de febrero del año entrante de 1500. A pesar de su estado, o quizá precisamente a causa de ello, su carácter se estaba desmoronando. Desde que se casó, mostraba un excesivo amor a su esposo y unos celos enfermizos e incontrolables que comenzaban a hacerle perder los papeles con las damas de la corte de Bruselas, a quienes imaginaba con facilidad intentando seducir a su esposo. Aunque en algunas ocasiones esto había sido cierto, la mayoría de las veces sus celos eran invenciones de su espíritu atormentado, y don Fernando el Católico sabía por sus espías que el archiduque y su corte se reían a sus espaldas de los excesos de la archiduquesa. No obstante, tras la muerte de sus dos hermanos mayores, solo el pequeño príncipe se interponía entre ella y los poderosos tronos de España, y eso estaba haciendo que se la tratase con mayor respeto, dada la inmensa herencia que le esperaba. Parecía como si la suerte estuviera rondándola con aquello que no deseaba, cuando le negaba lo que más quería, que era la devoción exclusiva de su esposo.

Las preocupaciones del rey Fernando el Católico tras la muerte de sus dos hijos mayores habían hecho que se ocupase menos que antes de la infanta Catalina, justo cuando ella más necesitaba del apoyo paterno y de sus agradables paseos y charlas, que de un tiempo a esta parte apenas se producían. Por ello, la sensible joven se refugió en sus estudios de latín y humanidades, con doña Beatriz Galindo y en la compañía de su hermana, la infanta doña María, así como en la de su aya, doña María Manuel, que la quería sin resquicios y la apoyaba ciegamente, aunque esto no bastara a la sensible y torturada mente de la infanta. De hecho, el verdadero problema era que Catalina estaba atemorizada. Recordaba los rostros sonrientes de sus hermanos muertos y los veía en las grandes fiestas de sus bodas, rodeados de todo aquello que imaginaron que sería el comienzo de sus mejores épocas, y que en cambio los había matado. En realidad, las bodas de sus hermanos fueron la antesala de sus catafalcos reales.

«¿También le ocurriría lo mismo a ella?», esa era la pregunta que roía su interior continuamente pero que ella eludía incluso pensar y que en ningún caso se hubiera atrevido a exteriorizar. Su piedad y su deber se lo impedían, pero estaba muy asustada y temía el día, no muy lejano ya, en que tendría que partir a una corte extraña a compartir el lecho nupcial con un príncipe de salud frágil, que le daría un hijo que tal vez la mataría en su alumbramiento…

–¿En qué pensáis, señora? –dijo el comendador de Lares de Alcántara, interrumpiendo los dolorosos pensamientos de doña Catalina al ver cómo el rostro de la infanta se llenaba de angustia.

–No puedo decíroslo, frey Nicolás. No me atrevo a hacerlo.

–Entonces dejadme que yo lo imagine –dijo el hombre, con una dulzura desacostumbrada–. Quizá lo que os ronda la mente es que teméis sufrir el mismo destino que vuestros hermanos. Pensáis que vais a morir cuando os caséis –dijo el caballero de Alcántara, mostrando una capacidad de percepción asombrosa.

–¿Cómo podéis saberlo? –dijo la infanta–. Nunca se lo he contado a nadie y no creo ser tan transparente en mis pensamientos.

–Os conozco bien, señora, y soy mayor que vos, lo cual me da cierta experiencia en el enjuiciamiento de las personas que vos aún no tenéis. Además, como caballero profeso de mi orden militar, he hecho voto de castidad y eso me ha hecho más observador, al cortarme la vía natural de la procreación, donde la mayoría de los seres humanos vierten sus frustraciones e insatisfacciones, esperando que sus continuadores sean capaces de triunfar donde ellos no lo hicieron. Como yo no tengo esa posibilidad, debo hacer cuanto esté en mi mano para no dejar cuentas pendientes, pues aquello que no sea capaz de concluir por mí mismo nadie lo ha de hacer.

–Eso no es del todo cierto –dijo la infanta, saliendo un tanto de sus morbosos pensamientos, forzada por el comendador–. Tenéis a vuestros sobrinos, los hijos de vuestros hermanos, don Diego, don Hernando y don Rodrigo.

–No es lo mismo, señora. La línea directa nunca es como la colateral. Pero es cierto que también son sangre de mi sangre y están ahí, como consuelo a mi soledad, cuando se siente la pena que inevitablemente se produce alguna vez, cuando nos da por pensar cómo habría sido nuestra vida si hubiéramos tomado otra dirección.

–¿Acaso no estáis a gusto con lo que tenéis? Sois el comendador de Lares de Alcántara, la mayor encomienda de vuestra orden, y contáis con la plena confianza de sus altezas, los reyes, a quienes habéis servido bien en muchas campañas y en muchos trabajos de diplomacia. Lo sé, porque ambos me han hablado siempre de vos en los mejores términos y les agrada nuestra amistad, que consideran beneficiosa para mí.

–Me abrumáis con tanto cumplido, señora. Ya sabéis que podéis contar conmigo para cuanto necesitéis. Pero en lo tocante a lo otro, os diré que me habéis interpretado mal. No es que yo no esté contento con lo que tengo. Todo lo contrario. Doy gracias al Señor cada día por sus bondades para conmigo. Y estoy profundamente agradecido a vuestros padres, que me honraron con una encomienda rica y

poderosa, la de la misma villa de Alcántara, donde tiene su sede mi orden, que cubre con creces mis necesidades y que además me llena de orgullo, porque soy natural de la villa de Brozas, de donde era mi madre, que está a muy pocas leguas y que también pertenece a la orden.

–¿Cómo es ese lugar? –preguntó la infanta al comendador, con interés, olvidando por un instante sus preocupaciones.

–Es una hermosa villa –dijo él– con tres parroquias, la mayor de las cuales es una iglesia preciosa, que llaman la catedralina de Santa María, porque tiene dimensiones suficientes para serlo, y donde están los enterramientos de una parte de mis mayores, mientras que la otra está en la iglesia de los Santos Mártires. En ese pueblo, donde hay casi más casas palacio e hidalgas que villanas, nací yo, y es un lugar que llevo en lo profundo de mi corazón, como sus tierras fronterizas ricas y onduladas y esos valles hermosos y áridos, buenos para la caza a caballo y la meditación en soledad, que conseguimos quitarle hace siglos a los portugueses por la fuerza de las armas.

La infanta se admiró de ver cómo se transformaba el rostro de aquel aguerrido caballero cuando hablaba de su tierra, y sin quererlo se relajó un poco.

–Esa es mi fuerza, señora. Brozas, la tierra de mi madre, y Cáceres, la hermosa ciudad de los palacios de nobles antaño levantiscos, que vuestros padres supieron dominar. Tierras de buenos caballeros y casas nobles y antiguas, como la de mi padre el capitán Diego de Cáceres Ovando, que en gloria esté, donde mis hermanos tienen sus casas, así como mis parientes, los Ulloa y los Carvajal, los Mayoralgo y los Sande. Allí están también las casas de los Saavedra y los Solís, los Duran de la Rocha y los Sánchez Paredes, sin olvidar a los aguerridos Golfines y a los Becerra. Esos recuerdos y las piedras de las casas de mis mayores me afirman en mis dudas, cuando las tengo. Pero al lado vuestro, señora, yo no soy nada –dijo mirándola a los ojos.

»Vos sois la hija de la reina más grande que ha tenido Castilla y del rey más inteligente de la corona de Aragón. Por vuestras venas corre la sangre de cien reyes que han luchado con éxito por expulsar a los invasores moros de esta tierra nuestra, que han sabido dar a nuestras ciudades buenas leyes y a nuestro reino prosperidad. Por eso, señora, es muy importante que grabéis en vuestro corazón que ningún destino es arbitrario ni diferente de lo que Dios dispone, cuando lo hace. Y vos, como infanta que sois, tenéis una carga de destino y unas raíces que se hunden en la tierra de vuestros mayores y os dan esa seguridad que otros no tienen. Os lo digo porque es la pura verdad. Y si a mí me dan fuerza dos ciudades pequeñas, a vos os la deben dar dos grandes reinos, llenos de orgullosas ciudades que vuestros antepasados han

fundado, embellecido y fortalecido a lo largo de los siglos. Sois una infanta de España y, si me permitís el cumplido –dijo con un tono cargado de emoción y devoción-, la más inteligente y válida de los hijos de sus altezas, los reyes de España. Por eso tenéis un deber especial para con ellos y para con la historia de vuestra real familia: el de ser digna de tantas prendas y dones.

–Callad, frey Nicolás –dijo la infanta que estaba emocionándose, al punto de que las lágrimas apuntaban en sus ojos.

–Perdonadme, señora, que no os obedezca por esta vez. Pero no puedo hacerlo. Tengo que hablar para llenar vuestro silencio, que os está reconcomiendo. Tengo que hacerlo para poder deciros que tengáis presencia de ánimo, porque puede que vuestro destino no sea fácil, pero os aseguro que no seréis olvidada, como tantos otros, que pasan por la vida del siglo sin pena ni gloria, desaparecen sin dejar memoria, y vuelven al polvo del que salieron en la oscuridad. Ese no es vuestro caso, sino más bien el contrario, porque está escrito en el libro de Dios que sois una infanta de España y tenéis un papel que interpretar en la historia de este tiempo que vos habéis querido olvidar, encerrándoos en un mutismo que os avejenta y endurece. Por eso, como amigo verdadero que soy, me toca recordaros hoy quién sois y para qué estáis aquí, cuando aún estáis a tiempo de vivir con serenidad y alegría vuestra vida, que se extiende ante vos llena de posibilidades. Lo que ha acontecido con vuestros hermanos no tiene por qué pasaros a vos. No estáis malditos. Simplemente, las cosas han sucedido así por deseo del Todopoderoso y todos debemos plegarnos a su voluntad.

La infanta se echó a llorar, sacando las lágrimas que se había tragado durante meses, que fluyeron en un río incontenible. Frey Nicolás la dejó llorar en silencio, mientras sus palabras caían en el espíritu de la joven como un bálsamo.

–Mirad a vuestra cuñada, la princesa Margarita. Ella es otro espíritu poderoso que no se deja abatir por las circunstancias. Su vida es un ejemplo viviente de fuerza. No veréis en su rostro, sonriente y sereno, una traza del dolor que siente. Y eso es porque ella ha asumido desde pequeña su deber. A diferencia de vos, que habéis tenido siempre cerca a vuestra madre, la reina doña Isabel. Ella perdió a la suya, la bella duquesa de Borgoña, doña María, con apenas dos años, en un desgraciado accidente ecuestre y, forzada por los acuerdos de su padre el emperador con el rey Luis XI, tuvo que ir a la corte de Francia, en el castillo de Amboise, donde contrajo un forzado matrimonio, teniendo solo tres años, con el delfín Carlos, el actual rey de Francia que entonces tenía trece, porque a su suegro le interesaba el ducado de Borgoña, herencia de su madre. Y la muerte del rey, apenas dos meses después, la convirtió en la reina más joven de Francia.

»Tras largos años en ese país, donde se educó, fue repudiada inesperadamente por su esposo Carlos VIII en 1491, cuando todavía no era mujer, sin haberse consumado el matrimonio. La razón fue que al rey de Francia le interesaba redondear su reino con el ducado de Bretaña, impidiendo, además, que lo tuviera el emperador, padre de la que hasta entonces era su esposa. La boda de su duquesa Ana, casada por poderes con el padre de Margarita, el emperador Maximiliano, fue el detonante de los acontecimientos. Carlos VIII invadió Bretaña y obligó a Ana a elegir entre conservar a su esposo imperial o romper el pacto y casarse con él, conservando su ducado. Mientras la duquesa tomaba la decisión de casarse con el rey de Francia, este repudiaba a la reina niña, Margarita, que pasaba de ser el centro de la corte a un simple rehén de Francia. Aún hubo de vivir un triste año de humillaciones sutiles, entre los castillos de Meaux y de Melun, antes de que su ex esposo la dejase retornar a Flandes, territorio de su padre el emperador. Luego, tras la humillación que suponía el ser repudiada, siendo aún virgen, se produjo la negociación del matrimonio con vuestro hermano el príncipe don Juan y el matrimonio por poderes en Bruselas. Y en un accidentado viaje donde creyó morir antes de llegar a puerto español, cuando parecía que nada podía evitar el naufragio, tuvo incluso la real frialdad de componer su propio epitafio, que decía lacónicamente:

Ci-git Margot, la gentille demoiselle
Qu'eut deux maris, et si mourut pucelle.

»Lo cual traducido viene a decir: "Aquí yace Margot, la gentil dama, que tuvo dos maridos y murió doncella".

La infanta Catalina secó sus lágrimas mientras escuchaba con gran interés aquella historia de su cuñada que nadie le había contado antes y que mostraba cómo se había forjado su poderoso carácter.

–Lo demás lo sabéis ya. Tras la boda con vuestro hermano se produjo el deseado embarazo. A la alegría le sucedió el dolor de la muerte del esposo y, a ese dolor, la esperanza de que el vástago que llevaba en su vientre fuera el tan deseado heredero, pero tampoco fue así. Y a pesar del dolor que sin duda ella está sufriendo por la pérdida de hija y esposo, mirad cómo sufre en silencio, con esa gran dignidad. Ella debe ser vuestro espejo, señora –dijo el frey–. No lo olvidéis. Y si un día la vida os aprieta, pues de momento vuestra vida es muy fácil, pensad entonces que no estamos aquí para cantar y reír permanentemente, sino para sobrellevar las pruebas que Dios nos envía, para forjar nuestra alma y ganar su salvación.

–Gracias, frey Nicolás, por vuestras sabias palabras –dijo tomándole

las manos en un gesto de confianza infrecuente en ella,que era muy contenida con las manifestaciones físicas de aprecio–. No sabéis cuánto me han ayudado. Os confieso que, en efecto, tengo temores profundos. Pero espero que, con la ayuda de Dios, sabré sobrellevarlos.

–Lo haréis, sin duda, alteza. Cuando llegue la hora de vuestro matrimonio, seréis una gran princesa.

–Dios os oiga, frey Nicolás, porque a veces sueño cosas horribles que tienen que ver con Inglaterra, y entonces tardo en volver a conciliar el sueño. Imagino que es el miedo a dejar la seguridad de la corte de mis padres, los reyes, pero me provoca grandes espantos, que luego dejan mi alma nublada durante días.

–Tenéis que tener fe y rezar mucho. Aprended de vuestra madre. No podéis tener ejemplo mejor ni más cercano.

–Venid conmigo a Inglaterra, frey Nicolás –dijo la infanta, en un impulso irrefrenable–. Acompañadme en el séquito y quedaos conmigo como consejero. Me sentiría mucho mejor si me acompañáis.

–Pedídselo a vuestra madre, señora. Yo por mi parte iré con gusto al norte si vuestros padres lo permiten. Aunque dudo que lo hagan.

–¿Por qué decís eso? –dijo la infanta, a quien la idea de la compañía del caballero de Alcántara en Inglaterra había confortado mucho.

–Porque sus altezas están depositando en mí grandes responsabilidades y mucha confianza para sacar adelante delicadas negociaciones, de las cuales no puedo hablaros, y no creo que quieran permitir que deje mis obligaciones con ellos para partir a Inglaterra. Pero si lo conseguís, contad con que iré a vuestro lado, considerándolo el mayor de los honores. Y, además, será un verdadero placer porque como sabéis, os aprecio de veras.

–También yo –dijo la infanta–. Sois de las poquísimas personas a las que considero un amigo verdadero.

–Y tenéis razón, alteza –dijo–. Lo soy de verdad. Pero no olvidéis que un día vais a ser reina de un país lejano y que los reyes no tienen amigos, sino solo súbditos. Eso también es importante para vos. Recordad cómo vuestra madre, la reina Isabel, se lo recordó al almirante de Castilla, don Fadrique Henriquez, tío del rey y vuestro, cuando le ganó al ajedrez, hace muchos años, y la interpeló diciéndole, jactancioso:

–Ved, señora, que he ganado a mi sobrino.

Entonces ella, molesta por la excesiva confianza con que le hablaba el rico hombre, le respondió, mirándole de frente con tono frío.

–Don Fadrique, habéis ganado al rey, vuestro señor. Os ruego que

en adelante nunca olvidéis que mi señor y esposo, don Fernando, no tiene amigos ni parientes, sino solo siervos y vasallos. La soledad es la condición de los reyes.

Doña Catalina sonrió brevemente. La anécdota que recordaba el comendador era muy conocida en toda Castilla y había herido el orgullo del poderoso almirante, que, como pariente cercano del rey, se había tomado demasiadas confianzas con sus soberanos, hasta que la reina cortó por lo sano esa costumbre.

Tenía razón frey Nicolás. Ella tenía fuerza suficiente e inteligencia para salir adelante, por duras que fueran las circunstancias que tuviera que afrontar. Solo debía tener fe y conciencia de su linaje. Pero a veces no podía evitar sentirse abrumada por el dolor y la mala estrella que parecía estar sobre su casa. Y, cuando se sintiera pequeña y sola, recordar estas benditas palabras la ayudaría. El comendador de Lares le había hecho un señalado servicio aquel día.

Mientras la infanta pensaba, el caballero comprendió que había dado de lleno en el blanco y se alegró. Aquella solitaria princesa era su debilidad y detestaba verla sufrir. Bastante duro era que tuviera que partir en breve para Inglaterra. Le hubiera gustado acompañarla, pero sería imposible. La Reina Católica le había confiado importantes asuntos relacionados con las Indias Occidentales, donde parecía que la administración del almirante Colón había provocado grandes problemas, y se había enviado al comendador mayor de la orden de Calatrava, don Francisco de Bobadilla, con grandes poderes para que enmendara los muchos yerros del almirante y la terrible situación que comunicaban a la corte los que regresaban de las Indias.

Pero frey Nicolás de Ovando, que era buen conocedor de las personas, temía que la excesiva rigidez de Bobadilla, su falta de inteligencia y flexibilidad y los excesivos poderes que se le habían otorgado, provocaría problemas con Colón y con sus partidarios. Lo que desde luego estaba claro para la reina era que el almirante, dejando de lado la posible falsedad de las acusaciones que contra él se vertían, no estaba capacitado para gobernar los territorios descubiertos, porque se preocupaba más de sus intereses que de los del reino y eso nunca había dado buenos resultados en asuntos de Estado, y por ello, estaba decidida a apartarle del gobierno.

Por ese motivo, desde el año anterior, la reina le había encargado en secreto a frey Nicolás que supervisase la concesión de permisos a los que antes habían viajado con Colón para llevar a cabo nuevos descubrimientos, aunque eso vulneraba el espíritu de las capitulaciones de Santa Fe, firmadas con el almirante, que en la perspectiva de los pocos años transcurridos desde el descubrimiento, resultaban totalmente excesivas y vulneraban la autoridad real en sus

territorios. Por eso se autorizó el viaje de Alonso Niño, que en ese año de 1499 regresó con noventa y seis libras de perlas que traía de las costas del golfo de Parias para ofrecérselas a los reyes, que las aceptaron con mucho contento en un año de tan pocas buenas noticias. En ese año también llegaría a las costas de Brasil el compañero de Colón, Vicente Yáñez Pinzón, explorando las bocas del que luego se llamaría río de las Amazonas y descubriendo la desembocadura del Orinoco.

Consideraba frey Nicolás que las Indias estaban siendo objeto de codicia excesiva por parte de los exploradores, comenzando por el mismo Colón, pero desconfiaba de Bobadilla, a pesar de su probidad. No creía que fuera capaz de cumplir correctamente su cometido, a pesar de su indudable buena fe.

La infanta lo distrajo de sus pensamientos. Disfrutando de su compañía y hablando de cosas sin importancia, paseó por los hermosos jardines de Granada, que tanto cuidaron los reyes moros. Al menos, su belleza seguía siendo perfecta y solazaba el espíritu.

El rey Enrique VII de Inglaterra había ido recibiendo con asombro las preocupantes nuevas de las muertes de los príncipes españoles. Parecía que aquella familia tan feliz y poderosa estaba siendo golpeada con mano de hierro por el destino. El óbito del príncipe don Juan y después el de la reina Isabel de Portugal, su hermana, provocaron que pidiera al embajador español que acelerara la presencia de la infanta Catalina en Inglaterra. No se fiaba del rey Fernando el Católico y menos tras la noticia que acababa de conocer de la muerte del príncipe don Miguel de la Paz y pensaba que si también fallecía la infanta doña María, que había sustituido en el trono portugués a su hermana mayor, probablemente el Rey Católico utilizaría a la única hija que le quedaba para fortalecer esa alianza u otra que le conviniera más. Por eso decidió que ya era hora de que la infanta cumpliera con el compromiso ratificado y que los reyes la enviaran a Inglaterra.

–Hacéis bien en llamar al embajador, padre –dijo el príncipe Arturo–. Creo que ya va siendo hora de que me case con mi novia española.

–Me alegra que estés de acuerdo con el matrimonio, hijo –dijo el rey, a quien preocupaba muchísimo el hecho de que el joven fuese de condición tan débil como la que se decía que había llevado a la tumba al príncipe español.

De hecho, muchas veces se había sorprendido mirándole con atención, con la esperanza de encontrar en él algo de la fuerza de sus antepasados, pero estaba claro que Arturo era de planta débil, aunque

hasta entonces había conseguido sobrevivir. Y mientras Arturo se criaba entre algodones y con dificultad, su hermano pequeño, el joven príncipe Enrique, era todo lo contrario. Tenía toda la energía que le faltaba a su hermano y era capaz de revolucionar el palacio con sus juegos, gritos y carreras, haciendo gala de una vitalidad desbordante como la que el mismo rey tenía.

«¡Pobre infanta de España! –pensó el rey–. No creo que mi hijo pueda darle lo que hace que las mujeres estén satisfechas y que las reinas florezcan. No va a ser fácil para ella su estancia con nosotros, a menos que las cosas cambien mucho.» Y ese pensamiento tan realista le hizo tener un deseo aún más apremiante de que la infanta llegara cuanto antes a Inglaterra.

–¿En qué pensáis, padre? –dijo el príncipe de Gales.

–En que quiero que se cumpla cuanto antes tu deseo, que es el mío, de que tu novia española llegue a Inglaterra y que contraigáis matrimonio. Inglaterra necesita sentir que tiene una familia reinante capaz de ofrecerle continuidad a su corona. Eso da estabilidad, y los barones siempre están buscando excusas para provocar revueltas, de las cuales suelen sacar provecho.

–Tenéis razón, alteza. El nacimiento del archiduque Carlos de Austria en Gante, en febrero de este año de 1500, acaba de dar un heredero a Felipe el Hermoso, con la que será mi cuñada, la archiduquesa Juana de España. Su abuelo le ha nombrado duque de Luxemburgo y eso supone que piensa en él como sucesor del Imperio, ya que es el mismo título que antes tuvo el emperador Segismundo III.

–Así es, hijo –dijo el rey, que sabía que su primogénito era de mente despierta y conocía bien las consecuencias de los acontecimientos internacionales–. Lo que no sabéis aún, porque acabo de enterarme de la nueva, es que el príncipe de España, don Miguel, hijo del rey don Manuel I de Portugal y de la reina doña Isabel, ha fallecido a los tres años de edad y, por tanto, el jovencísimo archiduque Carlos de Habsburgo se acaba de transformar en el príncipe más importante de la tierra. Llegado el día recaerán sobre él las coronas de los reinos de sus cuatro abuelos, tras la muerte de sus padres Felipe y Juana. Es la herencia más importante que un príncipe ha recibido desde Carlomagno: Austria, Carintia, Carniola y el resto de las posesiones de los Habsburgo en Alemania, incluso posiblemente el Imperio de su abuelo paterno, Maximiliano; Flandes y Borgoña, herencia de la duquesa de Borgoña, doña María, la esposa del anterior; Castilla, Granada y las Indias, de la reina doña Isabel, su abuela materna, y Aragón y sus posesiones italianas de su abuelo materno don Fernando el Católico. Sin duda, nos conviene estar a bien con el que será el monarca más poderoso de la cristiandad y por eso es

el momento perfecto para que tú te cases con su tía, la infanta doña Catalina, y nos des un heredero, que será su primo hermano.

–¡Qué poco se podía imaginar el Rey Católico lo que iba a pasar con su política de alianzas!

–Tienes mucha razón, hijo. Ese es un comentario inteligente y creo que muy acertado. El rey debe de estar muy preocupado por el futuro. De hecho, hoy en día este parece una incógnita. Todo depende de quién se muera antes. Si es la Reina Católica, no dudes que su viudo hará cuanto pueda para impedir que su yerno meta su torpe mano en los asuntos peninsulares y que sus ministros extranjeros gobiernen en Castilla.

–Sí, padre. Debe de ser duro para él ver cómo, tras el triunfo de sus armas y de su mente, fracasa donde menos se lo podía esperar: en su misma sangre, que se muestra incapaz de sobrevivirle.

–Pues aplícate el cuento, hijo. Ya eres mayor y te puedo hablar con franqueza. Ten cuidado con los placeres del lecho matrimonial. Se dice que eso es lo que le ha costado la vida al príncipe de España, don Juan, excesivamente ardoroso con la princesa doña Margot de Austria. En tu caso, hijo, esos excesos también pueden ser muy perjudiciales. No lo olvides.

–No os preocupéis, padre. Conozco mis limitaciones y, como veis, no pierdo mi energía en juergas ni francachelas, ni en mujeres, a pesar de que a veces me apetecería como a cualquier príncipe de mi edad. Pero sé que no puedo permitírmelo –dijo con un tono lacónico que impresionó al rey–. Me va la vida en ello y no quiero morir aún, padre.

El rey sonrió. Era la primera vez que ambos hablaban de ese asunto y quedaba claro que el príncipe cumpliría con su deber para la generación, pero solo y exclusivamente para ello. En verdad que la vida marital de la infanta española no sería muy animada. Esperaba que fuera fértil como su hermana la archiduquesa de Austria, ya que tendría pocas posibilidades de quedarse encinta.

–Llamemos pues al embajador español y pongámosle en la tesitura de forzar la entrega de la novia. Inglaterra la necesita aquí cuanto antes. Los tiempos están cambiando muy deprisa y es menester que nos posicionemos como debemos, para que el siglo que comienza nos permita multiplicar la influencia y el poder de Inglaterra.

–Ese es también mi deseo, padre –dijo el príncipe de Gales–. Inglaterra es lo primero.

El rey sonrió. Arturo podía tener una salud frágil, pero poseía una fina inteligencia. Su cerebro era ágil y moderado y, si Dios le daba energía y vida para ello, algún día sería un rey bueno para Inglaterra, cuando él falleciera.

6

La llegada a Inglaterra

Ya había llegado el 21 de mayo de 1501, y nació un día claro, de luz diáfana, en la antigua y hermosa Granada. La ciudad se asombra de la magnificencia del cortejo que está ya preparado. Para la infanta mas joven, se acerca el momento de partir. Doña Catalina sabe, con las primeras luces de ese día que ha llegado, que le quedan escasos minutos para dejar para siempre la corte de sus padres. La comitiva nupcial está lista. Todo se ha hecho conforme a la voluntad de los reyes. Hoy saldrá desde Granada y viajará hasta la lejana Inglaterra. La infanta apenas ha dormido los últimos días, con la actividad febril de revisar todo lo que se tenía que llevar para tan largo viaje. Pero, además, para combatir la melancolía que amenazaba invadirla en cuanto se descuidaba, ha recorrido los rincones más bellos de la ciudad y sus preciosos jardines, acompañada de la condesa de Cabra y de su aya, doña María Manuel. No quiere olvidar los espacios donde pasó su niñez despreocupada y, en lo más profundo de su ser, se alegra de que la comitiva que la conduce a su destino inglés vaya a recorrer una parte importante de España antes de partir. Los reyes han previsto que el cortejo viaje desde Granada a Guadalupe, para que se encomiende allí a la Virgen, milagrosa patraña de Extremadura. Desde allí irá hacia el norte pasando por Valladolid, capital de Castilla la Vieja, y subirá hacia Galicia, donde descansará en Santiago de Compostela antes de embarcar para Inglaterra.

Las despedidas son muy emotivas. La duquesa de Medinaceli la bendice y la marquesa de Moya le da un fuerte abrazo y le regala una cruz con un hermoso relicario. Uno a uno, los nobles se han despedido de ella, hasta que solo queda la más dura de las despedidas, la de sus padres. En un momento de valiosa intimidad, fuera de la vista de la corte, en la habitación de la infanta, la Reina Católica le da sus últimos consejos de madre y finalmente se abraza a ella y la mira con pesar y orgullo, queriendo grabar la imagen de su educada y hermosa hija en sus retinas. Sabe que es la despedida y que nunca ha de volver a disfrutar de su discreta compañía. Tras calmar sus emociones, se reúne con ellos el rey don Fernando, que también da a la joven algunos últimos consejos.

Pero ya es tarde. Con su esposo el rey don Fernando, la reina Isabel sale a despedir a la infanta, emocionada, hasta las mismas puertas de

la Alhambra. Como madre siente un profundo dolor al verla alejarse, pero disimula. No quiere que la infanta tenga aprensión al partir de casa. Con un hermoso pañuelo blanco de batista bordada se despide de la hija que baja por la empinada cuesta hasta donde la esperan damas, caballeros, escolta y acompañantes, preparados para partir cuando reciban la orden.

Don Fernando desciende para darle un último abrazo y su bendición paterna. Siente un gran dolor en su corazón al ver que se va su hija favorita y que lo hace a un reino muy lejano, del que no regresará, si todo sucede como se espera.

–Ve con nuestra bendición, hija –dijo el padre con emoción–. Escríbenos dándonos cuenta de todo lo que te acontezca, hija. Hazlo con regularidad y cuenta con el pleno apoyo de nuestro embajador en Inglaterra, si lo necesitaras, para cualquier eventualidad, aunque creo, porque te conozco bastante, que aquella tierra te gustará más de lo que imaginas. Me han dicho mis espías que esperan con verdadera emoción tu llegada y que el pueblo ya te quiere. Eso es muy importante para ti, hija mía. Mantén su amor, aprende pronto su lengua y no ofendas sus costumbres. Así, siempre los tendrás a tu lado. Sé discreta, sé buena y demuéstrale a tu esposo que puede confiar en ti, porque si lo consigues, serás feliz.

–Así lo haré, padre –dijo la infanta, sabiendo que ese era el modo que tenía don Fernando de demostrarle el mucho amor que sentía por ella–. Seré digna hija de mis padres.

–Lo sé, Catalina. Sé que serás una gran princesa para aquel reino. Tienen suerte de que vayas a Inglaterra. Además, puedes ir con la cabeza bien alta, porque no creo que nunca se haya visto en aquel país una novia que llegue con tan rica dote y mobiliario como el que tú llevas, lo cual te permitirá siempre mirarles como a iguales. No serás su mantenida, sino que tendrás tus rentas propias, ya que el rey de Inglaterra te ha de entregar un tercio de las rentas del principado de Gales, del ducado de Cornualles y del condado de Chester, como está firmado en nuestras capitulaciones. Con ellas podrás mantener dignamente tu casa sin depender de nadie, que a cambio buena dote se ha de llevar en oro.

–Gracias, padre –dijo la infanta–. Permitidme que os bese la mano antes de partir.

–Venid, hija –dijo el rey estrechándola en sus brazos–. Sabed que os quiero y que estoy muy orgulloso de vos, y sé que llegado el día seréis una gran reina.

–Yo también os quiero, padre –dijo la infanta, conteniendo las lágrimas–. Y os voy a echar de menos.

–Id con mi bendición, hija –dijo el rey, retirándose, mientras las

damas de la infanta la subían al carruaje donde iba a hacer el viaje.

La comitiva partió con gran lujo y fanfarria. Acompañaban a la infanta en la salida de la ciudad lo más florido de la nobleza castellana, comenzando por el gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, su hermano el duque del Infantado, el almirante don Fadrique Henríquez, el duque de Frías, condestable de Castilla, el conde de Benavente y el marqués de Astorga, el duque de Alburquerque, el de Arcos y el de Alba, los condes de Ure-ña, de Niebla y de Tendilla y numerosos caballeros y damas, así como doncellas, dueñas, médicos, maestresalas, oficiales, letrados, capellanes, pajes, tesoreros, contadores y cuanto personal se consideró necesario para el buen funcionamiento de la casa de su alteza, la infanta Catalina, futura princesa de Gales.

La comitiva avanzó con lentitud por las ricas vegas granadinas y, a su paso, la infanta fue recogiendo y guardando en el alma las imágenes de aquellos paisajes de los reinos de su madre que nunca más había de recorrer. Tras la visita a la Puebla de Guadalupe, donde cayó enferma con unas malas fiebres que le dieron por la emoción del viaje, siguió hacia el norte acompañada de su buen amigo frey Nicolás de Ovando, que quiso hacer con ella un trecho del trayecto, aunque sus obligaciones con los reyes le forzaban a dedicarle poco tiempo. Sus altezas ya tenían en mente nombrarle segundo gobernador de Indias tras el fracaso de la gestión de Francisco de Bobadilla, que era clara para ellos. Por eso no habían autorizado su partida a Inglaterra y le habían convocado en Granada, adonde se dirigió tras dejar encaminada hacia Valladolid a doña Catalina, de quien se despidió con afecto.

En la capital de Castilla le hicieron gran recibimiento a la infanta, y el conde de Benavente, acompañado del almirante de Castilla y el marqués de Astorga, al pasar la infanta por sus tierras le hicieron numerosos regalos, que fueron a juntarse a los que ya llevaba. Cuando por fin llegó a Galicia la recibió el conde de Coru-ña, hermano del gran cardenal, otro de los ilustres miembros de la casa de Mendoza. Pero la infanta estaba exhausta y con el largo viaje pareció haber perdido la buena salud de que siempre había disfrutado. Sus damas, la condesa de Cabra y doña María Manuel, decidieron, tras consultar con el conde, que debían detenerse en Santiago de Compostela un tiempo antes de partir para que la infanta se repusiera.

Doña Catalina estaba como fuera de sí sin saber por qué. De repente entraba en un estado febril que la hacía temblar de pies a cabeza, mientras que en otros momentos tenía fríos incontrolados que le provocaban tiritonas y malestar. Preocupada por su salud, entró en

la catedral para invocar la ayuda del santo patrón de España, para que le diera fuerzas y salud. Pero el santo patrono no la atendió como ella quería, y decidió que aún no era tiempo de que partiera para la corte inglesa. De hecho, al día siguiente ya no se pudo levantar. Las emociones de esa continua despedida de las tierras de sus mayores la postraron en cama durante algo más de tres semanas.

En las largas noches y los días de fiebre y letargo, soñaba. A veces eran sueños dulces, donde imaginaba los verdes prados de su nueva tierra que la llamaban y las gentes extrañas que deseaban tenerla con ellos, pero otras veces sentía un terror profundo a dejar el suelo paterno que le atenazaba el alma y entonces, incluso dormida, recordaba las palabras de frey Nicolás y lloraba, dormida, y también dormida, como despierta, rezaba.

Por fin, un día, su estado de salud cambió. Una mañana sintió que estaba repuesta y se levantó del lecho, llena de energía, dispuesta a llegar hasta La Coruña, donde la esperaban las naves que debían llevarla hasta el lejano norte, desde hacía casi un mes. Dicho y hecho. La comitiva se encaminó a la costa y llegaron al puerto elegido.

El 17 de agosto de 1501 se embarcaron y se hicieron a la mar sin mayores contratiempos. Era un día hermoso y el puerto de La Coruña estaba precioso. Cuantas naves había en los alrededores se habían acercado para ver partir el elegante y lucido cortejo de la infanta Catalina, enarbolando banderines y gallardetes al paso de la nave de la hija de los reyes, y ella pudo sentir cómo la miraban con cariño y respeto, ese cariño y ese respeto que se había ganado por ser la hija de la bendita y querida reina Isabel de Castilla, por ser hermosa y estar dispuesta a cumplir con su obligación de partir lejos de su tierra a casarse con un príncipe pálido, de un pueblo diferente, para que el reino se mantuviera seguro, con aliados firmes. Mientras se alejaba del puerto, se apostó en el puente de cubierta, mirando hacia atrás, hasta que la línea de la costa se perdió en el horizonte y luego, cambiando de dirección, se dio ánimos y, mirando hacia delante, rezó a sus santos protectores para que todo fuera bien.

Pero las cosas no iban a ser tan fáciles. Parecía que el mar no se quería mostrar gentil con las viajeras reales, porque como antaño en el viaje de la archiduquesa Margot, una repentina tormenta cayó sobre los barcos españoles, y a duras penas los marinos pudieron enderezar la situación, impidiendo que sus barcos naufragaran en medio de la violencia de las olas.

Doña Catalina veía cómo todos a su alrededor se abrazaban atemorizados, pero ella sintió en su interior una frialdad extraña y desconocida. No tenía ningún miedo. Recordando en ese momento la historia de su cuñada, la comprendió perfectamente. Se sentía en paz

y aceptaba su destino, cualquiera que este fuera. Si había llegado su hora, bien estaba. Reposaría en el fondo del océano que antes había engullido los sueños y esperanzas de tantos marinos y entregaría su alma a Dios con humildad. Sentía no ser capaz de imaginar un epitafio para ella, como hizo su cuñada antaño, pero la verdad es que le daba igual. El mundo seguiría cuando ella se fuera y, en contra de lo que le dijera su buen amigo el comendador de Lares de Alcántara, sería olvidada muy pronto, y la verdad es que tampoco le dolía en ese momento ese posible olvido.

Así pasaron muchas horas en que todos se temieron lo peor, hasta que por fin la pericia de los marinos consiguió vislumbrar una esperanza de salvarse. Habían conseguido llevar las naves hasta cerca del puerto de Laredo. Doña Catalina sonrió, en medio del temporal de lluvia y viento, de un modo que asombró a las damas, que estaban aterradas a su lado, rezando y llorando. Pero tenía una razón íntima para ello. Sentía como si su tierra no la dejara marchar. Entonces la infanta les oyó gritar que el puerto estaba cerca. Cuando todo hubo pasado y arribaron a la costa, salió por su propio pie de la nave. Pero apenas tocó tierra, sintió que las fiebres le volvían de golpe y que las fuerzas le fallaban, y se desmayó en brazos de la condesa de Cabra.

Durante más de quince días la infanta estuvo convaleciente, con accesos de fiebre, mientras llegaba a Laredo el capitán Stephen Brett, un marino avezado y de confianza que el rey inglés había enviado a España para que trajera a su nuera a salvo hasta las costas inglesas.

Cuando la infanta se recobró, se recompuso el séquito maltrecho y se repusieron muchas de las cosas perdidas con la tempestad. De nuevo se hicieron a la mar, el 2.6 de septiembre. A diferencia de la vez anterior, el mar mantuvo su calma toda la travesía y tuvieron buenos vientos que los condujeron a Inglaterra, adonde llegaron con bien apenas cinco días después. En una mañana que amaneció brumosa, les avistó un barco pequeño, que se acercó a los enormes navios del cortejo real para confirmar que eran los que todos esperaban, y luego, tras enviar a la infanta sus humildes saludos, se dirigieron a la costa con pericia, hacia el cercano puerto de Plymouth Hoe, para comunicar a las autoridades del condado que la princesa de Gales estaba llegando a su nuevo reino y que venía acompañada de un gran séquito y de varias naves muy poderosas.

La noticia recorrió los caminos como un reguero de pólvora, y cuando los barcos llegaron a puerto la princesa de Gales descendió del navio en que había viajado, ayudada por doña María Manuel y la condesa de Cabra, y en un esquife se dirigió a puerto, donde la aguardaba una multitud expectante. No esperaba la moderada y tímida princesa la enorme expectación y las aclamaciones que el pueblo inglés le dio desde que pisó el suelo de su nueva tierra. Y los

resquemores que aún anidaban en lo más profundo de su corazón se deshicieron al ver a aquellos burgueses y aquellos señores, tan diferentes a los castellanos, de rostros pálidos y rosados, vestidos con sus mejores galas, esperar a pie firme para ver la llegada de la futura reina de Inglaterra.

Y siendo como era una dama inteligente, pudo percibir que en los corazones de aquellos futuros súbditos ya tenía un hueco y que no le iba a costar mucho ganarse a aquellas buenas gentes. El día era fresco y la temperatura agradable, y sintió en su corazón que aquella tierra tan verde, parecida a la del norte de Castilla, le gustaba. El burgomaestre y el obispo que le dieron la bienvenida confirmaron sus sensaciones. Aquellos hombres estaban verdaderamente emocionados de la presencia de la princesa en su tierra, y se sentían abrumados por el honor de ser a ellos a quienes había correspondido recibir a su futura reina.

Con recias palabras el burgomaestre le dio la bienvenida en inglés.

La princesa, que no entendía una palabra de esa lengua, le respondió con suave tono en castellano, agradeciéndole sus palabras de bienvenida, como si las hubiera entendido, y prometiéndose a sí misma que iba a aprender la lengua de sus futuros subditos de inmediato, tal y como le había recomendado su padre.

El obispo, comprendiendo el problema idiomático, se dirigió a ella en latín, repitiendo las amables palabras que el burgomaestre le había dirigido a su alteza.

La princesa le respondió en el mismo idioma, con tono amable, y tras un breve intercambio de saludos pidió beber agua, pues el final de la travesía y la emoción de la llegada le habían dado mucha sed.

–¿Agua decís, señora? –respondió el prelado–. Aquí nadie bebe agua. Os ofrecemos para calmar vuestra sed un jarro de la mejor cerveza de Southwork, tibia y dorada, sazonada con ricas especias, como beben vuestros nuevos vasallos.

Doña Catalina comprendió en el acto, con inteligencia política, que aquella era la primera prueba sutil que el nuevo país le presentaba. Sin encomendarse a nadie, y desconociendo si el líquido que le ofrecían iba a ser dulce o amargo, se llevó a los labios el pichel de cerveza y lo apuró hasta el fondo, provocando una ola de entusiasmo en la población.

–¿Os ha gustado, señora?

–Es deliciosa, obispo –respondió la princesa, mintiendo.

Y mientras el pueblo la vitoreaba, doña Catalina comentó por lo bajo a su aya doña María Manuel que beber de un trago aquel brebaje había sido como beberse una copa de hiel. Pero se encontraba feliz. Sabía que había triunfado en su primer encuentro con el pueblo y,

entre vítores, los burgueses vieron bajar a los ricos nobles y a los cientos de servidores que componían el cortejo de la princesa de Inglaterra.

Y mientras se bajaban los equipajes, tras el descenso de los muchos acompañantes del séquito, los mensajeros corrieron hacia la corte de Enrique VII en Richmond anunciándole la buena nueva de que doña Catalina había llegado con bien.

La infanta es alojada en un hermoso palacio –muy diferente de los castellanos, con amplios ventanales con cristales, para que entre la tibia luz del país– donde se le da un verdadero banquete de homenaje. Cuando apenas había llegado, se anuncian los primeros pares: son los Pole y los Surrey, representantes de la vieja aristocracia, de sangre real, que han acudido con presteza desde sus posesiones cercanas para ver a su futura princesa. Allí surgen las primeras amistades. Catalina siente que aquellas damas y caballeros se han educado como ella, en el amor a la tradición y a la nobleza de espíritu y en la profunda devoción católica. Son sus primeros amigos, y esa noche la acompañan en el banquete. Por primera vez prueba la cocina de aquella tierra, que está muy condimentada con especias y es muy diferente a la de la corte de sus padres, mucho más frugal. Pero ella ha sido perfectamente educada y prueba los diversos platos que le ofrecen, pudines y carnes rellenas, adobadas con demasiadas especias para su gusto, pero sin dejar ninguno de lado, por extraño que le parezca, para no ofender a los ingleses. No deja que nadie detecte que no son de su agrado. Ese es parte de su deber. Sus futuros súbditos se sienten muy halagados ante el aprecio que la infanta hace de la cocina inglesa.

Cuando por fin se retira a descansar está agotada y demasiado llena, pero se siente feliz. Han sido demasiadas experiencias para un día. Piensa en sus padres, los Reyes Católicos, que habrían estado felices y orgullosos al verla comportarse como lo ha hecho. Toma pergamino y pluma y les escribe una misiva con tono alegre, dándoles cuenta de la travesía y de la recepción del pueblo y de los primeros nobles. Y por primera vez, tras terminar de escribir, siente que algún día será la soberana de aquellos buenos hombres.

Doña María Manuel la ayuda a desvestirse y peina sus cabellos castaños que tanto han gustado a su pueblo. «No es una belleza física como lo fue su hermana Isabel –piensa la dama mientras la ayuda a ponerse el hermoso y cálido camisón–, pero es una princesa bien formada, con buena figura, ni delgada ni demasiado rellena, rostro agradable y dulce, afable de carácter, buena y cálida y, además, tiene una formación humanística excepcional.» La señora castellana entiende que el pueblo la haya recibido bien, porque aparte de ser físicamente agradable, la belleza interior de su señora se le trasluce y hace que muchos la quieran sin saber muy bien la razón de ese afecto.

Enrique VII recibe con gusto la nueva del buen recibimiento de la princesa conforme esta ha ido avanzando por el país. Deseoso de verla cuanto antes, decide moverse con la corte e ir a su encuentro. Al rey le acompañan su familia y los grandes dignatarios del reino. El encuentro debe ser memorable y lucido, para que la infanta española vea que también el rey de Inglaterra tiene una corte importante y poderosa como la de sus padres. Le acompañan la reina y sus hijos, el príncipe Arturo de Gales, futuro marido de la infanta, y el duque de York, el joven Enrique Tudor, que siendo siete años más joven que su hermano Arturo está muy ilusionado por la llegada de su futura cuñada. Junto a la familia real están los duques de Suffolk, Norfolk y Northumberland, el conde de Surrey y de Essex, y los señores de las casas más poderosas de Inglaterra sin faltar apenas ninguno: los Courtenay, los Compton, los Carew, los Bryan, los Guilford, los Percy, los Stafford y muchos más. Todos desean estar presentes en el acontecimiento.

El cortejo español y la comitiva del rey se encuentran en las inmediaciones de Dogmersfield. Los estandartes reales de los reinos españoles saludaron a los de Inglaterra en una ceremonia hermosa, donde los cortejos lucieron sus mejores galas. Los caballeros castellanos, encabezados por el conde de Cabra, habían preparado el encuentro para lucirse. Habían puesto sillas de montar de plata dorada sobre sus caballos, que llevaban arneses de terciopelo y seda con las armas reales de Castilla y Aragón. Los caballeros vestían de gala y lucían riquísimas armaduras damasquinadas de oro y plata, y escudos de parada de bronce con escenas mitológicas. También los ingleses enarbolaron sus estandartes al viento de la mañana, luciendo terciopelos, pieles, paños ricos y cadenas de oro y armaduras de parada tan lujosos como los españoles. El encuentro fue un éxito.

El abad de Westminster y el obispo de Londres salieron a recibir a la infanta, que se adelantó hasta el lugar donde el rey de Inglaterra esperaba su llegada. Doña Catalina iba en una lujosa carreta de paseo, guarnecida de plata por entero, donde habían colocado una silla muy ricamente adornada a modo de trono con dosel de las armas reales de Castilla y León, Aragón, Sicilia y Granada que eran las de sus padres. Ella vestía un riquísimo traje de paño de oro con orla de armiños, regalo de su madre, y llevaba el rostro velado, como correspondía a una princesa virgen en su primera cita con su novio. Pero, además, de los cuatro lados de la carreta pendían también velos transparentes de tul, que solo dejaban adivinar la presencia real y ocultaban a la infanta de la visión de los nobles y del pueblo, que se afanaba por estar cerca para presenciar el encuentro.

La Reina Católica había dado órdenes estrictas al conde de Cabra, jefe de la casa de la princesa, y al embajador Puebla para que se

siguieran las formalidades de la etiqueta más rígida, entre la infanta y el rey y su familia, hasta que se celebrase la boda. Pero el rey Enrique VII rompió el protocolo y, desmontando de su brioso palafrén, se dirigió a la carreta, mientras se inclinaban a su paso heraldos y banderas, así como el conde y el embajador, y aprovechando el momento del saludo de los dos nobles, descorrió la cortina, ofreciendo su mano a la infanta que, obediente, descendió, inclinándose ante su alteza, con una reverencia cortesana perfecta. El rey se rió y le dirigió unas amables palabras de bienvenida, que fueron traducidas por el obispo de Londres.

Mientras el rey conversaba con su futura nuera, esta vez en latín, lengua que dominaba tan bien como Catalina, todos miraban a la que iba a ser la princesa de Gales, cuyo regio empaque estaba conquistando a aquellos orgullosos señores.

Luego, rompiendo de nuevo el protocolo, el rey le pidió con tono cariñoso que retirara el velo de su rostro, pues quería verla de cerca. El rey era el dueño de Inglaterra, ella iba a ser su hija y, como a un padre que, además, iba a ser su rey, le obedeció. Cuando la infanta retiró la suave tela, Enrique VII la miró fijamente, analizando sus rasgos. La joven no era una belleza deslumbrante, pero tenía el rostro fino y regio y la mirada transparente e inteligente, además de una apariencia saludable y un cuerpo bien formado. Si Dios lo disponía así, sería una gran princesa, madre de hijos sanos, que reinarían a su vez en el trono inglés algún día. El rey estaba contento.

–Venid conmigo, hija –dijo, tomándola de la mano con una familiaridad que disgustó al embajador español y al conde de Cabra, que no veían el modo de frenar la naturalidad y llaneza de Enrique VII–. Os voy a presentar a vuestro prometido y al resto de la que va a ser vuestra familia –dijo dirigiéndose hasta el lugar doselado donde estaba sentada la reina Isabel, acompañada de sus hijos Arturo, príncipe de Gales, y Enrique, duque de York, así como de la pequeña princesa María.

Mientras se acercaban al estrado preparado para el encuentro, los obispos iban detrás del monarca y la infanta, traduciendo la conversación de estos. El embajador español y el jefe de la casa de la infanta, con paso rápido se sumaron al cortejo sin que el rey lo impidiera. De hecho, no había querido ofenderles, ni ofender a sus señores, sino satisfacer su curiosidad, que era la de todos los presentes, de desvelar el misterio. Detrás quedaban sus damas, la condesa de Cabra y su aya doña María Manuel, que esperaron junto a la carreta de plata a que su señora las llamara.

La joven infanta se sentía muy bien. Su educación en la corte de los Reyes Católicos se estaba mostrando adecuada. Sin un titubeo siguió a

su futuro suegro con modestia, pero también con naturalidad, esa misma que había heredado de su madre la Reina Católica, y se inclinó ante la reina Isabel, a quien gustó de inmediato aquella gentil princesa española, tan ricamente vestida pero tan poco afectada, que no era una belleza deslumbrante pero tenía la dignidad natural de una princesa de sangre que se encontraba orgullosa de su preclaro origen.

–Bienvenida seas a nuestro reino, hija –dijo la reina–. Considérame como tu madre, ahora que estás lejos de la que fue tu casa en España y, hasta que te adaptes, cuenta conmigo en todo lo que te pueda ser menester y para cualquier cosa que necesites.

–Gracias, alteza. También yo intentaré ser como una nueva hija para vos y serviros como tal. Y agradezco especialmente vuestro amable ofrecimiento de ayuda, que aceptaré encantada, ya que aunque me han tratado muy bien desde que llegué, son muchas las cosas que debo aprender de vuestras costumbres y vos seréis una inapreciable guía para enseñármelas.

La reina sonrió ante las discretas palabras de su futura nuera, que había hablado con inteligencia y discreción, y la buena impresión original que había sentido se reforzó.

Luego el rey le presentó a su futuro esposo, el príncipe Arturo de Gales. El príncipe se levantó y por primera vez se miraron de cerca los que habían de ser esposos. Al reflexivo y tímido príncipe le gustó mucho la presencia seria y serena de su futura esposa. Era tranquilizador que no fuera bella, ni exuberante en extremo. En cambio, su aire regio y la dulzura que se podía adivinar en su rostro le gustaron y tranquilizaron sus temores.

Ella, en cambio, sufrió una decepción al ver al enclenque príncipe, delgado y de rostro demacrado, que le sonreía con timidez y que despertó en el fondo de su corazón una especial ternura porque, de algún modo, su imagen de niño que aparentaba ser adulto le hizo pensar en su propio hermano, el fallecido príncipe don Juan, cuya salud había sido delicada desde la infancia.

–Espero que hayáis encontrado agradable el recibimiento –dijo el príncipe, algo cortado en inglés, que de inmediato tradujeron a la infanta.

–Todo está siendo maravilloso, alteza. Inglaterra me ha recibido muy bien –dijo la infanta, haciendo una reverencia ante el que iba a ser su esposo que gustó por su discreción a los presentes.

–Yo soy Enrique –dijo el hermano pequeño, que se presentó él mismo, con desparpajo–. Sed bienvenida al reino.

–Gracias, apuesto príncipe –dijo la infanta, haciendo una leve reverencia de cortesía ante el niño extasiado que contemplaba la elegancia de Catalina.

La infanta vio en aquel pequeño de tan solo diez años toda la fuerza, la gracia y el vigor que faltaban a su prometido.

«Nadie es perfecto –se dijo a sí misma, con cierto estoicismoAl menos, seguramente será bueno y amable conmigo.»

Viendo las cosas de un modo práctico, como su padre le había enseñado, comprendió que su situación era bastante buena. La familia real que tenía delante estaba siendo acogedora con ella y Catalina se relajó mientras la reina la invitaba a tomar asiento a su lado y comenzaban las presentaciones de los muchos caballeros y damas que estaban con ellos. Aquel iba a ser un día largo y lleno de ceremonias. Uno a uno fueron pasando ante ella los pares y lores de Inglaterra, quienes mostraban su orgullo luciendo sus mejores galas ante la infanta. Esta tuvo una palabra amable y adecuada para cada uno de ellos, que les fue traducida de inmediato, causándoles una excelente impresión. Todos comprendieron que era la princesa que el país necesitaba: hija de unos soberanos poderosos y bien educada y discreta; sin duda sería el mejor respaldo de un trono que aún no estaba del todo consolidado, tras la sangrienta guerra de las Dos Rosas.

Y el rey, en su fuero interno, estaba feliz. Aquel enlace político parecía que iba a dar de sí mucho más de lo esperado. Catalina de Aragón le pareció una espléndida princesa, y se congratuló mucho de que hubiera venido a Inglaterra. Allí estaban para recibir a la española algunos señores poderosos que no frecuentaban la corte y eso alegraba a Enrique VII, que veía cómo su poder saldría fortalecido con el enlace. Y, además, Catalina de Aragón traía como dote una importantísima suma de dinero que le iba a venir muy bien,porque su hacienda real siempre estaba necesitada de ingresos extraordinarios, y aunque era rico, deseaba serlo aún más y miraba muy mucho los gastos. Pero en esa ocasión, en honor de la princesa, iba a ser excepcionalmente espléndido. Habría fiesta durante tres días y se celebrarían justas y juegos, se regalaría al pueblo cerveza y comida y se repartirían monedas a todos los que vinieran a ver a la infanta, que pronto iba a ser la princesa de Gales. Nadie podría decir que había recibido con reservas a su nuera. «Incluso el embajador español estaría contento», pensó sonriendo.

7

Catalina, princesa de Gales. 1501-1502

Londres se había engalanado como nunca para la boda real. La infanta Catalina de Aragón había calado hondo en el corazón del pueblo inglés, que desde el principio la quiso, apreciando en su verdadera valía los muchos dones que tenía. Los ingleses se sentían orgullosos de tener como futura reina a una descendiente legítima de su héroe, el famoso Juan de Gante, antepasado por su ascendencia Lancaster. Pero la princesa llevaba también sangre de reyes castellanos y aragoneses firmemente asentados en sus tronos desde hacía siglos, lo cual fascinaba e impresionaba a la antaño levantisca nobleza inglesa, que se había volcado con ella. Como, además, vino cargada de tesoros y el jefe de su casa, el conde de Cabra, siguiendo las indicaciones de sus señores los reyes había repartido mucha moneda menuda de plata cuando salían a recibirla, la infanta tenía ya fama de generosa y de rica, además de campechana y piadosa. El pueblo inglés y sus nobles supieron apreciar en ella la regia dignidad de que hacía gala en toda ocasión, a pesar de su corta edad, presagiando un carácter decidido y recto que gustaba a la mayoría.

El buen tiempo que habían disfrutado durante unos días cesó y una bruma fina y una llovizna insistente les acompañó durante todo el trayecto desde Dogmersfield hasta la capital. El rey había tomado la decisión irrevocable de que la boda real se celebrara en Londres. Y sería el arzobispo de Canterbury quien formalizaría el matrimonio real. Una inmensa muchedumbre llegó a la ciudad para ver el cortejo nupcial que iba a salir de palacio para ir en procesión hasta la catedral de San Pablo, donde había de celebrarse el enlace, para luego retornar a Westminster Hall, donde habría un gran torneo.

Londres gustó mucho a la futura princesa. Aquella ciudad que partía el río Támesis en dos, tenía carácter y se veía la riqueza que el tráfico fluvial daba a la ciudad, con prósperos barrios de comerciantes, grandes mansiones de nobles de nuevo cuño, notables edificios propiedad de los pares de Inglaterra, de los prelados y sobre todo de la casa real, como la Torre, y en la cercanía el palacio de Greenwich.

Los días pasaron volando, y cuando llegó el que todos esperaban los heraldos del rey anunciaron la buena nueva a los cuatro vientos. El día amaneció fresco, con algunas nubes perezosas en el cielo, aunque el sol también quiso estar presente en el enlace, saliendo de vez en

cuando para hacer brillar las alabardas de acero, los oros, las platas y las pedrerías de los nobles ingleses quienes, como nunca habían intentado destacar por su riqueza y su elegancia al lado de la casa Tudor impresionaron a las multitudes por la inesperada riqueza de los trajes y mantos que lucían.

Una boda real digna de los contrayentes y del reino. Ese había sido el deseo del rey Enrique. Quería lucirse ante su reino y ante los embajadores extranjeros de Escocia, Francia, Flandes, el Imperio y el Papa. El rey de Inglaterra quería mostrar al mundo que era capaz de triunfar en la paz y en la diplomacia, al igual que había sido capaz de hacerlo en la guerra y en las revueltas internas. De hecho, la boda de su hijo primogénito con una princesa de sangre tan antigua e importante, era una ocasión excelente para mostrar su autoridad en el país, y a pesar de que aparentaba estar simplemente alegre y orgulloso, sus ojos inteligentes miraban, oían y juzgaban.

Aquellos que no estuvieron a su lado en ese momento y no tuvieron una cabal justificación para ello, podían temer grandes males de su soberano, que era poderoso y extremadamente vengativo. Pero fueron pocos y eso sería mañana. Hoy brillaba el sol en el cielo y, en medio del cortejo, el rey caminaba antecedido y rodeado por lo más granado de la nobleza y del clero de su reino; los lores de las familias antiguas, los Pole, Percy, Surrey y Stafford, así como los ricos Brian, Howard, Carew y Guilford, los obispos de las diócesis importantes y los abades, en una prueba de sumisión y respeto a su rey, lo que le hizo estar de un humor excelente. En verdad era el señor de su reino y, en adelante, ya nadie lo iba a dudar. Su corona estaba firme sobre sus sienes.

La ceremonia transcurrió como debía. La infanta fue entregada por el conde de Cabra y el embajador Puebla, y la ceremonia nupcial se llevó a cabo con toda la solemnidad que correspondía a quienes iban a ser un día los reyes de Inglaterra. Ambos contrayentes tenían edad suficiente para apreciar la importancia del acto y debían ser conscientes de lo que se esperaba de ellos.

De hecho la princesa y el príncipe querían lo mismo: ser dignos de sus respectivos linajes y ser unos buenos esposos, capaces de generar numerosa prole. Ese era su principal deber. La princesa estaba mentalizada para servir a su marido en ese menester como en todos los demás.

Después de la boda, el cortejo real partió hacia el cercano lugar de la celebración. Los príncipes de Gales fueron aclamados como jamás lo había sido anteriormente un miembro de la casa Tudor. Ello era debido a que el pueblo quería a esa pareja compuesta de su príncipe, discreto y delicado, alto y esbelto, y a la infanta, la imagen viva de la salud y de la fortaleza. Si Dios lo quería, se convertirían en unos

buenos soberanos.

La fiesta en Westminster comenzó con un gran torneo, donde los nobles ingleses se lucieron partiendo lanzas ante su nueva princesa, vestidos con las armaduras feudales de sus mayores. Estaban todas las casas más antiguas de la nobleza inglesa. Aquellos que tenían sangre real como los Pole y los Courtenay y los Buckingham estuvieron muy cordiales con la princesa, cuando sus familias habían ignorado prácticamente hasta entonces a la casa Tudor. A la justa siguió una gran comida y danzas. Catalina, que había traído consigo a sus músicos, hizo que estos tocasen las solemnes zarabandas de Castilla, abriendo el baile junto a la condesa de Cabra. Se admiraban los ingleses de la regia prestancia de su princesa y, cuando culminó la danza española, otros músicos interpretaron jigas inglesas. Madame Margarita, hermana de Arturo, se acercó hasta ellos y pidió a su hermano que bailase. El príncipe se abstuvo e indicó con un gesto a su hermana que sacase a bailar al joven Enrique, su hermano pequeño. Para el niño fue un momento maravilloso pues se convirtió en el centro de atención general, algo que le complació sobremanera. Enrique era alto, espigado y hermoso de rostro y, a sus diez años, prometía transformarse en un apuesto mozo.

Para Enrique VII ver brillar a su familia en medio de los pares y embajadores era todo un éxito interior y exterior. «Sí –pensaba el rey–. La boda con la infanta de Aragón había sido un buen negocio, se mirara por donde se mirase. Cierto era que se había comprometido a darle los tercios de las rentas del principado de Gales, así como las de los condados de Chester y Cornualles, pero mientras pudiera pensaba retenerlas para sí, ya que la princesa no las necesitaba, pues llevaba abundante bolsa con dineros, regalo de sus padres.»

El embajador español había escrito al rey Fernando informándole de que temía el incumplimiento por parte de Enrique VII de sus obligaciones económicas para con la princesa de Gales, pero atemperaba esta duda fundada con el relato de la excelente recepción de la hija del rey, así como de las muchas ceremonias y homenajes que la infanta había recibido antes de ser princesa y que parecía iban a seguir prodigándole.

El tálamo nupcial les esperaba. Aquella primera noche, tras las emociones de la ceremonia, la comida, la bebida y el cansancio, cuando les dejaron solos ambos se miraron con timidez, aunque no se sentían incómodos el uno con la otra. «Bien mirado, incluso era una situación divertida», pensó la infanta al darse cuenta del hecho de que ahora no tenían traductor. Eran dos personas que no podían comunicarse sino por gestos sencillos, ya que no tenían ningún idioma

común. La princesa se rió pensándolo, y Arturo de Gales también lo hizo.

Catalina le ayudó a desvestirse y descubrió lo infantil que era el cuerpo de su esposo, muy poco formado. Incluso su virilidad parecía la de un niño, estaba poco desarrollada, y aunque ella no tenía experiencia alguna, intuyó dificultades.

No se equivocó. Inmediatamente se dio cuenta, por la torpeza de los manejos del joven, que no había tenido anteriores experiencias con mujeres, y juntos intentaron explorarse y compartir la sexualidad para los fines sagrados para los cuales los dos estaban llamados. El príncipe de Gales no fue capaz de cumplir con sus deberes matrimoniales. Ante la inutilidad de su esfuerzo, Catalina le abrazó cariñosa, acariciándole con ternura hasta que consiguió que se durmiera, frustrado por su incapacidad, que a Catalina no pareció preocuparle en ese momento. En los días siguientes, Arturo sería capaz de cumplir con su deber de hombre y de príncipe.

Aparte de aquel pequeño fracaso, se sentía bien. El príncipe parecía un muchacho sensible, inteligente y bueno, y pensaba que podían llegar a ser felices juntos. Era muy difícil que se enamorase de él, pero había visto a su madre amar a su padre de forma natural. Su misma madre le había dicho que el amor que sentía por su padre era casi una excepción entre los monarcas, obligados a casarse siempre por razones de Estado. Por eso, esa noche primera de su unión Catalina sintió que debía dar gracias a Dios por no haberla abandonado y haberle dado un marido que ella podría manejar y que parecía respetarla. Lo demás ya vendría más adelante. Quizás él era aún demasiado niño. Sus quince años parecían doce, mientras que los de ella estaban en sazón. Con este animoso pensamiento, se acurrucó en el lecho, al lado de su esposo, bajo los gruesos ropajes de pesado terciopelo bordados con las armas del príncipe de Gales, las tres plumas de avestruz y su divisa extranjera, ICH DIE, «yo sirvo», y se durmió plácidamente. Catalina sintió que nada la amenazaba y que su matrimonio con aquel príncipe la protegería de todo mal, en aquella tierra lejana que tan bien la había recibido.

–El príncipe no ha cumplido con su deber, alteza –dijo Norfolk, con tono aprensivo al rey.

Le molestaba y disgustaba darle esa mala noticia, con todas las implicaciones que contenía, a su señor, a quien apreciaba de veras.

–¿Cómo dices, amigo? No quiero creer lo que me cuentas, que por otra parte ya ha llegado a mis oídos por otra vía. ¿Cómo es posible que Arturo no sea capaz de cumplir con un deber tan ameno como es desvirgar a esa atractiva y regia consorte que tiene? Me avergüenza

que de mi carne haya salido un vástago tan débil e incapaz.

–No desesperemos aún, alteza –dijo Norfolk–. Quizás ahora, que se han trasladado al castillo de Ludlow, en Gales, con la tranquilidad de la compañía mutua y la soledad del invierno, se despierten los apetitos de vuestro hijo, el príncipe Arturo. Porque aparte de amar, no creo que tenga mucho que hacer.

–¡Dios te oiga, amigo Norfolk! Porque en verdad sería un gran desperdicio que una princesa de su estirpe permaneciera núbil después de casada, y es malo para el reino que su príncipe heredero sea incapaz de engendrar un heredero con una dama que tiene todos los atributos reales posibles y deseables. Después de tantos años de guerra y de tantos esfuerzos para consolidar nuestra posición y el trono para mí y mis sucesores, lo que me está ocurriendo es como una bofetada en pleno rostro propinada por aquel en quien mayores esperanzas tenía puestas. ¡Qué pena me da que no sea Enrique mi heredero! –dijo manifestando por primera vez el pensamiento que tantas veces se había deslizado a su consciencia y que había eludido siempre con disciplina.

Pero era tan obvio… Enrique era un dechado de fuerza, inteligencia y energía, una combinación de cualidades que convenían a un príncipe. A diferencia de su hermano, todo lo hacía bien. Tenía buena salud y buena memoria, interés por el arte y por las letras, y un sentido de la importancia personal que, una vez encauzado y educado, darían lugar a que fuera un excelente soberano si su hermano faltaba un día.

–Tened ánimo, señor. Aún hace muy poco de la boda –dijo el duque.

–Sí, lo he de tener –dijo el rey–. Pero también hay que prever las cosas, y la incapacidad de Arturo, si continúa, deja abierta la línea de la sucesión para Enrique.

Norfolk asentía siguiendo el pensamiento del rey.

–Así pues, a partir de ahora, hemos de tener más en cuenta a nuestro joven duque de York y dirigir su educación. No podemos descuidarla, no vaya a ser que algún día esté llamado a mejores destinos de los que originalmente la vida tenía previstos para él. En cualquier caso, quiero que en adelante te encargues de supervisar su educación, joven amigo, y que elijas a un preceptor entre los profesores de Oxford para que se ocupe de dirigir su educación. Se acabó para el príncipe la vida ociosa. A partir de mañana quiero que se eduque como se exige a quien quizás algún día le corresponderá gobernar.

Norfolk no se atrevió a decir nada. Pero sabía que el rey estaba adoptando una decisión acertada. Arturo de Gales podía ser impotente

o no; podía quizás un día cumplir con su deber matrimonial o quizá podía morir sin haberlo hecho, y entonces el heredero del trono sería el joven Enrique y, como el rey, opinaba que aquel prodigio de energía había que encauzarlo para que no supusiera una traba en el desarrollo del príncipe. El rey tenía razón. Enrique era todo aquello que convenía en un príncipe y Arturo no. Y por primera vez su padre también lo veía claro. «Pobre princesa de Gales», pensó.

–Pobre princesa de Gales –dijo el monarca, repitiendo como un eco la frase que estaba en el pensamiento del duque–. ¡Qué triste es venir a un país extranjero, donde ha sido tan bien recibida y no ser capaz de cumplir con su deber! ¡Qué triste papel!

De nuevo Norfolk asintió, sin atreverse a pronunciar una palabra.

–Sabes que confío en ti plenamente, Norfolk –dijo el rey.

–Sí, señor, podéis hacerlo sin problema. Yo me alegro con vuestras alegrías, sufro con vuestras tristezas y comparto vuestro estado de ánimo –dijo el duque con un tono tan serio que era desacostumbrado en un personaje como él, siempre dispuesto a la chanza y a la ironía.

Y el rey supo que el corazón del duque estaba por entero al lado de su soberano y en la tristeza que sentía. Al menos tenía el alivio de contar a su lado con uno de los cerebros más brillantes de Inglaterra, que le ayudaría siempre que lo necesitase de verdad.

En el castillo galés de Ludlow los príncipes se habían rodeado de una pequeña corte. La princesa Catalina, muy devota y religiosa, dedicaba al menos seis horas al día a sus devociones, con misa por la mañana, oraciones, meditaciones y prácticas religiosas dirigidas por su confesor, para ver si con su penitencia y sus rezos el príncipe maduraba y conseguía cumplir con sus deberes maritales. Hacía seis meses de su boda y Arturo, tras intentarlo en numerosas ocasiones sin éxito, estaba comenzando a sentirse verdaderamente traumatizado por su fracaso, cuyo alcance no se le escapaba.

Para salir de esa presión constante, su cerebro había ideado como escapatoria afectar una alegría y un deseo de fiesta que no sentía, y siguiendo sus deseos había reuniones a diario en Ludlow para divertir al preocupado príncipe. La princesa le dejaba hacer. Conociéndole y sabiendo cuáles eran las razones profundas de su conducta, Catalina tenía la vaga esperanza de que alguna vez, tras una de esas continuas fiestas, pudiera superar su infantilismo y demostrar algo de hombría en el lecho matrimonial. Ahora sí estaba muy preocupada. Acompañada de la condesa de Cabra y de doña María Manuel en sus prácticas y devociones, hablaba con las dos en secreto de su desesperación por la incapacidad de su esposo de cumplir con su deber marital y ellas intentaban consolarla. Sabiendo la delicada

situación en que se encontraba la princesa de Gales, virgen tras seis meses de matrimonio, raras veces encontraban palabras que tuvieran la suficiente fuerza. Y es que la situación era verdaderamente grave para el reino. Aquel drama se había convertido en un secreto a voces que hacía que ella se sintiera incómoda por las miradas de conmiseración que a veces sorprendía en los mismos invitados de su esposo y en los miembros de su corte.

Pero eso no era todo. A pesar de las protestas de Puebla y del conde de Cabra, el rey seguía reteniendo para sí las rentas prometidas a la princesa del principado de Gales y de Cornualles, y solo le había enviado una pequeña cantidad de las de Chester. Aunque su marido corría con los gastos de la casa, ella se sentía incómoda y engañada, ya que su dote había sido recibida por el rey con mucho contento y puntualidad y, sin embargo, este no cumplía su compromiso con ella. La dignidad, heredada de su madre, era una de sus máximas y se sentía muy molesta por aquella duplicidad.

A pesar de sus protestas, no había nada que hacer. El rey, ávido de oro, pensaba retener para sí las rentas prometidas, con una constancia y una necesidad creciente de atesorar dineros que le estaban transformando en un verdadero avaro.

Hacía frío en Medina del Campo, a pesar de estar en abril. La reina y el rey estaban sentados frente a una gran chimenea, cargada de troncos de encina que crepitaban. Y en medio del silencio, resonó en la gran habitación la voz preocupada de la reina.

–¿Cómo estará nuestra hija Catalina? –dijo Isabel la Católica, manifestando de repente en voz alta un pensamiento que muchas veces tenía–. ¿Será feliz en Inglaterra?

–Eso espero, esposa mía –dijo el rey–. Sin duda, nuestra hija pequeña es la mejor dotada de todos nuestros hijos para llevar una corona sobre las sienes, y no ha de avergonzarnos con espectáculos bochornosos como los que está protagonizando nuestra pobre Juana, que ya ha partido de Flandes camino de España, para ser jurada heredera de nuestros reinos. Ella y su esposo, el archiduque Felipe, deben venir aquí lo antes posible. El desequilibrio de nuestra hija es cada día más evidente, y sus celos, terribles y excesivos. Temo que si no tomamos rápidamente cartas en el asunto pierda la cordura. Vos, como madre y reina, tenéis la sagrada responsabilidad de hablarle y hacerle ver que tiene un deber para con nuestros reinos, superior a sus intereses personales y a su excesiva y vergonzante obsesión amorosa por su esposo, que la está haciendo una infeliz.

–Sí. Tenéis razón, Fernando. Me da miedo el exceso de pasión de Juana. Nuestra heredera tiene que controlarse si quiere ser una

xsbuena reina, porque Felipe no me parece que vaya a ser un buen rey. Es demasiado débil y acepta con demasiada facilidad los halagos de los nobles. A ambos les falta madurez, y es bueno que vengan con nosotros para que sean jurados y para aprender a reinar, que no es tarea fácil. Al menos su hijo Carlos es un niño saludable y fuerte, y llegado el día tendrá una herencia inmensa que le hará el monarca más poderoso de la tierra. Por lo menos deberíamos intentar enviarle un aya española, porque si se educa en el norte va a estar muy lejos de nosotros y de nuestra manera de vivir y de ver la vida, y tendrá problemas en España cuando le llegue la hora de reinar, porque nuestros reinos nunca han gustado de monarcas extranjeros.

–Ya se lo he dicho a Juana a través de nuestro embajador y le he pedido que traiga al joven duque de Luxemburgo con ellos, pero no me ha hecho caso. Parece que su abuelo el emperador Maximiliano ha decidido que el niño se eduque en Bruselas y no quiere que venga a Castilla, temiendo que, si lo hace, no le dejemos partir.

–Y tiene razón en que no lo dejaríamos. De hecho, ese niño es mi única esperanza, porque nuestra hija no tiene la cabeza en su sitio para reinar. Para poder llevar la corona de Castilla necesita mano firme, rectitud y serenidad, y aunque recta sí lo es, carece de las otras dos cualidades, y me temo que a su marido le falten las tres. ¡Ay, Dios mío! Cuántas preocupaciones nos afligen.

–Tenemos que tener paciencia, Isabel. Al menos, los matrimonios de Juana y de Catalina nos han dado las alianzas del emperador y del rey inglés, que van a posibilitar que las armas de nuestro Gran Capitán triunfen en Italia sin que Luis XII pueda oponernos resistencia, porque el inglés se ha comprometido a atacar Francia por el norte y eso distraerá las fuerzas del rey y disminuirá su presencia en Italia.

–Sí, Fernando, la política es importante, pero también lo es la felicidad de nuestra hija pequeña, que se ha ido tan lejos.

–Catalina es feliz, Isabel. Como sabes por las cartas de nuestro embajador don Rodrigo Gonzálvez de Puebla, que es hombre de palabra, nuestra hija ha tenido gran acogida del pueblo, que la ha vitoreado desde su llegada a Inglaterra. En las últimas cartas me dice que la boda ha sido un verdadero delirio popular y que los príncipes se han retirado al poderoso castillo de Ludlow, en Gales, de luna de miel. Todo va bien –dijo, ocultándole la parte del mensaje en que el embajador le dice que el rey no quiere darle a su hija las rentas prometidas–. La última carta que hemos recibido es de marzo de este año de gracia de 1502, y no hay ninguna razón para esperar una desgracia. Inglaterra está tranquila, su rey ha pactado el matrimonio de su hija mayor, Margarita, con Jacobo, rey de Escocia. Por fin, los nobles del reino le aceptan mayoritariamente y la reina Isabel de York

se porta con nuestra hija como una madre. En verdad, puedes estar tranquila. Ella está bien.

–¿Y por qué me preocupa tanto, de repente? –dijo la reina, mirando al infinito–. Tengo la sensación de que algo malo le va a pasar y ya sabes que mis presentimientos se cumplen casi siempre.

–Así es, muchas veces, esposa mía, pero no todas –dijo el rey, asintiendo, ya que no veía qué le podía pasar a la princesa.

Ese mes de abril de 1502 no parecía haber nubes en el horizonte. Juana estaba a punto de llegar a España y María seguía en Portugal, y estaba dando hijos sanos al rey don Manuel. Seguramente, esta vez la reina se equivocaba. Aquellos presentimientos eran cosa rara y no debía hacérseles demasiado caso. Lo que sí tenía que hacer, en cambio, era preocuparse más de su salud y comer mejor, porque estaba debilitándose mucho y eso no le convenía para nada a sus reinos. Fernando no quería imaginarse lo que podía acontecer si Isabel moría repentinamente. La poderosa corona de Castilla no debía caer tan pronto sobre las sienes de ese yerno tan poco dotado para reinar y esa hija enloquecida de celos, que iba haciendo el ridículo por Europa a causa de ellos.

Pero la pequeña Catalina era diferente. Tenía madera de verdadera reina y su padre lo sabía, tan cierto como que nunca se equivocaba cuando enjuiciaba a las personas. ¡Qué pena que fuera la pequeña! Con ella en el trono de Castilla y Aragón, a la muerte de sus padres, los reinos habrían estado en paz y concordia. En cambio, lo que tenían ante sí los reyes de España era una incógnita. ¿Qué iba a pasar en el futuro? Solo Dios lo sabía, pero desde luego no era lo que Isabel y Fernando habían planeado y deseado para España.

8

La princesa viuda de Gales

En abril de 1502 el mundo de ensueños en que hasta entonces había vivido Catalina desde su llegada a Inglaterra, estaba a punto de romperse en pedazos del modo más inesperado. Su marido, el triste y débil príncipe de Gales, agonizaba, tras haberse enfriado durante una partida de caza en un día que no era ni demasiado frío ni demasiado ventoso.

El castillo galés de Ludlow, donde los príncipes han vivido esos meses de invierno y el principio de la primavera, se le hace ominoso y triste. Le parece estar viviendo una pesadilla. Ella no ama como a un hombre a aquel jovencito roto que yace ante ella, en ese lecho nupcial de tristes recuerdos y noches blancas, que nunca fue capaz de honrar. En su fuero interno, ella se ha culpado muchas veces de su incapacidad de amarle y le ha llorado sus cuitas a su confesor, el padre Alejandro Girardini, sin que este pudiera darle otra solución que la oración, la mansedumbre y el respeto a las buenas costumbres, intentando inútilmente que el fracaso matrimonial no trascendiera de la alcoba. Hacerlo era difícil, porque un asunto de Estado de tal importancia no podía mantenerse oculto mucho tiempo y ya era conocido por quienes debían saberlo, comenzando por el rey y acabando por el último de los servidores del castillo.

Arturo de Gales se muere y no va a tardar en hacerlo. Ella lo sabe. Mira a aquel demacrado joven de cabellos rubios desvaídos, como él mismo, que ha sido su esposo durante unos meses, como si fuera un desconocido. Él llora al devolverle la mirada, con un llanto que es mezcla de miedo y de vergüenza. Sabe que ha incumplido con su deber más sagrado y ello deja a su esposa en un papel muy comprometido, de futura princesa viuda y aún virgen.

–Perdonadme, Catalina –musita, con tono débil–. Perdonadme porque no he podido daros la felicidad que merecéis.

–No os preocupéis, esposo mío –dijo ella con discreción–. Es tarde ya para ello. Habéis sido bueno conmigo en la medida de vuestras posibilidades, y lo demás queda en las manos de Dios. Es a Él a quien corresponde juzgaros y no a mí. Ahora pensad en lo que os conviene, que es la salvación de vuestra alma inmortal, porque os queda poco tiempo en la tierra, y arrepentíos de los pecados que hayáis cometido porque, por mi parte, si en algo me habéis fallado, yo os perdono de

corazón y os deseo la paz y el reposo eterno en el cielo, en compañía de los justos.

El príncipe le dirigió una leve sonrisa y estiró su mano hacia ella, que la tomó con dulzura, musitando para sí un «qué buena sois» casi inaudible. Aquel no era un marido sino un niño, y con toda la ternura que no había podido volcar en un hijo, acarició la mano del moribundo y se la llevó a los labios con dulzura, dándole un último beso. Arturo lloraba y cerraba los ojos, agradeciendo al cielo aquella maravillosa mujer que lo acompañaba en el último trance.

Pasaron las horas. Los médicos desahuciaron al príncipe y, tras administrarle la extremaunción, comenzó una triste espera, la de la llegada de la muerte, que inexorablemente tenía que hacer una visita al castillo de Ludlow aquel 2. de abril de 1502. En el patio de armas se arremolinó un gentío de humildes galeses que inquirían por la salud de su príncipe, que moriría de consunción, pasado el mediodía.

La princesa ordenó que se abrieran las puertas de la cámara donde se colocó el féretro real, preparado en un catafalco ricamente ornado con las armas de Gales. Paños negros y bordados de plata sustentaban el féretro, que estaba iluminado por cuatro magníficos velones sobre candeleros de plata maciza, con las armas de Aragón y Castilla, que habían formado parte de su ajuar y que ahora servían para iluminar el tránsito del alma del difunto príncipe Arturo a la otra vida. El cuerpo del heredero de la corona inglesa yacía, consumido, cerúleo como una estatua vacía, en un ataúd de pino tapizado de terciopelo por la princesa con sus propias manos, vestido con sus mejores galas reales.

Con toda solemnidad se organizaron las exequias fúnebres y la princesa las presidió todas, a pie firme, sin un desmayo ni una duda. Pasaron los días y mientras seguían desfilando por delante del ataúd, cerrado ya, los apenados súbditos de Arturo veían, sentada en una silla, enteramente enlutada y con un velo negro que tapaba su rostro, a su princesa, rezando y rezando sin cesar durante horas, sin descanso, sin alivio, sin dolor ya, aunque eso ellos no lo sabían, y sin saber qué hacer, salvo rezar.

Su situación era extraña y difícil. Como princesa de Gales viuda, era subdita del rey pero seguía siendo virgen, a pesar de haber estado casada. ¿Qué iba a ser de ella? Sus pensamientos volaron hacia la España dorada de sus recuerdos. Y rebrotó el ruido de los surtidores de las fuentes granadinas y los azahares sevillanos y las planicies de trigos amarillos de Castilla y los alcornocales y olivares de Andalucía y Extremadura, y sobre todo, sus padres y la seguridad de ser querida y de volver a estar entre los suyos. Sí. Lo mejor sería regresar y ocultar a todos su dolor. No tenía nada de qué avergonzarse. Ella había cumplido con su deber, pero su marido había muerto. No era un caso

único. También le había pasado a su hermana Isabel quien, tras su viudedad, regresó a su casa y allí había sido muy feliz con ellas, hasta que llegó su segundo matrimonio. También su cuñada Margot, que ahora estaba casada en segundas nupcias con el príncipe Filiberto de Saboya, había regresado a casa tras la muerte de su primer esposo.

Sin saber por qué, se sentía incapaz de reaccionar así y sabía que, de algún modo, no le correspondía hacerlo. Ahora esperaba la decisión que iban a tomar el embajador español y el rey de Inglaterra. Y recibió una prueba de que su intuición era certera y de que había dejado de tener un papel importante en el reino. Tres semanas después del fallecimiento del príncipe llegaron los emisarios del rey, al mando del conde de Surrey, y se llevaron el cadáver del príncipe en andas, rodeado de lo más florido de la nobleza y el clero galés, que acompañaba a su señor muerto hasta el lugar de su descanso definitivo en Worcester. A ella la dejaron allí, en la soledad de aquel castillo perdido y frío, en medio de un bosque denso y oscuro, olvidada del mundo, porque a la muerte del príncipe era como si la misma casa se hubiera muerto. También desaparecieron sus cortesanos. Solo quedaron alrededor de doña Catalina sus servidores castellanos y aragoneses, al mando de su aya, la buena de doña María Manuel, ya que los condes de Cabra habían regresado a España.

En esos momentos de soledad y análisis interior, se dio cuenta de que poseía algo de mucho valor: el cariño y la devoción del pueblo, que correspondía así a sus bondades. Ese pueblo humilde que la había visto vivir, siempre discreta y regia, al lado del esposo. Ese pueblo religioso y callado que trabajaba sin cesar y que la veía siempre cerca de ellos, ayudando a quienes más lo necesitaban, en el ejercicio de una caridad sentida, que le salía de su alma buena. Y por eso la amaban. Porque era una princesa llena de virtudes, la hubieran querido reina. Y rezaban por ella, pues sabían que tenían en Catalina una buena valedora. Sin apenas ser consciente de lo que hacía, en la soledad de aquellas semanas que siguieron, de silencio y olvido del mundo, se acercó aún más al corazón del pueblo galés y multiplicó sus caridades con los necesitados, para sentirse útil al mundo y a sí misma, mientras esperaba un mensaje de la corte que no llegaba.

En el palacio de Greenwich la noticia de la muerte de Arturo cayó como un jarro de agua helada. Isabel de York, su madre, lloró con gran sentimiento la muerte de su hijo favorito. Sus hermanas Margaret y Mary le lloraron, como su madre, porque siempre había sido un niño encantador, un hermano atento y considerado con ellas.

Diferente fue la reacción de los dos varones, padre y hermano. Enrique VII recibió la noticia con tranquilidad, sin sentir un pesar

excesivo por la muerte de aquel vástago incapaz de continuar su estirpe. Pasados unos minutos, tras el primer golpe, sintió un verdadero alivio porque se hubiera solucionado de ese modo tan conveniente el problema de Arturo. Casi era un regalo del cielo la desaparición de aquel príncipe triste e incapaz, cuando tenía como sustituto a otro que iba a cumplir mucho mejor con los cometidos reales. Ahora tenía que ocuparse de la princesa viuda, y desde luego no la pensaba dejar escapar del país por muy diversas razones.

En primer lugar estaba el asunto de la dote. Los Reyes Católicos aún tenían que pagarle la mitad de la misma, a lo cual se habían resistido, tras el incumplimiento del rey de su parte del compromiso de entregar a la princesa las rentas prometidas. Además, estaba la cuestión del prestigio real que la presencia de la princesa española en la corte inglesa había supuesto. Catalina debía permanecer en Inglaterra, y el mejor modo de hacer que se quedara era negociar un nuevo matrimonio inglés para ella.

–Enrique, creo que ya tengo pensada la novia que te conviene –dijo el padre mirando a su hijo, el nuevo príncipe de Gales, que estaba muy ufano de su nueva dignidad y por ello había tenido poco tiempo de dolerse por la muerte de quien le había hecho sombra toda la vida.

–¿Y quién es, padre? –preguntó el joven, interesado.

-La que hasta ahora ha sido tu hermana, la princesa viuda de Gales.

–Pero padre, eso sería monstruoso –dijo el joven, dando prueba de erudición y piedad–. No olvides que la Biblia dice que no debe casarse el hermano con la mujer del hermano fallecido. Eso traería desgracias.

–Hay muchas cosas que tú no sabes, hijo –dijo el rey, dándole prueba de una confianza que hasta entonces solo había tenido con Norfolk–. Ya eres príncipe de Gales y tienes once años; debes apresurarte en crecer y comprender que en el mundo no todo es blanco o negro, sino que las cosas muchas veces tienen matices que las hacen diferentes. Como príncipe y futuro rey –dijo Enrique VII, sintiéndose orgulloso de aquel vástago tan bien formadote confío un secreto que hasta ahora muy pocos sabemos. La princesa de Gales nunca convivió con tu hermano. Así pues, nunca ha dejado de ser virgen y por ello su matrimonio es blanco y no existe impedimento alguno para su boda futura contigo.

Enrique se quedó meditativo unos instantes, y el cariño que hasta entonces había sentido por su hermano difunto se convirtió en un desprecio creciente. ¿Cómo era posible que Arturo no hubiera sido capaz de cumplir como hombre con aquella dama tan hermosa y tan elegante?

–¡Qué vergüenza debes de haber sentido al saberlo, padre! –dijo el príncipe–. ¡Pobre Catalina! Virgen a pesar de ser viuda –dijo–. Pero no

te preocupes, que cuando me toque el turno yo no fallaré en esta cuestión de honor.

–Lo sé, hijo. Lo sé –dijo el padre, cambiando de tono–. Tú eres como un toro que, en cuanto entre en celo, va a revolucionar a todas las mujeres de esta corte dormida que rodea a tu madre. Pero no te apresures, que todo llega a su tiempo.

–Así será, alteza –dijo Enrique–. Yo he de dejar bien alto el pabellón de la casa Tudor.

–Sí, hijo, pero antes tienes que aplicarte en los estudios, que reinar es un arte difícil. Has de saber prever los movimientos de otros reyes y saber reaccionar ante los esfuerzos de los demás por disminuir tu poder. No olvides eso. Todos conspirarán, dentro y fuera del reino, para quedarse con una parte del poder que yo te cederé algún día. Y si eres débil lo conseguirán.

–Eso será por encima de mi cadáver –dijo el joven con tono serio–. No ha de moverse una hoja del reino sin mi autorización.

Enrique VII sonrió. Qué diferente era aquel voluntarioso príncipe de su fallecido hijo primogénito. Ahora que ya le había contado el mayor de los secretos y que el niño había reaccionado como un hombre, no le quedaba ya ninguna duda. Enrique sería mucho mejor rey que Arturo y la memoria de este, con frialdad, pasó directamente al olvido para su padre. Ahora había que citar a don Rodrigo Gonzálvez de Puebla, el embajador de los Reyes Católicos, y convencerle de que debía dejar a Catalina en Inglaterra y negociar los esponsales de la princesa viuda con el nuevo príncipe de Gales. A ambos les convenía la alianza. Los asuntos de Italia hacían que al rey de Aragón le viniera bien seguir manteniendo el apoyo inglés, y el rey de Inglaterra necesitaba el prestigio de un heredero que fuese primo hermano del soberano que en su día se convertiría en el más poderoso del orbe, el joven Carlos de Habsburgo, hijo de doña Juana y de Felipe el Hermoso. Con ello se fortalecía su política de alianzas, ya que el matrimonio de Jacobo de Escocia con su hija Margaret pretendía ser un intento pacificador en la turbulenta relación de ambos reinos. Aún le quedaba otra hija, María, que había que comprometer un día, y la reina estaba embarazada de nuevo...

Pero cada cosa a su tiempo. Lo primero que tenía que hacer era hablar con el embajador español y traer después a la princesa a la corte, y darle una casa y corte propias, que no resultaran muy onerosas para sus finanzas, mientras esperaban que pasaran los años necesarios para que el joven Enrique y ella se casaran. «Siempre y cuando el día de mañana esa alianza siguiera conviniendo –pensó el rey, en un alarde de cinismo– Porque si Fernando el Católico perdía su guerra en Italia y el francés triunfaba, quizá sería mejor entonces dejar

de lado la alianza española y buscar la francesa.» En fin, el tiempo lo diría. Pero ahora lo que tenía que hacer era convencer al embajador español de la importancia del enlace con el nuevo príncipe de Gales.

–Padre –dijo el joven príncipe interrumpiendo los pensamientos del rey–. Tengo un partido de tenis con mi amigo el hijo de Norfolk.

–Id, pues. No le hagáis esperar. Y ganadle.

–Siempre les gano a todos, señor.

–Así me gusta –dijo el rey–. No conviene que a un príncipe heredero le derrote nadie en ningún juego. Eso sería un menoscabo de tu dignidad, que no te conviene.

El príncipe Enrique asintió y salió pensativo de la estancia. No se le había ocurrido llevar el sentido de la dignidad real tan lejos, pero inmediatamente captó la idea de su padre y comprendió que tenía razón. Un rey debe ser siempre el primero en todo, y el que ose ganarle en cualquier cosa es de dudosa lealtad hacia él, porque se atreve a colocarse por encima de su rango.

Tenía mucho que aprender si quería ser un buen rey. Y, además, comenzó a darle vueltas a la idea de la boda con su antigua cuñada. Aunque no era muy bonita, siempre le había parecido una gran dama, y por mucho que pensara en otra no se le ocurría una persona que encarnase mejor el espíritu de la realeza que aquella princesa piadosa y buena, que siempre se había mostrado cariñosa con él. Llegado el día, sería una gran reina de Inglaterra. Y ya se encargaría él de compensar los desvíos e incapacidades de su pobre hermano. No dudaba que la dama sería feliz a su lado. Y con este pensamiento alegre recobró el buen humor y salió al patio, donde el joven Norfolk le esperaba, lleno de decisión y energía. Hoy iba a batirle de verdad en la pista.

La Reina Católica había recibido con dolor la noticia de la muerte del esposo de Catalina, pero no le extrañó. Había tenido un presentimiento, casi al mismo tiempo que aquello estaba sucediendo en la lejana Gales, lo cual era algo que sobrepasaba la mera intuición y que con los años le ocurría cada vez más. Era algo extraño que no podía controlar pero que sentía en su interior como un conocimiento que le llegaba de repente. De nuevo le asaltó el presentimiento, como ella lo llamaba, cuando tras la llegada de su hija Juana y su yerno, Felipe el Hermoso, este le tomó la mano. En ese mismo instante, al mirarle a los ojos con su mirada fría y escrutadora, supo que el joven archiduque no iba a reinar por mucho tiempo, lo cual casi podía decir que la tranquilizaba, porque estaba convencida de que su vida se estaba extinguiendo.

En esa situación quería tener cerca de sí a su hija pequeña, la seria y complaciente Catalina, viuda del príncipe de Gales, con quien se entendía tan bien. Ahora que su esposo había muerto, la pequeña debía volver a casa. Así tendría de nuevo a una de sus hijas cerca de ella, que la acompañaría en sus últimos momentos y la cuidaría cuando estuviera pronta a dejar esta tierra. La mera idea del regreso de su hija a Castilla la aliviaba del dolor que le había ocasionado la prematura muerte de su esposo. Por desgracia, no habían tenido hijos y, por tanto, la princesa no tenía mayores ataduras. La reina no pensaba que el monarca inglés estuviera interesado en que permaneciera allí, si no era por la necesidad de devolver la dote, pero incluso en eso estaba la reina dispuesta a perdonarle, con tal que la hija querida regresara a España.

Con ese ánimo fue a la sala del consejo en el palacio de Fuensalida, que el conde les había cedido amablemente como alojamiento durante su estancia en la ciudad imperial de Toledo, dado que el alcázar real estaba en un penoso estado de abandono. Allí estaban de nuevo los ricos hombres, los prelados y las dignidades de Castilla reunidos para jurar como heredera de los reinos a Juana, que iba a celebrarse al día siguiente, el 22 de mayo de 1502.

La reina había recibido la visita de sus fidelísimos súbditos el arzobispo de Toledo, primado de España, fray Francisco Ximénez de Cisneros, que había sido antes su confesor, el almirante don Fadrique, el condestable de Castilla, los duques del Infantado, de Alba, de Alburquerque, de Medina Sidonia y Plasencia, así como el de Arcos, el marqués de Astorga y los condes de Benavente, de Niebla, de Ureña, de Tendilla y de Coruña, que le habían dado el pésame por el triste óbito del príncipe de Gales y la viudedad de la infanta Catalina. Mucho había agradecido su alteza el cumplido pésame de sus grandes, pero ahora no era tiempo de llorar, sino de actuar.

Cuando entró en la sala del consejo vio que Fernando, su esposo, estaba revisando papeles con gesto ceñudo. En ese momento tuvo la impresión de que sus deseos no iban a hacerse realidad. Llena de una inexplicable angustia maternal, se acercó aprensiva hasta donde estaba su marido, con un paso cansino y débil que apenas recordaba su energía antaño poderosa e irresistible.

–¡Quiero que Catalina vuelva con nosotros! –dijo a modo de ruego.

–Por el momento no puede ser, esposa mía. El rey de Inglaterra nos ha hecho la honrosa propuesta de casar a su hijo menor, el nuevo príncipe de Gales, Enrique Tudor, con la princesa viuda nuestra hija, y el embajador ha aceptado la propuesta en principio, tras mi acuerdo previo. No olvidéis que la alianza inglesa nos es vital para el triunfo de nuestras armas en Italia y para el aislamiento de Luis XII, que

coquetea con la idea de aliarse con nuestro consuegro como sea.

-Pues que se alíe con quien quiera, Fernando. Estoy cansada de luchar y de que el destino me arrebate siempre el fruto de mi lucha de un modo amargo. Quiero disfrutar de algo de paz el tiempo que me queda, y si tengo a mi lado a mi hija pequeña me sentiré mejor. Además, no olvidéis –dijo, con gran sentido político– que el taimado y viejo rey inglés lo que quiere es quedarse la rica dote de Catalina. E incluso si el compromiso matrimonial es serio, deberíamos pedir una dispensa papal, porque nuestra hija ha estado casada con el hermano del que será su prometido, y eso hace que la relación entre los nuevos contrayentes tenga un carácter incestuoso.

–Ese no será un problema, señora –dijo el rey mirándola con compasión–. No he querido decíroslo antes, pero el pobre príncipe fallecido nunca cumplió con sus deberes matrimoniales para con nuestra hija, que hoy sigue siendo tan virgen como cuando se casó.

–¡Qué vergüenza y qué horrible situación! –dijo la madre, espantada al conocer la noticia–. ¿Quién lo sabe?

–Todo el mundo lo sabe en secreto, Isabel, pero pronto será *vox populi,* porque tenemos que hacerlo público para que pueda celebrarse la nueva boda entre nuestra hija y el joven Enrique.

–Pues entonces, aún con mayor razón, quiero que mi hija regrese. El príncipe apenas tiene once años y han de pasar al menos cuatro hasta que puedan contraer matrimonio, y no quiero que Catalina permanezca allí hasta entonces, sometida a la voluntad de ese avaro tirano que es el rey de Inglaterra.

–Entiendo tu postura, esposa mía, y yo también siento lo mismo que tú y deseo su regreso, porque creo que sería más feliz con nosotros mientras se cumple el plazo de entrega, pero me temo que el rey de Inglaterra no tiene planeado dejarla salir del país por temor a que nunca regrese.

–¿Cómo se atreve ese monstruo a vejar de ese modo a nuestra hija que, además, es la viuda de su hijo mayor?

–Se atreve a eso y a mucho más –dijo con acento lúgubre el rey–. Voy a enviarle a nuestro buen Hernán Duque de Estrada como apoyo al embajador, con nuestras instrucciones para que dé seguridades al rey y pueda así retornar la princesa viuda a España, aunque lo veo difícil, porque Puebla me dice en su última misiva que el rey piensa ofrecerle una residencia propia y digna a la princesa viuda. Ese es el comentario de la corte y creo que se cumplirá en breve.

–¡Dios mío! ¡Pobre hija mía! ¡Está a punto de pasar de princesa de un reino, a rehén de su malvado rey y antiguo suegro! ¿Por qué tenemos que recibir tantos golpes del destino, Fernando? Mi corazón no lo va a resistir –dijo la reina sintiendo un leve desfallecimiento que

la hizo tambalearse unos instantes y que preocupó a su esposo, quien acudió solícito a su lado y pidió para su alteza una copa de hidromiel para animarla.

Y mientras Isabel la Católica se reponía con el líquido cálido, el rey la miró con cariño, comprendiendo que ya no era la princesa fuerte de la niñez y la primera juventud, que antaño fue capaz de soportar todos los golpes que la vida le daba con la sonrisa firme. Ahora estaba cansada y su rostro mostraba las huellas del sufrimiento que habían provocado las muertes de sus dos hijos mayores, Isabel y Juan, y de su nieto Miguel. Y el rey tomó la decisión de que, en adelante, le iba a ocultar cuantos asuntos no fueran de su primordial atención. Sabía que esa sería la única manera de preservarle la vida, porque la señora estaba muy frágil y el rey temía que cualquier golpe de más fuera el definitivo y se la llevara al cielo. Que eso ocurriera ahora sería nocivo para su reino así como para los intereses de su esposo, que perdería toda la fuerza de Castilla y fácilmente sería aniquilado por el francés, con quien, para más fastidio, parecía estar congeniando a la perfección su yerno, el poco inteligente Felipe. No quería ni imaginarse cómo se iba a relamer de gusto el rey francés, que deseaba a toda costa comprometer a su pequeña hija Claudia con el joven Carlos de Habsburgo. Aunque quizá podría utilizarse ese interés de Luis XII para impedir que las tropas del duque de Nemours en Nápoles recibieran refuerzos de Francia y así, en la mente de Fernando el Católico surgió un plan, que implicaba a su yerno sin que este lo supiera, para engañar a su enemigo el rey de Francia. Daría su autorización al compromiso de los niños y así, el rey de Francia, pensando en la nueva alianza, dejaría de enviar tropas a Italia, donde don Gonzalo Fernández de Córdoba podría destruir las armas francesas, y luego el compromiso se dejaría de lado. Era una jugada maestra.

–¿En qué pensáis, esposo mío?

–En una sutil estratagema que nos va a ahorrar muchas preocupaciones en el futuro, esposa mía, pero no quiero cansaros con algo que es una cuestión interna aragonesa. Ahora lo que debéis hacer es descansar.

Y mirando a uno de los suyos, que se acercó al instante, el rey le indicó que fuera a buscar a la marquesa de Moya para que acompañara a la reina hasta sus aposentos.

Mientras llegaba la señora, el rey aprovechó para entregarle a su esposa un valioso regalo que había reservado para una gran ocasión. Era un precioso tesoro que había encargado para ella en Flandes y que acababa de llegar a sus manos. Era un pequeño libro de horas, realizado primorosamente por uno de los más reputados artistas

flamencos de la corte del emperador, con preciosas miniaturas que adornaban cada una de sus páginas y una orla magnífica de pájaros y flores con el escudo real de Castilla al pie, que gustó mucho a la reina, y esta, sensible a lo bueno y a lo malo, le agradeció de corazón el regalo.

Y con el libro de horas en la mano y los ojos verde azules algo húmedos por la emoción, se retiró del brazo de su amiga del alma, doña Beatriz de Bobadilla, del salón del consejo. Se sentía agotada y quería echarse un rato para poder soportar la jura del día siguiente. Además, pronto tendrían que ir a Aragón, para que también jurasen en Zaragoza a Juana y Felipe como herederos. Después, la princesa Juana daría a luz un nuevo vástago, que se uniría a las jóvenes archiduquesas Leonor e Isabel y al archiduque Carlos. Este hijo habría de nacer en España y sabía Dios que, si era varón, no había de salir de las fronteras de sus reinos. Sus abuelos lo criarían como correspondía a un príncipe español, al menos a este. Y doña Juana debía quedarse un tiempo con su madre y aprender de ella la moderación suficiente para reinar. Era muy necesario para ella.

Doña Isabel se sentía agotada solo de pensar en los enormes esfuerzos que tenía por delante, pero sabía que su fuerza interior no le iba a fallar. Solo tenía que reposar algo más para reunir la suficiente energía. ¡Ojalá pluguiera a Dios el regreso de la infanta Catalina! Sentía que con ella a su lado todo sería más fácil. Y con ese pensamiento entre angustioso y esperanzado, se retiró a sus aposentos.

Puebla había sido requerido a la presencia del rey Enrique VII con urgencia y por ello se había dirigido al palacio de Greenwich. Tras las primeras conversaciones para la celebración de un segundo enlace de la princesa Catalina, esta vez con el príncipe Enrique, el rey había intentado contemporizar para conseguir que se le pagara el resto de la dote y que la princesa permaneciera en Inglaterra. Desde luego, no pensaba consentir bajo ningún concepto que la princesa viuda se fuera del reino por su propia voluntad. Solo una verdadera amenaza de guerra podría hacer que soltara una presa que era tan apetitosa para él y, de momento, Fernando el Católico no estaba tan interesado en el regreso de su hija como para romper la alianza inglesa, pese al deseo de la Reina Católica de tener a Catalina a su lado. El rey Enrique, taimado y avaro, aconsejado con toda la malicia por el duque de Norfolk, que también consideraba que la presencia de la española en el reino era un elemento de estabilidad para la corona, le había animado a que presionara aún más a España. Pero primero tenía que hacer que la princesa regresara a Londres y que se estableciera en un lugar adecuado a su rango, con su corte independiente, para que su

padre el Rey Católico no pudiera decir que estaba mantenida, como una dama más, con menoscabo de su rango.

El rey estaba de acuerdo con Norfolk, pero surgía el problema de dónde residiría la princesa. No le podía dar la Torre porque era una residencia demasiado importante, ni una parte de Westminster Hall, que era el lugar de gobierno. Y no tenía el rey en Londres un palacio de tamaño medio para acoger a la pequeña corte de la princesa. Y de nuevo Norfolk le dio una solución. Acababa de morir el obispo de Durham, que debía una poderosa suma de dinero al monarca. Por eso, aprovechando el deceso, el rey reclamó su deuda y recibió por ella el palacete que el obispo tenía en el Strand londinense, un edificio del tamaño adecuado para la corte de Catalina y situado en un lugar de fácil control para el rey.

Una vez decidido el asunto, la princesa viuda se instala. Doña Catalina entra en posesión de su nueva morada en Durham House, empobrecida y triste, el mismo día que el rey llama a Puebla a su presencia en Greenwich. Mientras el embajador hace el viaje en barca por el Támesis hasta la entrada de la enorme residencia real, siente que Enrique va a jugar una mano difícil y se prepara para la lucha.

Mientras atraviesa los helados corredores y salones, apenas cubiertos de pesados y toscos muebles y mediocres alfombras y tapices, muy alejados del lujo de la corte castellana, el embajador sabe que se dirige al nido de una urraca del que nada que brille o tenga valor sale. Cuando por fin llega al salón de visitas, donde ha sido convocado para una reunión informal, se inclina ante su alteza y se prepara para recibir sus invectivas repartidas con la mejor de sus sonrisas.

–Embajador don Rodrigo Gonzálvez de Puebla –dijo el rey recalcando el nombre del interpelado, quien comprendió de inmediato que no se había equivocado en sus previsiones–. ¿Sabéis que me ofende la desconfianza manifiesta de las palabras de vuestros señores los reyes de Castilla y Aragón cuando piden el regreso inmediato de su hija, mi subdita y nuera viuda a España, para allí esperar a que el príncipe llegue a la edad necesaria para casarse?

–No tiene por qué ofenderos, señor –dijo el embajador mecánicamente–. Como sabéis, la Reina Católica está enferma y desea tener consigo a su hija pequeña para que la ayude y acompañe durante su convalecencia. Es lógica demanda materna, cuando todos sabemos que el matrimonio entre su hija pequeña y el príncipe de Gales no se ha de consumar en al menos cuatro o cinco años, y que ha de venir la correspondiente dispensa papal para poder celebrar los esponsales. Por eso y para que la princesa no os sea una carga, sus altezas quieren que doña Catalina regrese a España.

–No me supone cargo alguno, sobre todo si los reyes de España me pagan la parte de la dote que aún me deben, y que deberíamos renegociar para el siguiente matrimonio, ya que mi hijo Enrique es un partido inmejorable y como sabéis Francia y otras naciones quieren, a toda costa, un enlace con nuestra real casa.

–Quizás entonces deberíais contárselo a mis señores y, mientras tanto, la infanta –dijo fríamente Puebla, recalcando el títulodebería regresar a Castilla.

–El deseo del rey francés no es el mío –dijo Enrique VII, recogiendo velas de inmediato, porque la conversación estaba yéndose a derroteros que él no deseaba–. La princesa viuda de Gales –dijo recalcando también el título– es mi antigua nuera y mi súbdita y ya está cómodamente instalada en su nueva residencia de Durham House, donde la acompaña toda su corte, cosa que podéis comunicar a sus altezas los Reyes Católicos. Como su soberano y futuro padre, es mi voluntad que allí permanezca hasta que se firme el contrato de esponsales y después, hasta que llegue la edad de contraer matrimonio con el príncipe Enrique. Como sabéis, la princesa es muy querida por el pueblo inglés, y este vería mal que doña Catalina se alejara de esta tierra donde tiene tantos amigos y partidarios.

«No es una mala jugada la del rey», pensó Puebla. Ahora, solo le quedaba insistir en el deseo de los reyes de España y al rey resistirse, pero las cartas estaban echadas. Catalina seguiría en Londres hasta que el Papa respondiera a la demanda de dispensa de matrimonio para ella y el príncipe Enrique y, si la respuesta era positiva, nunca saldría de Inglaterra. Su destino quedaría definitivamente ligado a esa nación, para bien o para mal.

Mientras en Palacio discutían su suerte, la princesa viuda, ajena a los negocios internacionales en los que ella no era más que un simple peón, revisaba su nueva casa. El palacete no era una vivienda de lujo, como los palacios reales o las casas de los grandes nobles, pero aun así, tenía unas proporciones dignas y unas amplias ventanas acristaladas por las que entraba la luz a raudales. Eso podía considerarse un verdadero lujo, porque protegía el interior mucho mejor del aire y del frío londinense.

Le gustaba el lugar. Para doña Catalina aquella nueva residencia era como una casa de muñecas, después de los enormes corredores helados y oscuros y de los salones espectrales del castillo galés. Aquella casa le iba a gustar. Doña María Manuel también pensó lo mismo, aunque comprendió de inmediato que la morada no se correspondía con la dignidad y el rango de su señora, lo cual era una sutil afrenta y un gran ahorro para el rey. Este seguía negándose a dar

las rentas que le debía a la infanta, que había conseguido salvar unas pocas de sus mejores joyas de la rapacidad del monarca inglés, cosidas en los forros de sus cubrecamas de pieles de zorro, muy usados, motivo por el cual no habían despertado la codicia del rey.

Este, pensando que la princesa estaba totalmente en sus manos tras la conversación con Puebla, se había incautado de sus mejores muebles y tesoros, portándose con su nuera como un miserable ladrón de viudas. Esa actividad escandalizó a la reina, que le insistió para que devolviera a Catalina algunos de sus tapices y objetos valiosos, aduciendo que todos iban a murmurar contra él por el expolio que estaba cometiendo.

Y mientras el rey abandona Londres desplazando a la corte a Richmond, la princesa ordena su casa administrando las exiguas rentas que recibe del monarca, que la obligan a prescindir de muchos servidores. La corte de Durham House se rige por la etiqueta española, más elegante que la inglesa. Pronto se anuncia la visita de las damas más encopetadas de las casas más antiguas e ilustres de Inglaterra, quienes la consideran de mayor dignidad que a la familia real, porque de hecho es de mejor sangre que los Tudor. A pesar de sus escasos recursos, la princesa sigue haciendo cuanto puede por los humildes y dedica a la caridad una parte de sus escasos ingresos, granjeándose el respeto del pueblo londinense, que ve con malos ojos cómo el rey abusa y extorsiona a la rica nuera, quedándose con sus tesoros y teniéndola miserablemente recluida en aquel lugar poco adecuado. Mientras, Catalina calla.

Así transcurren los meses para la infanta, mientras el asunto de sus esponsales se retrasa. El año 1503 se va a llevar por delante a dos pontífices. La princesa se entera primero de la muerte del Papa español, Alejandro VI, y se duele por ello. Sabe que ha sido un fiel aliado de sus padres, a los que benefició en los dominios americanos y en sus pretensiones italianas, y después de tres semanas de breve pontificado muere su sucesor, Pío III, para asombro de la cristiandad, acostumbrada a Papas de largos reinados.

Cuando por fin los cardenales llegan de nuevo a un consenso tras varias votaciones eligen como Papa a Juliano della Rovere, perteneciente a una vieja familia patricia romana. El nuevo pontífice reinará con el nombre de Julio II y, aunque tiene muchos años, pronto ha de demostrar al mundo que no le falta energía para defender el poder temporal de la Iglesia católica. Ese será el encargado de decidir si Catalina puede casarse o no con el príncipe de Gales, y el Rey Católico le apremia. La respuesta del Papa no tarda en llegar y es positiva. El matrimonio puede celebrarse, ya que el anterior, no consumado, no supone impedimento alguno.

La princesa recibe la nueva con esperanza. Parece que sus asuntos tienen una solución. Cuenta con dieciocho años y está en la flor de la edad. Aunque es siete años más joven que ella, le agrada el príncipe y espera de él que será capaz de hacerla concebir muchos hijos. Y mientras la princesa sueña, el rey de Inglaterra calcula, reuniéndose de nuevo con el embajador Puebla y con Hernán Duque de Estrada para cerrar el acuerdo matrimonial. En la negociación Catalina será de nuevo la perjudicada, pues deberá ceder en sus derechos a la percepción del tercio de las rentas prometidas y nunca entregadas de los condados de Cornualles y Chester y del principado de Gales. El rey inglés estampa su firma en el contrato de esponsales que lo exonera de hacer ese dispendio y, además, se le garantiza a la firma la percepción de unas nuevas sumas de coronas a añadir a las anteriores. A todas luces, el enlace español le ha proporcionado pingües beneficios. La princesa rubrica también, convencida de la necesidad de cerrar el contrato y renunciar a lo que se le debe. Conoce bien al rey y sabe que nunca le entregará por propia voluntad las abundantes rentas que le adeuda. Y al firmar, queda sometida de nuevo a la buena voluntad de su futuro suegro, quien recorta su asignación.

El final del año trae una nueva desgracia para la princesa. Su única valedora ante el rey, la reina Isabel de York, muere tres semanas después de dar a luz a una nueva princesa, a la que la reina ha querido dar el nombre de su nuera, Catalina, por el cariño que tiene a la infanta española.

En Durham House la princesa viuda decreta un luto riguroso. Llorará a la reina como a la madre que ha intentado ser para ella, a pesar de las restricciones del rey. Y su memoria será honrada con misas diarias y procesiones a los santuarios de devoción de la princesa. Con esta actitud se ganará la admiración y el apoyo del pueblo, que ya la llama, familiarmente, la princesa buena, por las muchas caridades silenciosas que hace y por su piedad sincera y evidente.

9

Los años de privaciones. 1504-1509

El rostro de doña Catalina está cambiando», piensa su aya doña María Manuel, que la observa mientras cose las ropas que se han remendado ya varias veces. En casa de la princesa, reina la más absoluta austeridad. Ello es consecuencia de la cicatería del rey inglés, que envía a Durham House una renta mensual cada vez más exigua. A este comportamiento se le añade su resentimiento con la joven nuera, con la cual había pensado desposarse, tras la reciente muerte de su esposa, en lugar de que sea su hijo quien lo haga el día de mañana. De ese modo pretendía disfrutar de la juventud de la novia que tanto le agrada para, además, mantener la alianza española a bajo coste y dejar libre a su hijo para elegir la novia que se le antoje.

Pero sus pretensiones fueron recibidas con repulsa por doña Catalina, así como por los padres de la princesa viuda, que no querían sacrificar a su hija a los deseos rijosos de un viejo que nada les ofrece a cambio. Saben ya que a su muerte, que se produciría indefectiblemente antes que la de la princesa, esta quedaría, con o sin hijos, sin ninguna influencia en la corte y con una posición desairada.

La negativa tajante de los Reyes Católicos llega incluso a la amenaza de guerra si el rey persiste en su idea. Pero será Catalina la que pagará por no aceptar convertirse en el segundo plato de la mesa real. Y ese otoño de 1504 la señora vende sus escasas alhajas con discreción a los prestamistas y usureros de Londres para comprar leña y pagar los salarios de su reducida corte.

Catalina sufre, pero lo hace en silencio. La actividad de su suegro le hace entender lo delicado de su situación, pero ella es digna hija de sus padres y se ha educado en una escuela de disciplina y autocontrol que le permiten sobrellevar con dignidad la forzada austeridad. Lo que se le hace más duro a la señora es ver que tiene que tasar mucho los gastos, porque prácticamente su suegro la tiene en la miseria y si no hubiera sido por las joyas escondidas, probablemente habría tenido que claudicar y mendigarle ayuda. Y sabía Dios que no pensaba hacerlo. No había de inclinar su virtud ni su orgullo ante aquel miserable avaro, intrigante e indigno, que tenía por suegro.

Sí. Porque eso era lo que pensaba de él en su interior, aunque exteriormente nadie le hubiera oído nunca proferir una sola palabra contra él. Estaba educada como correspondía a una princesa de su

sangre y sabía que los comentarios en las escaleras del trono conllevan un peligro que, a más de uno de los que los han proferido, les ha costado la vida. Por ello, por ese silencio forzado que no le permitía manifestar ninguna de sus amarguras y dolores, su rostro se estaba endureciendo y su lozanía se estaba marchitando, a fuerza de privaciones y de contención. Al menos, para su solaz, el rey no estaba cerca. Había decidido quedarse en Richmond esa temporada y eso suponía un alivio para la princesa viuda. Ella esperaba que le llegaran algunos excelentes castellanos de sus padres para ayudarla a mantener la casa, pero el oro tan necesitado tampoco llegó. Los reinos españoles estaban exhaustos por la guerra en Italia, y a menos que ella pidiera socorro a sus padres, ellos no le iban a enviar un dinero que pensaban que no necesitaba. Y entre el dilema de hacerles saber su penosa situación y soportarla, su orgullo la decidió por esto último. No quería que su madre se llevara un disgusto más al saber que la menospreciaban y que le negaban todo aquello a lo que tenía derecho.

Su situación se mantenía igual, mes a mes, zozobrante y amenazadora, cuando un acontecimiento inesperado vino a sumirla en un pesar mucho más profundo que la llenó de luto y dolor. Con toda la gentileza que pudieron, el embajador Puebla y don Hernán Duque de Estrada fueron los encargados de transmitirle la triste noticia de la muerte de su madre, doña Isabel la Católica, el 26 de noviembre de 1504. Doña Catalina no dijo nada, anonadada por la noticia, y les dio venia a los señores para retirarse. Solo permitió que doña María Manuel se quedara a su lado. Sentía el deseo de acabar con tanto dolor, tanta privación y tanta miseria. Y odió en lo profundo de su corazón a aquel miserable rey que no le había permitido ir a España y estar al lado de su madre durante ese último año y que, en lugar de darle el tratamiento y honores que le correspondían, la mantenía como a una pobre sin dote, intentando humillarla, para disminuir la grandeza de su origen y de su casta, superiores a los propios. «Pues bien –se prometió a sí misma–: nunca iba a conseguir de ella lo que deseaba, que se humillara y rogara. Antes moriría de hambre que pedirle nada a aquel monstruo miserable, avaro y sin corazón.»

Durante el año 1505, las privaciones fueron terribles en Durham House. La princesa casi estaba en la ruina. No había dinero casi ni para una mala comida; y los usureros, que sabían su situación, querían aprovecharse de la misma, ofreciendo precios irrisorios por las hermosas joyas de Castilla que ella tenía aún. Pero a pesar de la enorme necesidad en que vivía, ella se negó a vender a precios de baratillo las escasas joyas que le quedaban. Como la pobreza de doña Catalina era ya de dominio público, las visitas de las grandes damas del reino disminuyeron notablemente, porque, sabiendo como sabían de las privaciones de la princesa, no querían hacerle forzar su

limitadísimo presupuesto al tener que atenderlas, como correspondía, con alguna delicadeza. Al fin y al cabo era la princesa viuda y estaba prometida al príncipe de Gales, y su precaria situación la humillaba ante las grandes damas y no le permitía estar a gusto con ellas, y ellas, a pesar de respetarla, no sentían la confianza suficiente para ofrecerle su ayuda que incluso habría ofendido más a la señora y, lo que era peligroso, hubiera molestado al rey.

Doña María Manuel decidió tomar cartas en el asunto y alegando unas disputas con Puebla y con el nuevo embajador nombrado por doña Juana y don Felipe, don Gutierre Gómez de Fuensalida, pidió a su señora permiso para ir a Flandes a pasar una temporada, aprovechando que un pariente muy cercano a ella, don Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y antiguo embajador del Rey Católico ante el emperador, estaba en la privanza del nuevo rey consorte de Castilla, don Felipe el Hermoso, cuñado de su señora. En el ánimo de la buena dama estaba ayudar a doña Catalina y también respirar un poco de normalidad, porque el ambiente de Durham House estaba verdaderamente cargado y era difícil de soportar.

De hecho, apenas se había ido la dama, cuando de nuevo se produce un cambio en Durham House. Los consejos del viejo confesor Girardini, de paciencia y flexibilidad, acabaron por enfadar a doña Catalina, que estaba al límite de sus fuerzas, y acabó despidiendo al sacerdote, que tantos años había estado con ella, sustituyéndolo por un rígido dominico de carácter intransigente, fray Diego Hernández, más en la línea ascética castellana que doña Catalina quería. De hecho, la princesa necesitaba concentrar su odio contra aquel monstruo de suegro que tenía si quería sobrevivir a la terrible situación en la que estaba. Su confesor, sin apoyar su odio, sí la reafirma en su postura de dureza e inflexibilidad. Por primera vez se coloca cilicios en la piel y sus penitencias y devociones endurecen su carácter, marchitándola a pasos agigantados. Pero no se ha de doblegar. Nada ni nadie podrá conseguirlo nunca. Y reza para que no le falten las fuerzas para proseguir en ese calvario inglés que cada vez se le hace más difícil de soportar.

Está comenzando a detestar esa neblina permanente y esas calles sucias y oscuras, y la tristeza de la lluvia que casi cada día cae inmisericorde sobre ella y ese río tan frío, y la ominosa torre donde se dejaron la vida tantos príncipes y nobles, entre ellos los hermanos de la fallecida reina, Isabel. Apenas sale el sol en Londres, y su corazón, profundamente nublado y entristecido, está próximo a perder la esperanza. Se siente abandonada y olvidada del mismo Dios, en aquella tierra adonde fue llena de ilusiones apenas cinco años atrás.

Tañen las campanas de Londres. Hay fiesta en las calles, engalanadas con gallardetes y banderines. Han llegado los nuevos reyes de Castilla, Juana y Felipe, a Inglaterra. Se han detenido para saludar al rey inglés, haciendo una escala en su viaje desde Flandes a su nuevo reino, al que van para ser jurados como reyes. La princesa de Gales se dirige con humildad a la corte y pide permiso a su rey para ir a ver a su hermana, doña Juana.

Durante horas espera la contestación. El rey no se digna a recibirla y observa cómo pasan a la sala de audiencias muchos rostros conocidos, sin que el soberano se digne responder a su demanda. Es una humillación más y en público. Pero aguanta. No cree que el rey se atreva a rechazar su petición, pero se equivoca. Enrique VII le envía a uno de sus chambelanes con un pliego en el cual le niega el derecho a ver a su hermana, ordenándole, como rey, que no salga de Durham House mientras los reyes de Castilla permanezcan en Inglaterra.

Doña Catalina se indigna y por una vez, contrariando los deseos del rey, decide encontrarse con su hermana. No le resulta difícil. Enrique VII la ha subestimado. Catalina tiene más carácter de lo que él se imagina. Informada de dónde residen los reyes de Castilla, se dirige hacia su residencia, camuflada, con un mensaje para la reina doña Juana.

Al pronunciar en perfecto castellano, los soldados de la guardia real castellana le abren paso. Catalina lleva un pliego sellado con las armas de la princesa de Gales que le permite acceder a la estancia privada de palacio.

Anunciada como una dama de la princesa, la reina de Castilla la recibe de inmediato, despidiendo a sus acompañantes. Cuando se quedan a solas, Catalina se desprende de la capucha que le tapa el rostro. La sorpresa de Juana es mayúscula al contemplar a la antaño hermosa y pulcra Catalina, con esa apariencia andrajosa y triste. Apenas puede creer que sea su hermana.

Incapaces de pronunciar palabra, se abrazan con profunda emoción. Hace años que no se ven. Doña Juana tiene la mirada herida por esa melancolía que la ataca a veces, y doña Catalina, el rostro marcado por las privaciones. Ya no son aquellas jovencitas que un día se despidieron con risas en la corte castellana. Cada una lleva su propia cruz y ambas sufren sus dolores de modo diferente; la reina hacia fuera y la princesa hacia dentro. Son muy diferentes, pero se entienden a pesar de los años transcurridos desde los tiempos felices de su infancia. Juntas rieron, lloraron y soñaron y, a pesar del cambio de sus estados, sigue existiendo entre ellas la misma confianza de antaño.

–Querida Catalina, ¡qué alegría verte! –saluda la reina de Castilla–.

Le había pedido a tu suegro que vinieras a nuestra entrevista, pero alegó que no estabas bien de salud, aunque sospeché que eso no era del todo cierto.

–Mi situación no es fácil, hermana –dijo la princesa con tono extrañamente neutro, pues no estaba acostumbrada a quejarse ni a manifestar a nadie en voz alta pesar por su situación.

–Lo sé, Catalina. Lo sé. No estoy tan loca como se dice por ahí y me doy perfecta cuenta de lo que está intentando hacer contigo este mezquino reyezuelo inglés.

–¿Cómo lo vas a saber, hermana? No puedes saber que me tiene en la miseria y me ha quitado mi vajilla y mis joyas y me ha dado una casa indigna de mi rango –dijo Catalina, rompiendo su forzado silencio de años de vejaciones y atreviéndose por fin a quejarse ante alguien de su sangre.

Y mientras hablaba, le caían gruesos lagrimones por el rostro, que aliviaban al menos el mucho dolor y la humillación que llevaba sufriendo callada tanto tiempo.

–Sí, hermana. El muy canalla es peor de lo que te imaginas. De hecho, nos ha propuesto casar a nuestra hija mayor Leonor con su hijo, a pesar de que está comprometido contigo y que firmó el contrato matrimonial con nuestros padres.

–¿Y qué le habéis respondido a su oferta?

–La hemos rechazado de plano los dos y yo le he dicho que si en realidad no pensaba casarte con su hijo, para lo cual este ya tiene edad, dado que parecía que estabas delicada de salud, entonces lo mejor que podía hacer era llevarte conmigo a Castilla, donde te repondrías rápidamente.

–¿Y qué dijo el rey?

–Recogió velas de inmediato. Dijo que tu indisposición era muy leve y que sus palabras solo habían sido un desatino, debido a su mucha amistad hacia nosotros. Tu matrimonio con Enrique se celebrará en breve, Catalina.

–Sí. Eso espero, en verdad. Aunque el príncipe está a punto de alcanzar la mayoría de edad y nunca me visita, ni el rey me dice nada respecto al matrimonio. De hecho, hermana, tengo la impresión de estar marchitándome, por dentro y por fuera.

–Admiro tu manera de sufrir, Catalina. También yo tengo mis dolores, hermana, y no los llevo tan bien como tú. Odio a muerte a todas las putitas flamencas que rodean a mi esposo a toda hora, intentando disfrutar de sus favores, pero lo que más me duele es que a pesar de mi amor y mis protestas, él se deja querer y disfruta de los encantos de esas desvergonzadas en cuanto me doy la vuelta. No te

puedes imaginar cuánto me hace sufrir por ello.

–Debes ser fuerte y soportarlo, hermana. Los hombres no tienen una naturaleza fiel, como nosotras, y se dejan seducir con facilidad ante cualquier coqueteo. Pero seguro que a partir de ahora tendrá más cuidado. Nunca olvides que la corona de Castilla es tuya y que él no es más que un rey consorte. Tuyo es el poder y debes ejercerlo.

–Pero yo quiero compartirlo con él.

–Hazlo, si así lo deseas, como lo hizo nuestra querida madre, pero sabiendo que eres la reina propietaria y haciéndolo valer. Solo así te harás respetar –dijo doña Catalina.

–Vente conmigo, Catalina –dijo la reina– Si quieres, te esconderé entre mi séquito y así podrás dejar este país de brumas donde tan mal te han tratado.

–No puedo, hermana. Ahora ya no puedo hacerlo. Es demasiado tarde. Tengo un compromiso con el príncipe y conmigo misma y quiero que se cumpla lo pactado por nuestros padres. No quiero que el viejo avaro de Enrique VII se ría en nuestras barbas y disfrute del oro y las joyas que me ha robado. Porque te juro que han de volver a ser mías. Cuando sea reina, lo primero que haré será recuperar cada una de mis pertenencias secuestradas por este rey tirano y nadie volverá a quitármelas nunca más. Verte me ha ayudado mucho, hermana, y sabe Dios que daría años de mi vida por acompañarte si pudiera, pero no puede ser. No puedo irme contigo y huir de mi destino. No nos educaron para ello, ni a ti ni a mí. Soy hija de los Reyes Católicos como tú y mi deber es ser reina, como lo es el tuyo, y ayudar a Castilla desde aquí cuando me llegue el momento.

–No olvidaremos tu sacrificio, hermana –dijo–. Y tampoco dejaremos que Enrique VII juegue con nuestra alianza. Te lo juro como reina de Castilla que soy y por la sagrada memoria de nuestra madre.

–Gracias, hermana. No sabes lo que me alivian tus palabras. Aquí me he sentido muy sola durante los últimos años y estas cosas no se las podía contar a nadie. No sabes cuánto me gustaría quedarme un rato más, hablar del pasado y disfrutar de tu compañía, que para mí es como un bálsamo sobre una herida abierta, pero sé que no debo hacerlo. Me voy pues ahora, Juana, cuando aún nadie se ha dado cuenta de que soy quien soy y no una emisaria. No quiero que me sorprendan los hombres del rey. Enrique llevaría muy mal mi desobediencia, y no sé qué castigo me impondría, aunque ya, en verdad, salvo la vida poco puede quitarme –dijo con tono patético.

–Espera, Catalina. No te vayas aún. Toma mis joyas –dijo quitándose el rico collar de perlas y un medallón con un gran rubí y dos anillos de diamantes–. Siento no poder darte más que esto y unas

pocas monedas que aquí tengo. –Juana se dirigió hasta un gabinete, abrió un cajón y le entregó a su hermana un pequeño saquito de excelentes castellanos de oro–. Intentaré enviarte más.

–No te preocupes, hermana –dijo la princesa, para quien aquella ayuda de su hermana, entregada tan de corazón, hizo que se le saltasen las lágrimas, porque su situación era verdaderamente lamentable–. No sabes lo bien que me vienen estas monedas –dijo intentando sonreír y abrazándola con profundo agradecimiento.

–Que Dios te lleve con buen viento a puertos españoles, hermana. No me olvides.

–No he de hacerlo, Catalina. Y tú cuídate mucho y hazme llegar tus nuevas, a través de nuestro embajador.

–Lo haré, hermana mía. Ahora me voy de verdad. No puedo quedarme por más tiempo.

–Ve con Dios, Catalina –dijo, y doña Juana la observó mientras de nuevo se tapaba el rostro y salía, haciendo una inclinación ante su hermana que fue visible para los que estaban al otro lado de la puerta.

La visita de su hermana tuvo un doble efecto. De un lado, mejoró la situación económica angustiosa de la casa y al menos durante un tiempo la comida volvió a entrar en Durham House sin restricciones excesivas, lo cual asombró al personal de la princesa, que, como ella, sufría las duras privaciones.

Doña Catalina de Aragón necesitaba reponerse de tanto agobio y miseria y disfrutar de una buena mesa durante un tiempo. Su salud estaba quebrantada por tantos sacrificios, y su confesor, que además hacía ahora las veces de canciller y secretario, se lo recomendó vivamente.

La segunda consecuencia fue el enconamiento de su odio hacia el rey. Ahora lo veía sin máscaras, como era en realidad; un viejo taimado y traicionero que quería a toda costa aumentar sus tesoros y que retardaba su boda con el príncipe todo lo que estaba en sus manos.

Pero en lugar de desesperarse y suplicarle, su reacción fue la contraria. Desde ahora, el rey de Inglaterra no vería nunca más un gesto de súplica en su nuera. Ella era la princesa viuda de Gales y la prometida del príncipe Enrique y tenía sus derechos, que nadie iba a pisotear. En adelante, la princesa Catalina no se inclinaría ante nadie, salvo ante el rey y su prometido, el príncipe de Gales. Y lo haría solo por protocolo, porque por sangre tenía más abolengo que la de los Tudor y que la de cualquier familia de ese país, pues por rango estaba incluso por encima de las hijas del rey.

Así, en el baile de la mayoría de edad del príncipe, Catalina no permite a sus hermanas que pasen antes que ella, sino que las fuerza a ponerse detrás, ante el asombro del mismo rey y de la corte, que no esperan que siga manteniendo su orgullo de raza. Pero se equivocan. La entereza y el valor de la princesa, caminando sin cortejo, con paso lento, digna y regia, con la cabeza bien alta, por los salones de Westminster Hall, aún vestida de luto riguroso por su madre, impresiona a todos. Es digna hija de sus padres y sabe mostrarlo cuando corresponde. Con toda intención, lleva un vestido negro antiguo, muy desgastado y remendado de modo visible, para avergonzar al rey. No luce ni una sola joya, pues todos saben que las suyas están en las arcas de su suegro, y ello hace parecer más notorio el estado de miseria en que Enrique VII la tiene, provocando nuevas murmuraciones contra él.

El rey comprende el desafío de Catalina, en especial cuando, con estudiada lentitud y ceremonia, se inclina ante él en una reverencia perfecta. A pesar de sus andrajos, Catalina muestra su dignidad. Enrique la detestará de corazón. El monarca se muestra furioso contra ella, por hacer pública la situación de necesidad, con precisa dignidad, de modo que recae sobre él y sobre Inglaterra la responsabilidad de la pobreza de la princesa, una pobreza vergonzosa e innecesaria, que solo se debe a su maldad y a su avaricia.

Incluso su hijo Enrique le mira de modo extraño. ¿Es aquella dama rígida, de rostro tan duro, la amable y alegre princesa de Gales de hacía solo unos años? ¿Dónde se han quedado sus dulces modales y su sonrisa permanente? El ya está a punto de convertirse en hombre, y es capaz de intuir el profundo sufrimiento de la dama, debido a la cicatería de su padre, y siente en su corazón una profunda compasión por aquella princesa de tan triste suerte, a la cual Inglaterra estaba negando la felicidad. Y en ese momento, decide que él se casará con ella, digan lo que digan, cumpliendo con el compromiso matrimonial por el que ella ha permanecido en el reino y está sufriendo tanto.

Y entonces, con la gracia de sus quince espigados años y su metro ochenta de estatura, ordena a los músicos que interpreten una zarabanda castellana. Ante el estupor de la corte de su padre y del mismo rey y con toda delicadeza, se dirige hacia Catalina. Y tomando con naturalidad la mano de su prometida, baila con ella aquellos sones de la tierra lejana que la había visto nacer. Ese momento impagable, de suprema dignidad, en que Catalina sintió que de nuevo la devolvían a su lugar, llenó de calor el corazón de la princesa, que vio mientras bailaba cómo su suegro, furioso, se retiraba, contrariado, del salón de baile. Y así, en un impulso de su alma fuerte, decidió amar en cuerpo y alma a aquel príncipe que, de un modo tan elegante, había dado una lección de realeza y de dignidad a su propio padre. Sí,

Enrique Tudor le había demostrado con aquel gesto que era digno de su amor: un caballero de corazón leal. Se juró entonces que sabría corresponder a ese gesto con un amor sin mancha, que honraría a su esposo y a su trono.

Y cuando se inclinó ante su prometido, tras la severa danza, con toda la gracia que sabía, la corte intuyó que aquella princesa tenía aún algo que decir en el reino. A pesar de sus harapos, todos la agasajaron y trataron de nuevo como a la futura reina de Inglaterra.

Apenas habían pasado unos meses desde que su hermana regresara a su reino de Castilla, cuando las malas noticias llegaron de nuevo a Durham House. Recién comenzado el otoño, el 26 de septiembre de I506, había fallecido en Burgos su cuñado, el rey don Felipe el Hermoso. Su hermana Juana parecía haber perdido la cordura, paseaba su féretro por los campos de Castilla, negándose a enterrarlo, con gran escándalo de todo el reino. Por ello su padre, don Fernando, ejercía de nuevo la regencia de Castilla hasta que llegara la mayoría de edad del príncipe don Carlos, que debería asumir entonces el poder.

La noticia dejó muy consternada a doña Catalina, porque su hermana que estaba pendiente de ella y preocupada por su situación, le había enviado un saco de excelentes de oro, mucho más abultado que el primero, cesando las privaciones de Durham House. Ahora se imaginaba que volverían los tiempos duros, porque su padre nunca le había enviado dinero. Ya estaba acostumbrada. Solo esperaba que el Rey Católico presionara al inglés para que se celebrara el matrimonio.

Pero el tiempo pasó y llegó el invierno de ese año. Transcurrieron los años 1507 y 1508 sin que el rey anunciara la boda ni hiciera preparativo alguno para ello, mientras a Durham House llegaban nuevas de las hazañas galantes del joven príncipe de Gales, que demostraba con ello que no tenía el mismo problema que su hermano, sino más bien el contrario, pues picaba de flor en flor con la alegría de sus diecisiete años.

Y mientras el tiempo pasaba y su situación volvía a ser miserable y oscura, ella se sentía envejecer por dentro y se dolía de su abandono, pero callaba. Rezaba y callaba. Su vida entera era un rezo, una penitencia, una peregrinación. Pero en la primavera de 1509 su vida cambió.

La gran noticia llegó por fin. Y se oyeron los pregones que la anunciaban a los cuatro vientos y que partían en todas direcciones para que el pueblo de Inglaterra se enterase: Enrique VII había muerto. El viejo rey había dejado de vivir, ese bendito día 21 de abril de 1509. Era un día tranquilo y gris, pero para ella la vida cobraba

unos colores más vivos. Su enemigo, su torturador, su secuestrador había muerto. Se sentía feliz en lo más profundo de su ser.

–¡Viva Enrique VIII! –gritó la princesa de todo corazón, abriendo una de las ventanas de su casa.

Luego se preparó para cumplir con su deber. Vestida enteramente de negro, con un velo de encaje de Malinas que le tapaba el rostro endurecido por las privaciones, la princesa acudió a Westminster Hall, donde el rey muerto estaba de cuerpo presente. Enrique la recibió con agrado y le indicó que permaneciera a su lado cuando ella hizo el gesto de retirarse, recibiendo a los pares y a los lores del reino, que venían a darle el pésame.

Con diligencia se encargó, a petición de su prometido, de organizar la presentación del cadáver real y los funerales privados.

Enrique VIII la miraba y no decía nada. Simplemente la dejaba hacer y veía que era la reina que necesitaba para que ordenase su casa como lo había hecho antaño su madre.

Una semana después, sin que la princesa lo esperara, Enrique le anunció su enlace. La boda se celebraría en la capilla real de palacio, como correspondía al luto oficial que llevaban en la casa, el día 10 de mayo, apenas veinte días después de la muerte de su padre.

Doña Catalina asintió. No podía creer que su destino hubiera podido cambiar en tan poco tiempo. Por fin se abría un poco de luz en medio de las nubes eternas que hasta entonces la habían rodeado, y tomando la mano de su futuro esposo la besó con ternura y agradecimiento. Cuando se retiró a Durham House su corazón estaba contento. Por primera vez en años, encontró graciosa la casa y agradable el paseo desde palacio. Y sintió que su amor por el rey crecía por momentos. Sabía que hubiera podido rechazarla pero había optado por cumplir su compromiso. Era un verdadero caballero y un apuesto doncel y ella sabría recompensarle. Enrique se iba a sentir orgulloso de ella.

El rey quiso subsanar inmediatamente la terrible situación de doña Catalina, haciendo que su prometida recibiera todo lo que su padre le había negado. En los siguientes días, llegaron a Durham House todas las joyas secuestradas, las vajillas de plata de Castilla y muchos objetos que eran de su propiedad, así como otros preciosos regalos del rey, telas de brocados y encajes preciosos. Llegaron también los sastres y las costureras que tenían que confeccionar en diez días el vestuario para la futura reina. Durham House sería abandonada para siempre y se instalaría, por fin, en los apartamentos reales de Westminster Hall.

10

Catalina, reina de Inglaterra

Llevaban ya casi nueve meses de unión y la vida les sonreía.

Catalina era feliz. Aquella tarde invernal de enero de 1510 miraba desde el palacio de Greenwich el pausado transcurrir del río. Sentía cómo su alma acompañaba a la tranquilidad del agua que reflejaba un sol frío que daba una claridad tan diferente de aquella cálida de Castilla, de dorados reflejos.

Pero eso no le importaba. Aparte de la luz, no echaba en falta nada. España estaba lejos y su corazón estaba henchido de amor por su esposo inglés. Puso su mano en su redondo vientre, lleno de vida, esa vida esperada que iba a llenar de felicidad al matrimonio real. Nadie podía haberse imaginado que una pareja compuesta por dos seres tan diferentes como Enrique VIH, con su vital sensualidad, y Catalina de Aragón con su austera frugalidad, iba a funcionar tan bien. Pero de hecho así era. Y tampoco había importado la diferencia de años entre ellos. Ávida de amar y de cumplir con su sagrado deber, Catalina se ofreció a su esposo con una devoción total, que este gustó desde el primer momento y lo hizo por completo y sin reservas.

De hecho, sorprendió agradablemente al rey cómo se entregaba a su pasión, deseosa de cargar su vientre de un heredero que diese razón a tantos años de espera y privaciones, pero, además, supo estar a la altura de las circunstancias en las artes amatorias, dando al rey todo el placer que nunca podría haberse imaginado encontrar en aquella piadosa dama.

Por eso, porque estaba en armonía con ella, y como desagravio por tantos sinsabores como la reina había tenido que sufrir en silencio en Inglaterra, el rey había decidido que ambos se coronarían en Westminster, a pesar de la oposición del arzobispo Warham y de un clérigo ambicioso, llamado Thomas Wolsey, que pretendía trepar a las alturas de las cimas eclesiásticas más altas, por la confianza que el joven rey había depositado en él. Catalina recordaba el día de la coronación como el de su verdadero triunfo, inesperado, solemne y completo y nunca será capaz de agradecerle bastante al rey, a quien ha bautizado con el caballeresco nombre de «caballero del corazón leal», que le haya regalado ese honor, que su alma necesitaba tanto, para compensar los años de humillaciones que comenzaba a olvidar.

En la coronación se demostró el sentido político de su esposo, en

contra de la opinión de sus consejeros, y se vio cuánta razón había tenido al ordenar que se llevara a cabo la ceremonia. El pueblo se volcó con sus reyes como nadie se había esperado. Durante años habían amado en silencio y respetado a la princesa viuda, recibido sus caridades y contemplado su piedad, y habían sufrido con ella las miserias de Durham House con su mismo silencio ofendido y, como ella, habían aprendido a conocer y a dejar de querer al viejo rey avaro y cruel.

Pero ahora había llegado un tiempo diferente. Los hombres podían de nuevo hablar, sin temer por su hacienda o su vida, y todos estaban entusiasmados con ese monarca joven y brillante, a quien gustaba el lujo y las fiestas y que estaba dispuesto a gastar una parte de las inmensas riquezas de su avaricioso padre en festejar a su pueblo con fuentes de vino y arcos de flores y danzas y monedas de plata el día de su coronación. Todos estaban felices. Nobles y villanos por igual esperaban grandes cosas de Enrique VIII. Inglaterra amaba a su nuevo rey, que había demostrado sensibilidad y capacidad de reconocer la verdadera bondad y gracia que se hallaba en el corazón de aquella reina española, con antigua sangre real inglesa, que durante años se había estado marchitando mientras le esperaba.

Aquel 24 de junio de 1509, el día de su coronación, millares de ingleses venidos de los cuatro confines del reino se apostaron a ambos lados del camino del cortejo y arrojaron flores al paso de la real pareja emocionada por el amor de su pueblo, desde la torre de Londres hasta la abadía de Westminster. Algunos habían esperado casi desde el amanecer guardando su sitio, de pie en un buen lugar para ver a la joven pareja y vitorearla a su paso. Nunca antes un rey había sido tratado con tanto amor, y Enrique sabía muy bien que una parte importante del mismo se lo debía a la popularidad de su esposa Catalina, a quien el pueblo aclamó sin cesar, con un fervor que asombró al mismo rey, a sus consejeros y a los nobles.

Catalina hizo su entrada en la abadía con toda la solemnidad que su madre le enseñara, con paso lento, por la calle central, mientras observaba a su paso a todos los personajes que tenían alguna importancia en el reino, de pie, a ambos lados en los bancos laterales, dispuestos a testificar la ceremonia y a prestar el juramento homenaje a sus reyes. De hecho, para mayor lucimiento de aquella fiesta grandiosa, casi la totalidad de los lores y pares del reino estaban presentes. Todos aquellos que durante los últimos años del reinado de su padre más o menos abiertamente habían dado la espalda a la corte. Los Percy, Stafford, Surrey y los Pole estaban allí, vestidos con sus mantos de armiño y sus coronas de rango. Engalanados con sus cadenas más ricas y sus mejores joyas para ornato de la ceremonia, sin temer mostrar una riqueza que con el viejo y avaro Enrique VII les

podía haber costado incluso la vida.

Los grandes candelabros de bronce y los de plata de la casa real estaban encendidos alrededor del altar. Había guirnaldas de brezo y de flores silvestres que colgaban de los bancos, a lo largo del recorrido hasta el lugar de preeminencia cerca del altar central, donde estaban situados los dos tronos. Catalina podía sentirse orgullosa y de hecho lo estaba. Iba del brazo del rey, que llevaba un traje de reminiscencias italianas, con calzas ajustadas de seda, pechera guarnecida de pieles de marta y armiño y un gran collar de oro. Catalina a su vez iba vestida de rico brocado de seda de color vino, con granadas bordadas en oro, que llevaban incrustadas ricos granates, simulando los granos rojos de la fruta. Los mantos del rey y la reina, ricos y de casi cuatro metros de largo, eran de armiño y terciopelo, bordados con los viejos leopardos de Inglaterra, y para facilitar el paso de los monarcas y dar mayor solemnidad al evento, los sostenían doce pajes que eran los primogénitos de algunas de las casas más antiguas de Inglaterra y Gales. Mientras avanzaban lentamente por la amplia nave eran la imagen viva de la majestad.

En medio del escote cuadrado del traje la reina lucía el maravilloso broche de rubíes orientales que su padre el rey Fernando el Católico le diera al partir, que Enrique VII había tenido secuestrado, con el resto de sus joyas, y que su marido le había devuelto al contraer matrimonio. Llevaba el cabello trenzado con perlas, y envolvía el conjunto una suave muselina transparente que se sostenía por una rica toca de oro donde brillaban los diamantes, entre rubíes. Estaba colocada de un modo muy ligero para poder retirarla en el momento en que el arzobispo hubiera de colocar sobre sus sienes la corona de reina de Inglaterra.

Catalina nunca podría olvidar la mirada resignada de Warham, el arzobispo de Westminster –que se había opuesto, como pro francés que era, a la coronación así como antes a la boda–, cuando tuvo que colocar en las sienes de la española la corona de reina de Inglaterra. Y luego, los plácemes y las sonrisas de los pares y de aquellos que la habían despreciado durante años, que se veían forzados a inclinarse de nuevo ante ella y a ofrecerle respetuosas y cortesanas reverencias. Disfrutó de cada una de ellas, así como de los largos discursos de los comunes.

Todo había sido maravilloso e inolvidable, como lo había sido también el día en que sintió que estaba encinta. Apenas hacía dos meses de la boda cuando lo supo con certeza. Había perdido el período y comenzó a sentir unas náuseas muy reveladoras, y con el corazón henchido de gozo se fue hasta el salón del consejo, donde su marido estaba acabando de despachar con los duques de Northumberland y Norfolk. Cuando vio que hacía el gesto de retirarse

para esperar que concluyera su trabajo, la llamó y los nobles señores se retiraron tras hacer una inclinación ante la reina.

Con cuánta alegría y orgullo le comunicó el feliz estado en que se encontraba y con cuánto orgullo la miró él. Eran reyes, pero, además, eran marido y mujer y pronto iban a ser padres. Enrique VIII rió y la levantó en vilo, a lo cual ella no se opuso sino que rieron. El monarca la llevó hasta el lecho conyugal y le hizo el amor hasta hacerla casi volverse loca de gozo. Y desde entonces había vivido como en una nube. Su estado era el de una constante felicidad, que la hacía sonreír y cantar. Había pedido que vinieran desde Granada unos músicos para su solaz y su esposo la había complacido en esto como en cualquier capricho que tuviera, atento y enamorado.

Muchos meses habían pasado desde aquel día y las cosas habían ido bien. Ahora, en ese frío fin de enero, solo les quedaba culminar la espera y recibir la alegría del fruto de su amor. Hacía nueve años desde su llegada a Inglaterra, pero la espera había merecido la pena.

–¿En qué piensas, esposa mía? –dijo el rey.

–Me he quedado mirando la luz y me han venido los recuerdos de todos estos meses de felicidad con vos, esposo mío. Sois mi sol y mi vida, señor –dijo mirándole con ojos enamorados de ese modo que la hacía parecer casi guapa.

–Estáis muy hermosa, con vuestro vientre tan hinchado y el rostro tan sonrosado, Catalina –dijo el rey–. Os han venido bien los kilos que habéis cogido con el embarazo. Parecéis más joven y saludable.

–Gracias, mi señor. Sois vos quien me mira con buenos ojos y probablemente es la felicidad de estar a vuestro lado la que me hace rejuvenecer. Nunca imaginé que la vida conyugal pudiera ser tan placentera y dichosa.

–Me halaga que lo penséis. Yo también me siento muy satisfecho y espero que pronto lo estemos aún más con la llegada de nuestro heredero. ¡Ojalá que sea un varón fuerte y hermoso para que todo el reino pueda congratularse con nuestra dicha!

–Dios os oiga, mi señor. Por ello rezo todas las noches y en mis devociones.

–Pues os han de escuchar seguro, Catalina –dijo el rey–, porque dedicáis muchas horas al día a ellas.

–¿Os parece mal, mi señor?

–No, en absoluto. Creo que es bueno que seáis piadosa. A mí no me molesta y al pueblo le encanta, lo cual nos conviene a todos.

–Me alegra que así lo penséis, pero os ruego que me comuniquéis si algo en mí os molesta, que lo he de cambiar de inmediato. Quiero ser exactamente como vos queráis, mi señor.

–Me asombra y me halaga ver cómo me amáis, Catalina. No es fácil que una consorte real tenga tal devoción por su esposo, dado que tantas veces los príncipes nos vemos forzados a casarnos por razones de Estado.

–Sí, tenéis razón –dijo la reina quitándole la palabra–. Tenemos suerte de amarnos, aunque yo vi la misma devoción en mi madre y creo que cada vez me parezco más a ella en carácter, e incluso en lo físico.

–Pues entonces debo congratularme aún más, porque no hay mejor espejo para un monarca de este tiempo que tu excelsa madre la Reina Católica y tu padre, que es un modelo de inteligencia política. De hecho espero aprender mucho de su amistad.

–No sabéis cómo me alegran vuestras palabras, esposo mío. Yo también creo que mi padre es uno de los mejores cerebros políticos del mundo, y sin duda su alianza nos ha de beneficiar.

–Sí, Catalina. La alianza de tu padre me conviene y a él la mía para contrarrestar los constantes esfuerzos de Luis XII por sentar clara su preeminencia en Europa y hacerse con el reino de Napóles. Es tozudo y, a pesar de las terribles derrotas que le infligió el Gran Capitán en Ceriñola, Garellano y Gaeta, que supusieron para tu padre la conquista del reino, sigue empeñado en sus derechos al mismo y no cejará hasta la muerte.

–Sí, tenéis razón.

–Parece que está muy empecinado en mantener la tradicional preeminencia francesa en el mundo. Y como esta está comenzando a desvanecerse, él intenta a cualquier precio mantener su poder, barriendo la influencia española de Italia, celoso de la prosperidad creciente de Castilla, cuya riqueza le preocupa.

–Sí, esposo mío. Además, parece que mi buen amigo, frey Nicolás de Ovando, ha hecho una excelente labor al frente del gobierno de las Indias, como virrey nombrado por mi difunta madre, que sigue en su puesto desde hace siete años, poniendo orden en el desaguisado dejado allí por los Colón y después de estos, por el impolítico Francisco de Bobadilla.

–Desde luego, el reino de vuestra pobre hermana Juana, que administra con excelente celo vuestro padre, es cada día más importante. Parece que Castilla va a encaramarse a la cabeza de los reinos del mundo si siguen conquistando nuevas tierras y trayendo riquezas al viejo continente desde esos parajes remotos del Nuevo Mundo.

–Así es. Desde luego, esposo mío, parece que las tierras descubiertas no son las de Asia, como pensaba en un principio el almirante, sino un continente nuevo, que algunos dan en llamar

América, tras la alegación de un aventurero italiano llamado Américo Vespucci, en su visita a la corte de Luis XII, a fines del siglo pasado, diciendo que él era quien había descubierto que aquella tierra era un continente nuevo y no las Indias orientales. Pero la corona española desconoce tal nombre y, en cambio, le dan el de Indias Occidentales.

–Me encanta oíros hablar, Catalina. Sois verdaderamente culta y sabéis muchas cosas que son de mi interés –dijo el rey.

–Eso se lo agradezco a la exquisita educación que me dio mi madre, que viendo que me gustaba el latín me facilitó excelentes profesores, como Beatriz Galindo y Pedro Mártir de Anglería, y luego me dio hábiles consejeros que me han enseñado mucho, como mi fiel Montjoy, chambelán de mi casa, que está en contacto con los mayores humanistas de este tiempo, como el sabio Erasmo de Rotterdam, a quien, por cierto, señor, deberíamos invitar a visitar Inglaterra.

-Qué idea tan inmejorable, mi reina. Dile a Montjoy que escriba una carta al eminente sabio para ver si estaría dispuesto a aceptar nuestra invitación, y si lo está, cuenta con que yo le he de escribir en persona para pedirle que nos visite y nos ilustre. Es una personalidad que puede ser vital para impulsar nuestro pensamiento, que ya cuenta con cerebros tan eminentes como los profesores Tomás Moro, Fisher, Linacre o Latimer. Sería un verdadero honor que viniera a Inglaterra para que nuestras universidades de Oxford y Cambridge también tengan fama internacional y sean capaces de eclipsar a las famosas de Bolonia, París o Salamanca.

–Me parece que hacéis muy bien en orientar vuestro reinado a hacer brillar a Inglaterra en la cultura, señor.

–La quiero hacer brillar en todo, mi señora –dijo el rey, con tono serio–. El reino brillará con mi propio brillo, porque yo soy la encarnación de la realeza –dijo mirándola a los ojos–. He heredado un trono firme y quiero dejárselo a nuestros sucesores enriquecido y mucho más poderoso que cuando me senté en él.

–Y lo haréis, mi señor –dijo la reina, con una fe absoluta en las capacidades de su esposo, que eran muchas y muy buenas, porque estaba demostrando que tenía verdaderas aptitudes para ser un buen rey y estaba reforzando su poder con cada decisión que tomaba, de un modo que asombraba a nobles y consejeros porque parecía que lo hacía sin ningún esfuerzo, cuando, en realidad, la mente del soberano nunca descansaba y su atención estaba fija en los que le rodeaban, espiando sus gestos y leyendo en sus actitudes.

Sin duda, con los años sería un rey excelente, porque tenía inteligencia viva, energía y genio suficientes para llevar la nave del Estado sin ayuda. Y, además, poseía un sentido de la grandeza que sin duda le permitiría llegar donde pocos soberanos ingleses lo habían

hecho. Era el rey adecuado para su trono, lo cual constituía una bendición para el país. De hecho, para Enrique VIII su prestigio y el del país eran una misma cosa y por eso, al querer brillar por encima de los demás reyes, estaba comenzando a hacer brillar su corte y su país.

–Me parece una excelente idea el que os ocupéis como lo hacéis de los asuntos de Estado, esposo mío. Mis padres siempre lo hicieron así también y el reino prosperó mucho. En cambio, en tiempos de mi tío el pobre Enrique IV los validos como el marqués de Villena y el duque de Alburquerque o la camarilla de los Mendoza, controlaron parcelas demasiado importantes de poder.

-No será así en mi reinado, Catalina. Soy el rey y los hombres me han de servir como corresponde, y las decisiones de Estado las he de tomar yo y nadie más. No quiero que la historia me considere un pusilánime. No lo soy y nunca permitiré que nadie usurpe el poder real, y quien lo intente pagará su osadía con la vida –dijo con tono ominoso.

La reina asintió en silencio. Sabía muy bien que reinar no era fácil. La tarea de mantener un reino en paz requería actos de fuerza, a veces brutales. Solo así, con rigor además de con inteligencia y buen gobierno, podía prosperar un país pequeño como Inglaterra, abocada al comercio ya que no tenía grandes fuentes de recursos propios. Eso lo sabían todos, y también que en ese tiempo de grandes espíritus un príncipe se medía no solo por sus armas sino por su capacidad para atraer a su corte a los mejores artistas. El ejemplo mejor eran los Médicis, Cosme y Lorenzo. Esa familia de antiguos comerciantes florentinos, enriquecidos y elevados a la señoría de su ciudad, había conseguido que sus pensadores y artistas expandieran su influencia al resto de Italia y de ahí al resto del mundo, asombrado por la belleza y la finura que producían.

Cosme, protector de artistas como Donatello y Benozzo Gózoli, fue el que desarrolló el academismo al impulsar los estudios platónicos de Marsilio Ficcino y las traducciones de Aristóteles por Juan Agyropoulos. Y la Academia platónica nació en el vestíbulo de columnas de la hermosa villa de Careggi, donde se reunieron los mejores pensadores italianos junto a Marsilio, como Cristóforo Landini, Poliziano, Poggio Bracciolini y Girólamo Benivieni, mientras los artistas decoraban Florencia con sus obras maravillosas. Brunelleschi, Michelozzo, Alberti y Ghiberti, humanistas nuevos, desarrollaban una arquitectura y una escultura armoniosas y potentes, basadas en los cánones clásicos y en el estudio de las proporciones.

Pero también en el norte el arte y el pensamiento habían florecido. Había sido en la corte de los duques de Borgoña, desde Carlos el

Temerario, cuyo ducado había pasado al emperador Maximiliano a la muerte de su esposa la duquesa María, y cuyo heredero era ahora el joven sobrino de Catalina, Carlos de Habsburgo. Los artistas flamencos habían revolucionado la perspectiva, y la pintura flamenca era la rival de la italiana en esa evolución que había cambiado el gusto del mundo.

—Tenéis mucha razón, esposo mío. Mis padres han sido grandes protectores de las artes. Y mi madre una gran coleccionista de tablas flamencas del nuevo estilo, pintadas por los grandes maestros Memling, Van der Weiden, Bouts, Van der Goes y Gerardo David.

—Sí, lo sé. De hecho, fueron una corte modélica en la que podríamos inspirarnos muchos reyes, aunque desgraciadamente no han sido capaces de hacer perdurar su dinastía. La casa de Trastámara se extingue en la reina Juana y en vos, esposa mía, porque el joven duque de Luxemburgo, vuestro sobrino el archiduque Carlos, que se está educando en la corte de Malinas de vuestra antigua cuñada la archiduquesa Margarita de Austria, viuda de Filiberto de Saboya y excelente gobernadora de Flandes, es un Fíabsburgo hasta los corvejones y no habla una palabra de español, lo cual en su día va a ser un problema para él.

—Yo también lo temo. Por más que mi padre ha intentado enviarle educadores castellanos, su madrina, la archiduquesa Margarita y su abuelo, el emperador, los han rechazado. Quizá Maximiliano teme que el niño ame demasiado a Castilla, si conoce su lengua y sus costumbres, y se olvide de la herencia alemana y flamenca que también le va a corresponder, pero creo que ambos están cometiendo un grave error de perspectiva.

—Y muy grande —continuó el rey—. Si muriera vuestro padre, que Dios no lo quiera, sin sucesión masculina de su esposa doña Germana de Foix, el resultado será un rey de España educado como conde de Flandes, que no va a ser bien aceptado por el pueblo castellano, porque nunca ha pisado las tierras de Castilla ni de Aragón, mientras su hermano, el archiduque Fernando, es un príncipe totalmente español, que no conoce apenas el alemán y se ha educado con su abuelo el Católico en España.

—Sí. Es una paradoja. Espero que esto no les cause problemas. No creo que Fernando se alce contra su hermano, aunque nunca se han visto las caras y sé que muchos procuran que mi padre le deje el reino de Aragón a él.

—Esperemos que no sea así —dijo el rey—, porque sin duda habría otra guerra civil y sangrienta, como la que desangró Inglaterra entre las casas de Lancaster y York.

—Dios no lo quiera, esposo mío. Sería un gran mal absurdo e

innecesario.

–Solo Él sabe lo que nos espera, querida. Pero desde luego, la situación de tu sobrino Carlos no va a ser fácil.

–¡Ay, señor! –dijo la reina con un suspiro.

Y de repente su rostro cambió. Comenzaron de repente los primeros dolores de parto y ella, con toda la serenidad heredada de su madre, miró al rey con dulzura y le dijo:

–Esposo mío, llamad a las parteras, porque creo que el niño está a punto de llegar.

Enrique VIII se azaró un instante, emocionado, e inmediatamente dio una voz a la cual acudió el mayordomo mayor.

–Id a buscar a las parteras –dijo–. La reina va a dar a luz.

Las tan esperadas palabras revolucionaron la ciudad. Las parteras llegaron y, mientras lo preparaban todo, se hacían corrillos en las afueras del palacio de Londres donde la reina iba a dar un heredero para el reino.

Pero la cosa no iba a ser rápida. Pasó el día y la noche y su alteza no acababa de tener el niño. Las multitudes comenzaron a murmurar. No era buena señal tanta tardanza. ¿Acaso había ido algo mal? ¿Qué pasaba? Los comentarios y los rumores comenzaban a circular aunque en realidad nadie sabía nada. Solo podían esperar, y eso hicieron durante día y medio.

Por fin, una triste figura anunció al pueblo de Inglaterra que la reina había tenido una niña, pero que debido a dificultades en el parto, nació muerta.

Desilusión y dolor. El pueblo se dispersó en silencio. Sentían la pena de su soberana y estaban con ella. Pero tampoco era tan grave, pensaron al cabo de poco tiempo. Aún era joven y el rey mucho más aún, y en tiempos venideros podía dar aún muchos hijos a su marido.

Wolsey, el ambicioso clérigo, se frotó las manos. En su fuero interno estaba encantado. No le gustaba aquella reina española de raza tan antigua y de piedad tan sincera, que solo con mirarle parecía saber qué estaba pensando. Le ponía muy nervioso y seguramente se opondría a su acceso a las altas esferas eclesiásticas a las que él aspiraba. Además, a él nunca le había gustado aquel matrimonio que apestaba a sacrílego.

«Como dicen las escrituras, un hombre no debe casarse con la viuda de su hermano. Por eso había nacido aquella criatura muerta», pensó el ambicioso. Pero el rey lo había deseado así y no escuchó a nadie que intentara hacerle mudar de parecer.

Ahora, él tenía que ir a darle el pésame al rey y lo haría con la

mayor humildad, pero también comenzaba a ser hora de prepararse para el caso de que la reina volviera a fracasar en su intento de dar a Enrique VIII un heredero. Entonces sí que comenzarían a hablar las lenguas de los ingleses. De momento, Catalina podía contar con una tregua. Un mal parto podía pasar; de hecho no era infrecuente, pero dos seguidos no. Por el bien de la española, más le valía tener pronto un hijo varón si quería conservar el trono por el que tantos sinsabores había padecido. Él y otros muchos como él serían implacables y no pararían hasta conseguir que el rey la abandonara.

Dejó sus oscuros pensamientos y salió de su casa con el rostro cuadrado y vulgar que recordaba su modesto origen de hijo de carnicero, tapado hasta los ojos por el embozo de un manto de terciopelo negro. Hacía mucho frío ese enero de 1510. Un frío húmedo que se metía en los huesos si uno se descuidaba. Subió al carruaje que le esperaba en la puerta de la casa. Y mientras recorría el camino de palacio, su mente iba preparando un discurso de pésame que agradara al rey. Eso era lo importante, agradar a Enrique VIII. Confiaba en que usando con acierto la gran debilidad del rey por los halagos y sabiendo dárselos sin medida, el rey le elevaría a las cimas de la gloria. Porque lo que le ocurría a Wolsey es que deseaba brillar por encima de los demás, de un modo casi enfermizo. Sentía dentro de él la necesidad visceral de hacerlo y hubiera dado cualquier cosa, casi incluso su alma, por llegar a las cimas de la Iglesia. Quería ser cardenal un día y quizá, si la suerte le sonreía, incluso llegar a la silla de San Pedro…

Cortó de golpe esos pensamientos, que consideró prematuros. Era ambicioso, pero también inteligente, y sabía que uno no debe desperdiciar fuerzas en sueños vanos. La energía ha de concentrarse en la voluntad para que así estos puedan tomar cuerpo y no desvanecerse como el humo.

Él iba a triunfar y lo haría como fuera y a costa de quien fuera. Pero para ello tenía que tener los pies en el suelo y saber dar los pasos adecuados que le permitiesen subir desde su oscuro puesto de limosnero de la capilla real hasta las cimas del poder.

11

El nacimiento de un heredero

Las semanas habían pasado deprisa después del nacimiento de la niña muerta. Enrique VIII había sido con ella el «caballero de leal corazón» que ella necesitaba, y su amor firme y sus palabras de ánimo consiguieron sacarla de su dolor. El rey tenía razón, pensó: la vida era larga; eran una pareja feliz y aún tenían mucho tiempo por delante. Todo eso era verdad, pero ella sentía en su interior el vacío que la princesita muerta le había dejado. Sabía que solo el tiempo y otros hijos le podrían hacer olvidar esa sensación de vacío, de frustración y de desesperanza que había sentido, hasta hacerle incluso dudar de la bondad divina, lo cual, si cabe, la había aterrado todavía más. Por ello, para hacerse perdonar el arrebato egoísta, renovada su fe y tranquilizada en su ánimo por su confesor, ella continuó rezando con fervor cada día, cada noche y durante sus largas prácticas piadosas, para que Dios hiciera que el rey la dejara encinta de nuevo.

Esperaba que ello sucediera muy rápido para la tranquilidad del reino y de su conciencia, ya que el rey la frecuentaba con diaria asiduidad y ella le recibía gozosa, entregándosele por entero, para que la labor conyugal le fuera lo más placentera posible, como lo era para ella, que muchas veces no podía contener sus estremecimientos y sentía que su esposo la llevaba, con su firme dominio, a una sensación parecida al éxtasis místico, pues casi llegaba a perder el sentido y el habla de puro gozo. En esos momentos de íntimo placer, compartido con él, no le hubiera importado morir en sus brazos, porque no podía sentirse más dichosa y alejada de todo temor. Era como si jamás fuera capaz de llenar el pozo infinito de un amor que crecía y crecía en su interior, mientras él la poseía y después, cuando ya relajados en el lecho hablaban de cualquier cosa, ella sentía que eran casi un solo ser, que solo quería el bien de Inglaterra y poder seguir viviendo ese amor maravilloso. En verdad que durante los meses que siguieron, Catalina y Enrique encontraron la verdadera armonía conyugal. Había entre ellos amor y respeto y constituían una familia real ejemplar. Las hermanas del rey estaban encantadas con ella, lo cual gustaba al reino, que veía cómo la buena reina Catalina era querida y recibía todos los honores que le eran debidos.

El rey estaba contento. Recibía de su esposa un amor cálido y devoto que le era muy agradable, aunque él no la amase del mismo

modo que ella a él, con la misma devoción ni la misma entrega. Además, le gustaba escuchar las opiniones de ella en los asuntos políticos importantes. Se había dado cuenta de que Catalina tenía grandeza de espíritu, un don importante para los príncipes, y la sensatez del buen gobernante. Por ello la consultaba en los asuntos del reino, cuando por las parcialidades de sus consejeros no podía fiarse de sus opiniones. Para él, ella era la verdadera amiga y compañera en quien siempre podría confiar. Sabía que le amaba y que no estaba influenciada por nadie ni pretendía de él ninguna actitud que no fuera la que consideraba mejor para el reino y para la grandeza de Enrique. Se lo había demostrado en numerosas ocasiones, difiriendo de los consejos de sus pares, que deseaban obtener provecho personal del poder real. Ella no. Lo único que era firme, políticamente, en ella, era el deseo de alianza perpetua entre su esposo y su padre Fernando el Católico, y se lo había razonado de mil modos al rey. Enrique VIII la había escuchado y estaba de acuerdo en dicha alianza, que cuadraba tan bien con sus intereses.

Pero a pesar de la armonía de los esposos, durante aquella temporada de invierno, Catalina no había querido ir a algunas de las fabulosas fiestas que en honor de su monarca organizaron los Wyatt, los Sandy, los Bryan y los Boleyn. Estos pertenecían a la nueva aristocracia, enriquecida recientemente, que gustaba de lucir joyas y palacios a imitación de su monarca a quien pretendían emular y halagar constantemente, de un modo que fatigaba a la reina. Los largos años de soledad y de privaciones hacían que le resultase un verdadero esfuerzo atender con gusto las frivolidades sociales de este grupo de pródigos. Por eso, salvo en casos muy importantes y celebraciones de hechos relevantes, ella prefería mantenerse en Richmond o en Greenwich, más tranquila, rodeada de su corte de damas y caballeros de las grandes familias inglesas, como los Pole, los Percy, los Surrey y los Stafford. Muchos de ellos, más ancianos, preferían las tranquilas veladas charlando de cosas relevantes del mundo, pensamiento y arte, que gustaban a la reina, a las charadas de los amigos más jóvenes del rey, preocupados solo de divertir a su monarca del modo que fuera.

El rey, buen conocedor de la gente, sabía que su esposa jamás le seguiría de buen grado en frivolidades y fiestas, pero no le importaba. Tenía para ello a muchos compañeros de diversión. Por ello, sabedor de que la reina estaba un tanto sensible, la dejó quedarse en palacio, conforme a su gusto y naturaleza, mientras él se divertía en fiestas y partidas de caza, más conformes con la suya.

En la corte de Catalina de Aragón las princesas María y Catalina Tudor, hermanas de Enrique VIII, comenzaron a tratar a los pares de Inglaterra, lo cual gustaba a Enrique. La orfandad de las niñas, tras el

matrimonio de la mayor, Elisabeth, con Jacobo de Escocia, le hacía sentir a la reina la responsabilidad de ocuparse de ellas como la madre que les faltaba. Catalina las quería entrañablemente y velaba para que crecieran rodeadas del amor y la dulzura necesarias que a ella le habían faltado durante tantos años, y de elegirles educadores, de acuerdo con el rey. Era esta una tarea a la cual se entregaba con verdadero gusto, ya que las dos eran buenas niñas, necesitadas de cariño y atención, y había en ellas cierto parecido con su hermano Enrique que hacía que a veces, cuando las miraba, se imaginase que eran sus verdaderas hijas.

Para ellas, aquella cuñada tan mayor era como la madre perdida en la niñez. Sobre todo esa sensación la experimentaba la pequeña, que no había conocido a su madre, la reina Isabel. La trataba como a tal más que como hermana, lo cual no molestaba a Catalina, a quien gustaba mucho la compañía de las dos. Mientras la pequeña Catalina apenas tenía siete años y disfrutaba de cada minuto que la reina le dedicaba, María, la mayor de las dos, pronto estaría en edad de contraer matrimonio, y estaba ávida de saber todas esas cosas de mujeres que nadie le explicaba. Su cuñada era su única fuente de información, ya que su aya era una galesa de carácter agrio, extremadamente religiosa y puritana, solterona y poco comunicativa.

De un modo muy diferente, ambas adoraban a su cuñada Catalina. Las princesitas la admiraban tanto que la imitaban en el habla, cosa que la hacía reír, ya que su inglés, a pesar de ser excelente, guardaba un suave acento, agradable al oído, que recordaba su origen español. María, la mayor, comenzó a copiarla incluso en el vestir, algo antiguo y rígido de la española. Enrique VIII y la propia Catalina cortaron este hábito desde el principio, obligándola a seguir la moda de las jovencitas de su edad, con tonos más alegres y festivos y tocados menos serios que los de la reina, para ensalzar sus preciosos cabellos rubios. La princesa María era preciosa, con su rostro fino y sus ojos azules que recordaban a los de su madre, llenos de luz y bondad, y su talle esbelto y sus gestos delicados y femeninos hacían soñar a más de uno de los jóvenes nobles ingleses de las grandes casas. Pero aunque ellos no lo sabían, la princesa estaba fuera de su alcance, porque María estaba preparándose para un alto destino.

Catalina sabía, en el mayor secreto, que había ya un proyecto matrimonial en ciernes para María Tudor. De hecho, el embajador francés llevaba tiempo rondando al rey y, para neutralizar el excesivo peso de la alianza de Enrique VIII con España, estaban planteándole la posibilidad de un matrimonio de la princesa inglesa con un príncipe francés. Dado que Francia tenía pocos príncipes, ambos monarcas sabían que eso era un eufemismo para no hablar directamente sobre el novio. Se trataba de un enlace de la mayor importancia, ya que la

posible boda era nada más y nada menos que con el mismísimo rey de Francia, lo cual era de gran conveniencia para la casa Tudor, que así culminaría sus enlaces, uniéndose por la sangre con la casa de Valois, su antiguo enemigo en la guerra de los Cien Años. Pero el asunto era todavía un absoluto secreto de Estado. Las negociaciones no estaban sino comenzando y podían romperse en cualquier momento, por cualquier acontecimiento político que hiciera que las tornas cambiaran.

Y a pesar de ser pro española la reina había apoyado el enlace matrimonial de la princesa María con el rey de Francia porque, como Enrique VIII, consideraba que los intereses dinásticos Tudor estarían inmejorablemente servidos si el matrimonio tenía lugar. Siendo española, y estando su padre en permanente estado de guerra con el rey de Francia, la sensibilidad de Catalina a los intereses de su cuñada y de Inglaterra llegó a lo más profundo del corazón del rey, que de nuevo tuvo una prueba de que su mujer estaba por completo a su lado y que en toda decisión importante siempre tendría en cuenta primero los intereses de Enrique y los de Inglaterra, antes que los suyos propios, lo cual le impresionó vivamente, le halagó en lo profundo e hizo que se incrementara la confianza política que ya tenía en ella, de modo que el asunto solo lo conocían y trataban ellos dos y el duque de Norfolk.

Pero Catalina sentía, por ello, tener una especial responsabilidad con María. La princesa era una hermosa niña a punto de hacerse mujer, y el rey de Francia era un hombre mayor. Sería un caso completamente diferente al de Catalina y Enrique, parecido al del rey Fernando el Católico y Germana de Foix. Por eso era conveniente que la princesa estuviese bien preparada al matrimonio, para adaptarse a las costumbres de un hombre cuya vida estaba ya en el declive, mientras la de ella apenas comenzaba, pero de quien podía esperarlo todo, incluso ser madre de reyes y regente de un reino poderoso. No era un destino fácil, ya que casi estaba garantizado que iba a ser viuda aún joven. Si le daba un hijo al rey de Francia, este llevaría un día la corona de san Luis, ya que Luis XII no tenía hijos varones y ella tendría un papel de privilegio, en el centro de la corte de un país que hasta el momento había sido el más poderoso del mundo. No había que olvidar que por falta de hijos varones su heredera era su hija Claudia, casada con Francisco de Valois, duque de Angulema, sobrino del rey, en quienes recaería la corona a su muerte si Luis XII no alcanzaba a tener descendencia masculina en otro matrimonio.

Para Enrique VIII y para Inglaterra era importante el enlace con dos grandes poderes de su tiempo, que garantizaban el engrandecimiento de la casa real de Inglaterra. Catalina de Aragón era el poder emergente de España y Luis XII el viejo de Francia. Eran dos de los

tres grandes poderes del mundo cristiano, dejando de lado la casa de Austria, y por ello convenían a la grandeza de la casa Tudor, más joven que la de los Capeto franceses y los Trastámara de Aragón y de Castilla. Sería bueno que la casa real de la Inglaterra del día de mañana, Tudor y Aragón, tuviera primos al otro lado del Canal de la Mancha, que serían Valois y Tudor.

Durante los meses que siguieron, la reina Catalina abandonó su tristeza, a fuerza de estar ocupada en importantes tareas. En primer lugar había que comenzar a enseñarle a María las costumbres francesas de la corte, lo cual no era difícil de hacer ya que lo francés era norma en la corte inglesa desde la invasión de los normandos, siglos atrás, y muchos nobles ingleses de sangre normanda tenían aún señoríos en Francia. Por ello no resultaba llamativo forzar la educación francesa de una princesa, pues se consideraba de buen tono. Para ello se eligió para la niña un grupo de jóvenes compañeras de juego, de alto rango, de familias con abolengo francés, como los Boleyn y los Prescott. De hecho, la princesa María congenió a las mil maravillas con María Boleyn, que se convirtió en su amiga y compañera de juegos, aunque era algo mayor que ella.

Luego los reyes tomaron la decisión de sustituir a los educadores de la princesa María. Era necesario mejorar el nivel de conocimientos de la niña en diversas materias como historia, literatura, pensamiento y arte; y tras el cambio, la reina consideró su deber supervisar en persona sus clases de arte, de literatura y de historia. Cuando le llegara el día de partir, sería una princesa perfectamente preparada para reinar. De eso se iba a encargar ella, Catalina de Aragón, en nombre de la madre de la niña, la fallecida reina Isabel de York, que fue la única de toda la casa real que la quiso de verdad durante el tiempo de su viudedad en las amargas horas de Durham House.

María, desconocedora de las verdaderas razones de todo lo que estaba pasando a su alrededor, estaba encantada del protagonismo que estaba cobrando ante su cuñada y su hermano, sin saber que la estaban preparando para su alto destino en Francia si las negociaciones seguían adelante. Mientras tanto, la pequeña princesita Catalina se agarraba a las faldas de la reina, de modo que su presencia al lado de Catalina era constante y los ingleses no dejaban de asombrarse de la bondad y dulzura de su reina con aquellas dos niñas, que se estaban educando exquisitamente bajo la atenta mirada de la reina, rodeadas de amor y seguridad.

Al cabo de tan solo cuatro meses del desgraciado primer alumbramiento, Catalina de Aragón sintió que de nuevo estaba encinta. La primera falta, tras unas náuseas reveladoras y un leve

malestar pasajero, fue como una bendición para ella, pero calló ante todos, también ante su marido Enrique VIII, por temor a que se malograse el fruto que llevaba en el vientre. Llena de alegría y esperanza, comenzó a cuidarse más y gustaba de caminar dando largos paseos por el jardín del palacio de Greenwich, en los escasos días de buen tiempo, mientras sus damas veían cómo su carácter, bastante severo de naturaleza, se dulcificaba y se volvía menos inflexible.

Un día sorprendió a Enrique VIII organizando una excursión en la falúa real a una isleta del río Támesis, cerca del palacio, donde había ordenado plantar una preciosa tienda de campaña italiana, de las capturadas al rey de Francia que le enviara su padre, el rey don Fernando el Católico como regalo. Una vez dentro de la tienda, siguieron las sorpresas. Catalina organizó una maravillosa comida, servida por criados disfrazados de moros, que hicieron la delicia del rey y del escaso grupo de escogidos invitados. La comida se había guisado por cocineros de la casa de la reina, al modo granadino, que algunos aún recordaban, y fue un éxito rotundo, muy comentado en la corte, que no esperaba de su seria y formal reina algo tan divertido. Pero para ella eran días de absoluta felicidad y quería compartirlos con el mundo entero, superando su tradicional contención y rigidez.

Tras acudir a varias recepciones de los cortesanos de su marido, aceptó acompañar a su esposo Enrique VIII a la gran cena que le daban los Wyatt, que no eran santo especial de su devoción, y a pesar de ello estuvo encantadora con los anfitriones, mostrándose sonriente durante toda la noche, llena de buen humor. Incluso danzó con el rey un par de mazurcas castellanas que los músicos tocaron en su honor. Los nobles amigos de Enrique, que creían no contar con el favor y la aprobación de su esposa, se congratularon mucho con esta y con otras salidas que hizo en las semanas siguientes, donde Catalina demostró con toda la afabilidad de que era capaz –que en ese instante era mucha– que nada tenía contra nadie. Su popularidad creció también entre los amigos del rey, quienes, a pesar de que la veían más accesible en los últimos tiempos, sentían por ella un respeto casi reverencial, debido a su innato sentido del rango y la majestad. Catalina poseía el don de tener la palabra adecuada para cada ocasión y, a pesar de su afabilidad, más de uno vio cómo la reina lo ponía inmediatamente en su sitio cuando intentaban tomarse con ella unas confianzas que para ella estaban fuera de lugar. Catalina era la reina, y su esposo, el rey, y en su presencia nadie iba a salirse de sus papeles asignados, ni con ella ni con su marido, por mucho que pertenecieran al círculo íntimo de la casa real. Solo a ese respecto seguía siendo igual de rígida que siempre, pero como lo hacía con mano izquierda y con un sentido tan exquisito del equilibrio, en lugar de provocar

animadversión consiguió ganarse el respeto de todos aquellos jóvenes, que eran los compañeros habituales de su esposo en las fiestas de su corte.

También se dio cuenta de cómo las jóvenes hijas de los lores miraban al rey y de cómo le incitaban sutilmente al pecado, pero hizo la vista gorda. No quería preocuparse de ello. Estaba muy segura de sí misma y, además, casi le parecía natural que intentaran seducirle, siempre que no fuera demasiado evidente ni incómodo para ella. No era una mojigata, ni lo había sido nunca. Ya había visto lo mismo en la corte de sus padres, donde la Reina Católica tuvo que sufrir varias veces las aventuras de su esposo. Y aunque a ella le dolían en el corazón las infidelidades, las aceptó con cierta resignación, ya que Fernando el Católico siempre supo colocar a cada cual en su nivel, respetando y amando por encima de todo a su esposa, a la cual nunca intentó humillar ni degradar. Catalina se comportaba igual que su madre en lo que a esto respecta. Quizás incluso era más tolerante que ella. Comprendía que los hombres a veces necesitaban variedad y estaba dispuesta a tolerar las posibles aventuras de su esposo con otras, cuando estas se produjeran, pero siempre que Enrique la respetara y mantuviera en el lugar de preeminencia que le correspondía, como esposa y reina coronada que era. Al fin y al cabo, esos devaneos no eran más que un momento de placer robado; un espejismo de envolverse en la realeza; algo efímero, que no importaba. Mientras el rey la quisiera, nada podía hacerle daño y menos aún unos simples escarceos galantes.

Catalina se sorprendió a sí misma teniendo estos pensamientos, pero se sintió tranquila y segura en su interior. Ella era así: rígida consigo misma y tolerante con su esposo. Amaba a Enrique más que a su misma vida pero, gracias a Dios, no había sido castigada con el martirio de los celos locos que habían destrozado la vida de su hermana, la pobre reina Juana I de Castilla. Ella era diferente; lo había sido desde siempre. Su carácter, equilibrado de naturaleza, se había asentado de un modo muy firme y veía la vida sin ningún tipo de velo ante los ojos. No quería engañarse ni aceptaba que intentaran engañarla. Sabía que no era una belleza y que el rey era un hombre muy apuesto y sensual. Además, era mucho mayor que él y por ley de vida envejecería mucho antes. Parecía que, salvo milagro, el rey, tarde o temprano, tendría amantes. Pero eso no debía estropear su relación. No quería que, por sentirse culpable, se alejara de ella. Catalina soportaría mejor las aventuras de su esposo que la distancia de Enrique VIII. Cuando llegara la hora hablaría con él, pensó, mientras veía cómo Elisabeth Howard y la joven María Boleyn tonteaban con Enrique de modo sutil, sin que a ella se le moviera una fibra en su interior. Entonces el rey la miró y ella le sonrió abiertamente, con

todo el amor y todo el agradecimiento que sentía hacia aquel joven monarca que la había convertido en la reina y en la mujer más feliz de la tierra. Acercándose a ella, sonriente y contento, le dijo:

–¿Me permitís que tome asiento a vuestro lado, Catalina?

–Nada me haría más feliz, mi señor. Sabéis que con nadie estoy más a gusto que con vos y que vuestra compañía me es muy grata, esposo mío. Siempre que la queráis allí estaré, dispuesta a serviros como lo deseéis.

–¿Es eso una invitación, mi reina? –dijo el rey con tono picaro.

–Claro, mi señor –le respondió ella con el mismo tono–. Vos siempre seréis bien recibido allá donde yo esté. Soy vuestra y estoy a vuestro lado en lo bueno y en lo malo y pronto, si Dios quiere, os daré el hijo que tanto hemos deseado.

–No os preocupéis por eso, Catalina –dijo Enrique, temiendo que el hablar del tema le trajera recuerdos tristes–. Ya vendrá cuando Dios lo desee. Aún somos jóvenes y hace muy poco tiempo de vuestro alumbramiento. Me alegra que estéis disfrutando tanto de la vida. Habéis conseguido superar esa temporada tan triste y me congratula que volváis a sonreír. La verdad es que esta noche estáis verdaderamente radiante.

–No me habéis comprendido, esposo mío, o quizás es que me he expresado mal, pero la verdad es que estoy de nuevo esperando un hijo vuestro –dijo– y es por eso que estoy feliz, porque de nuevo he quedado encinta, aunque aún no hace siquiera dos meses de mi nuevo embarazo.

–¿Lo decís de verdad, Catalina?

–Sabéis, Enrique, que nunca bromearía con un asunto de tanta relevancia.

–¿Y cuánto tiempo hace que lo sabéis, señora?

–Hace un par de semanas o tres a lo sumo, esposo mío, pero no había querido ilusionaros con la llegada de un hijo hasta que no estuviera segura, pero las señales son inequívocas y por eso no quiero ni puedo ocultároslo por más tiempo. Me siento feliz de llevar en mi vientre de nuevo el hijo de vuestra alteza.

–No menos que yo, esposa mía. Sois excepcional en todo y yo tengo la ventura de teneros por esposa.

–No sabéis qué hondo me llegan esas palabras vuestras, Enrique.

–Guardadlas bien en vuestro corazón, porque os juro que son la pura verdad. Sois la perfecta esposa y la perfecta reina para este país, que está a vuestros pies, como lo estoy yo ahora –dijo inclinándose en un caballeroso gesto para tomar la mano de la reina y besarla con una delicadeza que casi hizo asomar las lágrimas en los ojos de Catalina.

–No sabéis cómo os amo, Enrique. Siento no ser capaz de expresároslo con claridad.

–Lo sé perfectamente, esposa mía. Se ve en cada uno de vuestros gestos y en cada uno de vuestros actos, y no tengo la menor duda al respecto de la profundidad y veracidad de vuestros sentimientos.

–Me congratula que lo sepáis apreciar, esposo mío. Yo a veces soy tan poco cálida...

–No conmigo, desde luego –dijo el rey con tono picaro que hizo reír de nuevo a la reina, que se estaba poniendo seria.

–Sois maravilloso, Enrique. Sabéis hacerme feliz y llenáis cada parte de mi ser de alegría. Brindo por vos –dijo levantando su copa de ágata con pie de oro, de maravillosa factura italiana que era pareja de la del rey.

–Yo brindo por vos y por el heredero del trono, que sin duda muy pronto ha de venir a alegrar nuestras vidas –dijo en voz baja, y ambos bebieron mirándose a los ojos.

Luego, volviéndose a los miembros de la corte que les contemplaban a cierta respetuosa distancia mientras tenían esa conversación privada, dijo, levantándose y haciéndola levantarse a ella, que intentó vanamente que el rey mantuviera aún el secreto:

–¡Señores, estamos de enhorabuena! ¡La reina está de nuevo embarazada! Brindemos por ella y por el heredero que ha de nacer.

–¡Por la reina Catalina! –dijo Norfolk, sintiendo verdadera alegría con la noticia, y levantó una preciosa copa de asta de toro ricamente labrada con embocadura de oro–. ¡Y por el heredero que Inglaterra necesita! ¡Larga vida y un feliz embarazo para nuestra señora Catalina!

–¡Larga vida a ella, al rey y al príncipe! –corearon todos, y el ambiente festivo cobró visos de verdadera celebración, porque la noticia que el rey acababa de darles era de vital importancia para el reino.

El nuevo embarazo de la reina mostraba que era fértil y que podía darle el ansiado heredero.

Enrique VIII estaba encantado. Siempre imaginó que podía sentirse así. Tenía una corte que comenzaba a ser brillante, una esposa devota de la mejor sangre, embarazada, un reino próspero y en paz interna. ¿Qué más podía desear?

–¿Sois feliz conmigo, Enrique? –le dijo ella, mirándole al fondo de los ojos.

–Mucho más de lo que jamás hubiera podido imaginar, Catalina. Gracias por ser ese ángel que cuida de mí, de mis hermanas y de mi casa, de modo tan ejemplar. ¿Y vos, sois feliz?

–Yo, señor, estoy a punto de estallar de verdadera felicidad. No creo que haya en todo el orbe una mujer más satisfecha de lo que lo estoy yo en este momento, y doy una y mil veces gracias a Dios por haberme traído a tan buen puerto tras tantos sinsabores.

–Yo os los haré olvidar, Catalina.

–Ya los he olvidado por completo, Enrique. Cada día que paso con vos es como una cortina que tapa todo lo anterior, y todas las dificultades y los sinsabores vividos están tan lejos ya, que parece como si le hubieran acontecido a otra persona que nada tuviera que ver conmigo.

–Sois muy buena y muy generosa y vuestra alma es verdaderamente regia.

–Soy como debo ser para vos, y solo para vos. Nunca lo olvidéis. Mi vida entera está orientada hacia vos y nada ni nadie podrá impedir que os ame hasta que exhale mi último suspiro.

El rey se quedó impresionado del tono de voz de su esposa. Sabía que estaba manifestando la verdad más profunda de su vida y le impresionó la profundidad del amor que ella sentía por él. Incluso sintió pena de no compartirlo con la misma profundidad. Él la amaba, sí, pero de un modo mucho más ligero.

«Ese es mi carácter», pensó y abandonó la reflexión, para brindar de nuevo por ella y para continuar la diversión. Tenía ganas de reír y de bailar y esa noche no se iban a retirar hasta bien entrada la madrugada.

La reina se miró al espejo, y su rostro era un poema de paz y de tranquilidad. Tenía veinticinco años y su rostro había perdido aquella dura rigidez de los años de dolor. Su piel, habitualmente pálida, estaba sonrosada y sus carrillos, algo más llenos de lo habitual, le daban un aire de buena salud que le sentaba bien. No era para menos. Se había confirmado su esperanza. La segunda falta era determinante. El embarazo estaba en curso y se sentía muy bien. El niño debía de estar bien implantado porque ella sentía que el nuevo ser estaba creciendo en su interior sin problemas, y que esta vez no iba a perderlo como al anterior. Llevó sus manos al regazo queriendo sentirlo, oírlo, aunque aún era demasiado pronto. Sin perder tiempo, como cada día, una vez arreglada con el meticuloso cuidado que siempre tenía, se dirigió a su oratorio personal, a dar las gracias a Dios, como cada día desde que sospechó su embarazo, por la fertilidad que le otorgaba.

Entró en la habitación de altos ventanales góticos que era su oratorio privado, donde estaban colocadas las magníficas vidrieras

traídas por ella de España con la imagen de la Virgen y de Jesucristo, de una calidad superior a cuantas había visto en Inglaterra. Se acercó al pequeño altar donde la contemplaba una tabla preciosa que tenía una imagen de la Virgen, de pelo rizado y dulcísimo rostro, con el niño en los brazos sosteniendo una ramita de flor. Y la Virgen María miraba a su hijo el niño Jesús, absorta, mientras dos ángeles, por encima de ella, sostenían una corona de oro. Era una obra de Gerardo David que había pertenecido a su madre, Isabel la Católica, y que esta le dio antes de partir.

Ante la preciosa imagen, Catalina humildemente imploró por la salud y el buen término de ese embarazo que para ella, para Enrique y para Inglaterra era importante, y durante más de una hora, como cada día, rezó y rezó, con todo el fervor que sabía.

Los meses pasaron volando de nuevo y cuando menos quisieron darse cuenta estaban ya celebrando la Natividad del Señor y la llegada del año nuevo de 1511. Estaban en el palacio de Richmond cuando se acercó el momento del alumbramiento. El día primero de enero, la reina se puso de parto y de nuevo el palacio se vio envuelto en la tensión que suponía la llegada del esperado retoño real. A la esperanza se añadía un cierto temor, que flotaba en el ambiente y que todos, comenzando por la reina y el mismo rey, querían eludir. El miedo a un mal parto crecía mientras pasaban las horas y la reina no daba a luz. En las iglesias de Londres rezaban para que todo saliera bien, y en la capilla de palacio estaban encendidas cien velas a la Virgen para que protegiera a la reina y a la criatura que llevaba en su vientre. Las damas que no habían sido requeridas para esperar en la antecámara entraban y salían nerviosas del oratorio, mientras el rey entraba a la cámara donde la reina estaba dando a luz. Enrique VIII no podía esperar.

Había una cierta penumbra en la habitación debida a que Catalina, como la Reina Católica, detestaba que su rostro mostrase señales de dolor, y peor aún, que otros lo vieran, por considerarlo poco regio. No se oía ni un gemido. La reina resistía, con los dientes apretados, el dolor, mientras las contracciones se iban haciendo cada vez más frecuentes. Por fin, las parteras comenzaron a animarla a que empujara, porque el niño estaba comenzando a salir por fin del vientre materno. Aunque habían pasado varias horas hasta llegar a ese momento, el nacimiento por el contrario fue muy fácil y rápido. La reina empujó y las hábiles manos de las expertas parteras sacaron a la criatura, que comenzó a llorar.

–Es un príncipe y está sano.

–Gracias, Dios mío –dijo la reina Catalina, que se sentía

completamente exhausta pero feliz–. Gracias mil veces por este hermoso regalo.

–Tenemos un heredero –dijo el rey, acercándose al retoño y recibiéndolo en sus brazos tras el primer lavado.

El niño estaba muy rojizo por el esfuerzo del parto, pero era grande y tenía buenos pulmones, porque no paraba de llorar.

–Se llamará Enrique –dijo la reina, con un hilo de voz, mientras lo recibía en brazos unos momentos, mirándole con todo el amor–. Nuestro príncipe de Gales llevará el nombre de su padre.

–Callad, Catalina, y reposad –le dijo el rey, tomando el niño de nuevo y dándoselo a las parteras, que lo fajaron correctamente y lo vistieron con el faldón que las princesas María y Catalina habían bordado para él. La reina tomó la mano de su esposo mientras veía cómo acababan de vestir al joven principito.

–Soy feliz, Enrique.

–También yo, esposa mía. Este es el día más feliz de mi vida. Enrique es el mejor regalo que nunca podríais haberme hecho. Inglaterra estará feliz porque el trono ya tiene un heredero y su reina está bien.

Catalina intentó responder pero el rey se lo impidió.

–No debéis hablar.

Catalina asintió. Había cumplido con su deber. Ahora lo que necesitaba era descansar y, agarrando la mano de Enrique sintió que su fuerza la protegía, se dejó ir y, casi sin darse cuenta, cerró los ojos quedándose dormida.

El rey la miró con ternura y dio órdenes para que la dejaran descansar. Una de las mujeres que la habían asistido se quedó de guardia al lado del lecho, para evitar complicaciones inesperadas. No quería que la reina estuviera desatendida ni un momento. Luego, siguiendo sus instrucciones, se cerraron las puertas y la dejaron dormir un sueño reparador, mientras en la antecámara ya todos sabían la buena nueva y desde allí se había corrido la noticia a las demás alas de palacio.

Al cabo de unos minutos lo sabía todo Londres. Los cañones de palacio dispararon al aire salvas de honor, anunciando a los habitantes del reino la llegada de un príncipe heredero para la casa Tudor. La gente se regocijaba en las calles y la cerveza corría a ríos. Todos se mostraban alegres y brindaban por la pareja real y por el príncipe de Gales, que acababa de nacer.

12

La breve ilusión

Catalina, estáis verdaderamente hermosa –dijo el rey, admirando a su esposa.

La reina se había vestido para la solemne ocasión del bautizo de su primogénito Enrique, príncipe de Gales, con un traje de seda granadina de color burdeos, bordado de perlas orientales. Era un fabuloso tesoro que guardaba el avaro rey anterior y que Enrique VIII le había regalado a la reina, con ocasión del feliz evento del nacimiento del primogénito. Llevaba el cabello, contra su costumbre, trenzado con hilo de oro y plata, y en la base del moño llevaba prendido un alfiler de perlas, regalo de su madre Isabel la Católica, cuya factura y belleza eran admirables. Sobre la cabeza, una breve toca bordada según la moda inglesa con la misma tela que el traje, también adornada de pequeñas y finas perlitas cosidas, en tres hileras, en los bordes y el centro. El escote cuadrado del vestido iba púdicamente cubierto con una gasa finísima, que se cerraba en fino remate de conchas de oro cosidas alrededor del cuello.

–Gracias, alteza. Me alegra que os complazca mi vestido. Lo encargué pensando en vos y me alegra haber acertado. Además, me siento muy bien. Ya se ha pasado la terrible flojera que me ha retenido en el lecho los días pasados, tras el parto, y me siento recuperada del todo.

–Se nota, Catalina. Estáis perfecta y a mi lado haréis, sin duda, el brillante papel de siempre. Los embajadores de vuestro padre, del rey de Francia, del Emperador, del Papa y de los príncipes que han venido para celebrar con nosotros el bautizo del príncipe se quedarán admirados del esplendor de la casa real de Inglaterra, lo cual cuadra con nuestros deseos e intereses a las mil maravillas. Tenemos que mostrar a todos que los reyes de Inglaterra no tienen nada que envidiarle a ningún otro monarca del mundo.

–Y así es, mi señor –dijo la reina, cortando la perorata de su esposo con dulzura–. Todo está preparado para que los invitados regresen con un recuerdo imborrable del evento. Se han realizado los arcos de triunfo como los dibujasteis, y los tapices y reposteros con nuestras armas cuelgan en las paredes de palacio; y los mejores han sido colocados en el gran salón de recepciones, donde se celebrará el banquete que seguirá a la ceremonia. La comida y la bebida serán

abundantes y sabrosas y harán platos de la cocina inglesa y de la castellana, así como un gran asado relleno de diversas delicadezas de receta flamenca que seguro hará las delicias de los paladares más exquisitos. No tenemos nada de que preocuparnos. Todo saldrá bien.

–Así será, sin duda. ¡Vamos ya, esposa mía! El cardenal y los obispos nos esperan. Además, os puedo confirmar que todos los pares de Inglaterra, sin excepción, estarán presentes con sus coronas de rango y sus mejores galas en la abadía y en las fiestas del bautizo. Me tomaría como una gran ofensa cualquier falta que no se debiera a estar prácticamente en el lecho de muerte.

»Hoy, 12 de enero de 1511, es un día especial para Inglaterra y quiero que todos los que son alguien en el reino estén con nosotros. También he invitado a acompañarnos a tu buen amigo el ilustre Tomás Moro y a los más relevantes profesores de Cambridge y Oxford. Quiero que también ellos estén presentes en Richmond en un día como este, y que todos los extranjeros vean que en nuestra corte tenemos humanistas de talla como en las cortes de tu padre, el Rey Católico, en la del emperador y en la del rey de Francia.

–Ya se acerca la hora del evento, alteza –dijo mirando a su marido con profunda devoción–. No os preocupéis más. Los embajadores estarán preocupándose de evitarse. No olvidéis que el papa Julio II y el rey Luis XII están en franca lucha y que, a pesar de que mi padre ha hecho de mediador en ese conflicto, es difícil que halle solución, ya que el Papa ha dado la investidura del reino de Napóles al rey de Aragón contra los deseos del rey de Francia. Mi padre ha sido el gran beneficiado, cosa que el francés no acepta. Así pues, se mirarán mucho, pero de lejos. Hoy es un día de tregua en las hostilidades. Pero no olvidemos que los conflictos siguen ahí. Sería absurdo negarlo.

–Por cierto, Enrique –dijo la reina cambiando de tono al ver que su marido adoptaba un aire reflexivo–. Estáis muy galante con ese sombrero ribeteado de armiño. Va muy bien con vuestro color de piel y realza vuestra natural majestad.

El rey se esponjó al oírla. Le gustaban los cumplidos y más si venían de su esposa, que no era muy expresiva ni pródiga en ellos.

–Me alegra que os agrade, esposa mía. En lo otro –dijo mencionando de pasada el tema de lo político- tenéis razón, como casi siempre, Catalina. Europa es un hervidero de rumores y la tensión está ahí. Lo que probablemente no sabéis, porque no os lo he comentado, ya que aún estabais en el lecho, recuperándoos, es que he recibido un correo de mi informador secreto cerca del rey de Francia que me ha dado un noticia grave, si resulta cierta.

–¿Y de qué se trata? –preguntó Catalina de Aragón.

–Ni más ni menos que se ha producido un acercamiento secreto

entre el rey Luis XII y el sultán turco.

–No puede ser –dijo la reina, en un arrebato–. ¿Cómo es posible que tenga tan poca dignidad de apelar al enemigo de la cristiandad en su conflicto con el Papa y con mi padre? No entiendo que un rey que se tilda de cristianísimo pueda adoptar semejantes conductas, más aún cuando los turcos han conquistado Constantinopla hace poco más de medio siglo y están amenazando las costas mediterráneas con sus incursiones piratas, que los guerreros castellanos y aragoneses intentan frenar conquistando plazas como Trípoli, pagando un precio carísimo de sangre, con vidas valiosas como la del valiente conde don García de Toledo, primogénito de la casa de Alba, caído en el desastre de los Gelves, hace apenas unos meses. Lo único que le falta para caer en la ignominia es fomentar un cisma.

–Pues también está en ello según me dice mi informador –dijo el rey con tono serio, escandalizando a la reina–. Parece que pretende fomentar la división en el seno de la Iglesia, sobornando a los cardenales para que presionen al Papa y este ceda a las pretensiones de Francia en Italia.

–Es una noticia dolorosa, mi señor, pero como veis, en el fondo, no me sorprende. Estoy acostumbrada ya a las perfidias del rey francés e imagino incluso la vía de su traición. Será seguramente a través de su muy afecto cardenal de Santa Cruz y de los venecianos.

–Habéis acertado de pleno, señora –dijo el rey, admirándose una vez más del cerebro político de su esposa.

–Espero que se quedará en nada esa intriga. La santa madre Iglesia no puede permitirse ahora otro cisma. Sería terrible para toda la cristiandad. Es más bien tiempo de reforma y de rigor que de excesos, y debemos estar muy atentos al poder creciente de los turcos, porque si bien han perdido España para el Islam, están amenazando Hungría y los principados del Danubio, muchos de los cuales son ya meros tributarios del musulmán.

–Ahí estamos completamente de acuerdo, Catalina. Pero dejemos los temas del mundo. Por un día, no nos importan nada. Solo el bautismo de nuestro hijo es importante.

–Aquí llega, mi señor –dijo la reina, mientras veía acercarse a la condesa de Surrey con el bebé en los brazos, seguida de las duquesas de Norfolk y de Northumberland, y de lady Pole–. Dejadme verlo un instante –añadió, acercándose a las damas que traían al príncipe ya vestido con el maravilloso vestido de cristianar blanco con capa de encaje de Bruselas que era una verdadera maravilla.

–Sí –recalcó el rey–. Veamos a nuestro hijo.

La dama se lo entregó a la reina, que lo miró con toda la dulzura y el orgullo de una madre que había sufrido por serlo. Con su ojo

escudriñador, sintió que algo le pasaba y se preocupó.

–¿No le notáis un color algo pálido? –dijo preocupada mirando al rey.

–No os preocupéis –dijo Enrique–. Está algo callado y quieto, pero no veo que esté pálido.

–Tened mucho cuidado de que el príncipe no se enfríe, condesa –dijo a la de Surrey–. El día está muy frío y me temo que esté a punto de enfermar. Protegedle de las corrientes con la pequeña capa de armiño que le encargó su padre.

–Buena idea –dijo el rey–. Id a buscarla y ponédsela encima. No está de más la precaución. Además, tendrá que estar expuesto durante mucho rato a la admiración de los presentes y es mejor que esté bien tapado para evitar un enfriamiento.

La duquesa de Northumberland se retiró haciendo una reverencia para ir a buscar la prenda mencionada. Todos estaban listos para la procesión. Mientras esperaban la llegada de la capa, llegaron las princesas María y Catalina, que se inclinaron con exquisita cortesía ante su hermano el rey y después besaron su mano y la de la reina. Ambas estaban muy guapas y se habían esmerado en su apariencia, aconsejadas por la reina, y habían elegido suntuosos trajes de corte para la celebración. María estaba vestida con un precioso vestido blanco, bordado de oro de arriba abajo, que le daba prestancia real y la hacía parecer algo mayor al resaltar su cada vez más evidente feminidad y su magnífico talle. Alta y delgada como era, los senos rotundos que se le estaban desarrollando contrastaban con la ambigüedad infantil de su bello rostro ovalado, que enmarcaban sus rubios cabellos larguísimos, trenzados como los de la reina, pero cubiertos con una redecilla de perlas que ayudaba a lucirlos más que a esconderlos.

La pequeña Catalina, menos guapa que su hermana y más redondita, estaba muy ilusionada con el bautizo de su sobrino, se daba aires de mayor y andaba muy envarada, imitando a su hermana en lo que creía era un paso majestuoso, lo cual hizo reír a todos, comenzando por ella misma. Su actitud y su alegría distendieron la preocupación de la reina, y cuando llegó la duquesa se dirigieron hacia la entrada de palacio, donde esperaba la comitiva que iba a llevar solemnemente al príncipe a bautizarse. Muchos esperaban para saludar a los reyes y mostrar que estaban allí en ese día, que había de ser glorioso para la casa Tudor.

–¿Qué había pasado? –se preguntó Catalina–. ¿Cómo era posible que su hijito, el pequeño Enrique, hubiera dejado de respirar? ¿Qué fatalidad terrible la perseguía? No podía ser. Seguramente debía de

estar viviendo un mal sueño. Apenas había vivido unas semanas cuando, de repente, su vida preciosa se extinguió en una gélida tarde de invierno. Febrero, el mes más frío del invierno inglés, era peligroso con sus fríos vientos, capaces de segar las vidas de los príncipes niños. Y así había sido. El niño había cogido frío en un descuido del aya y al poco, murió. Y con él se llevó su alegría y la llenó de un sentimiento de fatalidad que la amargaba sin descanso.

Dolor terrible y sordo. Dolor inevitable y desolador. Dolor que le arrancaba las entrañas y que no la dejaba descansar ni de noche ni de día. Dolor y más dolor que la dejaban exhausta y la postraban en su lecho oscuro y frío, del cual nada ni nadie eran capaces de sacarla. En su fría tumba yacía el príncipe muerto. Apenas había vivido seis semanas; solo seis semanas de dicha y de orgullo. Durante esos días gozosos tuvo fe en sí misma y en el mundo y se había congraciado con la vida. Mirando los ojos azules de aquel príncipe Enrique que había colmado sus ansias maternales y reales, la reina llegó a sentir que su deber estaba cumplido y que, aparte de la íntima alegría de su corazón, había conseguido reforzar la alianza de las casas reales de España e Inglaterra, que tanto había deseado su padre. Eso sería bueno para todos. Y en el consejo de su marido su voz tenía un peso mucho mayor, porque le había dado el heredero deseado. Pero todo eso se volatilizó en un instante, y su lozanía misma se había helado en una fría noche de febrero.

Con su último aliento, aquel príncipe niño se había llevado muchas cosas. La esperanza de la reina Catalina estaba rota, sus sueños se habían marchitado de golpe en plena flor y su amor sufría un nuevo golpe. ¿Por qué tenía que pasarle eso a ella? ¿No había sufrido ya en su corta vida más que otras personas en toda una larga existencia? Estaba cansada de sufrir. Su vida, desde que llegó a Inglaterra, parecía marcada por un sino terrible. A un breve paréntesis de felicidad parecía suceder un dolor que lo borraba. Y eso había sido así una y otra vez, de un modo agotador que hubiera acabado con la resistencia de cualquiera.

–Levantaos del lecho, señora –dijo con un tono imperativo que no podía ser eludido fray Diego Hernández, el confesor de la reina, que había acudido hasta la misma cámara de doña Catalina para obligarla a salir del mutismo en que ni el mismo rey, ni sus hermanas, ni ninguna de sus damas era capaz de sacarla–. ¿Es acaso ese el ejemplo que queréis dar a vuestro reino? ¿Quién sois? ¿Solo una reina frustrada, incapaz de aceptar los designios del Altísimo? ¿Dónde está el carácter de que siempre habéis hecho gala? ¿Habéis olvidado el ejemplo de vuestra madre, la Reina Católica, que sufrió la muerte de dos de sus herederos y de sus sucesores y lo hizo sin pestañear? No es esa mi reina.

–Dejadme en paz, fray Diego –dijo la reina–. No quiero oíros. No tengo fuerzas para levantarme y no quiero hacerlo.

–Debéis obedecerme, señora. Soy vuestro confesor, y lo que estáis haciendo es un grave pecado. La muerte del príncipe ha sido debida a que el Señor se lo ha querido llevar con él. Debéis aceptarla. No es el fin del mundo. Sois joven y aún podéis tener muchos hijos más. Levantaos ya, sin tardanza, y mostrad a Inglaterra que su reina es capaz de sobrellevar su tristeza con entereza.

–¿Qué me importa a mí eso ahora, fray Diego? Estoy harta de sufrir, harta de esperar, harta de soportar los designios de un Dios que se complace en torturarme.

–Callad ahora mismo, señora, y no blasfeméis. Es mi deber estar aquí a vuestro lado y lo hago a gusto, pero no os permitiré que insultéis a nuestro Creador con vuestra desesperanza y vuestra falta de fe en su Divina Providencia, que es para bien de todos.

–Para vos es fácil hablar. No se os ha muerto nadie a quien amáis más que a vuestra misma vida.

–Quizás habéis equivocado el lugar donde debíais colocar el amor, alteza. A Dios es a quien tenéis que colocar por encima de todo y no a un hijo que Él mismo os ha dado. Quizá por eso mismo se lo ha llevado, porque no habéis sabido apreciar su regalo.

–Sois cruel, fraile, e implacable con una pobre madre que acaba de perder a su hijo querido.

–No sois una pobre madre, señora. Sois la reina de Inglaterra y vuestro dolor es el de vuestra nación, y como en anteriores ocasiones, debéis estar de pie y soportarlo con estoicismo.

–No quiero hacerlo.

–Por Dios que lo haréis, señora. Y si no me hacéis caso a mí, se lo haréis al embajador de vuestro padre, a quien han llegado las preocupantes noticias de que habéis dejado abandonados vuestros deberes reales por un dolor que él también ha debido sufrir varias veces.

–A veces os detesto, fray Diego. Sois implacable e insidioso y no me permitís pensar en mi dolor.

–Soy vuestro confesor y ese es mi deber. Cuando queráis, podéis prescindir de mis servicios, pero hasta entonces yo me debo a mi conciencia y esta me dice que debo estar aquí y presionaros, para que salgáis del oscuro y maligno pozo en que os habéis metido. No es bueno que una reina católica y española se deje abatir de esa manera, dando pie a murmuraciones y dejando al rey solo en tan tristes momentos. Eso os puede costar muy caro, si persistís en vuestra obstinada y absurda actitud.

Catalina de Aragón tuvo un vislumbre repentino de sí misma y se avergonzó, al darse cuenta de todo lo que se había abandonado. Tenía razón el fraile, mal que le pesara. Aunque ella quisiera perderse en un rincón, ser olvidada y poder llorar allí su pena, no iba a poder hacerlo. Como reina coronada de Inglaterra tenía unos deberes ineludibles para con el rey, la nación y su pueblo. Así lo había jurado y tenía que cumplir con ese juramento, aunque se le doblara el alma y se le partiera el corazón.

–Llamad a lady Percy, fray Diego. Voy a levantarme y vestirme y luego me confesaréis, y quiero oír misa e ir a ver la tumba de mi pobre hijito, donde volveremos a oír misa de nuevo. No sabéis cuánto me cuesta hacer lo que voy a hacer, porque no tengo fuerzas.

–Sí las tenéis, señora; más de las que creéis –dijo el fraile–. Sois de una madera excelente, que no se rompe con el primero ni el segundo ni el tercer golpe. Habéis sido formada en una escuela de servicio y de honor, y vuestro carácter tiene también la firmeza suficiente para aguantar los mayores dolores. Además, no olvidéis que no estamos en la tierra para disfrutar de la vida, sino para servir a Dios y sus designios, cualesquiera que estos sean, aunque casi siempre se nos escapan. Solo debemos ser humildes y estar dispuestos y entregados a su santa voluntad.

–No sé si podré hacerlo yo, fray Diego. Soy una mujer agotada.

–Sois la reina, doña Catalina, y vuestro deber es sobrevivir a este y a cuantos golpes caigan sobre vos. Estáis por encima de los demás y, por tanto, los golpes del destino deben ser mayores.

–No me asustéis más de lo que ya lo estoy, confesor.

–Me asombra ver que en vos hay aún una parte infantil que os negáis a abandonar, alteza. Aceptad de una vez quien sois y por qué estáis aquí. Será mucho mejor para todos. La vida es un sufrimiento constante, con efímeros momentos de felicidad. Ese es el estado natural de cosas que conocéis y que se corresponde con el mundo real. Uno debe pagar el precio de la felicidad, y cuanto mayor sea esta mayor será el sufrimiento que la siga.

–Yo no pienso igual que vos, padre. Yo creo que existe el derecho a la felicidad y que no tenemos por qué pagar un alto precio por cada risa y cada alegría. El mundo es hermoso. Así fue hecho por Dios, para que lo disfrutáramos.

–Hasta que la mujer dio la manzana a Adán y los primeros padres fueron expulsados del paraíso, señora. No lo olvidéis. Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente, le dijo Dios a Adán, y eso significa con sufrimiento. Esta tierra es un valle de lágrimas y por él transitamos con el alma dispuesta a sufrir las pruebas que Dios tenga preparadas para nosotros, para poder merecer la otra vida.

–No quiero pensar que la vida sea eso, fray Diego. Nunca lo he visto así. Acepto el dolor, pero no como algo necesario y consustancial, sino como una contingencia, y por eso, tanto dolor como he tenido que sufrir me abruma. No quiero que sea así. Me rebelo ante ese destino.

–No es ese el mejor camino para salir adelante, hija –dijo el confesor–, sino más bien el contrario. Aceptad que vuestro sufrimiento es parte del plan del Creador y así vuestro dolor se mitigará. Y rezad con fe. Es una cuestión de fe el salir adelante y mantener íntegro vuestro carácter. Miraos en ese espejo –dijo abriendo una contraventana que dejó entrar una luz pálida–. ¿Qué veis, señora?

La reina se incorporó, miró y se espantó al ver la cara de enajenada que la luna de plata reflejaba. Aquel rostro descuidado, con las greñas sobre las facciones, con mirada huidiza y oblicua que vio frente a ella y que era el reflejo de sí misma, la asustó más que todas las palabras del cura. La imagen era aterradora. Mostraba a una dama que estaba a punto de perderse totalmente a sí misma.

–Yo no soy así –dijo en un impulso, hablando para sí pero en voz alta.

–Ambos estamos de acuerdo en ello, alteza.

–Salid de la habitación, fray Diego. Me disgusta sobremanera que me veáis y que otros me hayan visto así.

–Lo haré con gusto e iré a buscar a lady Percy.

–Decidle que no tarde y que venga con una peinadora y una doncella. Me he de arreglar como sea, aunque sabe Dios que me cuesta un esfuerzo inmenso. ¿Para qué he de vivir ya?

–No me hagáis enfadar de nuevo, señora. Como os he repetido hasta la saciedad sois la reina de Inglaterra, y entre otros muchos deberes seguís teniendo el primordial de dar un heredero al trono, además de ofrecer apoyo a vuestro esposo, que lo necesita y mucho. No olvidéis que si en las horas malas no estáis a su lado, se abrirá una fisura en vuestro matrimonio que nada ni nadie podrá rellenar, sobre todo si otras personas le escuchan cuando lo necesita y le aconsejan cuando requiera consejo.

–¿A qué os referís, buen padre?

–A nada en concreto y a todo en general, alteza. Vuestro esposo es el rey y hay muchas personas que quisieran estar a su lado y gozar de su favor a cualquier precio. Si vos dejáis el sitio libre, ya sea en el lecho o en el consejo, siempre habrá alguien dispuesto a ocuparlo, aprovechando vuestra ausencia. No os olvidéis de eso.

La reina se quedó meditando unos instantes en las sabias palabras del cura. Este tenía razón. Enrique VIII era un hombre encantador, al

que gustaban la sociedad y los halagos. Y en esos momentos de tristeza, mientras la reina se torturaba, su refugio sería salir, cazar y ver a sus amigos. Seguramente se sentiría solo, y algunas de aquellas damiselas tan ligeras de costumbres, hija o sobrina de algún par consentidor, que esperarían sacar pingües ganancias con el favor del rey, estarían intentando ya seducirle mientras ella estaba metida en su dolor.

Tenía razón el cura. Nadie debe abandonar lo propio si no quiere ver cómo se lo quitan de las manos. Y una vez que esto se ha producido, la vuelta atrás no es fácil. Debía ser fuerte, o al menos parecerlo. Su rostro debía sonreír. Pero ¿cómo podría hacer eso? ¿Dónde encontraría una razón para sonreír?

–Vuestro esposo os ama –dijo el cura, pareciendo leerle el pensamiento–. Esa es vuestra fuerza. No la perdáis nunca, porque si lo hacéis, las cosas pueden volverse mucho peores de lo que ahora son.

–Tenéis razón, fray Diego. Os reconozco que la tenéis en la totalidad y os prometo que saldré esta misma mañana de palacio, aunque tenga que hacerlo arrastrándome.

–No es para tanto, señora –dijo el fraile–. Vestios y acudid a la capilla, donde os confesaré y daremos una misa por el alma del príncipe muerto. Allí os sentiréis mejor, y luego ya veremos. Entonces tendréis tiempo para decidir si queréis salir o no. Tampoco debéis forzar vuestra naturaleza y pasar de un extremo a tanta velocidad. Pero lo que sí deberíais hacer es enviar un mensaje a vuestro esposo e invitarle a cenar con vos esta noche. Así el rey sabrá que estáis superando la pena, se sentirá aliviado y su compañía, cuando venga a visitaros, será buena para vos.

–Lo haré como decís, padre. Gracias por vuestro consejo y por vuestras palabras. En verdad valen su peso en oro, y en estos momentos de debilidad y de enajenación me han servido de mucho.

–Esa es mi mayor alegría, alteza. Mi razón de ser en la tierra no es otra, hoy en día, que serviros y auxiliaros en lo espiritual, cuando os perdáis.

–Pues hoy la habéis cumplido con creces, así que podéis estar contento. Ahora salid, por favor, y buscad a lady Mary Percy. Necesito que me ayude.

–Así lo haré, señora –dijo y se retiró tras hacer una inclinación, saliendo de la habitación donde la reina se quedó sola con sus tristes pensamientos, a los cuales plantó cara.

No pensaba dejarse abatir de nuevo ahora que había tomado la decisión de salir de su estado de postración. Se levantó y retiró su mirada con disgusto del espejo que le había mostrado su miserable estado actual. Mientras llegaba doña María, lo primero que haría sería

escribir la misiva para el rey y se la haría llegar a la mayor velocidad adonde estuviera. Quería verle, hablar con él y compartir con él su dolor. Juntos lo superarían mejor.

Buscó tinta y pergamino y, cuando los halló, se sentó en una cómoda jamuga española que tenía en la habitación y se puso a escribirle a su esposo.

El rey salía de la sala del consejo, donde había estado hablando con el arzobispo de Canterbury y con sir Thomas Lovell, hombre de antiguo linaje en quien Enrique confiaba plenamente por su inteligencia fina y flexible y su firme voluntad, capaz de solucionar problemas. Era el tipo de persona que gustaba al rey para los asuntos públicos.

Enrique VIII estaba triste por el fallecimiento del príncipe de Gales, pero para él aquello no había sido un drama terrible, como lo era para la reina. Había sido una pena, pero aún era muy joven y seguro que vendrían muchos niños más. La reina era una mujer sana y eso era lo importante. En eso estaba pensando cuando vio la figura de Thomas Wolsey, limosnero de su capilla, que le miraba con esos ojos de devoción absoluta que tanto le agradaban. A pesar de ser hijo de un carnicero de Ipswich, Enrique le apreciaba y se daba cuenta de que podía utilizarle en asuntos importantes, ya que cada vez que le había encargado algo, por pequeño que fuera, se había esmerado hasta lo imposible para cumplir la voluntad de su rey, una voluntad que para él, carente de parentescos nobles y, por tanto, de intereses particulares, estaba por encima de todo y de todos.

–Buenos días, señor –dijo Thomas Wolsey–. Espero que os encontréis bien.

–Dentro de un orden, así es. Parece que me voy recuperando del golpe que ha supuesto la muerte del príncipe Enrique. Y, gracias a Dios, también la reina parece hacerlo –dijo, señalando al pergamino que tenía delante con la menuda letra de su esposa–. Ha salido de su mutismo y me cita en Richmond para la cena.

–¿Iréis a verla?

–Pues claro, limosnero. Es mi esposa y me necesita. Nada hay más importante que eso.

-Sois muy bueno con ella, alteza, y compasivo con todos. Aunque quizás otro príncipe, en vuestro lugar, ya hubiera pensado que había un problema en su relación. No es normal que a una persona fuerte y sana como vos le den hijos muertos. Quizá lo que ocurre es que vuestro enlace no plazca al cielo.

–¿Qué decís, Wolsey? –dijo Enrique, mirando con verdadera cólera al cura, de quien no esperaba recibir insinuaciones y sutilezas, sino

apoyo y alabanza–. Dejad de murmurar, si no queréis que me enfade seriamente. No tolero de vos ni de nadie comentarios acerca de la reina. Ella es una buena esposa y una buena madre; el pueblo la ama y yo también.

–Claro, señor –dijo el cura con total sumisión aparente–. Pero se comenta por ahí que quizás el problema sea el parentesco entre vosotros. Ya dice la Biblia que un hermano no debe yacer con la viuda del otro.

–Estáis andando por terreno pantanoso, fraile –dijo el rey mirándole con ojos gélidos–. El matrimonio de mi hermano con ella no había sido consumado, por lo tanto era nulo e inexistente ante Dios. Contened vuestra lengua, si no queréis arriesgaros a perderla.

–Sin duda será como vos decís, alteza. Seguramente tenéis razón y todo no sea más que un maligno comentario de ociosos.

–Decidme a quién se lo habéis oído decir y es probable que a alguien le cueste la cabeza esta misma noche, Wolsey –dijo amenazador.

–No recuerdo quién fue, señor –dijo el cura–; solo lo he comentado con vos porque he pensado que es mejor que conozcáis cuanto se dice por Londres.

–Pues poned cuidado con lo que decís si queréis mantener mi favor, fraile. Y la próxima vez que me vengáis con una habladuría, sabed que quiero nombre, apellido y lugar donde se ha pronunciado. Así sabremos mejor a qué atenernos todos.

–Claro, alteza. Ya sabéis que mi deseo es serviros en todo. Disculpadme si os he molestado con mis torpes comentarios, que os prometo no han de volver a producirse.

–Retiraos en paz –dijo el rey, aceptando la disculpa– y llamad a Norfolk. Quiero verle antes de partir.

–Inmediatamente, sire –dijo el fraile haciendo una profunda reverencia servil ante el rey antes de salir de la sala con el corazón agitado.

Notaba que había dado un peligroso paso en falso y eso no debía volver a producirse. El rey era su único apoyo, y si perdía su confianza desaparecería en la nada, y él no quería eso bajo ningún concepto. Ahora tenía puestas las miras en el importante obispado de York, y después ya se vería. Lo que estaba muy claro es que mientras el rey amara a la reina y las circunstancias políticas no variaran, nunca volvería a hablar de ella salvo en los términos más elogiosos. Incluso iba a frecuentar su cámara, a preguntar por su salud y a pedirle consejo. Si ella era tan importante para el rey, también lo sería para Wolsey. «Y si conseguía su favor, ella le apoyaría en sus pretensiones también», pensó el intrigante cura. Aunque en el fondo de su corazón

él era partidario de la alianza con Francia, sabía que aún no había llegado su hora y por ello sabría esperar pacientemente.

13

La guerra con Francia y Escocia

Era el mes de julio de 1513. Tras las conversaciones con los enviados de Fernando el Católico y del emperador, Enrique VIII había decidido acudir en persona a la campaña en Francia, y para ello acudió a la ayuda de Wolsey, que se volcó en la organización militar para conseguir que su soberano viajara al continente acompañado de un ejército marcial y lucido. De hecho, un triunfo ahora era muy necesario tras el fracaso de la campaña del año anterior. Las tropas inglesas desembarcadas en el sur de Francia habían acabado amotinándose y regresando a Inglaterra sin combatir, de forma un tanto bochornosa, mientras el rey Fernando el Católico conquistaba para Castilla el reino de Navarra, expulsando a la reina propietaria doña Catalina y a su esposo, el rey don Juan de La Brit y recibiendo además de Julio II la investidura, para Castilla, del reino de Navarra. Esto suponía que el Papa, agradecido por el apoyo del Rey Católico en su lucha contra Francia, le hacía este último regalo antes de enfermar de gravedad. Aprovechando su éxito militar, Fernando V firmó con Luis XII una paz ventajosa para el rey español, el Tratado de Blois, que enfadó al rey y al pueblo inglés, al no ocuparse de los derechos pretendidos por Enrique VIII al ducado de Guyena. La firma del tratado colocó en una situación delicada a la reina, que al fin y al cabo era la hija del rey de Aragón. Pero Catalina demostró una vez más que estaba al lado de su esposo y de su pueblo, mediando entre su padre y Enrique con buena fe y buen tino. La crisis se había solucionado con un fortalecimiento de su posición ante el rey y el mantenimiento de la alianza española, tras las cumplidas explicaciones que los embajadores del rey Fernando dieron a su alteza el rey Enrique VIII.

Poco tiempo después, falleció el papa Julio II, que durante los años de su pontificado mantuvo a punta de espada los Estados de la Iglesia. Tras haber conseguido expulsar a los franceses de Italia en la última guerra con el apoyo del rey de Aragón y del emperador, había reforzado las posesiones terrenales de los Papas en el centro y norte de la península italiana. Y a su recia personalidad de Papa renacentista, guerrero y protector de las artes –que había encomendado a Miguel Ángel Buonarrotti la magnífica obra de la Capilla Sixtina en Roma y había expandido el poder temporal de la Iglesia– le sucedió un Papa de origen florentino, Juan de Mediéis, que reinó con el nombre de

León X y que era un devoto del arte y un buen diplomático, que prefería la negociación a la guerra.

Luis XII había intentado aprovechar el nombramiento de un Médicis en la silla de san Pedro para fomentar nuevos conflictos en Italia que le hicieran recuperar el terreno perdido, en el norte y en el sur, frente al Papa anterior y al rey de Aragón. Para ello intentó una política de alianzas más sutil que la anterior. Mientras buscaba recuperar el poder en el norte, intentando un protectorado encubierto sobre la república de Genova para poder conquistar de nuevo el ducado de Milán, buscó el apoyo de algunos ducados italianos vecinos y de la poderosa Venecia, mientras mantenía una correspondencia cordial con el Papa, intentando calmar su suspicacia e impedir que apoyara abiertamente al duque de Milán, Ludovico Sforza. De hecho, Luis XII había calculado bien su estrategia. En esos momentos, mientras distraía al Papa con su correspondencia florida, un poderoso ejército francés invadió el suelo del ducado italiano. Además, había emprendido también una negociación secreta con el duque de Calabria, don Fernando de Aragón, pariente del Católico, para fomentar la rebelión contra el rey de Aragón y de Ñapóles. Este reaccionó sorprendido, ordenando capturar a su pariente, a quien aprisionó en el castillo de Xátiva.

Este revés colocó al francés en difícil posición. Tras el éxito inicial de la invasión de Milán, el rey francés ordenó el sitio de Novara, donde estaba resguardado el ejército milanés, apoyado por tropas suizas. Pero el Papa, contra lo que esperaba el francés, acudió en ayuda de los milaneses, y pidió a don Ramón de Cardona, general del Rey Católico, que cruzara el río Po con sus tropas y se uniera a los que defendían el ducado de Milán.

Conocido el movimiento del campamento de Cardona por el francés, temiendo verse entre dos fuegos, levantó el sitio, situación que aprovechó el duque de Milán y sus aliados suizos para iniciar la batalla. Mientras se retiraban les causaron muchas bajas, pérdida de artillería y de equipajes, de modo que la ordenada retirada se convirtió en una franca huida, dejando de nuevo libre el territorio italiano para la presencia francesa.

El emperador Maximiliano, consciente de que el joven rey de Inglaterra necesitaba brillar en campaña, le había propuesto entonces continuar la guerra contra Francia, y de acuerdo con su nieto Carlos de Habsburgo, representado por la regente del ducado de Borgoña y de Flandes, Margarita de Austria, y el rey de Aragón, habían decidido la invasión del territorio francés con hombres de Alemania, Flandes e Inglaterra, para evitar que el rey Luis XII fomentara la rebelión contra Castilla en Navarra e intentara una nueva campaña en Italia, en revancha de su fracaso anterior.

Enrique VIII no había podido recibir el ducado de Guyena que deseaba tras la campaña de Navarra, pero su espíritu juvenil y valeroso necesitaba la guerra, a pesar de los escasos frutos que hasta entonces había cosechado en ella. Su intuición y el consejo de Wolsey, cada vez más cerca del rey, le decían que una campaña militar exitosa era el mejor modo de fomentar su prestigio en el reino, que estaba perdiendo el pulso militar de reinados anteriores. Y por eso, a pesar de la oposición de los pares y lores civiles y eclesiásticos, el rey, con Wolsey, consiguió sacar adelante su proyecto, haciendo grandes levas de tropas y reforzando a la par la autoridad real, algo que era muy de su gusto. Su total apoyo al rey y a la reina en el proyecto de la guerra hizo que el hijo del carnicero fuera nombrado obispo de Lincoln, con el apoyo de la reina Catalina. Se le prometió también que en breve recibiría el arzobispado de York, cuando dicha sede quedara vacante, mientras se afianzaba en la privanza del rey y miraba con ambición el futuro. Para el monje, los nombramientos eran un paso importante en su carrera ascendente, que ya tenía unas metas muy elevadas, entre las que entraban la misma cancillería de Inglaterra y el cardenalato.

Una vez reunidas las tropas se hizo inminente la partida. Los barcos esperaban al rey en la costa y hasta ella le acompañó toda la corte, incluidos los pares que se habían opuesto en principio al proyecto, pero que después, puesto que no habían triunfado, se unieron a Enrique VIII con sagacidad y gran aporte de hombres de armas y de medios, para hacerle olvidar su rebeldía a cumplir los deseos reales. Por eso, el cortejo real fue magnífico. Grandes celebraciones y arcos triunfales se elevaban al paso de Enrique VIII y de su popular esposa la reina Catalina que, en una prueba más de su devoción, decidió acompañarle hasta el mismo barco. Y así fue. Catalina llegó con el flamante ejército, al lado del rey, hasta Dover, donde le esperaba la magnífica flota de Inglaterra para embarcarse hasta Calais, plaza inglesa fortificada en el continente, que era una espina en la corona del francés.

«El rey ha partido de Inglaterra. Es un hecho y no hay vuelta atrás», pensó Catalina cuando perdió de vista el barco real en lontananza. La confianza de su esposo en ella y en su buen criterio le decidieron a darle en Dover dos cargos inusitados para una mujer en la historia de Inglaterra: gobernador del reino y capitán general de los ejércitos nacionales para su defensa. Y eso lo hizo ante la sorpresa de muchos, que pensaban que la reina Catalina había caído en desgracia ante el rey, porque seguía siendo incapaz de darle un heredero vivo.

«Ya vendrán los hijos», le decía el rey cada vez con menos ímpetu. Mientras, ella se esmeraba en servirle en todo y en ser una reina

entregada y amorosa que veía cómo las damiselas de la corte asediaban a su esposo, sin que ella nada pudiera hacer más que disimular su desazón. Aunque esa preocupación remitía, pues estaba embarazada de nuevo. No lo había querido anunciar al rey y esperaba que esta vez pudiese dar a luz un vastago sano que permitiera a Enrique sentirse por fin orgulloso de ella.

Pero mientras llegaba ese día, cobraba conciencia de que estaba sola, sin el rey. Como reina gobernadora, era consciente de la responsabilidad que había asumido. A su lado estaban sir Thomas Lovell y el arzobispo de Canterbury, sus corregentes, que la admiraban y apoyaban sus decisiones. Sus primeras órdenes al tomar el poder fueron castrenses y austeras. Eliminó las fiestas en la corte, los vestidos lujosos y los gastos superfluos. Inglaterra estaba en guerra y todos, pueblo, nobleza y clero debían colaborar en el esfuerzo del reino. Mientras el rey estuviera en el continente, Inglaterra entera le apoyaría y estaría preparada por si se requiriesen esfuerzos suplementarios. La reina recordaba su infancia cuando estaba en la ciudad de Santa Fe, antes de la toma de Granada, y emulaba a su madre en diligencia, prudencia y actividad.

El pueblo obedeció sin rechistar a su soberana y la nobleza también, aunque con cierta reticencia por parte de los nobles recién ascendidos. Estos ya se habían acostumbrado a la brillante corte de Enrique, donde esa severidad y austeridad española eran impensa bles, pero obedecían, aunque no les gustase la medida. Sabían que ella tenía el poder y que no dudaría en ejercerlo con el máximo rigor. De hecho, la respetaban y acataban sus órdenes más rígidas, aun a regañadientes. El palacio se transformó en pocos días en un campamento militar, donde se oían cinco misas diarias y se preparaban vendas para los heridos, mientras la reina daba órdenes para que se comprasen y se forjasen más armas y se preparasen cuerpos auxiliares de soldados, por si eran menester sus servicios.

Escribía al rey casi cada semana y le daba cuenta de todos sus actos, diciéndole cuánto le echaba de menos. Escribía también, de vez en cuando, a Wolsey y a Norfolk para pedirles que cuidaran al rey y que no le permitieran exponerse a los peligros del campo de batalla. Catalina habría estado mucho más tranquila si hubiera sabido que el emperador estaba agasajando a su esposo en Lille. Tenía el convencimiento de que las batallas quedaban lejos, pero no lo sabía. Al contrario, creía que las tropas inglesas iban a entrar pronto en liza y rezaba a Nuestra Señora de Walsingham, la Virgen de su devoción, para que protegiera de todo mal a su rey y esposo. Las princesas doña Juana y doña Catalina eran su compañía constante en esas semanas y, junto con la buena de lady Mary Percy, las únicas capaces de hacerla sonreír. Apasionadas por el zafarrancho que convirtió la corte de la

reina en intendencia de guerra, las princesas y las damas se entregaban a las tareas que esta les encargaba, con espíritu de entrega y servicio.

Mientras el rey estaba fuera surgió un peligro inesperado, mucho más real que las posibles dificultades de las armas inglesas en el continente. Y ese peligro era el rey de Escocia, Jacobo IV, que a pesar de estar casado con la hermana de Enrique VIII de Inglaterra, la princesa Elisabeth, deseaba aprovechar la tentadora ausencia del rey inglés de su territorio para airear de nuevo la vieja reivindicación de los Estuardo escoceses a la corona de Inglaterra.

Toques de rebato sonaron por todo el reino cuando los guerreros escoceses, temibles y feroces, comenzaron a asolar la frontera de Inglaterra y a saquear las propiedades de los nobles y las aldeas más cercanas a su territorio. Los escoceses tomaron ricos botines y se envalentonaron al comprobar que no había un ejército preparado para rechazarles. Su soberano decidió entonces invadir Inglaterra e intentar tomar el trono del país por la fuerza de las armas.

Mientras, las preocupantes nuevas llegan a Londres. Se ha reunido un ejército de voluntarios con el apoyo de las mesnadas de los pares de Inglaterra y de las ciudades, que convocan levas, antes siquiera que llegue la orden de la reina. Y cuando Catalina ordena que se reúna un ejército, este, lleno de patriotismo y de deseo de batir al invasor escocés, se posiciona en un tiempo asombrosamente corto a las cercanías de la frontera de Inglaterra con Escocia. La soberana, tras consultar con el arzobispo de Canterbury y sir Thomas Lovell, decide que el conde de Surrey sea nombrado comandante en jefe del ejército del norte. El noble conde tiene la sagrada y difícil misión de rechazar la peligrosa invasión. Todos son conscientes de que solo tendrá una oportunidad, y que, si es derrotado, Inglaterra estará indefensa ante el enemigo tradicional, y la corona de los Tudor se verá sometida a un inminente peligro.

Durante largas noches, la reina permanece en vela, sufriendo por el resultado de la batalla, mientras la criatura que lleva en el vientre protesta de ese mal trato. Sabe que las armas inglesas están en verdadero peligro. Lo siente en su interior y en su corazón, y su agobio es constante. Los espías que han llegado a la corte con noticias del ejército del rey Jacobo la preocupan aún más. Sus tropas son como hormigas, y ha reunido un ejército con miles de hombres dispuestos a llegar a Londres y tomar la torre y las fortalezas si el exiguo pero patriótico ejército inglés, que comanda el conde de Surrey, no se lo impide.

Catalina reza con fervor a Nuestra Señora de Walsingham. Con una fe inquebrantable le pide que la apoye, que inspire y proteja al conde

y a sus hombres y que no permita que se pierda el reino, cuando su esposo lo ha dejado en sus manos. No quiere pasar a la historia como la reina que perdió Inglaterra para los Tudor. Y desde luego, si la derrota se produjera, no querría sobrevivir, pues la vergüenza no le permitiría volver a mirar a la cara ni a su esposo ni al pueblo de Inglaterra.

Así, durante los primeros días de septiembre, la reina y la corte de Westminster rezan sin parar. En la catedral de Londres, en los monasterios, en las iglesias de las ciudades y pueblos, todos los que no están en edad de tomar las armas, rezan y se preparan para defender con sus vidas aldeas, castillos y ciudades ante el ejército escocés, mucho más poderoso que el inglés. Solo un milagro puede variar el curso de un destino que parece inexorable.

El 9 de septiembre las tropas de Jacobo IV invaden la frontera inglesa, sin orden ni concierto, vertiéndose en el reino vecino. Como horda conquistadora van arrasando la tierra a su paso, indiferentes a la existencia de un ejército inglés de defensa, que saben bastante exiguo. Los nobles de los diferentes clanes, con sus kilt de lana de cuadros típicos, de colores diferentes, hacen alarde de valor, mientras saquean y matan a cuantos ingleses tienen la mala fortuna de encontrar a su paso.

La estrategia del rey de Escocia para la batalla es simple. Quiere rodear y destruir el ejército inglés a fuerza de ataques, que no han de cesar hasta agotarles y quebrar su resistencia, estrategia que parece se ha de producir sin problema, ya que sus tropas superan en número a las inglesas en una proporción de cuatro escoceses por cada inglés. Su superioridad es aplastante y se muestra tranquilo por ello.

Y cuando sus informadores le dicen que los ingleses esperan, parapetados en Flodden Edge, cerca de la frontera, decide que aquel es el lugar idóneo para acabar con ellos y lanza el más terrible ataque. Los aguerridos soldados de los clanes escoceses rivalizan entre sí por llegar primero hasta donde está el enemigo, bien parapetado, en perfecto orden de batalla. Los ingleses resisten la primera sangrienta embestida, apoyados por su artillería, bien colocada en una colina, que bombardea sin cesar a los escoceses, causándoles numerosas bajas. Las vanguardias se encuentran y se traban en la lucha cuerpo a cuerpo. La orografía del campo de batalla impide que la superioridad escocesa arrase a los ingleses en ese primer choque, ya que la superficie del campo de batalla, estrecha a los lados, no facilita la maniobra de los escoceses, que deben esperar a que se retiren algunos de los suyos para sustituirles en la primera línea, lo cual permite al ejército inglés de Surrey defenderse más fácilmente, aunque las tropas escocesas estén más frescas.

A pesar del valor y de la superioridad numérica de los escoceses, los ingleses pronto perciben que cuentan con un armamento superior al de sus oponentes. Sus balas y bombardas hacen verdaderos estragos en las apretadas filas de las tropas escocesas, que esperan detrás de los de primera fila para entrar en combate. Los cañones son decisivos a la hora de abrir brechas en esa muralla humana que el rey Jacobo IV envía contra ellos, evitando una vez más que arrecie un ataque que pueda quebrar las líneas inglesas.

Transcurren las horas, y a pesar de que los ingleses están provocando una enorme mortandad entre los escoceses, el gran número de estos les permite seguir presentando batalla casi como al principio, mientras el ejército inglés comienza a sentir los efectos del cansancio y de las bajas. En medio de la batalla, un mensajero recién llegado de Londres con una misiva de la reina va recorriendo el frente, de lado a lado, jugándose la vida y leyendo en voz alta el mensaje de ánimo de Catalina de Aragón a las tropas inglesas. La reina les bendice por su entrega y su valor en la defensa del reino y, orgullosa de ellos, se dirige a sus hombres como «los soldados más valientes del mundo» y les incita a resistir por Inglaterra, cuya defensa está en sus armas.

Y allá donde el emisario real ha leído la arenga de la reina gobernadora, los soldados vuelven a la batalla con arrojo, dispuestos a perecer antes que permitir que aquellos salvajes escoceses asolen con su odio y su furor las ciudades inglesas y agosten los verdes prados del reino. Como en un torbellino, ya ni siquiera saben cuántos muertos se están produciendo, ni quién toma ventaja, tal es la furia con que se ha trabado el combate. De pronto, se oye un grito de júbilo de un capitán inglés, que hace correr por el campo la noticia, infausta para los escoceses, de que su rey Jacobo IV ha caído, herido de muerte, en el campo de batalla.

Y así ha sido, en efecto. Los suyos se lo han llevado en unas andas para intentar que los médicos le corten la hemorragia que le ha provocado la herida mortal recibida. Nada pudieron hacer por el rey, que llegó muerto a su campamento. Con la noticia de su muerte, los guerreros de los clanes escoceses fueron dejando la batalla y retirándose cabizbajos, mientras los ingleses, animados por la noticia, redoblaron su furia, pasando a cuchillo a muchos de aquellos guerreros que huían hacia el norte y que, hundidos por la muerte de su valiente y querido rey guerrero, apenas se defendían ya del furioso ataque de los ingleses.

Ese sangriento día, el conde de Surrey pudo contar en el campo de batalla varios miles de muertos escoceses. Estos, en su huida desordenada, habían abandonado la impedimenta, la artillería, sus bagajes y numerosas riquezas, algunas saqueadas a los ingleses. Pero lo más importante era que había sido abortado el terrible peligro de

invasión a Inglaterra. Flodden Edge era la mayor victoria que las armas inglesas habían alcanzado jamás contra las escocesas, y dejaba a estas fuera de combate por mucho tiempo y sin un rey en edad de presentar nueva batalla.

Surrey mandó una carta a la reina con la buena nueva, diciéndole que su mensaje de apoyo a las tropas había sido decisivo en un momento de duda. En el ejército inglés se podían escuchar los más elogiosos comentarios hacia la reina, que de nuevo, con su amor a Inglaterra, se había ganado incondicionalmente el cariño de su heroico ejército.

Y Catalina no dudó en escribir a su esposo la buena nueva en cuanto tuvo conocimiento de ella. Con pluma encendida, le dijo que las tropas de Inglaterra, los soldados más valientes del mundo, habían vencido y dado muerte al rey de Escocia, con la protección de Nuestra Señora de Walsingham. Enrique VIII, que había recibido en el continente la preocupante noticia de la invasión sin poder hacer nada más que esperar al resultado de la batalla, levantó su copa por la victoria. A pesar de la excelente noticia que representaba para su reino y para él, sintió celos de su esposa, que había tenido un éxito militar decisivo, mientras que él apenas había contactado con algunos menores destacamentos franceses.

La victoria de las tropas inglesas le estimuló y decidió que también él tenía que conseguir una victoria en el continente, para no ser menos que Catalina. Así, los ingleses presentaron batalla a los franceses y se hicieron con las plazas de Tournai y de Thérouanne, enviando a su esposa los prisioneros tomados, en un gesto caballeresco, mientras daba el obispado de Tournai a su fiel Thomas Wolsey, que comenzaba así a acumular cargos y rentas con el favor de su señor.

Pero no todas las noticias eran buenas para ellos. Las preocupaciones y la tensión de los días previos a la invasión habían hecho mucho daño al embarazo real y, al poco de saberse la noticia de la victoria, la reina perdió a la criatura que llevaba en el vientre, en un aborto que le provocó de nuevo una gran tristeza y frustración. Era como si el cielo quisiera matizar cada una de sus alegrías y disminuirlas con una pena, con lágrimas en los ojos y dolor en el corazón. Esperó el regreso de su esposo, tras la firma del Tratado de Lille en octubre, con el emperador Maximiliano y el rey de Aragón, Fernando el Católico, en que ambos se comprometían a defender la postura del rey de Inglaterra y a apoyar con las armas sus pretensiones a territorios franceses el año entrante.

A pesar del tratado firmado, el rey de Aragón decide incumplir de nuevo sus cláusulas y, conforme a su interés, abandona a su aliado el

rey de Inglaterra, negociando una tregua de un año más con Luis XII, que perjudica las pretensiones inglesas. El emperador y la regente de Flandes no hacen nada tampoco por el rey de Inglaterra, que se siente de nuevo frustrado y engañado.

Al comenzar el año 1514 Catalina comprende que peligra su posición en el reino por la traición de su padre. Contraria al incumplimiento de la palabra dada, esta vez no tiene razones para justificarle. Hace un verdadero alarde de control de sí misma para no derrumbarse, dolorida por la nueva pérdida del bebé que espera, por la traición de su padre y la desconfianza de su esposo y del mismo Wolsey, que cada vez se muestra más distante, a pesar de haber sido apoyado por ella en su ascenso a los obispados de Lincoln y Tournai, al arzobispado de York y al cardenalato.

Su buen amigo Tomás Moro, el ilustrado, la previene de que el ambicioso clérigo está intrigando contra ella y contra la alianza española, y que su posición en la corte peligrará si no es capaz de darle pronto un heredero al rey.

Estas preocupantes palabras, venidas de un espíritu tan noble como el de Moro, fueron corroboradas por los comentarios de algunas de sus damas de las más antiguas familias, como la fiel lady Mary Percy, que veían con desconsuelo cómo la posición de su señora era puesta en entredicho por los amigos del rey, que incitaban a este, cada vez más abiertamente, a que tomara una amante. Lo que no le decían, pero Catalina intuía, era su pretensión de que el rey la repudiara por su incapacidad de darle un heredero.

Catalina se volcó de nuevo en su piedad, mientras su esposo Enrique VIII se alejaba de su compañía y de su consejo. La traición del Rey Católico y las insidias de Wolsey estaban abriendo una brecha entre ellos que se agigantaba con el paso de los meses. El rey no la invitaba a acompañarle a las fiestas que organizaban sus amigos, y su orgullo de castellana la hacía mantenerse en una posición digna y distante, que tampoco permitía que la situación entre ellos mejorara.

La terrible decepción que había supuesto para ella la traición de su padre a su marido, la había aconsejado callarse. No podía defender en adelante la alianza española. No había razones que la justificaran, ya que cada vez que el rey de Inglaterra confiaba en el rey de Aragón, había sido decepcionado o traicionado por él. Por ello, Wolsey, que también había ponderado el perjuicio que suponía para Inglaterra un aliado tan poco fiable, estaba orientando al rey para que celebrase definitivamente el enlace de la princesa María con el rey Luis XII de Francia. Wolsey era partidario de formalizar una alianza con él, más lógica para la expansión del poder de Inglaterra que la de España.

La incapacidad del Rey Católico de tener descendencia masculina

con su esposa Germana de Foix y las pócimas que esta daba a Fernando V para incrementar su virilidad, estaban acabando con la salud del rey, que se mostraba cada vez más enfermo y autoritario. Este, cuando falleciera, iba a dejar a su nieto Carlos de Habsburgo en una situación envidiable, dueño de las coronas fuertes y ricas de Castilla, Aragón, Granada, Ñapóles y Navarra, amén de los territorios del Nuevo Continente, que crecían sin parar, y de las posesiones de su padre el archiduque Felipe, el ducado de Borgoña y el condado de Flandes. Llegado el día, por su sangre Habsburgo invocaría su derecho a la sucesión del imperio de su abuelo Maximiliano de Austria, que lo convertiría en el monarca más poderoso del mundo.

Vistas así las cosas, el deber de Inglaterra era neutralizar el ascenso imparable de ese poder, y la alianza francesa era más que adecuada en ese momento. Por ello se aceleraron las negociaciones, y en el mes de abril de ese mismo año de 1514, con un lucido séquito, partió la princesa María Tudor a la corte francesa para casarse con el rey Luis XII. La reina Catalina la bendijo de corazón. Se sentía muy unida a su joven cuñada, a la que casi consideraba hija suya. A pesar de no haber participado en las negociaciones y de que estas se celebraron en contra de su opinión y la de su padre, decidió obviar tales circunstancias y preparó el viaje de la princesa con todo su cariño, ocupándose de que tuviera un adecuado número de damas y supervisando en persona todos los detalles, para asombro del rey, a quien Catalina nunca dejaba de sorprender.

Entre el numeroso séquito de la princesa iban las dos hijas de Thomas Boleyn, o Bolena, y de Isabel Howard, María y Ana. La mayor era una jovencita extremadamente graciosa, de diecisiete años y de costumbres relajadas, muy del gusto de la corte francesa, por lo cual Catalina decidió enviarla lejos de la corte inglesa, donde ya había demasiadas damiselas jóvenes con pretensiones de yacer con el rey. Su hermana Ana también la acompañó, aunque era una niña, por el deseo de sus padres de que recibiera una educación elegante en la corte francesa, amparada y protegida por la nueva reina. Muchos de los antiguos barones normandos que siglos atrás habían llegado de Francia a Inglaterra con Enrique II el Conquistador, enviaron a sus hijas con la aquiescencia de la reina para que trataran con sus parientes lejanos franceses, se impusieran en la elegante etiqueta francesa y disfrutaran durante un tiempo de la corte vecina, ya que todos pensaban que el enlace no iba a durar mucho, dada la enorme diferencia de edad entre el caduco rey de Francia, Luis XII, y su joven esposa, que apenas salía de la pubertad.

Cuando partió, Catalina la echó mucho de menos. María era una joven de espíritu despierto, que gustaba de leer y bordar en compañía de su cuñada, a quien le contaba siempre sus más recónditos

pensamientos y de quien recibía consejo para su comportamiento, que siempre seguía a rajatabla, pues admiraba profundamente a la reina. Ya solo le quedó la pequeña Catalina, y mientras pasea su soledad por el inmenso y hermoso palacio de Greenwich, el rey se divierte. A una fiesta sigue otra y a una partida de caza, un juego o un banquete. Todos le asedian y le halagan, lo cual es muy de su gusto. Enrique se siente firme en el trono, que su esposa ha afianzado durante su gobierno con el triunfo de Flodden Edge, en Escocia.

Wolsey es ya cardenal y arzobispo de York y ha ascendido a la privanza del rey. Consciente de que ahora debe profundizar la distancia entre el rey y la reina, insiste en que Enrique VIII tome una amante que le dé hijos, para que entienda que no es un problema suyo sino de la reina. El rey ya no tiene argumentos para oponerse, e incluso se le hace agradable la idea, porque su naturaleza es cada vez más sensual y disfruta de los placeres de la mesa, del buen vino, del juego y de la pasión por las mujeres, que le asedian sin cesar. Ha sido infiel a la reina en varias ocasiones, aunque aún guarda las formas, porque todavía hay en él un profundo respeto y amor hacia su postergada esposa que, una vez más, está embarazada. El rey, sin embargo, tiene escasa confianza en que el niño nazca bien, dada la sucesión de partos frustrados que ha tenido. Casi le resulta incómodo ver su rostro esperanzado, algo patético, por la tensión que está sufriendo. El la ve pero no se siente cerca de ella, manteniéndose a prudente distancia de la reina.

Y, mientras estaba sumido en dudas, aparece ante él la fina belleza de Isabel Blount, una dama de la corte que apenas hace unos años era una niña, que se ha transformado en una espléndida mujer y pertenece a una casa de hidalgos pobres de Inglaterra. Es rubia y de piel sonrosada. Tiene un fino talle y un ampuloso pecho, cosas ambas que atraen sobremanera al soberano. Todos la llaman Bessie, y la joven se entrega a una muda admiración por su soberano, del que se enamora perdidamente. Enrique acepta su adoración y tiene una aventura con ella, pero no se entrega a su amor. Aún mantiene un respeto debido a su esposa embarazada y no quiere que le lleguen comentarios de que está manteniendo una relación estable con Bessie. Mientras, Catalina de Aragón reza noche y día para que esta vez el hijo que espera nazca bien.

Sus temores y los del rey no son vanos y en diciembre vuelve a alumbrar un niño muerto. Pero esta vez además de triste se siente sola. Enrique VIII no le demuestra pesar alguno, ya que casi se esperaba ese fracaso. Esa distancia del rey hace reparar a Catalina que su mismo trono peligra. Sabe que si no es capaz de alumbrar un heredero en el próximo parto, las insidias de Wolsey y de otros muchos nobles harán que el rey la repudie para buscar una nueva

esposa que sea capaz de engendrar herederos que nazcan vivos. Y a su soledad y a su dolor se une una terrible vergüenza y una dolorosa frustración. Ella, que daría su misma vida por su esposo, ve cómo se apaga el amor del rey. Aunque conoce sus aventuras amorosas, las disculpa en su fuero interno, culpándose a sí misma y a su incapacidad del desvío del rey. Aquella Navidad de 1515 se convierte en un verdadero infierno para Catalina de Aragón. Nieva y nieva en el exterior, y a pesar de la belleza del paisaje nevado Catalina es incapaz de apreciarla. Solo percibe la soledad de ese manto que lo cubre todo y que es como un sudario que cae sobre la ciudad. Y su espíritu no recibe consuelo, mientras se fuga el año. La reina decide no celebrar su cumpleaños, pues no hay nada que celebrar. Tiene treinta años y aún no ha sido capaz de dar un heredero al trono de Inglaterra.

14

El nacimiento de la princesa María

Catalina se siente cada vez más sola. Muy de vez en cuando el rey frecuentaba su lecho y ella se le entregaba sumisa, como siempre, pero ya no era igual que antes. Había sentido que de nuevo estaba embarazada, pero no pensaba decirlo hasta que el embarazo fuera imposible de ocultar. En lugar de orgullo y alegría, sentía verdadero miedo. Corroboraba su mala situación el hecho de que Enrique VIII le había quitado incluso la compañía de su hermana pequeña, la princesa Catalina, alegando que la joven tenía que estar más tiempo con niñas de su edad, en lugar de la seria compañía de la reina. Es una crueldad más para con ella, que en adelante pasea casi con la sola compañía de lady Mary Pole y de su confesor fray Diego por los largos y hermosos corredores del palacio de Greenwich, que cada vez se va haciendo más rico, con la afluencia de objetos de calidad que el rey había ido adquiriendo en Europa desde el principio de su reinado. No quiere recibir a nadie, ni siquiera a los humanistas Moro y Fisher, que siguen siéndole totalmente fieles. Quiere estar sola.

En ocasiones, Catalina se quedaba mirando los magníficos tapices de Bruselas que el rey había traído del continente. Y también pasa las horas mirando los excelentes cuadros y tablas flamencas y alemanas de la colección real y disfrutaba contemplando su retrato y el de Enrique, que cuelgan en la gran sala de audiencias. El suyo, antiguo, del tiempo de su llegada a Inglaterra, pintado por Sittou, que le gustaba especialmente, porque había conseguido atrapar todo el candor de sus quince años, su rostro fresco, con la mirada baja, la piel sonrosada y luminosa que contrastaba con la elegancia severa del traje oscuro de terciopelo, de escote cuadrado, bordeado de pequeñas conchas de Santiago de plata, con un precioso collar que le regaló su padre y la gruesa cadena de oro que le diera su madre. Ese cuadro le recuerda de un modo especial los tiempos felices en la corte de sus padres, los Reyes Católicos. Y también disfruta observando el cuadro de su marido, pintado el año anterior por un artista inglés cuyo nombre no es capaz de recordar. Aunque no tenía la calidad del suyo, el rostro era muy tierno y emanaba del retrato una gracia que era la del rey en sus buenos momentos. Y ya que él no la visitaba prácticamente en ese tiempo, ella acudía a la compañía de las obras de arte y de la música, pues había reunido una capilla, con un coro

excelente, que hacía sus delicias, cantando loores a la Virgen y a los santos, con melodías de una rara belleza llegadas de Flandes.

La noticia del nuevo embarazo de la reina, que por fin se hace pública, desata por la corte rumores diversos. Nadie cree que la criatura que espera vaya a sobrevivir al parto. Unos dicen que la han embrujado y otros, más malignos, atribuyen el hecho a un castigo del cielo; un castigo terrible y doloroso que aflige a los soberanos de Inglaterra por no haber respetado el mandamiento bíblico de que un hermano no se case con la viuda de otro.

Aquí y allá se forman corrillos. Los amigos de la soberana son los menos y su defensa se hace muy difícil, ya que la realidad es que el trono carece de heredero, a pesar de los seis años y medio de matrimonio de Enrique y Catalina. Por su parte las familias más adictas al rey y menos cercanas a la soberana, impulsadas por las insidias de Wolsey, ya cardenal, desean que la reina sea repudiada en cuanto vuelva a fracasar en su tarea de traer un heredero al trono de Inglaterra. Le sonríen con falsedad cuando pasa delante de ellos, apenas le hacen la reverencia de cortesía, aunque, con su perfecto sentido de la realeza y su conciencia de que una ofensa a ella lo es al trono, la reina pone en su sitio a cualquiera que le falte en lo más mínimo. En los meses finales del embarazo va quedándose aislada, salvo por el pequeño núcleo de familias antiguas y fieles a ella, como los Percy, los Buckingham, los condes de Surrey y los Stafford. Una exigua corte, tan triste como la soberana, porque saben, mucho mejor que ella, aunque se lo ocultan, el grave peligro que corre de ser abandonada por su esposo.

A principios de 1516 la situación se hace casi explosiva. Wolsey, que es el primero en conspirar, desea un matrimonio del rey inglés con una princesa francesa, una hermana del nuevo rey Francisco I, tras la muerte del anciano y político Luis XII, que no había podido engendrar un heredero varón en su joven esposa la reina María de Inglaterra. Wolsey intrigó para confirmar la alianza con el francés, un monarca joven, generoso y amante de la fiesta y el boato, como el rey de Inglaterra, y así dejar de lado definitivamente la española, que desde la traición de 1514 hizo perder a la reina su papel de consejera real. El embarazo de la reina sigue adelante, contra todas las expectativas, y se acerca al momento del alumbramiento, porque está ya de ocho meses. Frente a todos los que quieren librarse de ella, Catalina aparece en público, en todos los actos oficiales, siempre firme, como una roca, con el rostro serio y vestida de oscuros colores que resaltan por su severidad con los alegres de las damas de la corte. Estas sienten por la reina un respeto cercano al miedo, porque su mirada, cuando cae sobre ellas, parece traspasarlas y recordarles lo que en todo momento desean olvidar: que el rey tiene esposa y que

espera un hijo que, si Dios no lo impide, esta vez nacerá vivo. Pero ese efecto se desvanece casi de inmediato cuando ella deja de estar presente. Entonces olvidan el aura de majestad que irradia su presencia y de nuevo, con más inquina, conspiran para que el rey la aleje de Inglaterra en cuanto nazca el siguiente príncipe muerto.

Para agravar su soledad, le llegó la triste noticia de la muerte de su padre el rey Fernando el Católico en Madrigalejo, una aldehuela cercana a Trujillo, el 23 de enero. Catalina de Aragón sintió un primer golpe de dolor, aunque se mitigó bastante deprisa debido a los años de lejanía y la actitud de su padre en los últimos años, que tanto había dificultado la vida de su hija en Inglaterra. Como buena hija, organizó un solemne funeral por él, donde de nuevo vio su escasa popularidad en la corte, ya que apenas la acompañaron un escaso número de sus más fieles amigos. El rey no asistió, aduciendo que el fallecido monarca español no era ya su aliado y que el rey de Francia podría interpretar su asistencia al funeral como una traición a su vacilante alianza.

Era una herida más que Enrique VIII le provocaba gratuitamente. Catalina calló y le dejó hacer según su voluntad, sin insistirle ni una vez. Entre ellos el trato era cada vez más formal, y aunque el rey la visitaba de vez en cuando en su cámara nupcial, desde que su estado de gestación estaba ya avanzado casi no le veía, ocupado en sus aventuras, diversiones y cacerías. Mientras, la reina rezaba y se marchitaba un poco más cada día, con una decepción profunda que nunca manifestó al exterior, en parte porque su mismo orgullo le hubiera hecho imposible sobrellevarla, si no la contenía dentro de sí. Al contrario, adoptó una postura forzada de normalidad, que era un tanto falsa, pero que funcionaba como una venda que le tapaba los ojos y le permitía traer al mundo a la criatura que esperaba.

Siempre en contacto con el embajador de la nueva reina de España, doña Juana, y de su hijo el rey Carlos I, supo que ella estaba retirada del mundo en el castillo de Tordesillas, cerca de Valladolid, y que no quería recibir a nadie, por lo que su hijo, don Carlos, a la sazón a punto de cumplir los dieciséis años, sería el monarca de los reinos españoles en nombre de su madre, la reina propietaria. Su fino instinto político le hizo pensar que su sobrino tendría problemas en Castilla. Era un rey extranjero, que apenas hablaba una palabra de español; un monarca educado exquisitamente en la corte de Margarita de Austria, con la etiqueta borgoñona, rígida y distante, alejada del pueblo, que con toda posibilidad iba a desagradar a sus subditos españoles. Un soberano rodeado de una camarilla de flamencos, ávidos de títulos y riquezas, que acabarían provocando graves conflictos con los nobles y con el pueblo castellano. Desde luego, había sido una verdadera negligencia por parte de Margarita y de

Maximiliano no haber tenido en cuenta que estaba llamado a ser rey de unos reinos exigentes, que iban a ser sus principales coronas y con los cuales no tenía ninguna ligazón, salvo el lejano recuerdo de una madre enloquecida tras la muerte de su padre y la idea de que los castellanos eran, por naturaleza, rebeldes a la autoridad real.

No se equivocaba la reina de Inglaterra en sus aprensiones. En su testamento el rey Fernando había nombrado regente de España al cardenal primado, fray Francisco Ximénez de Cisneros, hasta la llegada del rey don Carlos a España, pero al anciano arzobispo de Toledo le salió un rival en Adriano de Utrecht, deán de Lovaina y antiguo preceptor del nuevo rey don Carlos I. Los dos ancianos eclesiásticos llegaron a una concordia con facilidad, propiciada por el hecho de que los grandes de Castilla no querían que gobernaran el reino ni un fraile ni un extranjero, que eran ambos de familias sin rango. Los gobernadores, viendo que corrían cierto peligro, se habían ido a Madrid, villa fortificada con un poderoso alcázar, en la que se instalaron en las casas de Pero Lasso. Desde allí comenzaron inmediatamente a dar órdenes para mejorar el gobierno de los reinos.

Pero los ricoshombres de Castilla, representados por el almirante don Fadrique Enríquez, el conde de Benavente y el duque del Infantado, se presentaron en Madrid y le pidieron al cardenal que les mostrara los poderes para gobernar el reino. Fue una entrevista tensa en la que el viejo cardenal lanzó un ordago a los nobles, y respondió a su irónica pregunta haciendo disparar los cañones del alcázar y diciéndoles a los tres emisarios que aquellos eran sus poderes. Sabiendo como todos sabían que el Rey Católico le había dejado la gobernación en el testamento, los nobles aducían que el Rey Católico no era propietario del mismo y, por tanto, como regente que era no podía disponer del reino, sino dejándoselo a quien realmente pertenecía. De hecho, los nobles querían que el hermano del rey, el infante don Fernando, a quien conocían y querían, asumiera el gobierno de España, pero él no se mezcló en la conspiración nobiliaria y escribió a su hermano, poniéndose por entero a su servicio.

Así, con tensiones en Castilla, el reino esperaba la llegada del monarca para que arreglara la situación, mientras nobles y ciudades obedecían a regañadientes a los ancianos regentes y algunos se aprovechaban de la situación para continuar con las pugnas internas entre las grandes casas, luchando por sus Estados e intentando conquistar los de otros, como aconteció con don Pedro Girón, primogénito del conde de Ureña, quien apoyado por su pariente el duque de Arcos, hizo la guerra al duque de Medina Sidonia, hermano de su mujer, alegando que por su matrimonio le correspondían los Estados de Sanlúcar de Barrameda.

Catalina de Aragón se enteraba de todo esto mientras esperaba que

de un momento a otro se produjeran los dolores del alumbramiento. Abandonada, solo le quedaba el interés por la política de su antigua patria, ya que en Inglaterra el rey ya no contaba con ella para ningún asunto de importancia. Las reuniones con el embajador español también despertaban recelos entre los consejeros del rey, y por ello también tuvo que suspenderlas en febrero para poder estar tranquila, mientras esperaba y rezaba por el feliz alumbramiento de un heredero. Para ella, era más importante de lo que se imaginaba que no naciera muerto.

Por fin, el 16 de febrero de 1516, un día frío y neblinoso, la reina se puso de parto en el palacio de Greenwich. No hubo ningún zafarrancho especial, ni la preocupada presencia del rey, ni de los ministros de Estado. Catalina estaba definitivamente relegada a un plano inferior, y la esperanza del rey en tener de ella un heredero era nula. De hecho, se había convencido ya, a pesar del cariño y respeto que le profesaba, de que lo mejor para ambos y desde luego para Inglaterra, sería repudiarla y que ella regresara a su tierra, a cuidar de su pobre hermana, la reina enajenada de España, en el castillo de Tordesillas.

Cuando la partera dio la palmada en la espalda de la princesita y esta rompió en llanto, la reina dio un grito incontenible de alegría que se oyó en los más distantes corredores del palacio. Su hija estaba viva. No era el deseado varón, pero al menos tenía la esperanza de que no estaba maldita y de que podía tener descendencia. Al cabo de unos instantes, sin embargo, la invadió el miedo de que pudiera morir, como había acontecido años atrás con el príncipe de Gales y se prometió a sí misma que esta vez no habría descuidos. Se iba a ocupar en persona de que a la princesa no le faltase ropa, cuidado ni alimento. De hecho, ya tenía para ella una excelente nodriza, una joven galesa de piel sonrosada, regordeta y de grandes pechos, que sería la encargada de alimentar a la que sería su princesa.

–Santa María –dijo en una muda oración de acción de gracias, mirando a la imagen pintada en una tabla flamenca que tenía en la habitación donde había nacido la niña–. Pongo a mi hija bajo tu amparo y, como ahijada tuya, se ha de llamar María y será educada en la austeridad y la fe, de modo que nunca te decepcione, si le das la vida.

Y en medio de la emoción, quiso ver en el rostro sereno de la Virgen una vaga sonrisa, como muestra de que aceptaba el pacto. Luego pidió que se la pusieran en los brazos y vio que era una niña sana y bien formada, y al contemplarla tan indefensa y preciosa, sintió cómo toda la dulzura que estaba escondida en su corazón afloraba en unas lágrimas de felicidad imparables. María sería una hermosa niña, y después de ella vendrían otros más. Aún podía tener más hijos, y el

nacimiento demostraba que aún tenía algo que decir en Inglaterra.

–Su alteza ha dado a luz una princesa…

–Muerta, como siempre, imagino –dijo el cardenal Wolsey, cortando la palabra al emisario, con tono despreciativo.

Estaba hablando con Norfolk de asuntos importantes y no quería que lo interrumpieran con una banalidad como aquella. La reina ya era historia para él y su persona no le importaba lo más mínimo. «Ahora solo habría que ocuparse de que el rey la repudiara y abandonara el reino lo antes posible, o si lo prefería que ingresara en un convento, lo cual iría bien con su excesiva piedad», pensó.

–No, eminencia –dijo el emisario–. La princesa está viva y es una niña sana, sin malformaciones.

–Maldita sea. ¡¡Qué poco conveniente para los intereses del rey! –dijo, manifestando con descuido sus pensamientos íntimos en voz alta, mientras Norfolk, que siempre había defendido a la reina, empalidecía al oír la invectiva del cardenal, con quien hasta entonces estaba manteniendo una relación de amable cortesía, que se iba a quebrar inmediatamente.

El duque estaba indignado por la osadía del fraile y, contra lo que este pensaba, entendió que el nacimiento de la princesa hacía más sólida la posición de la reina, lo cual le agradaba.

–¿No creéis, eminencia, que vuestro comentario está de más? –dijo Norfolk, algo envarado–. Parece que olvidáis que doña Catalina de Aragón es vuestra reina y a ella le debéis, en buena parte, algunos de los obispados que detentáis, y no es de persona de buena raza morder la mano de quien lo alimenta.

El eclesiástico se sorprendió por las duras palabras del duque y encajó el golpe con rabia. Estaba harto de tener que soportar a estos rancios duques y condes que le recordaban, arrojándoselo a la cara en cuanto cometía el más mínimo fallo, su humilde origen. Aunque en este caso reconocía que su comentario había sido excesivo y fuera de lugar. Además, el nacimiento de una princesa haría recapacitar al rey que, sin duda, revocaría su casi definitiva decisión de repudiar a la reina al desaparecer el motivo que le impulsaba a ello. Pensando a gran velocidad, su rostro no mostró ninguna emoción y, al contrario, respondió a Norfolk con melifluas palabras.

–Cuánta razón tenéis, excelencia –dijo–. Ha sido un inexplicable y absurdo comentario, que siento profundamente haber hecho. Desde luego, es mucho lo que le debo a la reina, y de hecho quiero pasar de inmediato a felicitarla por el feliz alumbramiento.

–Me parece una idea excelente –dijo el duque poniendo en sus

palabras toda la intención de hacer daño–. Parece que por fin nuestra soberana ha dado una heredera a la casa Tudor y seguramente, una vez superado el trauma de tantos alumbramientos malogrados, la reina Catalina volverá a quedar embarazada y nos dará el deseado príncipe de Gales, aunque, si llega el caso, tampo co hay razón para que no pueda asumir el trono una princesa. De hecho lleva la sangre de los Tudor y la de Juan de Gante, y es hija de una noble reina que ha sabido dar al reino la paz y el triunfo en el campo de batalla, y es nieta de la más valiente y poderosa reina que ha tenido Europa, Isabel I de Castilla. Con ese linaje, sin duda, nuestra princesa será alguien.

El cardenal encajó el nuevo golpe en silencio. Sabía que Norfolk se estaba declarando como su enemigo y que en adelante no se molestaría en esconder su enemistad hacia él. Como el duque, muchos habían permanecido callados ante las intrigas del privado, que intentaba romper el matrimonio del rey, por no tener argumentos para defender la unión. Pero ahora todo había cambiado. Ya no tenían que callar; tenían un estandarte nuevo, de sangre real, y el cardenal sabía que su posición era muy delicada, porque había hablado demasiado abiertamente contra la reina. Era importante, pues, que fuera de los primeros en llegar.

–Hacéis bien en apresurar el paso, cardenal. Quizá si sois de los primeros en llegar, la reina, en su bondad, os perdone todas vuestras intrigas, de la mitad de las cuales no está enterada, porque probablemente, si lo estuviera, se negara a recibiros.

–No exageréis, excelencia –dijo el cardenal con tono conciliador, intentando tragarse la bilis que sentía en su interior–. Yo solo he buscado el bienestar del reino y el del rey.

–Y desde luego el vuestro propio, que veo habéis olvidado recordar.

–Como vos, señor –respondió el cardenal rápidamente, con tono acre y beligerante, recordándole al duque que también él había sacado ventajas de la amistad real, entre otras una importante extensión de sus señoríos.

–Nunca os atreváis a volver a compararos conmigo, arzobispo –dijo el duque, con el tono aristocrático más frío, distante y despreciativo–. Sin el apoyo del rey, vos no seríais nada, ya que al fin y al cabo, por más cargos que acumuléis, sois y seréis siempre el ambicioso hijo de un carnicero venido a más, y cuando perdáis el favor real, algo que acontecerá un día u otro, y si no tenéis cuidado probablemente mucho antes de lo que imagináis, os hundiréis en el olvido más completo y su alteza os retirará todo cuanto os ha dado. Esa es la ley de los que medran en torno a los reyes sin un linaje ancestral. En cambio, mis antepasados llegaron a Inglaterra con Guillermo el Conquistador y le ayudaron a hacerse con el reino. Ya éramos poderosos barones en

Francia que, además, enlazamos con el linaje sajón más viejo de Inglaterra que dio a nuestros laureles un brillo nuevo, porque llevaban la sangre de la vieja casa real reinante, antes de la llegada de los Plantagenet a Inglaterra.

–Soy mal enemigo, milord –dijo el arzobispo, que se había puesto blanco de ira ante las palabras del duque.

–Para mí no sois nada, arzobispo. En nada me podéis dañar y en nada me podéis ayudar, y vuestra compañía cada vez se me hace más repulsiva. Por ello, prefiero dejar las cosas claras desde este instante. No esperéis nada de mí, ni os equivoquéis conmigo. Gozo como vos del favor real, y a diferencia de vos, de su respeto, porque Enrique VIII es consciente del poder de mi linaje y el de mis alianzas y mi apoyo siempre le será útil. Y si vos sois un mal enemigo, cosa que es cierta a pesar de vuestra tosquedad, yo lo puedo ser aún peor, porque soy más inteligente y sutil que vos y puedo ser mucho peor de lo que os podáis imaginar. Así pues, manteneos alejado de mí y de los míos si no queréis librar una guerra, en la cual tenéis mucho más que perder que yo. Y en adelante, sabed que cada vez que volváis a osar intrigar contra la reina, delante de vos y oponiéndose a vos, estará el duque de Norfolk, y a su lado muchos de los grandes linajes de Inglaterra, a quienes nos enorgullece tener una reina con una sangre real tan vieja o más que la nuestra y que es una persona piadosa, entregada a sus deberes, en la cual no se puede hallar ninguna falta, porque no escucha sino a su conciencia y a su esposo y cuyo pensamiento ha estado siempre puesto en el bienestar del reino, no como el de otros, como vos, que han querido medrar a su costa.

–No sabía que erais tan acérrimo defensor suyo –dijo el arzobispo, asombrado por la perorata del cínico duque, a quien creía conocer bastante bien, que le estaba apabullando y que le había herido profundamente en lo personal además de en lo político.

Sentía la gravedad de sus palabras porque había contado con el duque para sus planes y ahora veía que, a poco que se descuidara, Norfolk sería su peor enemigo.

–No sabéis muchas cosas, arzobispo, cuando creéis conocer a la gente de la corte –dijo el duque–. Vuestra prepotencia es demasiado grande y vuestro ascenso al poder demasiado rápido, y no os dais cuenta de que vuestros actos ofenden a muchos. Y recordad este último consejo que os doy y tenedlo en cuenta, porque vale más que su peso en oro. La sonrisa de los grandes es barata. Solo nos cuesta un pequeño esfuerzo al que estamos acostumbrados, porque vivimos en los escalones del trono y hemos tenido que ver a muchos advenedizos, como vos, acercándose a los reyes. Pero nuestra amistad y nuestra confianza no es fácil de conseguir, y vos no contáis en Inglaterra con

un solo amigo entre los pares del reino. Sabedlo y tenedlo claro siempre, porque así es. Y cuidad bien vuestra amistad con el rey y servidle bien, porque os ha encumbrado mucho, más de lo que merecéis. Por lo general, quien sube rápidamente muy alto baja con la misma velocidad, y muchas veces la bajada le hace perder todo lo conseguido e, incluso, la propia vida.

»Por lo demás, quedad con Dios –dijo con aristocrática cortesía, viendo que el golpe había provocado su efecto- Nos separamos aquí. No quiero entrar con vos en la cámara de la reina. Como nosotros los Norfolk siempre le hemos sido fieles, os ruego que esperéis a que concluya mi visita de sincera enhorabuena a su alteza para entrar vos y hacer vuestro teatro. No deseo que doña Catalina se confunda y pueda pensar, al vernos juntos, que vos y yo estamos cerca. Yo soy su fiel subdito y siempre lo seré, y vos… vos sabréis, pero os recomiendo que recapacitéis y cambiéis de actitud.

Y dicho esto el duque se separó de Wolsey, adelantándose hasta la cámara de la reina. Se anunció en voz alta pronunciando con orgullo su nombre y la reina le recibió de inmediato, alegre de recibir a alguno de los nobles del reino que tan abandonada la habían tenido.

–¿Cómo estáis, señora? –dijo el duque, mirándola con una devoción que emocionó a la reina.

–Estoy muy feliz, duque, y os agradezco lo rápido que habéis venido a darme la enhorabuena.

–Sabéis que siempre os he apoyado, aunque a veces desde la distancia, alteza.

–Sí, lo sé. Desde hace muchos años sé que gozo del aprecio y respeto de la casa de Norfolk. Es lógico, porque venimos de sangres antiguas y hablamos un mismo lenguaje.

–Eso le decía yo hace unos instantes al impío de Wolsey, que quería entrar conmigo a veros. Pero no he podido contenerme y le he dicho todo cuanto opino de él, sin callarme nada, por lo cual, seguro que lo veréis obsequioso y contrito cuando entre, tras de mí –dijo con malicia.

–En verdad que os lo agradezco de veras. No soy idiota y sé quiénes son mis amigos y mis enemigos.

–Sí, alteza. Pero la actitud del cardenal a quien vuestro esposo, el rey, ha encumbrado tanto, comenzaba a ser tan exagerada que estaba rozando la traición abierta y he tenido que pararle los pies. Así, al menos, creo que se mantendrá con la boca cerrada durante un tiempo y eso os permitirá recuperar la confianza del rey. Porque gran parte de su alejamiento de vos se debe a la insidiosa insistencia de Wolsey en

que tome amantes y os abandone.

La cara de la reina se puso seria al oír al duque.

–Disculpadme, señora –dijo este al notarlo–. Sé que os molesto con estas palabras cuando aún estáis débil, tras el feliz acontecimiento de la venida al mundo de la princesa, pero es una ocasión de oro para hablar con vos a solas que no sé cuándo se repetirá. Aún no os rodean ni amigos ni aduladores ni cuantos vendrán en las próximas horas, al saber que de nuevo habéis sido madre. Wolsey es peligroso para vos y lo será siempre, y yo seré siempre su enemigo y vigilaré sus pasos, aunque su proximidad al rey es muy grande.

–Gracias por el aviso, duque. No sabía hasta qué grado me había sido desleal.

–Más de lo que jamás pudierais imaginar, alteza.

–Pues no os preocupéis más por mí, que he tomado buena nota de ello. Mirad a la princesa –dijo cambiando de tono y de tema–. ¿No es preciosa?

Norfolk se asomó a la cuna donde la princesita dormía y la miró con extraña emoción. Si no tenía un hermanito varón, aquella niña ceñiría un día la corona de Inglaterra. Así, inclinando su rodilla ante ella, con un gesto que impresionó a la reina, tomó delicadamente la manita de la niña y posó en ella un suave beso respetuoso.

A la reina se le saltaron las lágrimas al ver un gesto tan delicado en un hombre tan rudo como el duque y le tendió afectuosamente la mano, que también besó con sumo respeto, mientras remitía su emoción.

–Gracias por ese precioso gesto, duque. Nunca lo olvidaré.

–Es un gesto natural, de hombre bien nacido. Al fin y al cabo, desde hoy mismo es la heredera del trono de Inglaterra, y me siento honrado por haber sido el primer hombre que ha besado su delicada mano.

–Pues espero que, además, veléis por ella. Sed su paladín y protegedla si me pasara algo. Os la encomiendo.

–Dios no lo quiera, señora. Pero os juro por la sangre real de mis antepasados que si faltáis, yo cuidaré de ella, con mi misma vida y mi hacienda si es necesario. Y mientras me quede aliento, seré siempre su más ferviente defensor.

–No sabéis cuánto me agradan y alivian vuestras palabras. La princesa María lo sabrá, si Dios quiere, cuando tenga edad de entenderlo, y contamos con vuestra presencia y la de vuestra esposa, que nos es tan agradable, en nuestra cámara en los próximos días.

–Podéis estar segura de ello, alteza. Ahora me retiro para que podáis recibir al maldito clérigo traidor. Insisto en que tengáis mucho cuidado con él.

–No os preocupéis, Norfolk. Dios me ha dado mano izquierda y experiencia a la hora de tratar con seres poco elevados. Es mi condición de reina y la he asumido. Id con Dios, y sabed que contáis con la amistad y el agradecimiento de vuestra reina.

–Pues entonces me voy feliz, alteza –dijo antes de salir, haciendo una perfecta reverencia.

Cuando el duque salió, la reina se quedó unos minutos pensando en las palabras de Norfolk. Sabía que Wolsey estaba conspirando contra ella, pero nunca pensó que se hubiera atrevido a hacerlo abiertamente, y ahora, tras la revelación del duque, sabía que había estado equivocada con el clérigo desde el principio y que el cardenal Thomas Wolsey no tenía ningún aprecio por ella. Solo le importaba el favor del rey, y Catalina comenzó a ver claramente que sus intrigas contra ella tenían por motivo unos malsanos celos de su influencia, como esposa, ante el rey.

«¡Qué miserable es la condición humana! –pensó–. Alguien que había recibido de ella tantos favores, ¿cómo podía portarse así?»

Pero cuando se anunció ante ella, Catalina compuso el rostro y le recibió, después de hacerle esperar unos minutos. Quería que sintiera que la reina ya no estaba a su disposición y que no contaba con su confianza, como antes. Cuando entró en la estancia, el cardenal tenía el rostro medio descompuesto por las palabras del duque y se sentía incómodo por estar en la cámara de la reina Catalina, a quien él había intentado expulsar del reino. Pero ambos supieron estar a la altura de las circunstancias manteniendo una breve conversación, fría y protocolaria, muy diferente a las que antiguamente sostenía la reina con el eclesiástico, al que trataba con familiaridad y confianza.

Cuando se despidió, intuyó que ella estaba al corriente de todo, y que tampoco podía contar en adelante con su favor. ¡Qué terrible inconveniente había sido para sus planes el nacimiento de aquella princesa, tan inesperada! Él no había querido ni asomarse a la cuna para verla, ya que aquella niña era un obstáculo insalvable para su pretensión de alianza con Francia.

El cardenal salió cabizbajo de la cámara de la reina. Wosley comprendió, por el brillo de sus ojos y su actitud retadora, tan diferente de la de hacía apenas unos días, que Catalina no pensaba dejarse pisar nunca más. Tendría que luchar firmemente con ella para poder apartarla de su esposo. Pero eso no era lo peor. Wolsey conocía bien a su señor; casi mejor que nadie, y sabía que, a pesar de su alejamiento de la reina y de sus aventuras amorosas extraconyugales, Enrique VIII seguía sintiendo cierto amor y un gran respeto por Catalina. Estaba casi seguro de que ambos podían crecer y fortalecerse en los próximos tiempos si la princesa vivía. Como le había dicho el

duque, serían muchos los que esperarían verle dar un paso en falso que propiciara su caída, comenzando por los obispos ilustrados como Tomás Moro, que habían rechazado con disgusto su ascenso y le negaban un trato más allá de lo estrictamente necesario, por razones de mínima cortesía. Norfolk no le había mentido en eso. Contaba con pocos amigos de confianza. Tal vez dispusiera solo del favor del rey, aunque el duque se lo había hecho ver con la mayor crueldad, disfrutando de ello, como le gustaba hacer a ese perverso aristócrata cuyo aprecio, buscado con tanto afán, se le había negado.

Ahora tendría que buscar aliados en otro lado. Siempre estaban las familias de menos prosapia que habían recibido mucho del rey y que estarían al lado del sol que más calentara. Pero todo se iba a volver más complicado para él si la princesa sobrevivía. Aún era pronto para tomar una decisión. También el príncipe de Gales había vivido algunas semanas y después murió. Todo era cuestión de tiempo. Si la princesa María moría, entonces no tendría piedad y lucharía a fondo para que la reina Catalina perdiera el trono.

El rey había ido a visitar a su esposa y a su hija y lo había hecho acompañado de su hermana Catalina, lo cual era un modo discreto de echar marcha atrás en su actitud anterior con la reina. Como si nada hubiera acontecido entre ellos, saludó a su esposa con cariño y le preguntó por su estado de salud, mientras su hermana Catalina cogía a la princesita dormida y la levantaba para que su padre pudiera verla, con orgullo. Enrique VIH la observó con inesperada emoción. Se sentía orgulloso de su paternidad y deseaba tener hijos, pues ese era su mayor deber de rey para con Inglaterra.

Deseaba ver crecer a unos pequeños príncipes que corrieran por palacio y ocuparse de prepararlos para la vida, y al príncipe heredero, para la dura tarea de regir con ecuanimidad los destinos de un país como Inglaterra. Pero aún no se hacía ilusiones. Sí, la princesa estaba viva, pero había que esperar un tiempo para comprobar que no iba a morirse como le pasó al príncipe Enrique, años atrás.

–No os preocupéis, mi señor –dijo ella, sorprendiendo su pensamiento por su expresión–. Tengo el convencimiento firme de que la princesa María vivirá. Está bajo la protección de la Virgen y ella se ocupará de que nada le ocurra –dijo con absoluta fe.

–Eso espero, Catalina. Son ya muchos los intentos fallidos y la nación necesita una sucesión que le dé confianza en el futuro.

–Así será, esposo mío. Tened fe. La niña ha de vivir y, si Dios quiere, aún os he de dar otros hijos que alegren el palacio.

Y luego, mirando a su cuñada con dulzura, le pidió que volviera a depositar la niña en la cuna. No le gustaba que la sacaran de la

misma, ni que la despertaran, y solo lo había permitido porque era la primera visita de su padre y su cuñada. En ningún otro caso la niña rompía su rutina, que era alimentarse bien y dormir.

El rey se retiró con la sensación de que la reina le había recibido con afecto. Tenía su conciencia molesta por las desatenciones que hacia ella había tenido. Para tranquilizarla ordenó que le enviaran un precioso aderezo de rubíes con un encendido poema caballeresco.

Cuando la reina lo recibió, supo que de nuevo había una esperanza de felicidad. María sería la llave para recuperar a su esposo y sus prerrogativas. Wolsey debía permanecer atento, porque al menor fallo la reina sería implacable con él y le empujaría sin compasión para que cayera de la privanza de su esposo.

El nacimiento de la princesa había acontecido justo a tiempo para salvar a Catalina. Bessie Blount, que también se había quedado embarazada y que había procurado esconder su vientre de la curiosidad, dio a luz a un hijo varón vivo, a quien el rey fue a ver con tanta ilusión como a su hija. El monarca orgulloso acudió a su bautizo y ordenó que le llamaran Enrique Fitzroy, un modo de dejar claro entre sus subditos que ese niño era bastardo del rey. El reino debía saber que el rey era potente y que había tenido dos hijos en el mismo año.

Con el nacimiento del bastardo renació la ilusión en algunos de que si la reina Catalina no tenía un descendiente varón, aún podía darse el caso del repudio. El rey estaba contento con su esposa de la sangre real más ilustre de Europa y de sus amantes ocasionales que le daban placer y también hijos. Además, la reina aún sería capaz de darle varios hijos más. Sin enemigos externos, con Escocia implorando la paz y los demás poderes de Europa buscando su alianza, el rey de Inglaterra podía sentirse contento.

15

El sobrino emperador

La reina había vivido tres años con un prestigio renovado desde el nacimiento de la princesa María, que seguía gozando de una excelente salud y crecía para alegría de su madre y de su padre, aunque en 1518 la reina había vuelto a fracasar en su deseo de incrementar su prole al dar a luz otro niño muerto, y la partera le había dicho que en adelante era difícil que pudiera volver a tener más hijos. Tras ese último dolor, al que se juntaban las penitencias y los ayunos, el rostro de la reina Catalina se había demacrado mucho. Su vida cada vez era más ascética. No quería gastar de modo superfluo ni celebrar banquetes y fiestas, porque había visto de cerca las miserias y la depauperada situación de muchos subditos, que vivían en condiciones infrahumanas, durante sus peregrinaciones a los santuarios del país a los cuales iba con los hábitos de monja terciaria y con cilicio apretado a sus carnes como penitencia, para ver si, con su sufrimiento físico, la Virgen se apiadaba de ella y le permitía tener un último embarazo que le diera el tan deseado heredero varón.

De nuevo se había volcado en la ayuda a los necesitados, con redobladas ganas, como cuando era la princesa viuda de Gales, haciendo que el pueblo la venerara por su caridad y sus bondades para con ellos. Preocupada por su pueblo, fundó un hospital para pobres y gastó muchas de las sumas que el rey le daba generosamente en el cuidado de viudas, huérfanos y estudiantes pobres que así pudieron seguir sus estudios, becados por la reina. El rey, a quien gustó el gesto de su esposa, decidió continuarlo y en adelante siempre dispuso una cantidad fija bastante abultada, dedicada a ayudar a los mejores estudiantes que no poseían medios, costeando la casa real sus estudios y edificando un colegio para alojarles en las prestigiosas Cambridge y Oxford.

También había crecido en los últimos años su fama de ilustrada en Europa. Se carteaba frecuentemente con Erasmo de Rotterdam, el sabio humanista flamenco y con el español Juan Luis Vives, que brillaba en la Universidad de Lovaina, además de volver a rodearse de los más sabios y respetables profesores de la universidad y de los nobles más ilustrados de Inglaterra. A su alrededor se puede ver a Tomás Moro, que es su más ferviente e incondicional defensor, a Linacre, a Colet, a Pace y al encantador lord Montjoy, la crema de la

intelectualidad inglesa. Ello agrada al rey, quien de vez en cuando se junta con ellos, aunque sin dejar de lado sus fiestas mundanas y cacerías y el despacho de los asuntos de Estado, que sigue siendo su mayor afición y para lo cual está dotado de una inteligencia fría y un fino instinto, que le hacen ver que el cambio de monarcas en Europa le favorece. Ya no es el rey más joven e inexperto, sino el de más antigüedad en el trono. La muerte del emperador Maximiliano lo confirma. En el nuevo orden de poderes él puede sacar grandes ventajas. Y aunque confía en Wolsey, a quien le pide consejo, sabiendo que siempre velará por los intereses del rey, sigue oyendo a Norfolk, que ya apenas se trata con el cardenal, salvo cuando el rey los convoca juntos. Entre ellos hay una enemistad manifiesta, que ha ido creciendo con los años y que el duque no se molesta en ocultar, lo cual secretamente divierte al rey, que se da cuenta de que ha encumbrado demasiado a Thomas Wolsey y considera en su fuero interno que algún que otro varapalo de un par de Inglaterra le conviene, para que no olvide que todo se lo debe al rey.

Enrique VIII ha vuelto a convocar a Catalina al consejo real, recibiendo de nuevo de ella sus sagaces comentarios que le ayudan a decidir en cuestiones importantes. De hecho, cuando en Londres y otras ciudades se produjeron graves disturbios contra las órdenes emanadas del cardenal, que esquilmaban al pueblo, la reina fue su principal oponente, con una firmeza total, explicándole a su esposo que en gran medida la rapaz política de recaudación del cardenal era para acumular riquezas para sí. Esta situación se sabía con certeza y no beneficiaba en nada al prestigio de la corona ni a su poder. Y el rey la escuchó. Los decretos de Wolsey fueron abolidos, y el pueblo, que sabía bien quién era su protectora, se volcó en homenajes y vivas cada vez que la veían en las calles, mientras detestaban al ministro, que no podía pisar Londres con el rostro descubierto. Lo perseguían los insultos de los comerciantes y de los pequeños propietarios, a quienes había intentado sacar todo el oro posible para enriquecer sus arcas.

El triunfo de Catalina contra sus medidas fiscales le hizo odiarla como a verdadera enemiga. Además, el duque de Norfolk, que sabía lo profundamente que había herido al orgulloso cardenal el desvío real, le había hecho víctima de diversos chascarrillos en la corte, relativos a su panza y al oro perdido, que no habían hecho sino aumentar su inquina, ya que de repente se había visto en una postura ridicula, y el mismo rey no había hecho nada por evitar que se rieran de él.

Además, también peligraba la alianza francesa que el cardenal había defendido con éxito ante su rey, a pesar de la oposición de la reina. La razón era que en realidad Francisco I no era santo de la devoción de Enrique VIII y se arrepentía de corazón de haber pactado el matrimonio de su hija, la princesa María, con el heredero de

Francisco I. Había sido un error. Catalina tenía de nuevo razón y Wolsey se había equivocado.

El rey se había puesto furioso contra su canciller, y le había abroncado tras una reunión del consejo sin un claro motivo. El fino instinto del clérigo le decía que detrás de todo andaba la reina y su permanente obsesión por una alianza española, que repugnaba al cardenal, quien consideraba que su instinto era acertado y que Inglaterra estaba mejor servida con una alianza francesa que con una española.

Wolsey detectó que su posición de privilegio estaba en peligro. Tenía que inventar algo para volver a tener el afecto y la atención de su monarca, y la muerte del emperador le hizo concebir un grandioso proyecto. Su rey no debía apoyar a Carlos I de España como emperador, cosa que estaba haciendo por la afinidad con su esposa, ni tampoco las pretensiones de Francisco I de Francia. El mismo debía presentarse a la elección, pues tenía posibilidades de conseguir la corona.

La idea gustó a Enrique, para quien cualquier honor era siempre apetecido y más si se trataba de uno tan inmenso como la prestigiosa y antigua corona del Sacro Imperio Romano Germánico, que evocaba las glorias medievales caballerescas del mítico Carlomagno. «¿Por qué no? –pensó el rey–. También él tenía dinero en abundancia para comprar influencias y prestigio personal.» Lo consultó con su esposa, a quien pilló completamente por sorpresa. Catalina, con mucho tacto, le dijo que si ese era su deseo podía intentarlo, pero que era muy difícil que los príncipes electores eligieran como emperador a alguien que no tuviera Estados en Alemania o fuera alemán.

Enrique VIII comprendió que la reina hablaba con justeza, pero siguió adelante con su proyecto, aunque con mucha más discreción. No quería tampoco hacer el ridículo con una pretensión que ninguno de los electores fuera a defender. Y su cautela fue un acto de sagacidad política, porque cuando sus emisarios volvieron de Alemania no le dieron buenas noticias para su causa. No tenía ninguna posibilidad de ser elegido. Ninguno de los electores se había mostrado interesado en apoyar su candidatura.

En realidad, los electores estaban divididos en dos bandos. El arzobispo de Maguncia, Alberto, a quien correspondía la convocatoria de los electores, defendía a Carlos I; Ricardo, arzobispo de Tréveris, a Francisco I, tras haber recibido de él una buena cantidad de piezas de oro. Luis, rey de Bohemia y de Hungría, defendería la candidatura de Carlos I, porque había pactado un doble enlace dinástico que le ligaba a la casa de Austria. El se casaría con la archiduquesa María, hermana del rey de España, y el archiduque Fernando, el único hermano varón

del rey de España, se casaría con su hermana Ana. Al rey de España le apoyaba también Joaquín, marqués de Brandeburgo. Pero le faltaba uno, ya que el arzobispo de Colonia y el conde palatino del Rin se inclinaban por el francés. El voto decisivo sería el de Federico, duque de Sajonia.

Así estaban las cosas cuando los electores rivales, reunidos en torno a una mesa, decidieron de mutuo acuerdo ofrecer la corona imperial al duque de Sajonia. Y cuando fueron a este con la honrosa oferta, Federico se espantó y la rechazó de inmediato, y su argumentación para ello fue muy sólida. De hecho les hizo ver que el Imperio estaba en una situación difícil. Los mahometanos llamaban a las puertas del este, amenazando los reinos de Bohemia y Hungría y de hecho a toda la Europa danubiana. Era menester tener un soberano a quien dicha amenaza no asustase y que pudiera poner los medios para detenerla. Por ello, había meditado mucho y había decidido que el rey francés no le ofrecía ninguna garantía como emperador. No tenía intereses en Alemania, y para él la elección sería un honor más y, sobre todo, un golpe a su rival el rey de España y duque de Borgoña. Mientras que en cambio Carlos I era nieto del emperador fallecido y bisnieto del anterior, y señor de muchos territorios que estaban dentro del Imperio: Austria, Tirol, Carintia, Carniola, Steirmarch y Windischemarch y el gran ducado de junto a otros menores, y sus intereses en Alemania estaban reforzados por su enlace familiar con el rey de Bohernia. Era sin duda el monarca más rico de la cristiandad, con el oro de los territorios americanos que seguía afluyendo a buen ritmo y llenaba las arcas castellanas. Y por eso, él, tras ponderar todas las circunstancias concurrentes en los dos candidatos, había decidido votar por Carlos I de España. Si los demás estaban de acuerdo y corroboraban su elección, sería V de Alemania.

Después de una breve discusión se impuso la postura del duque de Sajonia y hubo finalmente acuerdo entre ellos. Carlos sería el emperador. Tras la solemne elección, se envió un mensaje a los embajadores del nuevo emperador Carlos V, que esperaban en Maguncia, comunicándoles la buena nueva y estos le enviaron desde allí un mensajero a Barcelona, donde se hallaba el nuevo emperador.

También las cancillerías de Europa pronto supieron la noticia por emisarios de los electores. Carlos I de España era el nuevo emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el nuevo César, con un poder como no había tenido ningún monarca antes que él desde tiempos de Carlomagno. Francisco I estaba preocupado por la noticia. Las posesiones del emperador rodeaban a Francia por todos lados. Al norte, lo que restaba del ducado de Borgoña, los condados de Flandes, Henau, Artois y el ducado de Luxemburgo; al este el Franco Condado en Italia, Milán, y al sur el reino de Navarra y los condados catalanes

ultrapirenaicos del Rosellón y la Cerdaña. El rey francés, que sentía profunda rivalidad hacia él, sería su mayor enemigo, porque debía romper ese cerco que constreñía a Francia si no quería que la presión de Carlos V rompiera su reino.

En cambio, la corte de Greenwich se tomó la elección bastante bien. El rey olvidó pronto sus extravagantes pretensiones y Wolsey fue dejado de lado por un tiempo, apagado por el brillo de la reina, quien proyectó un plan inteligente, destinado a hacer brillar la casa Tudor por encima de las demás, que comentó en secreto con su marido.

–Escuchadme, señor. Creo que podemos sacar un gran partido de la elección como emperador de mi sobrino Carlos. Tendrá que regresar de España y va a hacerlo por mar, hacia Flandes; sería conveniente invitarle a visitar Inglaterra, cuando vaya al norte, cosa que me dicen los embajadores que hará en cuanto se lo permitan los problemas de sus reinos españoles, para coronarse como rey de los romanos en Aquisgrán y solucionar los asuntos de gobierno de sus territorios. Es importante para nuestros intereses que se firme una gran alianza de Inglaterra y el emperador y que se fortalezca con un enlace matrimonial. De hecho, deberíamos hacer que se rompa la promesa de casarse con Claudia de Francia, ya que, al fin y al cabo, ese enlace no le traerá ninguna ventaja. En su lugar, podríamos negociar el matrimonio con el emperador de nuestra hija María, heredera del trono de Inglaterra, rompiendo el compromiso con el heredero de Francia que, como sabéis, nunca sería bien visto como rey de Inglaterra. Así se unirían las casas de Habsburgo y Tudor, y en adelante el emperador sería nuestro sobrino e hijo, y con su apoyo podríamos extender nuestro dominio sobre Francia y recuperar algunos de los territorios perdidos en los últimos cien años.

–Y, además –dijo Enrique VIII, siguiendo el hilo de los pensamientos de su mujer–, el hijo que ellos tuvieran sería un día el nuevo emperador y entonces un Habsburgo Tudor estaría sentado en los tronos más importantes de Europa, quedando como remora el reino de Francia, a quien podríamos hacer un buen recorte en su territorio con nuestras fuerzas combinadas, hasta hacerle un tributario nuestro.

–Así es, mi señor –dijo Catalina, viendo que su idea había provocado entusiasmo en el rey–. Casi es providencial que no tengamos un heredero varón. Quizá por esa razón el cielo no nos lo ha dado, para que nuestra heredera pueda aportar el trono de Inglaterra a una unión que cambiará el mapa de poderes del continente.

–Es una buena idea, además de factible.

–Sí, mi señor –dijo la reina, sabiendo que el rey se estaba refiriendo a su fracasado proyecto de elección imperial que Wolsey había

propuesto–. El cardenal a veces se ciega en su ambición, que es, como sabéis, extraordinariamente grande, casi rapaz, y su sentido político se equivoca mucho, mediatizado por su ambición exagerada y sus intereses personales.

–A veces me pregunto si no me he equivocado al encumbrarle tanto –dijo como hablando para sí mismo.

–Esposo mío, el error no fue solo vuestro –dijo la reina con lealtad–. No olvidéis que yo también le apoyé cuando era un simple limosnero y parecía que tenía la mejor disposición de serviros y servir a Inglaterra. Pero me equivoqué. A mis bondades respondió con traiciones y durante años Wolsey ha conspirado para separarnos, lo cual me ha provocado gran malestar, a pesar de que nada ha conseguido.

El rey se quedó en silencio. No podía decir nada al respecto ya que lo que la reina decía era una gran verdad. Casi sentía vergüenza por haberse dejado influir por la inteligencia taimada del prelado. Desde luego, este podía tener mucho cuidado con los pasos que diera en adelante.

–No os preocupéis más por él, señora. Le vigilaré de cerca y le recordaré que igual que lo he encumbrado lo puedo derribar, enviar a la torre y ajusticiar, si creo que sus actos se acercan a la traición –dijo amenazador.

La reina se calló. A veces es mejor no decir nada cuando es otro el que expresa nuestros sentimientos. Y transcurridos unos instantes, la cristalina voz de la princesa María les sacó del silencio. Llegaba con una muñeca que su tía la princesa Catalina le había hecho y quería enseñársela a sus padres.

Enrique y Catalina la miraron con otros ojos. Aquella princesita de tres años estaba destinada a tener un gran porvenir.

–¿Tú quieres ser emperatriz? –le dijo el padre, riendo.

–Sí –contestó la niña, sin saber lo que decía, mientras mostraba a su madre el primoroso trabajo de la princesa, que la tenía encantada.

–Es un buen augurio –dijo el rey–. Nuestra hija será una gran reina algún día.

–Así será –dijo la reina, mirándola con verdadera devoción–. No en vano se la encomendé a la Virgen el día de su nacimiento y ella, como madrina suya que es, ha de protegerla y guiarla en la vida hacia el alto lugar que le corresponde.

Y de nuevo la absoluta fe de las palabras de su esposa asombró al rey. No había en ella asomo de duda y su fe se le contagió. Parecía que, en efecto, al final iba a ser beneficioso el no haber tenido hijos varones. ¡Qué extraño era el destino!

Enrique VIII se despidió de la reina y de la princesa con pesar. Le habría gustado quedarse con ellas, disfrutando de la compañía de las dos, pero no podía retrasarse más. Sería una seria descortesía que no quería cometer, pues había citado a varios representantes de las ciudades del reino en la sala de audiencias. Así pues, después de besar a su hija de un modo mucho más tierno que antes y a la reina con gran afecto, se retiró de su cámara, dirigiéndose a donde le esperaban.

Y mientras el rey se aleja de la cámara de la reina, Catalina sonríe, contenta. Por primera vez en esos últimos años se ha atrevido a hablarle al rey abiertamente de los ardides y de la venalidad de Wolsey y el rey lo ha tolerado. Para ella, poder expresarse con libertad ante su esposo es como quitarse un gran peso de encima, pues sabe que el ministro la detesta desde que consiguió frenar sus injustas leyes recaudatorias y quiere que pierda su preponderancia ante el rey, a lo cual también la han ayudado los ataques de Norfolk, que no perdona ocasión de ridiculizar al cardenal con gran regocijo de la corte, donde casi no tiene amigos.

Y también dejan de preocuparle por fin, tras la conversación mantenida con el rey esa mañana, Bessie Blount y su bastardo. Está bien que el rey tenga hijos naturales que le entretengan; pero que no aspiren a más que un honroso ducado. «La corona de Inglaterra no está a su alcance», pensó mientras acariciaba el rostro sonrosado de su preciosa hija, en la cual se mezclaban los rasgos de los Trastámara y los Tudor con armonía y, sin poder evitarlo, la tomó en sus brazos y la estrechó firmemente, cosa que gustó mucho a la niña, quien le rodeó el cuello con sus bracitos y se puso a darle besos. Y durante un buen rato, la reina dejó de pensar en el futuro y disfrutó de la compañía de aquella hija preciosa que llenaba todos sus vacíos de ilusión.

El emperador de veinte años, taciturno y desencantado de España, partía de nuevo para Flandes desde La Coruña, dejando atrás un reino revuelto y casi en rebeldía. Durante su paso por las ciudades de Castilla hacia La Coruña le habían vitoreado a él, pero habían abucheado a sus consejeros flamencos e incluso habían llegado a agredirles en una ocasión. Y aunque muchos estaban orgullosos de que su rey hubiera ascendido al trono imperial y por ello las cortes habían votado los subsidios extraordinarios para los gastos de la coronación imperial, por otra parte no querían que se alejase de España.

Desde luego, su estancia en los reinos peninsulares había sido dura, meditaba el rey emperador. Los castellanos y aragoneses se habían rebelado contra su autoridad y sobre todo contra la de sus ministros extranjeros. Mientras que las cortes de Toledo y las de Aragón habían puesto inconvenientes a jurarle si no obedecía las leyes de los reinos,

sobre todo en materia de cargos, que no querían que se dieran a extranjeros, y en dineros, que no querían que salieran del reino, dado que los flamencos se estaban apoderando de cuanto oro caía en sus manos y enriqueciéndose de un modo que escandalizaba a todos, nobles, burgueses y villanos. Desconocedor del idioma y las costumbres españolas, había chocado con fuerza contra su recia austeridad, y aunque había conseguido el apoyo de los principales nobles, su adhesión a su persona solo lo había sido a título individual, pues ellos pensaban igual que el resto de los habitantes de los reinos de España.

Así pues, políticamente, su estancia peninsular había sido un rotundo fracaso. Habían cuestionado su madurez y su misma autoridad y él no podía tolerarlo. Nunca permitiría que sus subditos le dijeran cómo debía gobernar y, desde luego, no pensaba prescindir del señor de Chiévres, ni de Adriano de Utrecht, ni de nadie en quien confiara, por más que los españoles no los quisieran. Por eso, orgulloso como era, en un nuevo acto impolítico y obcecado, desoyendo los consejos de sus más fervientes partidarios, don Alonso Pimentel, conde de Benavente, el duque de Alba de Tormes, el duque de Frías, condestable de Castilla, y el marqués de Astorga, dejó el gobierno de los reinos de Castilla y Navarra a Adriano de Utrecht, pese a la oposición general que anunciaba una rebelión, aunque para asistirle el consejo real estuviera compuesto de españoles que eran don Alonso Téllez Girón, señor de la Puebla de Montalbán, don Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, don Juan de Fonseca, obispo de Burgos, don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general del reino. En Aragón había nombrado virrey a don Juan de Lanuza y por ello este reino se sentía mejor tratado, y en Valencia a don Diego de Mendoza, hermano del marqués de Zenete, a quien todos, nobleza, clero y pueblo, detestaron desde el principio por su gobierno dictatorial. Y una vez nombrados gobernadores, aunque los conflictos esenciales de los reinos seguían sin solución, el emperador había decidido embarcarse el domingo, 20 de mayo de 1520, con rumbo a Inglaterra, donde sus reyes le esperaban con los brazos abiertos. Le acompañaba, junto a los flamencos, un escogido séquito de castellanos, entre los que iban don Fadrique de Toledo, duque de Alba, el conde Andrada y don Diego Hurtado de Mendoza. E incluso siendo todos del favor real, en el barco andaban separados flamencos y españoles, haciéndole recordar constantemente al emperador las dificultades que iba a tener en el manejo de sus diferentes Estados.

Además, tras la muerte del cruel sultán turco Selim, lo sucedió su único hijo, Solimán II, el mismo mes en que a él lo habían elegido emperador de Alemania, quien se mostró en pocos meses como un

peligro real. El nuevo sultán era un hombre inteligente y un bravo guerrero. Se decía que odiaba profundamente a los cristianos y que se había prometido a sí mismo ser el más grande de los sultanes, conquistar todos los territorios que pudiera y borrar del Mediterráneo la presencia cristiana. Estaba comenzando a llevarlo a cabo con celo, atacando las fronteras orientales del imperio. Carlos V sentía que aquel iba a ser un terrible enemigo, porque sus armas amenazaban los reinos de su cuñado y la posición de Aragón y Castilla en el Mediterráneo, donde los piratas estaban asolando las costas y los puertos poco vigilados, apoyados por Solimán.

Era ya el sexto día de navegación con rumbo a Inglaterra, donde iba a tener una importante entrevista con su rey Enrique VIII y con su amable tía, la reina Catalina, y el emperador meditaba en el puente de la nave capitana de la flota sobre los peligros que amenazaban su pacífico reinado. Los más acuciantes eran la rebelión de las ciudades castellanas, los ataques piratas y la amenaza turca, sin olvidar al peligroso Francisco I de Francia, que amenazaba con iniciar de nuevo la guerra en Italia. Grandes eran sus reinos, pero también lo eran las amenazas que sobre ellos se cernían. De hecho, Carlos V no quería conflictos. En realidad, él quería reinar en Europa creando una gran paz que diera prosperidad a las naciones que estaban bajo su cetro imperial y también a las demás, sobre las cuales extendería su protección. Y en esta gran paz, el emperador sería arbitro de los conflictos terrenales y el Papa, de los espirituales. Por ello era vital para él la alianza del rey inglés, que tenía que mantener ocupado al francés con la continua amenaza de invasión por el norte, de modo que temiera aventurarse en campañas italianas, como las que parecía querer continuar.

–Ahí están ya las costas inglesas, majestad –dijo Guillermo de Croy, señor de Chiévres, que seguía siendo su privado de mayor confianza y a quien tenía un afecto especial, por ser quien le había adiestrado en las artes militares y le había facilitado sus primeras aventuras amatorias.

Por ello, el flamenco se atrevía a interrumpirle sin temor. Carlos aceptaba de él unas actitudes que a otros le hubieran costado un serio disgusto, pues siendo como era el emperador de natural protocolario y ceremonioso, detestaba los excesos de confianza y el trato directo con el pueblo y los cortesanos.

–Sí, ya me había dado cuenta, amigo mío –dijo el emperador–. ¡Qué rara es esa costa de grandes acantilados, tan diferente a las nuestras! Al menos, sus farallones de roca la defienden bien de una posible invasión por este lado y no necesitan fortificarse. Es justo lo contrario de nuestras tierras de Flandes.

–Tenéis razón, majestad. Mirad allí, viene una flotilla inglesa. Deben de haber estado esperando nuestra llegada para conducirnos a puerto, lo cual es de agradecer.

La flotilla, enviada por el cardenal Wolsey, los recibió con vítores que gustaron al emperador, quien se olvidó de sus problemas personales para disfrutar de la acogida de los ingleses. El canciller, temeroso de perder su privanza, había estado muy atento y servicial con el rey, ofreciéndose para facilitar la llegada del emperador con sus naves y recibirle en la costa hasta que llegara.

El rey había aceptado de nuevo sus servicios, que le eran muy útiles, y la reina tuvo que tragarse su enfado al ver cómo el maldito cardenal se salía con la suya una vez más, al estar también al lado del rey en esta entrevista que suponía el comienzo de una política muy diferente de la que el mismo Wolsey hubiera deseado. Pero el ladino cura sabía bandearse y había logrado mantenerse en la cancillería, convenciendo otra vez al rey de que estaba arrepentido de sus errores y que en adelante solo le serviría del modo que este deseara.

Con estas premisas, Wolsey recibió al emperador en Dover mientras se enviaba al rey un mensajero anunciándole la llegada de su huésped imperial.

Esa misma noche Enrique VIII llegó a Dover y los soberanos se saludaron con grandes muestras de afecto. Entre ellos se estableció casi de inmediato una corriente de simpatía mutua que facilitó mucho sus entrevistas. También los nobles del rey, el duque de Norfolk y los condes de Surrey y de Walsingham, establecieron rápidos lazos de afecto con los españoles, quienes les preguntaron mucho por la soberana, a quien hacía mucho tiempo que no habían visto.

Al cabo de un par de días de celebraciones, todos se encaminaron a Santo Tomás de Canterbury, que estaba a tres leguas de distancia, donde la reina Catalina esperaba con la princesa María. La reina recibió a su sobrino con un gran afecto y pudieron comunicarse en latín y francés, puesto que Carlos V aún no hablaba bien el castellano y se le hacía difícil comunicarse en esa lengua. Tras admirar la riqueza de los aposentos reales, que para impresionar al emperador, habían sido decorados con algunas de las mejores piezas de las colecciones de Enrique VIH y de la misma Catalina, se sentaron a la mesa, una de las grandes aficiones conocidas del emperador y que el rey de Inglaterra compartía.

Carlos V fue muy cordial con su tía –a la que faltaba poco para doblarle la edad, pues tenía treinta y tres años–, y comprendió rápidamente, tras una breve conversación en el más cordial de los tonos, que en ella tenía una firme aliada. Con su toca negra, sus vestidos austeros y su rostro libre de afeites que escondieran los

efectos del paso de la edad, Carlos supo que estaba ante una mujer franca, sin dobleces, de carácter firme y decidido, que le gustó mucho, aunque él era muy diferente a ella. Además, le recordaba algo a su madre, la pobre reina Juana, con quien tenía cierto parecido. De inmediato sintió que podía confiar en ella y pensó que quizás estaría bien romper el compromiso de matrimonio con la hija del rey francés y cambiarlo por otro con María de Inglaterra, ya que la niña inglesa, casi de la misma edad que su prometida francesa, era heredera del trono inglés. Se dudaba que la reina fuera a tener más hijos, mientras que, según sus informantes, Claudia de Francia estaba siempre enferma y se creía que no llegaría a sobrevivir a la infancia, y Francisco I seguramente tendría muchos hijos más y, por mucho que intentara ocultarlo, era su enemigo y ningún enlace cambiaría eso.

Mientras el emperador disfrutaba de la compañía de sus parientes, a quienes apreciaba más por momentos, la reina Catalina se ocupaba de que todos estuvieran contentos y bien servidos. Había escogido a cada uno de los criados para que toda la recepción imperial saliera perfecta. Esos días de Pascua iban a ser de gran celebración. La duquesa de Norfolk le había prestado a su excepcional cocinero y de palacio habían venido los mejores lacayos, todos de estatura media y cuerpos bien formados, que uniformados con las riquísimas libreas bordadas de oro de Inglaterra y España, impresionaron por el lujo y la magnificencia a los flamencos y a los castellanos.

Los tres días que iba a pasar el emperador en Inglaterra transcurrieron muy deprisa entre celebraciones, justas y devociones. Pero antes de partir, Carlos V y Enrique VIII sellaron un documento de alianza entre ellos, que fue una gran satisfacción para ambos. No se había hablado del matrimonio de Carlos y María, porque el emperador estaba aún prometido, pero se había dejado a un lado la cuestión para volver a retomarla más adelante, cuando se anulara el compromiso con la princesa francesa.

Con gran contento de ambos y de la reina, que había tenido la alegría de poder ver a los nobles españoles volcados en cortesías con ella, rendidos de admiración ante su austera majestad, que les recordaba muchísimo a la de su madre, la Reina Católica, que tanta huella había dejado en su reino. Le hablaron de los lugares de su juventud, de su Granada del alma con sus jardines que aún recordaba perfectamente, de Valladolid y de Medina del Campo, de la Córdoba señorial y de la Sevilla elegante y noble. Y después ella les preguntó por sus amigos, los condes de Cabra, los Ovando y los Ponce de León y los Guzmanes y por cuantos nombres pudo recordar. Estar al lado de aquellos compatriotas había hecho que sus recuerdos de la infancia afluyeran como un río incontenible y disfrutó con ellos todo lo que pudo de esos momentos, que para ella eran de dulce nostalgia.

Y llegó por fin la hora de partir. Con lágrimas en los ojos, la reina se despidió de su sobrino, quien en un gesto de afecto que la emocionó, quitó de su sombrero flamenco un gran medallón de finísima factura, obra del genial orfebre italiano Benvenuto Cellini. La reina había ponderado mucho el medallón en la comida durante su primer encuentro, y sus manos lo recibieron temblorosas.

Luego la besó en el rostro, como a familia cercana que era, y no la dejó inclinarse ante él en la reverencia protocolaria debida al emperador. Esto admiró mucho a los suyos y a los ingleses. El Habsburgo era muy ceremonioso, y vieron en ello una muestra del verdadero aprecio y del respeto de Carlos V por su tía Catalina de Aragón.

El rey Enrique le acompañó con gran séquito hasta Dover, donde esperaba la flota del emperador, y Carlos V partió con rumbo hacia Holanda.

El rey estaba feliz durante su regreso a Canterbury, donde la reina le esperaba. Aquel joven emperador era una persona interesante y excepcional y, a pesar de su corta edad, había en él algo que hacía intuir que sería un gran soberano. Además, se habían caído muy bien. Confiaba en él, a diferencia de lo que le había pasado siempre con sus abuelos Maximiliano y Fernando el Católico. Si Dios lo quería, serían buenos amigos y fieles aliados y un día no muy lejano incluso padre e hijo, si se llegase a celebrar el matrimonio de Carlos y María, cosa que ahora Enrique VIII deseaba por encima de cualquier otra. Tenía razón Catalina. La alianza con el emperador era lo más conveniente para los Tudor y para Inglaterra.

Durante algunos días los reyes estuvieron relajados, disfrutando de un tiempo de tranquilidad y recordando anécdotas de la visita de Carlos, cuando se presentó ante ellos Wolsey con un despacho del embajador francés. Francisco I de Francia invitaba solemnemente a Enrique VIH de Inglaterra y a la reina Catalina a visitarle en el continente. Los reyes se miraron y miraron al cardenal casi con reproche. Ahora lo último que les podía apetecer era una visita de cortesía al enemigo.

–Debemos ir, señor –dijo la reina–. No podemos hacerle una descortesía semejante al rey de Francia, con quien aún no tenemos hostilidades. Es nuestro deber, como soberanos de un reino vecino, mantener relaciones de cortesía con él mientras se pueda.

–De acuerdo, señora. Tenéis razón, aunque sabe Dios que la visita me apetece tan poco como a vos. Pero antes de ir escribiré a vuestro sobrino el emperador, comunicándole nuestra visita al rey de Francia, para que no crea que le ocultamos nada.

–Me parece una excelente idea y, además, podéis enviarle como

regalo esas copas de asta de toro con reborde de oro que le gustaron tanto. En Francia seremos corteses pero distantes, de modo que los espías de la corte imperial vean que hemos ido al continente solo por educación, sin que tengamos ningún interés concreto en la entrevista.

–Así será, desde luego, esposa mía. Francisco I puede esperar bien poco de nosotros. Somos aliados del emperador y nada ni nadie nos ha de hacer cambiar de postura.

Sabiendo que el rey de Inglaterra era aliado de Carlos V, con quien había firmado un tratado, y la magnífica recepción que el emperador había tenido en Inglaterra, Francisco I quiso contrarrestar el efecto del emperador en los monarcas ingleses haciendo gala de un lujo tal que al lugar donde se celebró la entrevista de los monarcas lo llamaron «Campo del paño de oro», por la profusión de paños bordados en dicho metal y de objetos valiosos y raros que adornaban las tiendas de campaña levantadas para la ocasión.

El encuentro, planificado para impresionar, produjo en la reina el efecto contrario, lo cual era de esperar, ya que ella detestaba todos los excesos. Y estos, gratuitos, innecesarios y cargados de pretensión casi llegaron a enfadarla, aunque su exquisita educación hizo que nunca lo mostrara y que nadie, salvo su esposo, se diera cuenta. También el rey de Inglaterra se molestó, aunque por razones diferentes. Aquello le pareció un intento de impresionarle, y aunque en realidad el rey francés lo hubiera conseguido le fastidió que este tuviera cosas de tanta calidad y las luciera de ese modo ante él. Quizá chocaban por tener caracteres muy parecidos, pero el rey francés, con su corte de artistas y poetas, no encajó bien con el de Inglaterra, que pretendía hacer lo mismo en Greenwich.

A pesar de la fingida cortesía, ni Enrique VIII ni Francisco I disfrutaron de la mutua compañía y, pese al enorme dispendio realizado por el francés, esa entrevista no dio más que fríos encuentros, vacíos de contenido real. El compromiso de la princesa María con el heredero de Francia, el príncipe Enrique, también quedaba oficialmente roto, lo cual dejaba al francés muy descontento, al ver cómo una sola entrevista con el sobrino de la reina había mudado tanto la actitud de Enrique hacia él.

Catalina y Enrique VIII decidieron partir una vez cubiertos los actos protocolarios de la forzada visita. La reina, a quien fueron a saludar las damas inglesas que habían ido años atrás a París con el cortejo de la princesa María, se quedó prendada de la belleza y de la dulzura de la joven Ana Bolena, que era una niña al llegar y ahora se había transformado en una encantadora joven. Por eso, con el permiso del rey de Francia, decidió que ella y su hermana mayor, María, menos

bella que la joven pero igual de encantadora, partieran con ellos de regreso a Inglaterra para que allí pudieran casarse con jóvenes de su reino, lo cual, además, alegraría sobremanera a su padre, sir Thomas Boleyn.

El rey francés no opuso ninguna resistencia a ello y las dejó partir con los reyes de Inglaterra, tras el fracaso de la entrevista. Ahora sabía que contaba con un nuevo enemigo y se sintió más cercado que nunca por Carlos V, quien le había ganado la partida por la mano. Pero el emperador podía estar seguro de que Francisco I no se iba a conformar con su situación. Se iba a vengar como fuera, e iba a plantarle cara a ese Habsburgo prepotente cuando menos y donde menos lo esperara. Para empezar, en el ducado de Milán, que pensaba arrebatarle.

16

Movimientos en la corte y en Europa. 1522-1523

En 1522, la reina Catalina se sentía muy tranquila a pesar de la revuelta situación internacional. Estaba en paz consigo misma y aceptaba su situación, que era bastante buena. Dudaba que volviera a tener un embarazo. A pesar de haber sido frecuentada por el rey algunas veces, no había vuelto a quedarse encinta tras padecer otro aborto más. Quizá se debiera al último parto fallido, en que había perdido mucha sangre. La partera le había dicho que eso había afectado a su vientre dejándolo casi vacío, de modo que era muy posible que no volviera a quedarse embarazada. Eso y su edad bastante madura –estaba a punto de cumplir los treinta y cinco años- le habían hecho comprender que su tiempo de fertilidad había acabado. Gracias a Dios aquello no parecía ahora un asunto de tanta importancia. Enrique y ella habían dejado de tener la obsesión del heredero, pendientes de cerrar el compromiso de su hija María con el emperador. La muerte de la princesa Claudia de Francia había dejado a Carlos V libre, y aunque el rey de Francia, queriendo mantener célibe a su rival, le exigía el compromiso con otra hija que tenía apenas un año, el emperador se resistió.

Catalina de Aragón mantenía el contacto personal con su sobrino desde la visita a Inglaterra, y en su correspondencia con él se preocupaba de su salud y de los asuntos de Estado de España. De hecho, como había sabido por sus cartas, Carlos V había tenido que hacer frente a una verdadera rebelión en Castilla y Valencia, una guerra civil sangrienta que había durado dos años y que acabó con la victoria de Villalar, que supuso el final del movimiento comunero en que los grandes se pusieron del lado del emperador.

Pero a un peligro iba a suceder otro. Lutero había expuesto sus ideas en la Dieta Imperial, rechazando la corrupción de la Iglesia y publicando sus doctrinas protestantes, en sus *Tesis,* a las que el emperador había respondido con una confesión de fe. Nada se había podido solucionar y Lutero y sus partidarios se habían refugiado en el territorio del duque elector de Sajonia, que defendía la postura del fraile. Esto podía ser un verdadero cisma de la Iglesia si no se solucionaba a tiempo.

El vengativo Francisco I aprovechó las dificultades de Carlos I, que a la sazón estaba en Worms celebrando la primera y difícil Dieta

Imperial de su reinado, para invadir Navarra, con monsieur de Asparros al frente de las tropas. Lo hizo astutamente, asegurando que respondía a una petición de socorro de su antiguo rey, Juan de la Brit, pero no engañó a nadie. Solo la acción de las tropas castellanas y aragonesas pudo hacer que se retirasen, tras derrotarles cerca de Pamplona. Enrique VIII, fiel a su compromiso con el francés y a su alianza con el emperador, que decía que apoyaría en la guerra a quien declarara las hostilidades, había ordenado un arbitraje para decidir quién las había iniciado. Visto que había sido el francés, le declaró la guerra, poniendo a Francisco I a la defensiva por el norte, mientras los castellanos afianzaban su dominio de Navarra y luchaban para recuperar Fuenterrabía.

La alianza de Carlos I y de Enrique VIII se hacía más firme, y para fortalecerla aún más debían celebrar el compromiso de María de Inglaterra con el emperador, acontecimiento que no tardaría en lograrse. La reina decidió que iba a buscar los mejores educadores para la futura emperatriz, de modo que el día de mañana Carlos V no tuviera nada que oponer a su enlace. Su futura esposa sería una dama descollante en su tiempo, con una educación excelente, aprendería español, alemán, francés e inglés. Además, su preceptor y guía tenía que ser un religioso de toda confianza y de grandes luces.

Entonces pensó en la figura del famoso humanista Juan Luis Vives, que descollaba entre los mejores pensadores y tenía renombre internacional por sus famosos cursos en la Universidad de Lovaina. Consultó el asunto con el rey, su esposo, cuya diatriba antiluterana «Assertio Septum Sacramentum» acababa de ser publicada con gran éxito y le había valido recibir del papa León X el título de «Defensor de la fe» y cierta fama de ilustrado entre los grandes pensadores. A Enrique VIII, que quería que su corte brillara sobre las demás de Europa, le pareció una idea excelente que viniera a Londres el gran humanista valenciano, con quien pensaba tener grandes diálogos enriquecedores. La negociación tenía que llevarse a cabo con la mayor brevedad, y si llegaban a un acuerdo con él, el sabio español se trasladaría a la corte de Greenwich lo más rápidamente posible. Esto le pareció fácil a la reina, ya que para el profesor era todo un honor educar a la futura emperatriz y vivir en la corte ilustrada de Inglaterra.

Inmediatamente partieron los correos con la propuesta real y fue justo a tiempo, porque el profesor había recibido una petición de la Universidad de Alcalá de Henares para que diera clases allí, en la cátedra del humanista fallecido Antonio de Lebrija, que también había alcanzado gran renombre por sus luces. El profesor Juan Luis Vives apenas lo dudó, aceptó el encargo real de Catalina atraído por su recia personalidad y su fama de gran reina. Todos los nobles ilustrados de

Inglaterra, comenzando por Tomás Moro, dieron la más cordial enhorabuena a los soberanos; una enhorabuena que era también para ellos mismos, ya que la corte de Saint James iba a brillar en adelante tanto como la de Francisco I, quien protegía al humanista Leonardo y al genial Cellini y tenía a Ronsard cantando sus alabanzas.

Y mientras esto acontecía, moría el papa León X a finales de año y se reunían los cardenales en cónclave para elegir nuevo pontífice. Viendo que su situación en Inglaterra podía hacerse dudosa, el canciller y cardenal Wolsey intrigó, con el apoyo de su rey, para que lo eligieran Papa. La reina ni siquiera lo sabía y se indignó por el apoyo de Enrique a la elección de ese impío cura corrupto, como le llamó, en un tiempo en que el sucesor de san Pedro debía ser un hombre íntegro que fuera capaz de devolver la unidad a los cristianos. Visto así, la reina tenía razón. Sin embargo, el rey pensaba en su beneficio y creía que con Wolsey en Roma la causa inglesa siempre sería mejor atendida.

–No confiéis demasiado en él, Enrique. Si alguna vez no le fuerais de utilidad, cosa que acontecería si lo eligieran Papa, entonces tendríais la ocasión de ver la maldad de su alma y su escasa fidelidad. Wolsey no es vuestro amigo, señor, sino vuestro criado, y si dejara de serlo se sentiría libre y os traicionaría casi con total seguridad. De todos modos, no creo que lo elijan. No tiene carisma para ello. Además, imagino que el cónclave no tendrá muchas dudas y tengo por seguro que elegirá a Adriano de Utrecht, el preceptor de nuestro sobrino el emperador.

–¿Y por qué pensáis eso, señora?

–Hay varias razones que avalan su nombramiento, señor. Los franceses presionan para que se nombre a un cardenal profrancés, lo cual sería desastroso para Italia y por eso no ocurrirá; vos por Wolsey, cuya fama de hombre venático y ambicioso no le da casi ninguna posibilidad de ser elegido. En cambio, Adriano de Utrecht se ha ganado fama de santo y de sabio y ha sido preceptor del emperador. Es un hombre erudito, bueno y amable, que ya ha sido gobernador de un reino poderoso y, aunque algo débil, no lo ha hecho mal. Con él en el trono, además, se garantiza que pronto habrá otra elección, ya que no puede durar mucho y en el ínterin algunos cardenales saldrán muy beneficiados por su falta de mano firme.

–Interesantes argumentos, señora.

–Meramente lógicos, esposo mío, aunque siempre puede haber una sorpresa.

Como la reina había predicho, pocos días después de esa conversación llegó a Inglaterra la noticia de la elección de Adriano de Utrecht, cosa

que asombró al rey. El nuevo Papa reinaría con el nombre de Adriano VI y debía ir a Roma desde España, donde seguía siendo el gobernador del reino, en nombre del emperador. Wolsey tuvo el rostro descompuesto durante semanas, preso de una rabia incontenible que todos pudieron apreciar. Mientras tanto, lo afligían y lo humillaban aún más los nuevos chascarrillos nacidos del ingenio de Norfolk y una condolencia supuestamente triste de la reina, en la que adivinó todo su júbilo ante su fracaso.

Parecía que los aristócratas ingleses ya se habían olvidado de la ejecución del noble duque de Buckingham, pariente del mismo Norfolk, a quien el rey había mandado decapitar, el año anterior, tras una falsa acusación de traición. Quizás es que no se habían enterado bien de que había sido él, con sus pérfidos comentarios insidiosos en el oído sensible del soberano, quien había provocado su muerte. De hecho Wolsey lo había odiado por ser el primer noble de Inglaterra y por tener sangre real. En su doblez, se le ocurrió decirle al rey que quería la corona de Inglaterra y que esperaba conseguirla por ser el pariente más cercano al rey con derecho al trono, si este no tenía un heredero varón. De ese modo, lo que no había sido sino una manera de ofender al canciller Wolsey y de humillarle, le había costado la vida. Y ahora, tan solo un año después de la ejecución del altivo duque, se volvían a atrever a reírse de él, a pesar de su poder. ¡Que tuvieran cuidado sus enemigos con él y con su paciencia! ¡Y la reina Catalina, la primera de todos ellos! Aún no estaba dicha la última palabra. Él era el canciller y el cardenal de Inglaterra y tenía cuerda para rato, se dijo a sí mismo, animándose.

Para empezar, fastidiaría a la reina quitándole a esa joven dama, Ana Bolena, hija de sir Thomas Boleyn, nuevo lord y vizconde de Rochford, elevado a la categoría de par del reino por los favores que su otra hija, María Bolena, casada con William Carey, le ofrecía al rey con gusto.

De hecho, su especial relación con el rey era por todos conocida, incluso por la reina, a quien curiosamente no le había molestado tanto como las de otras damiselas más ambiciosas y retorcidas. La mayor de las Bolena tenía una conducta ligera, era sencilla y poco inteligente y disfrutaba de la compañía ocasional del rey y de sus favores, sin hacerle peticiones excesivas y sin pretender ensombrecer a la reina. Quería disfrutar de la vida sin dañar a nadie y menos a Catalina de Aragón, quien tanto favorecía a su hermana Ana, que a sus catorce años servía a la reina con toda devoción.

–Sí –se dijo a sí mismo Wolsey–. Muy pronto la reina va a perder a su querida y joven dama.

Tenía un modo de conseguirlo. De hecho, se había enterado por

una confidencia robada a su asistente, el joven lord Percy –hijo y heredero del poderoso duque de Northumberland y sobrino de su odiado Norfolk–, que este amaba a la jovencita Bolena. ¡Qué idiota y qué candido era al habérselo contado a él! No imaginaba lo que había hecho en su contra. Wolsey se iba a encargar de acabar con esa relación y de hacer que la joven dama sufriera de verdad, para así quitarle a la reina el placer de su alegre compañía que tanto le agradaba.

–¿Qué os pasa, hija mía? –dijo la reina al sorprender el llanto de Ana Bolena, la bella joven de rostro dulce y cabellos oscuros, que se había refugiado en su antecámara, casi a oscuras, para que nadie la sorprendiera.

–Alteza –dijo la joven algo avergonzada porque la reina la había pillado en tal estado de dolor–. No podéis imaginar cuan cruel está siendo Wolsey conmigo.

–Comadme, hija, comadme, que si puedo ayudaros en algo, sabéis que lo haré, pues me agrada veros alegre y, además, os aprecio mucho.

-Gracias, señora. Os lo agradezco de corazón. La verdad es que la situación que estoy pasando se me hace muy difícil. Como sabéis, porque os lo he contado, amo al joven Percy, quien me corresponde con el mismo cariño y ambos habíamos hecho planes para, en su día, contraer matrimonio.

–Claro. Me parece una gran idea. Ya lo hemos hablado antes, niña. Solo hay que dejar que pasen unos años…

–Ya no, señora. Ya no. Parece que el perverso e intrigante Wolsey, no sé por qué razón, ha convencido al rey de que ordene mi enlace con el irlandés Butler, ese horrible hombre que me mira con ojos lascivos en los bailes de la corte y con quien no pienso casarme, así me envíen a la torre.

–No te preocupes niña. Yo intercederé por ti ante el rey.

–Como bien sabéis, es muy difícil hacerle cambiar de parecer, alteza. El caso es que ya ha hablado con él y con mi padre, quien ha dado su consentimiento y se supone que mi matrimonio es un hecho consumado. Además, para acabar de agravar mi situación, el cardenal ha hecho que mi joven enamorado se vaya de la corte y este me ha dicho con la mayor de las tristezas que su padre ha concertado su matrimonio con la hija del conde de Shewsbury, cosa que aquel deseaba mucho y que convenía a los intereses de su gracia, el duque de Northumberland, pues sus Estados son vecinos y la joven es muy rica y recibirá una dote inmensa y unas propiedades que completarán

los enormes Estados del padre de mi enamorado.

–¿Y él? –preguntó la reina–. ¿Qué ha hecho él?

–Ante las amenazas de su padre con desheredarle, ha aceptado el compromiso. Acaba de venir a contármelo y a despedirse de mí, hace apenas una hora, señora. Por eso me veis en este estado de frustración y desánimo. No se puede hacer nada. Es como si el maldito cardenal, a quien odio con toda mi alma, lo hubiera planeado todo y ejecutado en secreto, para que cuando vos os enterarais de su perfidia y de su traicionero plan para destruir mi felicidad ya fuera tarde para intentar enmendar las cosas.

La reina se quedó pensativa unos momentos, ponderando las palabras de la jovencita. Se sentía muy afligida por ella, porque era algo que ella había vivido, aunque de otro modo, y sabía que tenía razón. Una vez dada la palabra del rey a alguien, este no se echaría atrás y el duque tampoco. La joven Ana tendría que soportar su sufrimiento y acatar la decisión de Enrique VIII.

-Sabéis que tendréis que acatar la decisión del rey y de vuestro padre, hija. En efecto, es bastante tarde para mi intervención, a menos que logre hacer ver al rey la intriga del cardenal…

–Ya lo sabía, alteza. Perdonadme, por favor, porque os voy a pedir licencia para retirarme al castillo de Hever, propiedad de mi padre. Allí podré recuperarme de mi dolor y de mi humillación, lejos del mundo. La verdad es que no podría soportar que nadie me viera en la corte en este momento y menos ese rufián maligno del cardenal, que paga su frustración de no haber sido elegido Papa haciendo sufrir a los demás.

–No seáis tan orgullosa, niña –dijo la reina–. No es bueno para vos. Yo he sufrido en el pasado mucho más de lo que pudierais imaginar y lo soporté a rostro descubierto, sin que nadie pudiera decir que me escondía.

–Sí, señora, pero vos erais princesa viuda de Gales e hija de los Reyes Católicos y en el reino teníais muchos partidarios y simpatizantes que os consideraban casi una mártir del trato del viejo rey y os veneraban. Yo, en cambio, no soy importante. Aunque no lo reconocería ante nadie más, ante vos sí puedo hacerlo. Mi padre es un noble de segunda fila del reino, a pesar de que el favor del rey lo haya encumbrado y por ello no estoy a cubierto de nada. Por eso, si me queréis, os pido que me protejáis de la ira del rey, porque no pienso aceptar sus órdenes y casarme con ese sapo de Butler. Antes preferiría la muerte, os doy mi palabra de honor.

–Idos, pues, hija mía, sin tardanza. Yo os prometo que ejerceré toda mi influencia para que no os obliguen a contraer ese matrimonio que tanto os repugna, e incluso escribiré a mi cuñada Margarita de

Austria, regente de Flandes –dijo–, para que os acoja en su ilustrada corte de Malinas y Bruselas donde podáis acabar de formaros y olvidar este amargo trago.

–¿De verdad haréis eso por mí, alteza? –dijo la joven esperanzada, en su dolor.

–Claro, hija. Ya te he dado mi palabra. Ahora lo importante es que partas inmediatamente. Ve con mi bendición, que yo me ocuparé del resto. Si aún tengo algo de ascendiente en mi esposo el rey, eso ha de valer para que salgas de Inglaterra y que al menos te dejen en paz, ya que le han cortado las alas a tu primer amor.

–Nunca lo olvidaré, señora.

–No digáis niñerías, Ana, y partid con mi bendición. Y sabed que os echaré de menos, ya que he disfrutado mucho de vuestra alegría y de vuestra compañía durante el tiempo que habéis sido mi dama.

–Y yo también, alteza. A vuestro lado he aprendido el sentido verdadero de la majestad y nunca lo olvidaré –dijo la joven, tomándole la mano y besándola con devoción y después, tras hacer una graciosa reverencia, se retiró de la antecámara, dejando a doña Catalina de Aragón meditativa.

¡Qué canalla era el maldito Wolsey! Seguro que todo lo había hecho para fastidiarla a ella y demostrarle que podía quitarle incluso a su dama favorita. No le extrañaría nada que ese hubiera sido su retorcido propósito. Y ese monstruo quería ser elegido Papa. Gracias a Dios que la Divina Providencia no lo permitió. Ahora la iba a hacer trabajar de veras para sacar adelante lo que prometió a Ana. No iba a ser fácil, pero lo haría. No iba el malvado privado a pasar por encima de ella, que era la madre de la heredera de Inglaterra y futura emperatriz. Nunca lo permitiría.

Enrique VIII estaba perplejo. Había comprendido, tras su conversación con la reina, que de nuevo era víctima de los intereses de Wolsey, disfrazados de amor al rey y a Inglaterra, y su alteza se enfadó muy en serio.

Se enfureció mucho por la huida de la joven Bolena y su negativa a obedecer sus órdenes de casarse, pero ahora, tras las explicaciones de su esposa, comprendía que el cardenal había intentado dañar a la reina y que de ello ni el rey ni el reino sacaban ventaja alguna. Por eso, tras disculparse ante ella dándole su palabra de que nada había sospechado y de que, al contrario, consideraba beneficioso para la joven dama el enlace irlandés, hizo una gran concesión desconocedor de su pasión por Percy. El se encargaría de anular el compromiso con el irlandés y le daba permiso a la joven para partir, lo antes posible,

hacia la corte de Malinas, donde la archiduquesa Margarita la acogería con los brazos abiertos, según le decía en una carta a la reina, que esta tuvo a bien mostrar a Enrique VIII. Y mientras la reina se retiraba triunfante, el rey esperaba la llegada del canciller con una rabia que iba creciendo por momentos.

–Señor –dijo el cardenal, entrando sumiso en la cámara del rey–. ¿En qué puedo serviros?

–¿Estáis seguro de que me servís, Wolsey? –dijo el rey con frialdad–. ¿O es que os servís a vos mismo, utilizándome?

El cardenal se aterró ante la frase pronunciada con un tono de voz que le hacía presentir el peligro.

–Sabéis que siempre os he servido con celo, majestad –dijo recalcando el título, que solo el emperador llevaba en Europa.

–No intentéis engatusarme con halagos, maldito clérigo –dijo con voz dura, aunque le había gustado que usara ese título–. Sabéis bien que habéis intrigado contra la reina haciéndome molestarla gratuitamente al concertar el enlace de la joven Bolena.

–Señor, no era mi intención molestar a nadie, sino servir a los intereses del reino y del duque de Northumberland.

–Sois listo, en verdad, Wolsey. Os cuesta asumir una culpa y, además, sois diestro en arrojar la pelota al campo contrario a la menor posibilidad, pero esta vez os ha salido mal la jugada.

»Yo os conozco tan bien como vos a mí y quiero advertiros de modo muy severo que esta es la última vez que os toleraré una intromisión en la vida de la reina o en su entorno. Si yo no lo ordeno, a partir de hoy, para vos el círculo de la reina está vedado. No volváis a intentar organizar ni fastidiar la vida de nadie que esté cerca suyo ni intriguéis contra ella. Esto es solo una amonestación grave –dijo mirándole con frío furor a los ojos, que hizo que el clérigo sintiera un escalofrío en la espalda–. La próxima vez no sé si mi reacción será tan suave y, desde luego, podéis temer de mi cólera muchísimo más de lo que habéis disfrutado de mi bondad. Como ya sabéis, vuestro rey puede ser implacable; pero lo que aún no sabéis es hasta qué grado puedo serlo, y será mejor para vos que nunca lo descubráis.

–Sí, señor –dijo el cardenal, sintiendo la fuerza de la amenaza–. Os prometo que no se volverá a repetir un acto semejante.

Wolsey nunca se había imaginado que su sencilla jugada hubiera podido molestar de ese modo a su majestad, pero de repente comprendió que de nuevo había topado con la reina, quien había ejercido ante el rey su poderosa influencia, molesta por la intriga que él había planeado, de la cual se había enterado demasiado pronto para detenerla.

–Estáis avisado, Wolsey. No os lo he de volver a repetir. Ahora retiraos. Y sabed que el matrimonio de Ana Bolena con Butler no tendrá lugar –dijo, arrojándole la información con desprecio–. Habéis conseguido enfurecerme y hacer que vuestra presencia me sea desagradable en el día de hoy. No volváis a mi cámara hasta que os mande llamar. Me habéis decepcionado mucho con vuestra bajeza.

-Estoy desolado, majestad –dijo repitiendo enfáticamente el título, tan agradable a los oídos del rey–. Me retiro a hacer penitencia.

–No me hagáis reír, fraile –dijo–. Vos sois incapaz de hacer un sacrificio. Vuestra alma es demasiado pesada. Partid de mi presencia y meditad. Y no olvidéis nunca que si perdéis el favor del rey no seréis nada, ni en Inglaterra ni en ningún otro lugar.

Wolsey salió de la habitación furioso consigo mismo. Se había extralimitado con el intento de fastidiar a la reina y no podía alegar que no supiera el peso que tenía la soberana ante el rey. Se había dejado llevar por su facilidad para la intriga, sin medir las consecuencias que podía acarrearle. Tenía que tener mucho más cuidado. La próxima vez que intrigara contra Catalina, no debería verse de ningún modo que su mano estaba detrás del complot. Ahora resultaba claro que un error en ese sentido le podía costar caro. Pero él no podía detenerse. La reina y Norfolk eran sus enemigos y no pensaba dejarles en paz. De modo directo o indirecto, siempre que pudiera hacer algo que perjudicara a uno o a la otra, lo haría. De todos modos, tendría muy en cuenta la amenaza del rey. Si se equivocaba en adelante, su error le podía costar la cancillería, los obispados o incluso llevarle a prisión, si el rey se enfurecía de veras. No quería siquiera pensar que podía costarle la vida, cosa que entraba también dentro de las posibilidades de ese arriesgado juego que era luchar contra la que estaba al lado de su señor, sentada en el trono de Inglaterra.

En el mes de junio de 1522 de nuevo ondearon las banderas y sonaron alegres los clarines en todo el sur de Inglaterra, al paso del emperador Carlos V, que de nuevo regresaba a Inglaterra en su camino hacia España desde Flandes, para agradecer a su tío el rey su firme apoyo en la guerra contra Francia. Además, le pudo dar la buena nueva de que había fracasado estrepitosamente el esfuerzo de Francisco I de invadir el ducado de Milán, en Italia. Las tropas francesas, al mando del general Lautrec, sufrieron la más severa derrota, a manos del general Próspero Colonna, en la batalla de Bicoca, a finales de abril, cosa de la que el rey y toda Europa estaban enterados porque los franceses se habían dejado en el campo de batalla más de diez mil muertos. Además, para acabar de ensombrecer la situación del rey francés, la

familia Fragoso, que gobernaba Genova y que era profrancesa, había caído, y regresaron a la ciudad los exiliados Adorno, proimperiales, que decantaron a favor del emperador la política de la importante república.

La reina Catalina recibió a su sobrino con júbilo, orgullosa de sus grandes triunfos de armas y de su lucha contra la disidencia protestante, y este la saludó con mucho afecto y le llevó preciosos obsequios propios y de su madrina, doña Margarita de Austria, entre los que destacaba una tabla flamenca de magnífica factura de Roger van der Weiden, que dejó a la reina sin palabras ante la belleza de la escena de la visitación de la virgen María.

El emperador agradeció al rey los maravillosos vasos de asta de toro y oro que tanto le habían gustado en su visita anterior y que Enrique VIII le había enviado. Y a su vez le entregó una valiosa insignia de la orden de San Esteban primorosamente labrada en oro, perlas y piedras preciosas, una antigua y venerada enseña caballeresca de Flandes, cosa que el rey de Inglaterra aceptó con ilusión, amante como era de recibir honores y distinciones.

Cuando Enrique conoció todos los triunfos que Carlos había tenido se alegró de veras, ya que el rey francés seguía sin gustarle nada, por más que le enviara embajadas amistosas, aunque en el fondo de su corazón sintió cierta envidia de la gloria de Carlos V. De hecho, durante las más de cuatro semanas que el emperador pasó en Inglaterra, los reyes y la corte disfrutaron de su compañía, y la de los nobles españoles, que cada vez estaban más cerca del monarca, con fiestas, ceremonias, peregrinaciones, torneos y banquetes. El antiguo favorito de Carlos V, Guillermo de Croy, señor de Chiévres, acababa de fallecer y con él desaparecía la poderosa influencia flamenca en el entorno del emperador que, en solo dos años, había madurado mucho.

Así lo apreciaron los reyes de Inglaterra, y Catalina pudo notar con sumo placer que su sobrino Carlos V se había esforzado mucho en el aprendizaje del español y ya era capaz de hablarlo, aunque con fuerte acento alemán. Lo acompañaban el duque de Alba y el conde de Andrada. Estos veían que su señor iba adaptándose cada vez más a sus reinos peninsulares, que demandaban su inmediata presencia tras la rebelión comunera que había intentado cambiar el orden de cosas en Castilla en nombre del buen gobierno, y que incluso habían llegado a sacar a la reina doña Juana I de su retiro en Tordesillas, utilizándola como bandera de la legitimidad de las pretensiones rebeldes.

Ahora todo había terminado. Los rebeldes habían sido derrotados y capturados y sus cabecillas ejecutados. El rey emperador debía adoptar medidas severas, pero justas, para que aquel estado de cosas no volviera a repetirse nunca más. En su fuero interno, Carlos V sabía

hoy que una parte importante del problema castellano había sido su rígida actitud y su incomprensión del modo de ser de los españoles. No quería volver a equivocarse, y ahora estaba preparado para ser más flexible y reinar conforme a las leyes de sus reinos españoles. Además, tenía una creciente necesidad de fondos que solo estos y la riqueza de las Indias podían surtir. Había gastado todo el empréstito castellano y también debía mucho oro a sus banqueros, los Fugger, quienes siempre estaban dispuestos a adelantar al emperador las enormes cantidades que necesitaba para la administración de sus reinos, el pago de los ejércitos, los cuadros, relojes y tapices que tanto le gustaban.

El prestigio del César era muy grande en Inglaterra, más aún cuando confirmó su promesa de matrimonio con la princesita María, que se presentó con toda la gracia de sus siete años ante su prometido haciendo una elegante reverencia, para después caer en el suelo, sentada. Antes de que se echara a llorar, su novio de veintidós años la levantó del suelo con dulzura y, con uno de sus famosos gestos, se desprendió de un medallón que llevaba prendido en una cadena con una preciosa perla y se lo puso a la niña en la pechera. Esta rápidamente olvidó el accidente para tocar y lucir con orgullo la preciosa joya.

Los reyes de Inglaterra disfrutaron mucho con el relato de la conquista del Imperio azteca, en las lejanas Indias Occidentales. Hernán Cortés, que había sido un deudo del amigo de Catalina, el fallecido gobernador frey Nicolás de Ovando, había conseguido en una extraordinaria expedición a territorio desconocido, llegar con un puñado de hombres al corazón de un imperio guerrero con más de un millón de soldados indígenas. Solo a fuerza de inteligencia y astucia política consiguió, mediante una alianza con un pueblo rival de los aztecas, conquistar su maravillosa ciudad y capturar al soberano de aquellas tierras, el emperador Moctezuma II Xocoyotzin.

Horrorizado por los sacrificios humanos que los aztecas practicaban en sus ritos religiosos, Pedro de Alvarado, lugarteniente de Cortés al mando de los españoles, ordenó una absurda matanza de los indígenas que celebraban una ceremonia sagrada en el templo mayor de la ciudad de Tenochtitlán, mientras Cortés estaba ausente. Tras el fuego de los soldados, los indígenas reaccionaron rebelándose y, cuando Cortés regresó a la ciudad con las tropas de refuerzo de Panfilo de Narváez, cercaron el palacio donde estaba preso el soberano de los aztecas. El palacio había pertenecido a otro monarca, su abuelo, Axayacatl, y resultó indefendible, pues tenía cien puertas. Entonces aconteció la triste muerte de Moctezuma, el soberano azteca, a manos de su pueblo. Con la elección de Cuitlahuac, señor de Iztapalapa, hermano de Moctezuma II de quien recibió el poder, perdieron su

escudo sagrado. Sin embargo, ellos no lo sabían y confiaron en la protección del propio Moctezuma, quien, despojado de su autoridad imperial, ya no pudo hacer nada por contener a los que unas horas antes ni siquiera hubieran osado mirarle al rostro. La situación se hizo insostenible tras la muerte de Moctezuma, apedreado por los suyos en un balcón palaciego, cuando intentaba aplacar los ánimos de la multitud. Tras este incidente, los españoles tuvieron que huir, siguiendo órdenes de Cortés, perseguidos y acosados por miles de guerreros aztecas en la llamada Noche Triste.

La huida de la maravillosa capital del mundo azteca, una especie de Venecia de los territorios de Nueva España, surcada de canales y orlada de palacios y templos de una riqueza insuperable e inimaginable, fue seguida de un gran triunfo de las armas de Cortés. La batalla de Otumba supuso el principio de la recuperación. Tan solo tres meses después moría Cuitlahuac víctima de la viruela. La violenta plaga causó estragos en los naturales de aquel país, llevada por un negro que iba con las tropas de Panfilo de Narváez que se habían unido a Cortés como refuerzo, antes de la Noche Triste. Finalmente, la ciudad cayó en poder de los españoles y sus aliados naturales del país, los tlaxcaltecas, en un asalto doloroso en que la mayoría de sus edificios fueron desolados por el fuego de los cañones y el odio de los tlaxtaltecas.

Por fin, tras sangrienta batalla, Cortés consiguió culminar la conquista con la captura del nuevo emperador, Cuauhtemoc, y de su esposa, la jovencísima emperatriz Tecuixpo Ixtlaxochitl, cuyo nombre significaba: Noble doncella, Flor negra. Tenía algo más de diez años y era la única hija legítima del desaparecido Moctezuma II. Antes de ese matrimonio había sido también esposa del anterior emperador, de modo que a los once años aquella niña, aún virgen, era ya dos veces emperatriz y estaba huérfana de todos sus parientes, muertos durante la violenta huida de los españoles, en la que utilizaron como escudos humanos a todos los príncipes prisioneros de la casa de Moctezuma.

Los reyes de Inglaterra escuchaban boquiabiertos la historia y el relato de las legendarias riquezas que Cortés había enviado desde aquella lejana tierra, incluido un maravilloso penacho de plumas de quetzal, oro y piedras preciosas que era utilizado por el soberano y que Carlos V aún no había visto, aunque le habían dicho que era de una belleza y de una finura dignas de admiración. Y más se asombraron cuando supieron que el tamaño del reino conquistado por España era casi cuatro veces el territorio de Castilla y Aragón y que continuarían la exploración y conquista de nuevos principados indígenas para extender los dominios de la corona castellana, creando un verdadero imperio al otro lado del vasto océano.

Los días transcurrieron muy deprisa y, cuando menos quisieron

darse cuenta, llegó la hora de que el emperador tuviera que partir de nuevo. Tras las cordiales despedidas, se embarcó desde Dover rumbo a Santander, donde le esperaban con buenos vientos. En Inglaterra dejaba unos parientes bien avenidos con él y unos sólidos aliados. La reina Catalina se sentía orgullosa de su sobrino y su influencia con el rey estaba en su cénit.

Apenas había transcurrido un año de la elección del pontífice Adriano VI y las campanas repicaban en toda la cristiandad por su muerte. El corazón del bueno y sabio Adriano no había podido resistir el peso de la tiara, ni el sufrimiento que le había provocado la pérdida de la isla de Rodas, sede de los caballeros de la orden de San Juan, asediada y arrasada por el sultán Solimán II el Magnífico sin que ningún ejército de la cristiandad los asistiese. En el momento de necesidad extrema habían luchado solos. La cristiandad había dejado morir inútilmente a aquellos nobles defensores de la Fe, ocupados en sus pugnas internas. Los escasos supervivientes de la masacre, que era un baldón para la cristiandad y un golpe de efecto que supo utilizar el soberano turco, contaron los horrores del asedio y de la crueldad del musulmán. Los cristianos no podían esperar piedad de él, que apoyaba con decisión a los piratas de las regencias berberiscas que asolaban las costas de Italia y del sur y levante españoles.

Tras ese fracaso, Adriano al menos había conseguido concertar una alianza entre Milán, Venecia y el papado, a la que se unieron Inglaterra y el emperador, dejando otra vez aislado a Francisco I. Pasado el verano de 1523 su salud se fue deteriorando rápidamente. Las fallidas presiones de su legado contra Lutero en la Dieta de Nuremberg fueron el último episodio de su vida política. Su muerte fue sentida por todos, ya que había sido un pontífice justo y bondadoso.

A pesar de los nuevos intentos de Wolsey para que lo eligieran Papa, sus presiones no tuvieron resultado, y a Adriano le sustituyó en la silla pontificia un prestigioso florentino, el antiguo legado papal, el cardenal Julio de Médicis, quien tomó el nombre de Clemente VIL A su corte afluyeron los embajadores para saber de qué lado se colocaría en la pugna de poderes de Europa.

17

El triunfo de Wolsey

1. Palacio de Bridewell. Junio de 1525

Cómo había cambiado todo en tan poco tiempo.», pensó Catalina de Aragón. El indigno cardenal, siempre detrás de todo aquello que la pudiera molestar en el reino, estaba intentando conseguir un triunfo y en su pugna, había logrado que en el último año el rey se alejara de ella. Curiosamente no hubo una razón concreta para ello. Catalina se había ido retirando de la corte preocupada por la educación de su hija, y el rey se ofendió al sentir que ya no era el centro absoluto de su vida. Todo era un absurdo, porque ella le seguía amando, aunque fuera incapaz de manifestarlo del modo exagerado que gustaba a Enrique y al que su corte de aduladores le había acostumbrado. No era el rey sino todos esos oportunistas que le rodeaban los que disgustaban a la reina. Wolsey había hecho bien su trabajo y le había hecho pensar que ella ya no le quería y que solo le importaba la princesa María. Y en lugar de hablar con ella, el rey se había distanciado y Catalina no había hecho nada para evitarlo, al desconocer contra qué estaba luchando, pues no pensaba haber hecho nada que pudiera enajenar la voluntad de su esposo.

Ya estaban muy cerca del lugar donde las esperaban y eso la sacó de sus pensamientos. La reina, la princesa María y sus acompañantes llegaban al palacio de Bridewell a la hora señalada para la fiesta. Se había esforzado mucho en preparar a su hija para que brillara por encima de las demás jóvenes ese día. En ella tenía puestas todas sus esperanzas desde que nació. Había hecho que creciera rodeada de su amor y sus cuidados, en permanente contacto con el pueblo de Inglaterra. La veían de cerca en las peregrinaciones y visitas a los templos en los que acompañaba a la reina y la querían tanto como a su madre, pues la sentían cerca de ellos y de sus sencillas vidas. De hecho, la princesa María, con sus nueve años, era una equilibrada mezcla de Tudor y Aragón. Alta para su edad, aunque era delgada y algo aniñada de aspecto, tenía el empaque regio de sus padres. Su rostro era fino como el de su madre, aunque menos dulce, debido a algunos rasgos remarcados de los Tudor que le daban un aire severo. Tenía, además, unas manos preciosas que todos alababan y unos pies muy pequeños y femeninos.

Sus educadores decían que mostraba signos reveladores de un gran carácter: una memoria notable para aquello que le interesaba, una profunda piedad y un interés por los asuntos de la religión impropio de su edad. Tenía, además, una madurez extraña que sorprendía a los que la oían discutir. Era aplicada sin excesos, disciplinada y ordenada, y estaba imbuida del sentido de la realeza y de su propia importancia personal, de modo que era algo distante con los que la rodeaban pero, en cambio, amaba y respetaba mucho a su madre, obedeciendo y atendiendo en todo sus palabras y consejos, intentando siempre compensar inconscientemente las desatenciones que la reina recibía de su esposo y de las cuales la niña se daba plena cuenta. Por eso se había esmerado ese día en su atuendo. Estaba muy guapa, con sus cabellos castaños trenzados con hilos de oro y plata, recogidos con esmero en una redecilla del mismo metal en cuyos nudos se habían cosido minúsculas perlas. Su vestido de terciopelo verde también estaba bordado con perlas finas, oro y piedras preciosas, y el escote estaba bordeado de unas bellas conchas de oro a juego con los eslabones de la gruesa cadena que le colgaba del cuello, con el broche que llevaba un diamante muy hermoso y una gran perla, que el Rey Católico regalara a su hija antes de irse de España. «Nadie podía negar que aquella era la verdadera princesa de Inglaterra», pensó su madre al observarla. No había una sola niña que tuviera la mitad de su prestancia en el reino y cuando fuera mayor sería una verdadera mujer de Estado, sabiendo todo lo necesario para la administración de sus reinos, con mano firme y una sólida piedad. Sería mujer, pero no débil. Al menos eso era ya evidente, y la reina Catalina creía al profesor Vives, que no era dado a encomiar demasiado a sus alumnos. Pero a pesar de estar orgullosa de su hija, incluso quizá debido a ello, Catalina se sentía muy incómoda en aquel palacio de Bridewell, aunque estuvieran con ellas el profesor Vives y los duques de Norfolk y Northumberland.

En ese lugar podía comprobar hasta qué grado se había alejado del centro de la escena, casi de modo inconsciente, en el último año. La reina vivía cada vez más retirada de la corte, del rey y de las fiestas, dedicada a su pequeño pero escogido grupo de fieles, a su piedad, a sus obras de misericordia y sobre todo al cuidado del crecimiento de su hija, la princesa María, y a la supervisión de sus profesores con el maestro español. Además, cada vez era más notorio para todo el mundo que Enrique VIII no disfrutaba ya de su compañía. Era como si en poco tiempo se hubiese aburrido de ella. Parecía que le incomodaba su seriedad y el que hubiese volcado su atención en la princesa, transformándola en eje de su mundo privado.

Al rey le gustaba ser el centro de atención de todo y de todos, y esa tendencia se iba haciendo más fuerte con los años. Ella le amaba de

veras; siempre había sido así, pero él era ya incapaz de apreciar su devoción callada, tan distinta del empalagoso modo en que Wolsey y tantos otros regalaban sus oídos con mil cumplidos hiperbólicos que llegaban a ser ridículos de puro exagerados, pero que a Enrique parecían gustarle cada vez más. Mientras, ella cada vez estaba más delgada y demacrada por las penitencias y ayunos. Había visto cómo Enrique engordaba y ponía muchos kilos a su antaño esbelto porte y su rostro se tornaba rojizo a fuerza de comilonas y vino, y se le hinchaba la pierna a consecuencia de una gota incipiente que le ponía de muy mal humor. Ello le hacía portarse con dureza, especialmente con Catalina que, educada por sus padres en la estricta observancia del respeto a su esposo, callaba y callaba. Mientras, sufría al ver cómo, sin pretenderlo ni poder evitarlo, entre ellos crecía una distancia que cada vez era más patente, y que obedecía a la disparidad de sus caminos y sus gustos que arrancaban del mismo lugar, pero se dirigían en dirección opuesta, como consecuencia de sus principios e ideas, que durante los últimos tiempos habían evolucionado de un modo tan diferente.

Mientras el rey estaba casi públicamente liado con María Bolena, como a la reina no le preocupaba aquella joven, le había dejado hacer y se había alejado de él para dejarle espacio vital. Ahora el rey ya no la necesitaba. Sin saber que por su abandono estaba perdiendo poco a poco el favor real, la reina había aprovechado para dedicarse a todo lo que le parecía trascendente; un error, quizá, como le habían señalado muchas veces su confesor y el mismo maestro Vives. Pero Catalina, que se veía perseguida por la fatalidad, parecía no saber reaccionar de otro modo, aunque quisiera, aun consciente de que no lo estaba haciendo bien. Habida cuentala importancia del enemigo que tenía enfrente, nada menos que el cada vez más poderoso cardenal Wolsey, su actitud había sido casi un suicidio político, pero tampoco eso le importaba. Con los años se estaba volviendo fría. A fuerza de ver que su posición en la corte solo era sustentada por su enorme prestigio personal y la promesa de matrimonio de su hija con el emperador, solo esperaba de su esposo el respeto debido y el cumplimiento de su compromiso con Carlos I de España y V de Alemania, aunque el artero Wolsey había estado metiendo cizaña incluso en esto. La reciente viudedad de Francisco I de Francia dejaba libre el camino para un posible matrimonio francés de la princesa María, si se rompía el compromiso con el emperador.

La reina Catalina había confiado en que su esposo no se atrevería a romper el compromiso pactado con Carlos V. Tras el desastre que Francisco I sufrió en la batalla de Pavía, en Milán, donde el numerosísimo ejército francés fue aplastado por las tropas del emperador, guiadas por el condestable de Borbón, y Francisco I fue

hecho prisionero junto a muchos de los mejores caballeros de su país, hubiera sido políticamente absurdo romper con el triunfador y aliarse con el derrotado. Pavía favoreció a la Inglaterra de los Tudor, porque en la batalla murió el duque de Suffolk, enemigo mortal de Enrique VIII y pretendiente al trono inglés, y el hijo del rey de Escocia, que era un noble y hermoso caballero, cuya pérdida enlutaba al reino vecino pero convenía a Inglaterra. Además, habían caído en la batalla muchos de los caballeros más importantes de Francia, entre ellos el caballerizo mayor, monsieur de La Palisse, el almirante Bonnivet, el príncipe de Talemón, señor de La Tremouille, el duque de Montmorency, mariscal de Francia, el gran maestre de Francia, tío del rey Francisco I, el duque de Longueville, el conde de Tonerre, el mariscal de Foiz, el de Chabannes, el príncipe bastardo de Saboya, gran maestre de Francia, el señor de Saint Severin, escudero mayor de Francia, y otros muchos nobles de alta alcurnia y soldados hasta sumar los 15.000 muertos que quedaron en el campo de batalla.

Entre los prisioneros, junto a su rey, destacaba Juan de la Brit, rey de Navarra; Luis, duque de Nevers; el príncipe de Tallemond; el conde de Saint Paul, y otros muchos que se habían entregado al conocer que Francisco I había sido capturado.

El triunfo de su aliado había puesto de buen humor al rey, aunque Wolsey intrigó también en ello, despertando sus celos ante el triunfo universal de Carlos V que en adelante podía convertirse en el señor del mundo cristiano, con lo cual el rey Enrique VIII quedaría muy disminuido ante la gloria de su sobrino político. Pero mientras digería esa insidia nacida del tortuoso cerebro de su privado, decidió disfrutar de las ventajas que las muertes del duque inglés y el príncipe escocés suponían y, animado por Wolsey, encumbró a su bastardo, el hijo de Bessie, Enrique Fitzroy, al que había tenido hasta entonces bastante abandonado. Era una inesperada bofetada en el rostro de la reina, que esta no se esperaba y que Wolsey quería disfrutar plenamente.

Aquella opulenta residencia –de grandiosa portada de piedra orlada de escudos y gárgolas heráldicas, llena de muebles y tapices cuyos orígenes conocía bien, de espacios bien iluminados y alegres que se debían a los grandes ventanales, cubiertos con cristales como los del palacio de Greenwich– la incomodaba bastante, y la razón de haber sido convocada allí le dolía profundamente.

Había pedido al maestro Luis Vives que las acompañara ese día, para poder entrar con algún amigo que la apoyara. Pero, en contra de lo que ella imaginaba, no le faltaban apoyos en el reino ni a ella ni a su hija, la princesa de Gales. Así, cuando llegó el día señalado en que el rey le había ordenado asistir a esta amarga fiesta en honor de su hijo bastardo, en Bridewell Palace, llegó el noble duque de Norfolk acompañado de su esposa y de sus primos los duques de

Northumberland, que se ofrecieron como escolta de honor a la reina. Esta aceptó con gusto ser llevada por aquellos lores que estaban entre los más antiguos e importantes de Inglaterra y que en esa hora en que sentían que la estrella de su reina estaba palideciendo, no querían dejarla sola.

No habían hablado mucho, tensos en presencia de la princesa, que solo contaba nueve años. Cuando llegaron al muelle y dejaron la barcaza real, donde habían hecho la travesía como si se dirigieran a un funeral, solo los comentarios inocentes de la heredera del trono alegraron al cortejo, pues la joven no sabía lo que su padre planeaba para ella.

Cuando María se alejó un momento con Vives, mientras su madre se preparaba para entrar en el lugar, Norfolk se le acercó y la llamó aparte.

–Majestad, venid un momento, por favor.

–No me llames majestad, Norfolk –dijo incómoda–. Ese título solo le pertenece al emperador; a mí, como reina de Inglaterra, me corresponde el de alteza.

-Lo siento, majestad –insistió Norfolk–. Despertad de vuestro ensueño, porque podéis perder mucho, señora. Al rey le gusta que le llamen majestad y, por tanto, así también os han de llamar. Vos, majestad, debéis consentir para no poner en evidencia a su majestad el rey –repitió de nuevo Norfolk, intentando que el oído de la reina se acostumbrara a ese título inadecuado y pomposo.

–Te agradezco el consejo, Norfolk. Se me hace difícil aceptar ese ridículo título que no me dice nada, pero lo intentaré. Estoy segura de que los embajadores del emperador, del Papa y de Francia se van a reír de nosotros.

–No lo creo, señora –dijo el duque–. Está el río muy revuelto con la prisión del rey francés, a quien, por cierto, también le gusta que le llamen majestad...

–Sí-dijo Catalina, irónica–, su muy prisionera majestad, el rey Francisco I. Es absurdo.

–Quizá, señora. Pero los tiempos están cambiando muy rápidamente y me temo que a peor. Escuchadme bien, por favor, majestad. Quiero preveniros, para que no os pille por sorpresa lo que el rey pretende hacer esta tarde. Es muy importante que no mostréis una reacción negativa. Os lo ruego por vuestra misma posición que peligra.

–¿Tan grave es el asunto?

–Más de lo que imagináis. Wolsey quiere acabar con vos desde hace años y sospecho que tiene una baza importante en la mano. Ha

comunicado hace poco a los embajadores españoles que el rey de Francia pretende la mano de vuestra hija.

–Eso no tiene relevancia –dijo la reina–. Es un intento antiguo y el rey no caerá en esa burda trampa.

–El intento del cardenal no es burdo, majestad. Lo ha hecho con toda intención. En las cancillerías se comenta que Juan III de Portugal quiere casar a su hermana, la infanta Leonor, hija de vuestra hermana, la reina de Portugal, doña María de Aragón, con Carlos V. Y sé que el matrimonio cuenta con el beneplácito de la nobleza española, que quiere tener ya un sucesor al trono y no desea esperar los años que faltan para que madure la princesa de Gales. Y según parece, las cortes de Castilla se lo van a pedir.

La reina palideció al oír las palabras de Norfolk.

–¿Desde cuándo lo sabe el rey?

–Lo más grave del asunto de hoy es que aún no lo sabe. El encumbramiento de Enrique el bastardo no se debe a su rabia con el emperador, que todavía no ha estallado. Aunque temo que si todo va a favor del enlace portugués su furia llegará, y entonces libraos de su ira, porque nada le detendrá en su rabia, y la misma princesa de Gales tiene mucho que temer.

–No hará nada contra su hija. El rey la ama.

–Sí, pero Wolsey la odia como a vos, porque en ella ve vuestra continuidad en el trono de Inglaterra y quiere que nunca llegue a sentarse en él.

–¿Qué decís, amigo mío?

–Ese es el juego, majestad. Wolsey no parará hasta que consiga su objetivo o pierda la vida en ello. Quiere destronaros, anular vuestro matrimonio con el rey y declarar que vuestra hija es una bastarda. Esa es su obsesión, y hará cuanto esté en su mano por conseguirlo.

–Nunca podrá conseguirlo –dijo la reina, con voz serena–. Mi matrimonio es válido ante Dios y ante los hombres. He tenido siete partos y una hija, y el pueblo me ama.

–Y la nobleza también, señora. Eso les frenará algún tiempo. Pero si ocurriera lo peor…

–Estaré preparada, amigo mío. No sería la primera vez que sufro una humillación, y esta vez tengo alguien por quien sobrellevarla con la mayor alegría. Daré mi vida si fuera necesario por la princesa de Gales, y por mi dignidad y por la suya jamás consentiré en que declaren nulo nuestro matrimonio. Y os aseguro que nadie podrá forzarme a una renuncia a mis derechos legítimos, que son los de la hija de mi corazón.

–Os creo, majestad. Y siento en verdad haberos hablado tan

duramente, pero creo que es mejor que sepáis lo que está pasando en Inglaterra, porque en los últimos tiempos parecéis haber perdido la perspectiva de nuestra realidad.

–Así lo veo, duque. Y no sé si sabré retomar las riendas de la situación. Solo espero que mi sobrino Carlos no rompa su compromiso con nuestra hija, la princesa de Gales.

–Eso lo sabremos pronto, señora. Pero no hoy. Sé que el rey quiere hacer un gran honor a su bastardo y por eso nos ha convocado a todos en Bridewell y a la mayoría de nosotros, si os sirve de consuelo, nos gusta tan poco como a vos ese hecho.

–Pues me sirve, Norfolk. Para mí es muy importante sentir el apoyo de Inglaterra. Puedo soportar el dolor y la tristeza; las humillaciones y dificultades y estrecheces; incluso puedo soportar la soledad más rotunda; pero me gusta saber que al menos hay quien valora mi esfuerzo por mantener intacto el prestigio de la corona y el honor de mi persona como princesa de la casa de Aragón y como reina de Inglaterra.

–Nunca estaréis sola, majestad. Somos muchos los ingleses que os llevamos en nuestro corazón y no queremos ser manipulados por ese ambicioso hijo de carnicero, a quien Dios castigará algún día por todas las maldades e iniquidades que ha cometido.

–Esperemos que así sea, Norfolk. Pero ahora entremos –dijo dando por acabado su aparte–. La princesa de Gales y vuestros primos nos esperan. Sabe Dios que me es difícil entrar aquí, y lo hago solo porque mi esposo me lo ha ordenado.

Juntos y en silencio, con los rostros serios, se reunieron con los demás. El noble duque de Northumberland miró a su primo un instante y supo que la reina ya sabía lo que ambos habían deseado que supiera antes de su entrada en esa casa maldita, donde se iba a producir una humillación para la misma corona de Inglaterra, representada en su heredera.

La reina no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Su esposo, el rey, tras ponderar las gracias de su bastardo, había decidido darle unos títulos que para los ingleses eran los más venerados del reino. Lo hizo ante la reina, la princesa de Gales, los pares de Inglaterra y los nobles y prelados. Como una pesada losa que iba cayendo cruel sobre el corazón de la reina, el rey iba enumerando las dignidades que desde ese día tendría su hijo bastardo Enrique Fitzroy. Sería duque de Richmond, llevando así el título que usara Enrique VII antes de su victoria en Bosworth contra las huestes de la casa de York, que le dio la corona de Inglaterra. Anonadada, la reina oyó el resto; el bastardo era nombrado señor de Carlisle y primer par del reino y Lord

almirante de Inglaterra, Gales, Irlanda, Normandía, Aquitania y Gascuña. Eran los títulos que correspondían al heredero de la corona, salvo el de príncipe de Gales.

Wolsey miraba a la reina Catalina con un odio apenas disimulado. Quería disfrutar al ver cómo su rostro se descomponía ante la humillación que suponía para ella el postergamiento de su hija por ese bastardo. Todo había sucedido tras un gran trabajo de zapa realizado por él con suma cautela, que había dañado el cariño y el respeto que el rey sentía por la reina. Le decepcionó el extraordinario control de Catalina de Aragón, que, esperando cualquier cosa, supo esconder su horror tras una máscara de indiferencia que sorprendió a todos.

Tras la enumeración de aquellas mercedes que colocaban al bastardo solo a un pequeño paso del trono, en la sala hubo murmullo de los nobles y de los prelados que sí reaccionaron con asombro ante aquel gesto sin precedentes. No querían tener como rey a un bastardo hijo de una cualquiera y no pensaban tolerarlo.

El rey se dio cuenta inmediatamente de lo mal que había caído el nombramiento y por qué, pero ya era tarde. Su firma estaba al pie de aquel documento y el que murmurara sobre su capacidad de tomar tal decisión, meditaría sobre ello en la Torre de Londres, mientras esperaba turno para que el verdugo le cortara la cabeza. Iba a ser implacable con ellos. Sus decisiones eran leyes y nadie tenía el derecho de oponérsele. Entonces miró a Catalina y supo que había perdido su confianza para siempre. Aunque el rostro de la reina no expresara nada, esa misma quietud que él conocía tan bien no era más que la expresión de un absoluto dominio sobre sí misma; una reconcentración que le daba fuerzas para soportar la adversidad, sin mostrar al exterior ninguna flaqueza. Entonces sintió de verdad lo diferentes que eran. Para él, la vida era un constante disfrute de todo. Disfrutaba gobernando, amando, cazando, festejando y haciendo su santa voluntad hasta el límite que él mismo se marcara, incluso si traspasaba el exceso. Ella, al contrario, detestaba todas esas manifestaciones de descontrol. Su piedad, su firmeza en la vida, su ascetismo y sobriedad le aburrían y le inquietaban. Y, además, según había comprobado, ya no podía darle más hijos, lo cual le condenaba a tener a la princesa como heredera o a repudiar a su esposa y contraer nuevo matrimonio, porque lo que estaba claro es que Enrique Fitzroy, por más que el rey le hubiera dado todos esos títulos que correspondían al heredero de Inglaterra, nunca iba a llevar en sus sienes la corona real. Ni la nobleza, ni el clero, ni el pueblo lo admitirían. Para ellos, la princesa María era la legítima heredera de Inglaterra y, como se había visto, incluso Norfolk y Northumberland se habían atrevido a apoyarla abiertamente, yendo como escolta de honor de la reina a esa fiesta planeada para la exaltación del hijo

bastardo.

Su decisión había sido en parte motivada por el hecho de que la reina solo se ocupaba de la princesa y se había olvidado de él. Por ello iba a recibir una lección que le recordara quién era el amo de Inglaterra. Casi con crueldad se fue hasta ella para anunciarle en persona, y mirándola a los ojos, algo que no iba a dejarla impasible: en breves días la princesa María, acompañada de sus educadores, debería partir hacia su principado y morar en adelante en el castillo de Ludlow. Le dijo con una sonrisa que debía ir allí, a hacerse cargo de sus Estados, de modo que estuviera bien preparada para asistir a su esposo, cuando el emperador la mandara llamar para la boda.

Durante un instante tan solo, el rostro de Catalina mostró el profundo dolor que la decisión del rey le provocaba. Pero solo fue durante un instante. Como si los sentimientos que habían avivado su rostro hubieran sido soñados por el rey, en adelante este solo pudo ver en sus ojos una frialdad desconocida, tan molesta que le hizo dejar de mirarla y sentirse un poco canalla, aunque el momento de debilidad pasó casi de inmediato. Wolsey, que estaba al quite, llegó a su vera y la de la reina para dar al rey la enhorabuena por el encumbramiento de su gracia, el duque Enrique de Richmond.

Aprovechando que ambos comenzaban una conversación, la reina pidió a su esposo con frialdad absoluta la venia para retirarse con su hija. Él se la concedió, quitándose su incómoda y glacial mirada de delante. Mientras se alejaba erguida, con toda la majestad que no tenía ninguno de los presentes, salvo ella, Wolsey sintió que su odio por Catalina crecía y crecía. ¿Cómo era capaz aquella señora de soportar tan bien los golpes bajos? Hoy salía erguida de aquel palacio. La próxima vez saldría menos entera. Ya se encargaría él de eso, pensó, mientras la veía alejarse de la mano de la niña que pronto sería apartada de la corte y del influjo español de su madre.

2. Toledo. 1525

–Majestad –dijo el conde duque de Benavente–. Sabéis que lo que han pedido las cortes es de ley. Debéis casaros con vuestra prima, la infanta Isabel de Portugal. Vuestros reinos son cada vez mayores y necesitamos un heredero para sentir que todo va bien. No olvidéis que España ha perdido a muchos príncipes en los últimos tiempos: don Juan, doña Isabel, don Miguel y vuestra pobre madre, que está retirada en Tordesillas. No podéis hacernos esperar otros cinco o seis años, hasta que la princesa inglesa madure.

–He dado mi palabra al rey y por ello la cumpliré, Benavente, pero la princesa deberá venir a España y traer la misma enorme dote que la

boda de su madre costó a mi abuelo el rey don Fernando el Católico. Así al menos, si debemos esperar, podremos pagar con el dinero de la dote algunas de las cuantiosas deudas que me ha hecho contraer la campaña militar. Es increíble cómo, a pesar de que el oro del Nuevo Mundo afluye sin cesar, nunca basta para la inmensa contienda en la que estamos metidos. Al menos, la prisión de Francisco I supone un alivio en la sangría. Su rescate le va a costar caro cuando le deje ir. Le exigiré el ducado de Borgoña, que es mío por derecho y que su antecesor en la corona de Francia quitó a mi abuela la duquesa María, y su hijo mayor, el delfín, como rehén.

»Además, nos hemos enterado, por sus vigilantes en la Torre de Los Lujanes de Madrid, que estaba en tratos con el intrigante cardenal Wolsey, en Inglaterra, para desposar a mi joven prometida si conseguía convencer al rey de Inglaterra, mi tío, de que rompiera el compromiso de su hija conmigo. Por eso, mi petición de que vengan la princesa y su dote se justifican.

–Tenéis razón, señor. Me cegó el hecho de que deseamos tanto un heredero. Pero tan prima vuestra es la una como la otra y tan digna reina de España y emperatriz serán una u otra. Y si no hay más remedio, tendremos paciencia y esperaremos a que doña María de Gales madure.

–Dudo que el rey Enrique acepte mi ultimátum. Es muy orgulloso y no creo que quiera enviarnos a su heredera así como así.

–¿Y qué haréis si no lo hace?

–Entonces romperé el compromiso muy a mi pesar, porque sé que la situación de mi tía en Inglaterra al lado de su esposo desairado y de ese ambicioso, vulgar y muy ladino cardenal Wolsey será muy difícil. Pero creo que ya es hora de que contraiga matrimonio. Quiero tener hijos y el tiempo suficiente para poder inculcarles el sentido del deber que tienen que asumir desde la infancia, y para ello quiero ser aún joven y dejar que mi heredero crezca y se haga adulto antes de que yo muera.

–¡Qué cosas decís, señor! Aún os quedan muchos años de batallar por delante.

–Eso espero. Si Dios así lo quiere, así será, conde duque, pero tengo ya veinticinco años, he conocido algunas hembras y deseo sentar la cabeza. La verdad –dijo en un raro gesto de confianza, extraño en el reservado emperador– es que estoy harto de mi soledad. La cumbre del mundo es muy solitaria y necesito una reina de verdad a mi lado, que me ayude en la inmensa tarea de gobierno que tengo sobre los hombros. Mi corazón y mi cabeza me dicen que la candidata idónea es doña Isabel de Portugal. Ella es de mi edad, inteligente y hermosa, y todos hablan maravillas de su carácter y de su tacto. Es la esposa

ideal. La pequeña princesa de Gales es preciosa, pero tiene nueve años. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar para casarme? ¿Y hasta poder confiarle alguna tarea de gobierno?

–Demasiado, majestad.

–Eso creo también yo –dijo el emperador meditativamente–. Sabe Dios que si tuviera diez años más ya sería mi esposa, pero la situación es complicada. Tengo demasiados reinos y demasiados conflictos en ellos y necesito un heredero para darles solidez y futuro.

–¿Cómo va el asunto de Lutero, majestad? ¿Sigue ese hereje dándoos problemas?

–Más de los que podáis imaginar, conde duque. Se ha hecho fuerte en su territorio y extiende su influencia a los principados y ciudades vecinos bajo la protección de las armas del duque de Sajorna. Sus partidarios son verdaderos fanáticos, y cada vez su postura se aleja más de la católica, lo cual hace que se agrave el problema cada día que pasa. Si no se consigue llegar a una concordia, no sé hasta dónde habrá que llegar; quizás incluso haya que convocar un concilio... Además, más allá de la cuestión religiosa, muchos se están aprovechando políticamente para medrar, lo cual complica aún más el difícil equilibrio de poderes en el seno del Sacro Imperio Romano Germánico. Mientras, el terrible Solimán II, mi mayor enemigo, intenta dominar territorios del reino de Hungría y los principados del Danubio y sus piratas asolan las costas de Italia y del sur de España.

–Sí, señor, pero vuestro triunfo de Italia ha sido grandioso. Todos os temen.

–Quizá, don Alonso, pero no olvidéis que cuando un grande se hace demasiado grande, solo pueden pasar dos cosas. O los demás poderes le acatan sin discusión o se unen todos contra él. Y aún está por ver cuál de las dos cosas acontece.

–Espero que la primera, majestad.

–Pues yo me temo mucho que sea la segunda. El papa Clemente VII no es de fiar. A cada momento se inclina al sol que más calienta, y la madre del rey francés, la reina doña Luisa de Francia, está intentando conseguir todas las alianzas posibles, y a cualquier precio, para que los demás príncipes cristianos, incluido el rey de Inglaterra, no acepten nuestro triunfo.

–¿Y qué pensáis hacer, majestad? –dijo el conde.

–Esperar –fue su rotunda respuesta–, solo esperar y confiar. Tenemos en la mano una baza muy fuerte y hemos de jugarla bien. Si lo conseguimos, podríamos ganar una paz universal bajo el cetro del emperador, en lo temporal, y del Papa, en lo espiritual.

–Es una hermosa imagen, Señor. Dios quiera que se cumpla vuestro

deseo, en bien de la cristiandad.

3. Abadía de Westminster. Londres. Marzo de 1526

Enrique VIII había decidido visitar la abadía de Westminster tras concluir la reunión del consejo real. «Estaba algo meditabundo y salir quizá le cambiara su estado de ánimo nostálgico», pensó. El cardenal Wolsey, viendo que era una circunstancia favorable para hablar con él sin demasiados testigos, le había propuesto acompañarle y, para su fastidio, también lo hizo el nuevo lord Rochford, Thomas Boleyn, padre de María y de Ana, que gozaban del beneplácito regio. La primera ya había culminado su relación con el rey, mientras que la segunda había conseguido despertar su interés, de regreso de la sofisticada corte de Margarita de Austria, en Malinas. Ana, que a diferencia de su hermana era fría y calculadora, había comenzado a coquetear con él de un modo inhabitual para el monarca, porque se resistía a sus requiebros sin rechazarlos. De modo que el rey cada día estaba más interesado en ella.

Pero ese día Enrique VIII no estaba para fiestas. Aceptó la compañía de Wolsey en el mismo carruaje y la de Rochford y los Howard, que fueron en otro detrás para comodidad del primer ministro. Hicieron el camino en silencio. Wolsey resistió la tentación de hablarle y soportó con discreción el silencio de su monarca, que lo agradeció. Por eso, cuando llegaron, viendo el ánimo jocoso de los otros, les indicó que quería pasear por la abadía a solas con el cardenal y les dejó en la entrada.

Entraron por la puerta real. Los guardias que había ordenado colocar allí se cuadraron ante la inesperada visita de su rey. En la grandiosa nave de la abadía de Westminster se estaban haciendo obras por encargo del rey, para darle mayor esplendor; estaba solitaria. Las magníficas vidrieras dejaron entrar un sol frío y tamizado de anuncio de primavera, que se atrevió a romper en ese instante el manto uniforme de nubes que cubría el cielo plomizo de Londres, dando, de repente, a todo el espacio sagrado un aire sobrenatural. Cubiertos muchos de los ornamentos religiosos y las obras de arte que decoraban con profusión el templo, con grandes mantas y trapos, creaban fantasmagóricas siluetas en la distancia, con el claroscuro. El rey observó los trabajos encargados y vio con satisfacción que estaban muy avanzados y, poco a poco, como hechizado por la extraña luz del cielo y la paz que emanaba de aquel lugar, sintió que de nuevo volvía a ser el de siempre. También Wolsey, que le conocía bien, reparó en su cambio de estado de ánimo. Como por casualidad, el cardenal rompió el silencio y le sacó el tema de conversación que llevaba guardando

varios días para cuando llegara el momento adecuado.

–Ya se han casado el emperador y su prima doña Leonor, majestad –comentó con tono casual–. Nuestros informadores dicen que la boda se celebró en Sevilla y que despertó el delirio popular. La infanta entró antes que el rey emperador en la ciudad, bajo un palio con grueso bordado de plata y perlas que vale la renta de una provincia y que habían bordado las monjas de uno de los conventos andaluces más reputados por sus finos trabajos. Después llegó a la ciudad el novio y fue recibido por los corregidores, el arzobispo, los grandes y el pueblo. Hizo solemne entrada en la ciudad bajo un palio de una riqueza sin par, bordado de oro y piedras preciosas. Pompa, boato y ceremonia, como apetecen al césar Carlos, que es como gusta que le llamen ahora. Fiesta en el Alcázar hasta la madrugada y varios días de torneos y juegos de cañas, y oro para el pueblo…

–Callad, cardenal Wolsey. No me habléis de ese asunto. Aún hiervo de rabia cuando pienso en el modo tan bajo en que se deshizo del compromiso sagrado que tenía con nuestra hija, la princesa María. ¿Cómo pudo atreverse a pedirme que la enviara a Castilla, con la misma dote que su abuelo envió a mi esposa la reina aquí, hace casi veinticinco años? Era un modo burdo de zafarse de su deber y yo me negué a aceptarlo, por mantener mi honor intacto. No entiendo qué puede recibir de esa infanta, que al fin y al cabo no es más que la hermana de un rey. Con mi hija como esposa, habría heredado Inglaterra…

–Hicisteis muy bien en rechazar su petición, majestad –dijo el taimado personaje que había intentado convencer a su rey en todo momento de que tomase esa decisión y no otra–. Aunque aún sois joven y podéis tener hijos varones.

–Yo sí –dijo el rey–, pero dudo que la reina pueda.

–Bueno, señor, como sabéis, sois el soberano de Inglaterra y si vuestra esposa ya no os sirve, le debéis a vuestro pueblo la continuidad y un heredero legítimo…

–Eso significaría repudiar a la reina y no quiero afrentarla de ese modo. Además, acepta con discreción mis aventuras, sin decir nunca una palabra al respecto ni pronunciar un reproche, y ha sido siempre una buena esposa y una buena reina para Inglaterra, a la que todos, pueblo, clero y nobleza, quieren y respetan.

–Esa es una decisión difícil, señor, pero es toda vuestra. Nadie puede aconsejaros –dijo–, aunque, como sabéis, desde hace años, hay un sector de la corte que duda de la validez de vuestro enlace y de la dispensa al mismo que os diera el papa Julio II, ya que esta le fue arrancada por vuestro suegro el rey Fernando el Católico como pago a un favor. Ya sabéis que dicen las escrituras que un hermano no debe

conocer las vergüenzas de la viuda de su hermano ni yacer con ella.

–La reina tuvo un matrimonio blanco con Arturo –dijo Enrique molesto–. Yo sé muy bien que era virgen cuando entré en su lecho, Wolsey.

–Claro, majestad, pero aun así cabría dudar… En fin, disculpad si os he molestado con ese penoso asunto, pero es algo que debierais meditar. Por cierto –dijo cambiando de tono–, es una pena que Carlos V se os haya adelantado, forzando el compromiso de Francisco I de Francia. Mientras estaba en Madrid, contrajo matrimonio con la hermana del emperador, doña Leonor de Austria, aunque el emperador no les dejará convivir maritalmente hasta que cumpla la concordia que le arrancó en Madrid.

–Ahí estuvo poco listo –dijo Enrique VIII con cierta satisfacción por el mal ajeno–. No sé cómo soltó al rey de Francia antes de tener de nuevo en su poder la herencia de su abuela, el ducado de Borgoña –dijo el rey como para sí mismo–. Pecó de inocente y confiado y me extrañaría mucho que el rey francés, a pesar de haber dejado a su hijo primogénito como rehén en España, vaya a cumplir un compromiso que supondría el ahogo de la prosperidad de Francia. No le dará nunca Borgoña al emperador, ni cederá en sus pretensiones italianas. Ya lo veréis, Wolsey.

–Estoy plenamente de acuerdo con vos, majestad. Carlos es poderoso pero no sabe acabar de jugar sus bazas para que su triunfo sea total, aunque la suerte le ha sonreído como a pocos, con el triunfo del año pasado contra el francés. Pero en cambio se ha ganado vuestra enemistad con su boda portuguesa, y eso le puede costar caro.

–No lo sabe bien –dijo en tono amenazador el monarca–. No descansaré hasta devolverle de algún modo la afrenta que me ha hecho. Y sabe Dios que, para las cosas que deseo, soy muy tenaz. Ni perdono, ni olvido.

–Eso os honra, señor –dijo el cardenal–. Así no toleraréis menoscabo ninguno a vuestra majestad. A veces hay que saber esperar, para que cuando llegue el día de la venganza esta tenga un más dulce sabor.

–Creo que ese es un plato del que nunca seré capaz de saciarme, cardenal –dijo el rey con tono lúgubre.

–El triunfo saciará vuestro apetito, señor.

Y en silencio de nuevo salieron de la impresionante nave. Fuera les esperaban Rochford y los Howard, quienes rápidamente se acercaron y se unieron a ellos al verles regresar de su paseo. Rochford estaba de un humor excelente, y sus jocosos comentarios alegraron con cierta facilidad el espíritu, algo nublado, del monarca.

«Ya se va acercando la hora de mi triunfo final –pensó Wolsey,

mientras dejaba que aquellos insulsos peleles rodearan al rey–. Muy pronto superaré la resistencia del rey, que se tambalea, y podré darle el deseado jaque a la reina. ¡Que tiemble doña Catalina! ¡Ana Bolena será el arma que la derribará del trono, si es capaz de jugar bien sus cartas! Y yo la apoyaré desde atrás con todas mis fuerzas, para que sus dardos tiren a matar.»

18

La frialdad de Ana Bolena

En 1525, Ana Bolena ya no era la niña que salió de Londres, enfurruñada y desairada, para ir a la corte de la regente de Flandes, amparada por la protección de la reina de Inglaterra. Aprendió bien la lección en Malinas. Había visto cómo las damas de la corte de la archiduquesa actuaban dando lo justo de sí mismas y reclamando a los hombres que las cortejaban un cuantioso pago en dádivas o influencias para sí y los suyos.

Era ley de vida. En principio, la mujer estaba disminuida ante el hombre, pero podía poner esa desigualdad a su favor si era capaz de prometer sin dar, manteniendo su interés y encendiendo su pasión hasta que el hombre fuera su títere. Allí, en las liberales tierras flamencas, aprendió a practicar el sutil arte de la seducción y destacó de inmediato, superando a sus maestras. La razón era obvia: Ana tenía una belleza deslumbrante. Era de mediana estatura y muy bien proporcionada. Sus cabellos largos, sedosos y negros, muy bien cuidados, brillaban con reflejos rojizos como el azabache. Su rostro, precioso, era ovalado, y sus rasgos finos, proporcionados y aristocráticos. Su piel era nacarada y sus ojos, grandes, oscuros y seductores, le daban una apariencia inocente y dulce, pero su espíritu y su corazón eran fríos; fríos como los pasillos de los palacios de Malinas y los vientos de Flandes.

Las lágrimas derramadas por su amor juvenil fueron las últimas que saldrían de sus ojos por un hombre. Así se lo juró a sí misma y pensaba cumplir su juramento, a fuerza de tesón, aprendiendo a dominar sus instintos, como doña Catalina de Aragón o doña Margarita de Austria, cuya observación había constituido para ella un ejemplo excelente. Una vez lejos de Percy comprendió que el joven había preferido mantener su encumbrada posición y su comodidad antes que luchar por ella, y eso le dio la verdadera medida de ese amor, nada heroico, y la decepcionó todavía más. Entonces decidió que la culpa no era de nadie, sino del hecho de no estar situada en la posición adecuada. Solo estando en la cumbre no habría peligro de que alguien viniera a destruir sus ilusiones, y ya que el rey era el que todo lo podía y quien ordenaba en todos, ella no debía desear otra cosa que no fuera esa; acabaría siendo la dueña del rey. Desde que tuvo ese pensamiento, creció y se educó en la observancia de un

principio que en adelante sería su guía: no poner ningún límite a su ambición. Utilizaría a quien fuera y como fuera, hasta llegar a su objetivo o perecer, porque, en realidad, si no estaba al lado del supremo poder, nunca sería nada.

Pasaron los dos años de su exilio dorado en Flandes y aprendió a cantar, educando su voz preciosa; leyó y se aficionó al arte flamenco y le agradaba estar presente en los círculos más ilustrados de la corte, donde se aplicó a escuchar y aprender. Así, cuando retornó a Inglaterra, era una jovencita preciosa, pero estaba casi irreconocible. Cuando supo su llegada por su padre, sir Thomas, la reina la llamó a la corte de nuevo y la recibió con los brazos abiertos, como si no se hubiera ido nunca, pero ella ya no sentía por doña Catalina el sincero cariño de antaño. Al contrario, la nueva Ana la miró como a una enemiga. Al fin y al cabo, ella era el gran obstáculo entre su joven persona y el sitial dorado, al lado del rey. Se alegró al ver que había envejecido y al saber que el rey ya no la favorecía con su confianza como antes. María, su hermana, seguía siendo la favorita de su majestad, pero este estaba ya comenzando a cansarse de ella y Wolsey buscaba una sustituta con la que atacar a la reina.

Ana se sorprendió a sí misma acercándose a hablar con el taimado ministro, al que había detestado antes de irse, mostrándole sus mejores sonrisas y riéndole sus gracias, como si en verdad le apreciara. Era extraño para ella ver cómo no sentía por él ninguna animadversión. Al contrario, casi le estaba agradecida por haberla forzado a ese alejamiento que tan bien le había sentado; incluso se asombró al observarse un día admirando el modo magistral que tenía el cardenal de envolver al inteligente monarca en sus manejos. Entonces supo que solo una alianza momentánea con aquel hombrecillo, que tenía tan pocos escrúpulos como ella, la llevaría al lugar donde soñaba estar; aunque a nadie, ni siquiera a su padre, había osado decirle cuál era su meta. Wolsey la observaba también y su intuición le hizo concebir esperanzas de que aquella jovencita, de apariencia candorosa pero inteligente y seductora, sería una palanca mortal que lo ayudaría por fin a desplazar de su trono a la odiada reina Catalina.

Un día la invitó, junto a otros jóvenes, a uno de sus ágapes, y en un aparte ambos tomaron contacto, se midieron el uno al otro y supieron que estaban destinados a entenderse. Curiosamente, ni ella se abrió a él, contándole nada especialmente íntimo ni él le dijo nada a ella; pero no hacía falta. Todo se daba por sobrentendido, habida cuenta de que en la conversación ambos mostraron tener una misma tendencia y actitud. Solo el rey era importante; el resto no era nada y no importaba nada.

Pasadas unas semanas, la joven volvió de nuevo a la corte y estuvo

en todos aquellos lugares donde debía estar, asesorada por el cardenal. No sentía ninguna urgencia. Dejaba que las cosas cayeran por su peso. Ella era mucho más bella y mucho más sofisticada, con su educación francesa y flamenca, que todas aquellas jóvenes dispuestas a retozar con el rey a la menor excusa con el beneplácito de sus mayores, que en algunos casos ejercían como vergonzantes alcahuetes, pensando recibir a cambio de la honra de alguna de sus hijas títulos o riquezas que les compensaran de ese comercio carnal.

«¡Qué escasa visión tenían!», pensó Ana, que vio cómo su mismo padre le insinuaba que debía acercarse al rey, viendo que María ya no era suficiente para su majestad. Pero ni siquiera a su padre le dijo cuáles eran sus secretos planes. Lo que tenía muy claro es que ella no iba a ser una más de aquellas insulsas que daban placer al rey para ser olvidadas casi de inmediato.

De ahí que, cuando tras su acercamiento al cardenal, Enrique VIII se fijó en ella ensimismado por su belleza casi perfecta, su frescura, sus exquisitos modales y su preciosa voz, su ser entero se estremeció de placer. Tenía solo veinte años, pero se sentía la mujer más sabia del mundo, poseedora del saber acumulado de todas las de la raza de Eva y capaz de llevar a aquel soberano despreciable adonde quisiera. Y esa extraña seguridad, su tesón, su desdén medido y el suave y sensual flirteo, gustaron al rey y le atrajeron, le enfadaron y le sedujeron y al final de todo, su majestad seguía como al principio, sin haber conseguido los favores de la pequeña Ana Bolena, que mostraba una resistencia infrecuente, extraordinaria y fascinante a caer en sus redes.

El rey no se aburrió de ella, sino todo lo contrario. Impulsado por Wolsey y por la lejanía de su esposa, se entregó al nuevo juego de conquistar a la dama como si fuese un jovenzuelo. Ana se negaba a aceptar sus invitaciones a palacio y el rey rabiaba por ello; incluso se retiró ella al castillo de los Bolena en Kent, llegado el momento en que peligró su honra, lo cual llevó al rey al paroxismo. Su majestad le escribió ardientes cartas en las cuales le prometía que quitaría de su lado a cuantas personas la molestaran, si esa era la razón de su desvío, para que cayera en sus brazos.

Cuando leyó la carta, el corazón de la fría joven casi se detuvo de la emoción. Quizás el rey no pretendía lo que se deducía de la misma, pero allí estaba enunciado, casi abiertamente, que Enrique VIII estaba llegando a un grado de pasión casi obsesivo y estaba dispuesto a darle lo que le pidiera. La reina era solo una figura caduca y fuera de lugar que había que conseguir expulsar de su lado. Solo tenía que resistir un poco más, prometer sin dar y seguir con ese delicioso juego, tan peligroso y fascinante, que estaba asombrando a toda la corte. Ana sintió que de repente, de ser una más, pasaba a ser el centro de todas las miradas. La observaban con ojos especulativos, creyendo que sería

la siguiente favorita en lugar de su hermana, algo que a todos pareció bien, ya que lo que era seguro es que María Bolena iba a ser historia en breve. Siendo María apreciada por todos, la pequeña Ana, aunque menos natural y campechana, era su hermana, y al fin y al cabo todos pensaron que haría que todo siguiera como hasta entonces.

¡Qué poco la conocían! Curiosamente, en aquel momento de ceguera general, solo Wolsey, que miraba con atención la escena, y la reina Catalina, con su intuición política que había probado ser excelente siempre, captaron la importancia de lo que podía pasar, y sus reacciones fueron muy diferentes.

La del cardenal fue hacer circular, de modo que no se supiera que venía de él, el falso rumor de que el rey Enrique VIII y Catalina de Aragón estaban pensando separarse. El rumor decía también que la piadosa reina deseaba retirarse a un convento, decisión que no podía estar más lejos de ser cierta, aunque era verosímil y conveniente. De inmediato se extendió por la corte como un reguero de pólvora, como si fuera verdad, y la reina sintió que algo no iba bien, pero nadie le decía lo que pasaba, unos por discreción y para no disgustarla y otros deseando su caída. Así, el terreno estaba preparado ya para el siguiente golpe, el esperado y deseado repudio de la reina; la anulación de su matrimonio con el rey y su regreso a España, acompañada de su hija, la pretendida princesa de Gales, dejando el trono disponible para una alianza, francesa o de otra índole.

La actitud de la reina fue acudir a su confesor y rezar. Sentía, como hábil político y como mujer inteligente que era, que su trono estaba en peligro. Enrique se había enamorado de verdad de la joven, con un apasionamiento que nunca había sentido por nada ni por nadie, y ella, que era quien mejor le conocía, sabía lo que eso suponía para él: Ana era en ese momento el verdadero centro de su vida, y le pidiera lo que le pidiese, satisfaría sus deseos. Y la reina se temía que lo que aquella joven, que había querido tanto en el pasado, quería, era tener al rey en exclusiva para ella. Por desgracia para la reina, eso pasaba necesariamente por su postergación, para que la ambiciosa Ana pudiese trepar al sitial que no le correspondía, en medio del mayor escándalo que Inglaterra hubiera conocido jamás. Y lo peor de todo ello era que el astuto Wolsey estaba detrás, aunque estaba casi segura de que el maldito ministro aún no se había dado cuenta de las pretensiones de la joven y creía que Ana le iba a servir para casar al rey con una princesa extranjera de la órbita francesa. ¡Cuán equivocado estaba! ¡Ana nunca iba a soltar su presa si conseguía tenerla!

De nuevo Catalina sentía que no podía hacer nada. Ya no tenía armas para ello. Era una mujer acabada, de más de cuarenta años, en franca decadencia, incapaz de dar al rey más hijos. Por el contrario,

aquella joven era todo lo que el rey podía apetecer como hombre: joven, bella, sofisticada y coqueta. La reina sentía que su tiempo estaba pasando, y lo único que tenía claro es que no consentiría ninguna componenda que quisiera hacer su esposo, empujado por Wolsey o por su amante, que las privara de su rango a ella o a su hija. Catalina I de Aragón era la mujer legítima del rey de Inglaterra y, mientras ella viviera, no habría divorcio, ni repudio, ni separación. Si quería vivir con la Bolena, que lo hiciera, pero en pecado, como correspondía; sin poder aliviar su conciencia y escandalizando al reino.

Catalina no iba a luchar por ella. El mundo le sobraba a la reina. En realidad, Enrique la había decepcionado, poco a poco, día a día, de modo que no esperaba de él una conducta intachable. Aunque también era cierto que se había casado con ella, la había hecho reina, la había querido a su modo, y además de los otros seis hijos muertos le había dado a la princesa María y todas las alegrías que recordaba en su vida adulta. Hiciera lo que hiciese, ella le amaría siempre. Su esposo sería el hombre de su corazón, aunque fuera incapaz de manifestárselo, incluso por la vergüenza que le daba verse convertida en una mujer de edad, mientras que él seguía manteniéndose joven, algo que procuraban recordarle de un modo u otro las costumbres de la corte de su esposo. Esa conciencia hacía que se retirara cada día más y que se mostrara más reacia a acudir a las fiestas de la corte y en general a dejarse ver fuera de los actos oficiales. Sabía que tenía un sagrado deber inexcusable: defender los legítimos derechos de su hija María al trono de Inglaterra. Ese y no otro sería su empuje en adelante. María debía reinar y ser la consorte de un príncipe real. Nunca permitiría que la nulidad la convirtiera en una hija bastarda, sin derechos, que tuviera que llevar la cabeza baja. No le preocupaba tener que dar la vida por ello. No temía a la muerte. Así pues, que Dios dispusiera de ella como y cuando quisiera. Estaba preparada para sufrir hasta la aniquilación, si era necesario. Era reina de derecho divino y solo Dios le arrancaría, con el último aliento de la vida, la corona de sus sienes.

Durante meses, la reina había visto cómo Enrique VIII insistía en el cortejo de Ana Bolena y cómo esta se hacía el centro de la corte de Inglaterra. Sus peores pesadillas parecían estar haciéndose realidad, mientras el taimado Wolsey se frotaba las manos. Y al ver cómo todo se desmoronaba alrededor suyo, sintió un espantoso dolor que le era imposible manifestar. Y mientras el rey estaba en Richmond y en Londres, disfrutando de las fiestas cada vez más frecuentes de su corte, ella estaba en Greenwich, en aquel gran palacio hermoso, esperando

que llegara el día en que el rey decidiera provocar la ruptura que indefectiblemente iba a llegar.

Y cuando menos se lo esperaba, tras pasar un cumpleaños solitario en el palacio donde solo habían acudido a felicitarla los Norfolk y los Northumberland, mostrándole la soledad en que estaba, el rey la visitó por fin en Greenwich, acompañado de sus cortesanos y de la joven Bolena. En lugar de acudir a sus aposentos, como solía hacer para saludarla, le había enviado un mensaje para decirle que la visitaría por la tarde, pues quería hablar con ella. La frialdad de la escueta nota le provocó desconfianza. ¿Qué podía querer el rey de ella? Hacía semanas que no se veían y venir de Londres, en plenas Navidades, era extraño.

La reina había salido a pasear por el helado jardín del palacio. Necesitaba sentir el aire frío en el rostro para recordarse a sí misma que estaba viva. Su hija, la princesa María, seguía en Gales y Norfolk y Northumberland se habían ido días atrás. Estaba sola, sin amigos. Y mientras meditaba paseando por el borde recortado de los altos setos del final del laberinto, comprendió que aquella era una ocasión única para hablar con su antigua dama Ana Bolena, que había enloquecido de pasión al rey. Se sentía muy intranquila y quería saber si hablando con ella ese malestar se disiparía.

Por ello entró de nuevo en palacio y preguntó a su chambelán dónde se hallaba el rey con sus gentes. Cuando lo supo se retiró hacia sus aposentos, caminando lenta y majestuosamente por los hermosos corredores con sus grandes ventanales, que tanto le gustaban. Quería arreglarse para ir después a buscar a la joven Bolena. Pero cuando llegó a la entrada de sus aposentos, una de sus damas de honor le dijo, para su sorpresa, que Ana Bolena había llegado hacía unos minutos y que aguardaba a que la reina llegara de su paseo, por si quería recibirla.

Con parsimonia, la reina se quitó el pesado abrigo de lana escocesa, forrado de piel de zorro, e invitó a la joven a pasar a su recámara. Cuando la joven entró, le tendió la mano, que ella acercó a sus labios de modo mecánico, sin ningún afecto. Luego Catalina se sentó en un cómodo sillón sin invitarla, como antaño hiciera tantas veces, a que ella se sentara también. La joven tuvo que seguir de pie ante ella, algo incómoda y casi arrepentida de haber ido hasta allí.

–Me rehuís, Ana. Cada vez pasáis menos por mi cámara –dijo la reina.

–No me resulta fácil venir a visitaros –dijo la Bolena–. No encuentro que sea lo más adecuado, ni bueno para vos ni para mí.

–Yo aceptaría que estuvierais con él –dijo la reina, entrando de modo algo brutal en el tema que las separaba–. Solo pido que me

respetéis como a vuestra reina que soy. Debo mantener mi lugar, el que corresponde a mi posición y rango, y no voy a ceder en ello nunca ante nadie.

–Lo sé, señora. Os conozco bien –dijo la joven, mirándola a los ojos con una frialdad que asustó a la reina, quien no esperaba tal falta de sentimiento en la que había sido su joven dama antaño y que ahora estaba intentando ocupar su lugar al lado del rey–. Pero no está en mi naturaleza ser la amante real, sustituta de otra y antecesora de la siguiente. No sirvo para ello.

–¡Podríais conservarle para siempre, encumbraros y enriqueceros vos y vuestra familia, hasta donde ni siquiera los más grandes pares han soñado! Y yo os ayudaría... Pero respetando las formas.

–No os miento, señora. Es cierto que no puedo aceptarlo. Sé que sería todo más fácil y que quizá mi vida sería regalada para siempre, pero hay algo que me impulsa...

–Wolsey.

–Os equivocáis si lo creéis, señora. Wolsey os odia...

–Y vos me despreciáis, olvidando todo lo que un día hice por vos.

–Bien os lo había pagado antes en lealtad y amor, majestad. En aquel tiempo todo era tan diferente...

–Entonces es una ambición desmedida la que tenéis. Una ambición que os hace perder el respeto a todo lo que es sagrado e inmutable. Casi no puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Habéis cambiado tanto en estos años, que me parece imposible que seáis aquella deliciosa y dulce niña que recogí en Francia y que se fue llorando su amor a Flandes!

–Tenéis toda la razón, majestad. Nada tengo que ver ya con aquella niña. He cambiado mucho. Ese debía de ser mi destino, porque yo no he hecho nada para forzarlo.

–¿Estáis segura de lo que decís, Ana?

La joven enrojeció, porque no estaba diciendo la verdad. Estaba luchando desde el año anterior con todas sus fuerzas para mantener la pasión del rey, e incluso comenzaba a vislumbrar a lo lejos los soñados escalones del trono de Inglaterra, tras el proceso de anulación que Wolsey estaba preparando en secreto.

–Me retiro, señora. No os es grata mi presencia.

–Lo ha sido tanto antaño...

–No se puede vivir de recuerdos, ni tampoco olvidar el daño recibido.

–Yo he perdonado muchas veces, hija; como mandan las sagradas escrituras. He puesto muchas veces la otra mejilla ante quienes me ofendían y ello no me ha disminuido en nada.

–Quizá seáis mejor que yo, majestad y, además nacisteis princesa, pero yo, que no puedo permitírmelo, ni perdono, ni olvido.

–Os habéis vuelto dura, Ana. Y habéis dejado a vuestro corazón hacerse rígido como un cuero. No es recomendable luchar contra todo lo establecido ni tener tanta ambición, cuando se ha nacido en una posición como la vuestra.

–Todo puede ser –dijo la Bolena, cortando a la reina.

–A un precio tan alto, que podéis hacer que corra la sangre de muchos inocentes.

–De un modo u otro, la sangre corre siempre por el mandato del rey.

–Sois obstinada y fría y no os dais cuenta cabal de lo que podéis provocar.

–Como bien decís, señora –dijo con tono falso–, yo no soy nadie y, por tanto, nada puedo. Si algo pasa, será porque lo desee el rey. Entonces será un deseo real y no mío.

–El pueblo y la corte murmuran contra vos.

–No me asustan los ladridos de la plebe, ni los de los nobles. Harán siempre lo que el rey quiera.

–Todo tiene un límite y también la pasión del rey –dijo Catalina de Aragón, tocando el único miedo de Ana.

–Eso no ha de ocurrir, si yo puedo evitarlo.

–Os vaticino que sí. No lo dudéis. Vos caeréis tarde o temprano, cuando el rey se aburra de vos. Y como veo que en adelante ya no podremos seguir manteniendo nuestra amistad y confianza, puesto que os enfrentáis directamente a mí y habéis osado venir hasta aquí para mostrármelo con toda la desfachatez, yo os devuelvo el guante. Nunca permitiré que el rey me postergue y vos solo seréis la amante ambiciosa que el reino odiará.

–Sois de otro tiempo, señora –dijo la joven–, y haríais bien en retiraros. No entendéis el mundo en que vivimos.

–No os equivoquéis conmigo nunca, niña ambiciosa –dijo la reina Catalina, con ojos tan fríos como los de Ana Bolena, con una pasión helada que la joven no se esperaba–. Vos sois lista, el rey os ama y ahora comprendo que iréis a por todas, incluyendo mi propio trono, sin deteneros ante nada. Pero no olvidéis que tengo mis propios poderosos apoyos dentro y fuera del país y una visión política que vos nunca poseeréis, y os vaticino que no tendréis jamás lo que deseáis, como lo deseáis. Es imposible para vos. Yo seré siempre vuestro obstáculo y nunca me rendiré, ni ante el rey, ni ante el canalla de Wolsey, ni ante su misma santidad si llega el caso. Nunca olvidéis lo que hoy os digo: vos no sois nadie. No es deseo de insultaros, sino

expresión de la realidad. Y por ello, por mucho que os encumbréis, acabaréis mal, como todos los ambiciosos sin escrúpulos. Y si picáis demasiado alto, el juego tendrá un precio que será vuestra misma vida. Os aconsejo que dejéis de intrigar y aceptéis la realidad. Yo soy la verdadera reina de Inglaterra, reconocida y amada por el pueblo. Soy la madre de la princesa María y ella está y estará siempre por encima de vos y de vuestras ambiciones, porque es hija del rey y mía.

–¿Y si yo le diera un hijo al rey?

–Sería otro bastardo –le escupió la reina con desprecio–, como su gracia, el duque de Richmond, a quien no parece que nadie haga el caso que se supone merece, dado los altos honores que ha recibido –dijo la reina–. El pueblo inglés jamás aceptará un bastardo en el trono, ni de Bessie ni vuestro, si llega el caso.

–Quizá no sea un bastardo.

–Muy segura estáis de vos, que os atrevéis a mostrar así vuestro juego ante vuestra soberana.

–Se está preparando un proceso de anulación, majestad, según parece –dijo con tono casual, queriendo hacerle daño a la reina, que se estaba mostrando sólida como una roca ante ella.

–No hay causa para ello, Ana. Nunca la ha habido y nunca la habrá. Y si yo no la acepto, cosa que nunca haré, mi matrimonio no se podrá anular. No olvidéis que soy una princesa española, hermana de la reina de España y tía de su rey, que es el emperador.

–Sois egoísta, señora. El trono necesita un heredero, no una princesa abandonada por su prometido, y vos ya no sois fértil y no podéis darle al rey más hijos. Deberíais ceder de buena gana el puesto a otra que pudiera cumplir con ese sagrado deber.

–Sois verdaderamente ambiciosa, Ana, y además me conocéis muy poco. Después de tantos años, me extraña. Os ciega el brillo de la corona, señorita Bolena –dijo con tono entristecido–. No es posible que no seáis capaz de ver que el trono ya tiene heredera y que nada podéis hacer contra ello. Mi hija doña María, la princesa de Gales –dijo recalcando el título–, lleva sangre de reyes por sus cuatro costados y es nieta de dos grandes Isabeles, la de York, cuya boda hizo la paz en Inglaterra, y la Católica, que ha sido la mayor reina de la cristiandad. Mi hija está siendo educada como corresponde a una reina católica, algo que vos, por vuestro origen y condición, nunca podréis siquiera imaginar lo que es.

–Soy de noble origen, señora.

–Por Dios, Ana. ¿Cómo os atrevéis a decir eso ante mí? Vos no sois nadie. Vuestro padre es un segundón, de una familia mediocre, y vuestra madre ni siquiera eso. Sois gente del montón, sin linaje ni calidad, ambiciosos y sin escrúpulos. Pero aparte de esas

consideraciones, lo peor es que no tenéis corazón, Ana. No amáis al rey de verdad y no os importa sino su corona. Es una base muy falsa para vuestras pretensiones, y os garantizo que eso os perderá, tarde o temprano.

»Os maldigo, Ana, por todo el daño que nos deseáis, y espero que antes de morir al menos Dios, en su justicia, me dé el placer de ver cómo perdéis el favor del rey. Y rezo para que, cuando llegue ese momento, no hayáis provocado un daño irreparable al rey, a la corona y a Inglaterra.

»Y ahora retiraos. En verdad, habéis conseguido que me disguste vuestra presencia, que tanto me agradaba antaño.

–Quedad con Dios, majestad –dijo la joven, a quien no habían acabado de afectar las invectivas de la reina, haciendo una leve reverencia antes de salir, de espaldas, por última vez de aquella cámara.

Era patético ver cómo aquella caduca española se aferraba a su trono, pensó mientras se retiraba. No sabía bien el calvario que la esperaba. Wolsey tenía ya preparado el tribunal para que el rey pudiera repudiarla oficialmente, en cuanto se decidiera. Y entonces, nada podría detenerla, ni siquiera el poderoso ministro que todavía no se había dado cuenta de cuáles eran sus verdaderos planes y objetivos.

–El rey –dijo el chambelán, abriendo de par en par la puerta de la cámara de la reina y luego retirándose.

–Bienvenido seáis, majestad –dijo la reina, levantándose y llegándose hasta su marido con respeto–. ¿Estáis bien? –añadió con tono solícito–. Me alegra que me hayáis honrado con vuestra presencia.

–Sí. Estoy muy bien, Catalina –dijo con tono bastante seco–. Vos también lo estáis, según parece.

–Así es, señor –respondió la reina, sintiendo cómo se iba desinflando el saco vacío de su esperanza–. ¿Queríais hablarme de algo especial?

–Pues sí, señora –dijo el rey, agradeciendo que la reina cortara los incómodos cumplidos–. He venido en persona porque os debo respeto por el largo tiempo que hemos convivido.

–Como esposos que nos hemos respetado y amado, señor.

–Precisamente, de eso venía a hablaros, Catalina. Tengo escrúpulos de conciencia, desde hace mucho tiempo, que se han agravado con las consultas que he hecho a varios teólogos y eclesiásticos. Todos me han dicho que nuestro matrimonio tenía muchas posibilidades de ser nulo de pleno derecho, por ser inválida la dispensa que el papa Julio II, que

Dios tenga en su gloria, nos concedió.

Las lágrimas comenzaron a afluir a los ojos de la reina mientras oía aquellas monstruosas palabras de labios de su esposo. Jamás hubiera soñado que estos pudieran pronunciarlas. Nada dijo. No podía. Su corazón, fiel y piadoso, se estaba anegando en llanto, y el rey se sintió avergonzado al verla llorar y calló, comprendiendo el infinito dolor y la humillación que le estaba provocando a su esposa. Sabía, en su fuero interno, que lo que venía a decirle era falso y por eso, cuando la vio llorar de ese modo desconsolado, se sintió un tanto canalla y pensó que aquella idea de decirle a la cara que deseaba anular su matrimonio había sido la peor decisión que había tomado. Permaneció callado mientras la reina seguía con su llanto desconsolado, pensando que el mundo se le venía encima.

–No lloréis, Catalina –dijo el rey–. Ya veremos qué hacemos –añadió intentando contemporizar y quitar importancia a sus hirientes palabras.

Ella seguía en silencio, incapaz de pronunciar las palabras que hubiera querido decirle. No comprendía nada de lo que estaba pasando. ¿Cómo podía el capricho de una casquivana jovencita hacer que el rey perdiera de ese modo el control sobre sí mismo? Lloraba por ella, lloraba por el dolor que quería provocarle a su hija y también lloraba por él; porque el rey estaba en pecado mortal, a punto de condenar su alma, y de eso no le podía librar el poder de la corona que en su reino le hacía todopoderoso.

El rey, viendo que ella no le hablaba y que él no podía continuar allí, se retiró de la cámara de Catalina de Aragón con una sensación de profundo malestar. Se juró a sí mismo no volver a pasar por un trago semejante. Era el rey y no tenía necesidad de ello. Mientras, a lo lejos, se oía el ruido de la música y las risas de sus cortesanos. Dejando de pensar en la desagradable escena, borró el recuerdo de su llorosa esposa de su mente y sonrió. Ana le estaba esperando y bailaría con ella hasta el amanecer y quizá por fin ella le diera lo que él deseaba tanto... Lo mejor que podía hacer era cambiar las cosas. Iba a enviar a la reina al castillo de Windsor, para que allí disfrutara de su piedad y él se quedaría en Greenwich, disfrutando de las dulzuras de la compañía de su amada.

19

El proceso de la nulidad y sus consecuencias

1. MONASTERIO DE BLACKFRIARS. 18 DE JUNIO DE 1529

La reina Catalina se ha vestido de luto para la ocasión. Un luto severo que lleva en el alma desde el día en que su esposo, Enrique VIII, le comunicó el deseo de conseguir la nulidad de su matrimonio. Durante semanas de dolor y vergüenza lloró, después de que, a principios de año, el rey decidió hacer públicos sus pensamientos para escándalo del pueblo católico de Inglaterra, que amaba a su reina; de sus humanistas, que constituían su corte, y de sus nobles, que la admiraban y apoyaban.

Continuaron las intrigas de Ana Bolena, cada vez más ambiciosa, apoyada por su clan familiar, constituido por su padre, su madre, su hermano y su hermana. Estos la animaban en su pretensión, cada vez más evidente, de intentar destronar a la reina Catalina para después sustituirla. Habían creado un clima de gran tensión en el reino. El primer ministro hizo que el resto de los eclesiásticos refrendaran la petición del rey de que el Papa dirimiese la cuestión de la nulidad del matrimonio de Enrique VIII y su esposa. Sin embargo, Clemente VII estaba en una delicada situación cuando llegaron los enviados del rey de Inglaterra. Roma estaba en poder de Carlos V, y aún no se habían apagado las hogueras de los palacios tras el terrible saqueo de Roma que habían realizado las tropas imperiales, el mayor castigo a la ciudad eterna en más de mil años. El propio condestable de Borbón había muerto. Incluso el Papa era prácticamente un prisionero en el castillo de Sant Angelo.

No era el mejor momento para decidir la nulidad. Desde luego, en principio, la dispensa de parentesco era válida y había sido emitida por Julio II. Y, además, los enviados de Wolsey, poco discretos, hablaron demasiado. El Santo Padre pudo saber que aquellos alegados escrúpulos de conciencia del rey no eran otra cosa que su deseo, apenas encubierto, de cambiar una vieja reina estéril, que ya no le servía para nada, una princesa de sangre real y tía del emperador, por su joven favorita, Ana Bolena, hermana de la anterior concubina real, de una familia con fama de ligereza y de linaje inferior. Incluso aunque Clemente VII odiara al emperador, que era dueño de Roma en ese momento, lo que el rey de Inglaterra pretendía conculcar, por su

capricho, era toda la moral sobre la cual se había edificado la sociedad de su tiempo. Por ello, lo más sabio era responder con una dilación que le hiciera pensar. Quizá se cansaría pronto de la absorbente favorita o podía cambiar de parecer. Así, tras un largo período de meditación decidió nombrar un tribunal especial, compuesto por un legado especial, el cardenal Campeggio, hábil diplomático relativamente neutral, y por el mismo cardenal Wolsey, para no ofender en demasía al rey de Inglaterra. De ese modo procuraba mantener el equilibrio y evitar las iras del emperador, que estaba a punto de conseguir la gran paz deseada tras sus victorias contra el rey de Francia y el Papa, y que pensaba plasmar en un tratado con el rey de Francia.

Enrique VIII se había indignado al conocer la negativa del pontífice a fallar a su favor y luego había recapacitado, al ver que Wolsey era uno de los dos miembros del tribunal pontificio. Al menos ya contaba con la mitad del apoyo necesario. «Catalina era ya historia», pensó. Y para ganarse al legado pontificio Campeggio le ofreció el obispado de Salisbury nada más llegar a suelo inglés, que iba acompañado de suculentas rentas. Un modo de buscar su favor que el legado no rechazó.

Mientras tanto, la reina Catalina no estaba ociosa. Sabiendo que estaba en juego no solo su corona, sino la de su hija para el día de mañana, y temiendo lo peor de aquellos dos legados, tenía que decidir a quién nombrar entre los miembros de su corte como abogado de su justa causa. Se le ofrecieron varios ilustres humanistas y entre ellos dudaba. Warham, Fisher, Trustall o Vives. Finalmente decidió que su causa ante un tribunal semejante solo podría defenderla el humanista español o ella misma, ya que los otros siempre estarían mediatizados por ser subditos del rey, y defenderla los colocaría en difícil situación. El caso de Juan Luis Vives era diferente. El sabio valenciano había levantado ya la ira del rey de Inglaterra, por lo que tuvo que huir del país para instalarse en Brujas, bajo la protección de Margarita de Austria, la tía del emperador, y desde allí seguía supervisando la educación de la princesa y animando a la reina.

Pero en este caso el profesor no quiso aceptar la invitación de la reina. Entre las razones que adujo para no acudir estaba principalmente la de la jurisdicción. Aquel tribunal no era competente para juzgarla y la reina no debía acudir. Nunca podría salir victoriosa de su juicio. Catalina de Aragón sabía que el profesor tenía razón, pero se ofendió mucho con él cuando este se negó a acudir en su defensa. Para ella, su negativa supuso su caída del pedestal en que ella le había colocado. Al fin y al cabo era humano y, además, es probable que tuviese miedo de acabar con sus huesos en la Torre si pisaba territorio inglés. Sabía que el rey no iba a tolerar que nadie se

interpusiera entre él y su deseo de librarse de la reina. En cualquier caso, Catalina se sintió abandonada. Enrique VIII la presionaba sin cesar y ella pensó incluso no acudir a la audiencia del tribunal, pero al fin y al cabo, como leal súbdita de su majestad que era, decidió hacerlo, ya que Enrique también estaría en el proceso. En su fuero interno, estaba convencida de que el rey sería incapaz de cumplir sus amenazas.

Cuando esa mañana del 18 de junio se levantó, como todos los días, al alba, se lavó el rostro en una palangana de plata maciza y se colocó bajo la basta camisola de penitencia otro cilicio para que le irritara la piel y se la lacerara, además del que se colocaba para dormir desde hacía meses. Ella representaba el dolor. Su vida entera era un calvario interminable, donde nada le ofrecía consuelo. Ni siquiera el apoyo de los muchos amigos que tenía y el de los embajadores del emperador le servía para nada. Estaba sola en aquella tierra fría que era la suya, pero que el rey deseaba quitarle, para entregársela a esa prostituta ambiciosa que ella misma había traído al reino.

¡Qué cruel destino! ¡Cómo se ríe de ella! Es como si hubiera sido ella misma la que había llevado a aquella criatura con cara de ángel hasta el lecho de su esposo. Enrique nunca la hubiera conocido si ella no hubiera decidido traerla a Inglaterra. ¡Dios mío! Esa mañana rezó con fervor. ¿Qué te he hecho yo para que me aflijas con tantos dolores? Quería gritar, pero lo hacía solo por dentro. Exteriormente vivía un eterno silencio solo roto por sus plegarias en su oratorio privado ante el Cristo crucificado de hueso.

Su rostro ya no lloraba esa mañana. Había recibido dos días atrás una carta de su hija que la animaba a seguir adelante con sulucha. Al menos, la princesa estaba bien. Seguía creciendo y preparándose para su destino, que no debía ser nunca otro que el trono de Inglaterra, y mientras recordaba las cariñosas frases de su hija que, a sus inocentes trece años, le contaba que montaba a caballo, que había recibido a un grupo de súbditos galeses que le habían regalado una preciosa escultura de un oso sosteniendo los blasones de los Tudor y Aragón y que la quería y la echaba de menos. Catalina invocaba el recuerdo de su hija como un talismán capaz de hacerla seguir adelanté.

La reina impresionaba por la severidad de su atuendo, negro de la cabeza a los pies, que no distraía con ningún adorno; con su rostro duro y ajado, surcado de arrugas que se habían hecho dolorosas por los ayunos y penitencias, sin un afeite que lo dulcificara.

Así, cuando al ser llamada por el tribunal entró en la sala rodeada por cuatro prelados y vio que su esposo había enviado a sus procuradores en lugar de acudir en persona, sintió que, de nuevo, le asestaba una puñalada mortal. «Estaba claro que no quería enfrentar

su mirada de cerca», pensó. Había dejado que sus esbirros actuaran en su nombre mientras él retozaba con la pequeña puta.

Pues bien, pensó en un ataque de rabia, que la recorrió por entero. Sabía Dios que ella había intentado todo para llegar a la conciliación y no pasar por aquella humillante situación, pero esto era ya demasiado. Si el rey no estaba delante, ella tampoco tenía ninguna razón para permanecer allí, ante aquellos legados pontificios que el rey había comprado a un precio altísimo, vestidos con sus imponentes púrpuras cardenalicias, sentados en sus sitiales góticos, que la miraban como lobos, dispuestos a desgarrarla.

Aquellos hombres codiciosos no se iban a salir con la suya, pensó mientras escuchaba sin oírlas las consabidas preces y fórmulas rituales, de rigor en semejantes casos, que un procurador pronunciaba con voz cansina. Ella era Catalina de Aragón, reina de Inglaterra, y lo sería hasta su muerte y así lo iban a oír todos.

En medio de la sala, de pie, pues no quiso siquiera sentarse, dirigió la palabra al tribunal, no como reo, ni como alguien que temiera su juicio, sino como soberana del reino. Y tras un sencillo y dulce comienzo, como si quisiera distraerlos con un tono tranquilo y sobrio, de repente sus labios tomaron fuerza y su garganta pronunció con fuerza unas altas y retadoras palabras que vibraron en el aire.

–Yo, Catalina de Aragón, recuso a este tribunal como incompetente para juzgar el caso que tiene ante sí.

Los legados la miran con sorpresa. Campeggio reacciona más rápido y alega la competencia del tribunal, ya que Roma sigue ocupada por tropas papales.

Catalina le corta la palabra y sigue su alegato, pronunciando cada palabra con lentitud, de modo que quedan en el aire como espadas acusadoras, mientras los murmullos de aprobación del público, compuesto de los pares y lores eclesiásticos del reino, enervan a los jueces.

–Vos, Wolsey, sois súbdito del rey y, por tanto, parcial y, además, enemigo mío, y vos, Campeggio, habéis sido nombrado obispo de Salisbury recientemente. Por ello, también estáis bajo el imperio de Enrique VIII y sois sospechoso de parcialidad a su favor. No puedo someterme a ninguna decisión que un tribunal compuesto por vosotros dos pueda tomar, porque nunca sería legal ni moral. Por ello, dado que mi presencia en la sala solo se debía a la del rey, estando ausente este me retiro como llegué, declarando que soy fiel súbdita y leal esposa de su majestad y que solo ante él responderé de cualquier acusación que se haga contra mí. En este reino nadie, salvo su majestad, tiene ningún poder sobre mí y en toda la tierra, aparte del rey, solo lo tiene su santidad el Papa. Solo aceptaría sus decisiones

como católica hija de mis católicos padres, con la humildad debida. Así pues, me retiro de esta sala donde nada podéis decirme que me afecte ni en lo personal ni en lo espiritual.

–Esperad, señora –dijo Wolsey lleno de furia–. El rey está en el monasterio y le hemos de consultar.

–Por su majestad esperaré, no por vos –dijo la reina–. Enviad a alguien lo antes posible ante su real persona y que él disponga lo que le parezca oportuno.

La reina se sentó retirando el rostro de los dos miembros del tribunal, que vieron cómo los pares de Inglaterra se estaban mofando encubiertamente de ellos y se sintieron muy incómodos en los altos sitiales que, hacía tan solo unos minutos, eran tronos honorables.

Y llegó por fin un mensaje del rey. La reina se puso en pie y los demás la imitaron. La sesión se reanudaría dentro de tres días y el rey asistiría en persona –dijo el mensajero.

Acabada la lectura, la reina se retiró sin despedirse del tribunal, al que no reconocía. La sesión había sido un fracaso completo para los legados.

2. Monasterio de Blackfriars. 21 de junio de 1529

El rey y la reina de Inglaterra han comparecido ante el tribunal. El rey aparece con un atuendo festivo y elegante, con una rica cadena de oro al cuello y los dedos cargados de joyas. Está muy sobrepasado de peso, lo cual se debe a que come y bebe sin medida últimamente. La reina, ascética y triste, está vestida de nuevo de luto riguroso; terciopelo negro, toca negra y velo negro. Lleva su luto por fuera y por dentro, de un modo majestuoso que impresiona a todos. En verdad, son las imágenes de dos mundos contrapuestos; de dos modos de ver la vida, que están a punto de enfrentarse; Renacimiento y Catolicismo ortodoxo. El rey quiere en todo su placer y su imperio, a costa de lo que sea; la reina antepone a todo, rango, honor y deber, y no piensa ceder. Están en juego sus derechos y los de su hija.

Catalina de Aragón siente que se le rompe el alma al ver cómo el rey ha entrado en la sala sonriente y alegre como si asistiera a una fiesta. Ella estaba detrás de él observándole y cada uno de sus gestos frivolos y alegres la han herido. Puede que ella ya no le importe y puede que tampoco la ame, pero le debe un respeto, y por esa razón va a luchar, ante todos aquellos pares y prelados, para defender su trono y su rango; aunque quien le importa en verdad es el rey. Solo quiere que este vuelva a entrar en razón y no siga adelante con aquella locura. Así, cuando le llega el turno de hablar, con su voz severa, en la cual todavía queda a veces el eco de un acento

castellano, solo se dirige al rey:

–Señor. Solo deseo que me hagáis derecho y justicia, pues soy una débil mujer y una extranjera nacida fuera de vuestros dominios; no hay aquí para mí ningún juez imparcial, ni ninguna seguridad de amistosa equidad y proceder. ¡Ay, señor! ¿En qué os he ofendido? ¿Qué motivo os ha dado mi conducta para así prepararos a retirarme vuestra amistad y vuestra gracia? El cielo me es testigo de que he sido para vos una humilde y fiel esposa, en todo tiempo acomodada a vuestra voluntad, siempre en el temor de produciros descontento.

Y así siguió la reina, desgranando su dolor, haciendo el alegato de su fidelidad y honorabilidad ante el rey y solo para el rey, pidiéndole finalmente que suspendiera ese proceso porque el tribunal no era el adecuado hasta que ella se aconsejase con sus amigos de España. Pero si no quería hacerlo, que decidiera él en persona, conforme a su voluntad.

Wolsey y Campeggio alegan la misma competencia que la vez anterior, pero la reina no les escucha. Sus ojos están dirigidos solo a la persona del rey. Y el rey calla. Mientras los otros pronuncian sus palabras vacías, Enrique VIII, el dicharachero monarca de la palabra fácil, no tiene nada que decir. Y Catalina, su esposa fiel, se inclina ante él y se retira del tribunal, sin escuchar a los jueces que intentan hacerla permanecer en la sala sin conseguir que ella les preste atención. Para la reina ellos no existen y no son nadie, y por eso no atiende a sus palabras.

La atmósfera de la sala se hace pesada. Todos saben que Catalina, con su serena majestad, ha ganado ya el proceso ante los nobles y eclesiásticos y pronto toda Inglaterra conocerá sus sinceras y emocionadas palabras.

–Mandad llamar a la reina de nuevo –dice el rey, con tono grave, mientras sus ojos se posan en los de Ana Bolena que, desde un rincón de la amplia sala, ha visto cómo su triunfo se desvanecía en el aire y cómo su enemiga la reina no cede ni un paso, como le prometió.

Catalina escucha al heraldo del rey que la llama de nuevo a comparecer ante el tribunal, aunque sus oídos se cierran a su orden. Ella ya ha dicho cuanto tenía que decir y sabe que Inglaterra la escuchará. Wolsey ha perdido su batalla contra ella y Ana Bolena no va a tenerlo tan fácil como creía, piensa, mientras sus pasos la dirigen a la capilla del monasterio, donde cierra la puerta detrás de ella para entregarse a una oración angustiada y alienante. En la soledad en la que se encuentra, y ante la maldad del mundo, solo le queda acudir a Dios. Allí, ante ese Cristo crucificado cuya imagen dolorida la contempla con el rostro angustiado, infinitamente humano en el sufrimiento, alejado de su parte divina y distante, le consuela pensar

que él sufrió mucho más que ella, pues dio su vida por aquellos que ni siquiera se daban cuenta de lo que hacían al acabar con aquel que había venido a salvar al mundo. Mientras le miraba, con sus ojos fijos y secos de lágrimas, le decía que ella también estaba dispuesta a dar su misma vida, si era necesario, en cumplimiento de su deber de reina, para proteger el sacrosanto derecho de su hija al trono de Inglaterra. En ese mismo momento supo que solo la muerte podría acabar con su acendrada defensa de la justicia y de la verdad. Ella era la reina de Inglaterra, y si el rey quería saltarse esa realidad y conseguía que le diesen la nulidad, sin su consentimiento, ante la Iglesia y ante Dios sería un bígamo y un perjuro y habría condenado su alma inmortal para siempre. No creía que Enrique VIII fuera a atreverse a tanto por estar con Ana Bolena, a la que maldecía de nuevo, de todo corazón, por el dolor que estaba provocándoles.

Catalina sabía que, de ahora en adelante, las cosas no iban a ser nada fáciles para ella. Pero aceptaba pagar cualquier precio que el rey quisiera ponerle a su desacato. No le asustaban las prisiones ni las privaciones. Desde siempre su cuerpo estaba acostumbrado a ellas. Solo le preocupaba María. Su hija era aún demasiado joven y vulnerable y temía que la torcieran si le cambiaban los educadores a tan tierna edad y la maleaban para que olvidara los principios que su madre le había inculcado desde la infancia. Sin embargo, en su interior, algo le dijo que Enrique no se atrevería a hacer nada contra ella. Al fin y al cabo también era hija suya, lo quisiera o no, y la Bolena no cometería el error de forzarle a hacer algo contra alguien de su propia sangre.

Podía decirse que la reina de Inglaterra había tenido suerte. Mientras se celebraba el proceso se preparaba una paz que iba a cambiar por un tiempo el panorama político de Europa y que la beneficiaba. Tras el triunfo rotundo de las armas imperiales en toda Europa, la madre del rey de Francia, doña Luisa de Saboya, y la tía del emperador, Margarita de Austria, deciden arreglar las diferencias que había entre Francisco I y Carlos I de España y V de Alemania por medio del tratado que se celebraría en la villa de Cambray, pero que todos en Europa llamarían «el Tratado de las Damas». Se intentaba solucionar el incumplimiento por parte de Francisco I de la Concordia de Madrid, arrancada al monarca por el emperador durante su prisión. El arreglo de la situación entre ellos hizo que se suspendiera el final del proceso del monasterio de Blackfriars, que había escandalizado a Europa, sin la presencia de la reina, declarada en rebeldía.

El rey Enrique VIII se dio cuenta que, de seguir adelante con su idea, el emperador le declararía la guerra y ello no convenía para

nada a sus intereses. Por ello, en un alarde de cinismo político, tras la farsa del proceso, el rey se vio forzado a convivir de nuevo con la reina en palacio, e incluso a asistir acompañado de ella a bailes y juegos. Sin embargo, esto no ocultaba la grave tensión que había entre los monarcas, ya que Ana Bolena siempre estaba allí, mirándoles, pendiente de cada gesto del rey. La reina tenía que soportar esa constante y odiosa presencia sin pronunciar una palabra contra ella, con una disciplina que le costaba Dios y ayuda mantener. Eustaquio Chapuys, nuevo embajador de Carlos V ante el rey, supo ver que todo aquello era una farsa bien montada, pero a nadie le convenía dar alas a la verdad en aras al mantenimiento de la paz europea. Catalina pidió a su esposo reunirse con su hija en Moor Park. Enrique se lo negó. Si quería reunirse con su hija tendría que ceder. Catalina le miró con desprecio por primera vez. No reconoció en aquel hombre sin piedad al que fue su amante esposo, pero se negó a creer que hubiese cambiado tanto, culpando de todo a Wolsey y a la Bolena. Ellos eran los culpables del desvío del rey.

Pero Enrique VIII ya no es el mismo que antes. Todos se han dado cuenta de su cambio. Se ha transformado en un monarca exigente y frío en los asuntos de Estado, que no acepta que nadie le lleve la contraria, tenga razón o no. Y ahora siente que tiene mucho en qué pensar, aparte de en su triste esposa. Ana se está volviendo exigente. Quiere que cumplan sus promesas y él siente que se verá forzado a hacerlo, y además le apetece hacerlo, porque en verdad ama a la joven con una pasión que no cesa de crecer y que a veces le asusta.

Tras la partida de los embajadores de la corte se suceden las humillaciones a Catalina para el contento de Ana. En su rabia, el rey somete a la reina a muchas vejaciones, al no haber conseguido su propósito, intentando por todos los medios humillarla ante la corte, cosa que la reina no tolera. Llena de dignidad se resiste a los intentos del rey, que reacciona atacándola donde más le duele, en su misma dignidad y posición en la corte. Primero, le da a Ana los aposentos de Catalina en Greenwich y muda a la reina al ala más oscura, triste y fría del palacio, y después comienza a tratarla constantemente ante su favorita y la corte como princesa viuda de Gales; Catalina reacciona con inteligencia y responde a sus argumentos con la verdad. Una y otra vez, con humildad y dignidad, sabe poner al rey y a la favorita en su lugar, a veces de modo hiriente. La furia de la Bolena llega a ser tal que el rey acepta para perderla de vista que Catalina parta hacia Moor Park, donde reside la princesa María.

La situación marital se vuelve asfixiante. El rey quiere el divorcio y lo desea sin más tardanza. Wolsey ha decepcionado profundamente a Enrique VIII, siendo incapaz de vencer la resistencia de la reina. Sus promesas se habían quedado en nada. ¿En quién confiar entonces para

que sus deseos se hagan realidad como él y Ana desean?

Y un nombre le viene a la mente casi sin querer. Y decide observarle más de cerca. Es Thomas Cranmer, un clérigo de humilde procedencia, profesor de Cambridge, de fría inteligencia, que trabaja para Wolsey y a quien el rey ha escuchado varias veces pronunciar cosas con bastante sentido.

3. Caída y muerte de Wolsey

El frustrado proceso de nulidad y la celebración de la Paz de Cambray suponían un vuelco en la política europea. Enrique VIII vio que seguir los consejos de Wolsey le había colocado en una situación muy delicada. Y a ello se unía la constante presión de Ana Bolena, que atribuía al ministro una singular doblez, de modo que en realidad, según ella, no había hecho cuanto estuvo en su mano para ayudar a su señor a librarse de la reina, sino que había contemporizado. El rey la creyó, puesto que su actitud en el proceso de la reina le había hecho pensar lo mismo que ella. Había visto cómo se desmoronaba ante sus ojos y le pareció patético y degradante ver cómo le pedía que dijera que no había sido él el instigador del proceso de nulidad. Para el rey había dejado de ser útil y su posición peligraba desde ese momento. Su majestad le había retirado su confianza y no se la devolvería jamás.

Ahora Ana era la única estrella en el firmamento de Enrique VIII, y tras varios intentos de restablecer su antigua relación con el rey y la confianza de su majestad en él, que resultaron fallidos, Wolsey comenzó a ver los signos inequívocos de la pérdida del favor real. El rey nunca le volvió a hablar en privado ni a llamarle a su cámara; cada vez estaba más distante con él y le era menos asequible. Siempre estaba al lado de la hermosa y temible Ana, cuya ambición fallida había hecho que le declarase una enemistad a muerte. Para ella, aparte del fracaso del proceso de nulidad matrimonial, estaba la influencia del ministro ante el rey; una influencia que tenía que acabar. Ahí también quería Ana la exclusiva. Los personajes que se acercaran a Enrique VIII debían contar con su consentimiento y, esta vez, la sagacidad política del cardenal no le bastó, y este supo, en ese mismo instante, que estaba acabado y que sus días probablemente estaban contados.

Una mañana, al acudir a palacio, sintió que las cosas ya no funcionaban como el día anterior. Las gentes que se cruzaban con él en los pasillos ya no se inclinaban obsequiosos como en el pasado, sino que le miraban de lado, y pronto, escasos días después, comenzarían a rehuirle, lo cual era un funesto síntoma en una corte como la del rey de Inglaterra. A finales del año 1529 se preparó para

lo peor. Se había retirado de Londres a petición del rey, que le había despojado de gran parte de sus rentas y no quería verle cerca. Eso supuso para él casi un alivio. Al menos parecía que Enrique VIII se conformaba con empobrecerle.

Pero el año nuevo entró para él con mal pie. Un fuerte resfriado le retiene en cama durante más de una semana, y en la soledad y el abandono del lecho se siente fuera de todo. Su opinión ya no cuenta en el reino. En esos días grises y tristes conoce que Cranmer ha ordenado estudiar el caso del divorcio del rey a las universidades europeas. La diplomacia de Enrique VIII intenta conseguir en vano la aprobación de un nuevo tribunal por el Papa y el emperador.

«Vano intento», piensa Wolsey. No se había esperado que la reina fuera capaz de resistir todo el peso del Estado. Pero cuando la vio, en la sala del tribunal en Blackfriars, supo que se había equivocado con ella y que Catalina de Aragón nunca cedería a la pretensión del rey. Por eso, sintiendo el peso de su error como una espada encima de su propia cabeza, no pudo continuar con ecuanimidad el proceso y también por eso pidió al rey que dijera en público que aquello no había sido idea suya, su gran equivocación final. Había cometido error tras error y ahora que el rey ya no le quería, se vengaría en él. Se sentía enfermo, aunque su mal verdadero se debía al dolor por la pérdida del favor real. ¿Para qué vivir, si ya no tenía poder? No tenía sentido. El triste exilio estaba acabando con él.

Pero el rey no le olvidó ni le perdonó, a pesar de saber que no estaba bien, y Ana Bolena mucho menos. Enrique VIII, siguiendo su costumbre, le castigó primero donde más le dolía: en el honor y en el dinero. Una a una, le retiró las dignidades que había acumulado: arzobispados, obispados y rentas e, incluso, en una última y poco amable misiva, el rey le exigió unos miles de libras que él amargamente alegó reservarse para su entierro. Y cuando ya no tenía nada, el rey le ordenó acudir a la capital. Había preparado para él un final indigno y público, animado por Ana Bolena, que quería disfrutar con su ajusticiamiento. Wolsey tuvo la suerte de morir en Leicester, cuando iba camino de Londres, sin saber lo que le esperaba. El rey ya había ordenado preparar un patíbulo para su ejecución en la Torre de Londres, pero el cardenal no llegó a sufrirla. Víctima de su extraña enfermedad, Wolsey murió solo y abandonado en un monasterio del camino, y nadie en Inglaterra le rezó siquiera un simple responso. Había conseguido ser odiado por todos. Nadie le echaría de menos.

Enrique VIII aprovechó la muerte de su odiado ministro. Intentando ganar credibilidad entre su pueblo y las cancillerías extranjeras, dio el importante cargo de canciller al íntegro y sabio historiador y teólogo Tomás Moro, aunque este era abiertamente amigo de la reina Catalina y contrario al divorcio. El nombramiento generaría problemas de

inmediato. Ana Bolena le detestaba y él era consciente de que no iba a ser capaz de dar a su rey la entrega total que este deseaba, armado de sólidos principios morales que se contraponían a los del rey y su amante. Por ello, en las alturas políticas había espacio para que algún ambicioso fuera abriéndose camino. Lo hicieron sin contemplaciones dos hombres de escasos valores morales que decidieron medrar a costa de servir a los deseos del rey al precio que fuera. Ambos llevaban el patronímico de Tomás y buscaban entrar en el centro de la escena política. Cranmer era ambicioso y aspiraba a ser el sucesor de Warham en el arzobispo de Canterbury. Desde su cátedra de Cambridge abogaba por el divorcio del rey, y sus palabras le hicieron ganarse su real confianza. Por su parte Cromwell, un hombre del pueblo de inteligencia brillante aspiraba con impaciencia a ser el canciller que Enrique VIII necesitaba en ese tiempo, capaz de volver a enfocar de un modo adecuado y beneficioso para Inglaterra la diplomacia y la política exteriores del país.

Pero sobre todos ellos, cada vez más poderosa y soberbia, estaba Ana Bolena, a quien el pueblo de Inglaterra consideraba la causante de todos los males de la reina y de la princesa y que recibía el sobrenombre de la Corneja Negra. El rey había nombrado a su hermano miembro del consejo real y continuamente incrementaba las propiedades de su padre y de su hermana. Y a ella le había dado como impresionante regalo el suntuoso palacio de Wolsey, que perteneció al arzobispado de York, junto con todas las riquezas que el codicioso prelado había reunido allí: un verdadero botín para la triunfadora de las lides galantes que, no obstante, seguía ganándose enemigos cada día que pasaba. En su neurastenia y odio hacia la reina se enemistaba con cualquiera que tuviera una palabra amable o siquiera justa con esta. Así perdió estúpidamente a sir Harry Guilford que, habiendo sido partidario de su causa, se pasó a la de Catalina tras una gran trifulca provocada porque el caballero dijo unas palabras que no le gustaron a Ana Bolena. Esta también se enfrentó a los poderosos duques de Norfolk y de Suffolk en su obsesivo deseo de estar por encima de quienes tenían mejor cuna que ella. Además, Northumberland la miraba con desprecio y los Pole, que eran de sangre real, la ignoraban, provocando también enemistad con el rey.

20

La política de hechos consumados

1. Palacio de Greenwich. 1533

Cranmer y Cromwell estaban ante el rey. Las caras de ambos estaban muy serias, dada la ocasión para la que habían sido llamados. El rey sabía que podía contar con ellos para lo que fuera. Ambos se lo habían demostrado. Cromwell había sustituido a Moro como canciller, tras la renuncia del humanista. Enrique VIII se sentía mucho más a gusto con él que con el prelado caído en desgracia, cuyos escrúpulos de conciencia no le permitían obedecer a su rey, como al mismo Fisher. A ambos les iba a costar la cabeza el rechazo al deseo real de divorciarse de Catalina de Aragón.

Por otra parte, a la muerte de Warham, Cranmer había recibido el arzobispado de Canterbury, aunque el Papa no lo hubiera ratificado, en su pugna con el rey, por el asunto del divorcio, que en Inglaterra había costado la cancillería a Moro. De hecho, para forzar una decisión a su favor, Enrique había suspendido la contribución anual a la Santa Sede en 1532, poco después de que el pontífice, tras la multa que el rey impusiera a la Iglesia de Inglaterra por obedecer al Papa, decidiera que si el rey se casaba con Ana Bolena sería excomulgado y su trono quedaría vacante.

La furia del rey maldiciendo al florentino taimado, como llamaba al papa Clemente VII, se había escuchado en todo el palacio y todos tuvieron buen cuidado de no contrariarle durante los días siguientes. A cualquiera le podía costar la cabeza en esos momentos una palabra inadecuada. Ana estaba tan furiosa o más que el mismo rey, porque para ella la decisión del Papa era mucho más grave: suponía que no podía casarse con el rey, a menos que este rompiera con su obediencia a Roma. Y entonces ella lo vio claro. ¿No se habían rebelado Lutero y los príncipes protestantes contra la autoridad del pontífice? ¿Acaso tenían ellos que supeditar su legítima felicidad a la decisión de un Papa, esbirro del emperador, que temía un nuevo saqueo de la ciudad eterna si se atrevía a anular el matrimonio de la tía de Carlos V y el rey de Inglaterra? Incluso el rey de Dinamarca estaba a favor de las tesis de Lutero. Roma estaba caduca y el Papa no era capaz de decidir libremente. Eso era evidente.

Ana acudió al rey con estos argumentos. Convertida en marquesa

de Pembroke, seguía intentando por todos los medios que su majestad se casara con ella a pesar de la negativa del Papa. El rey, preso en sus redes, había aceptado por fin celebrar ese enlace, que suponía un paso adelante en un camino sin retorno: la abierta desobediencia al Papa. Y aunque en principio su sentido común le había hecho dudar sobre la oportunidad de dar el paso, Ana lo convenció al anunciarle, como último argumento, que estaba embarazada. Solo si se casan, el hijo que ella espera podrá un día convertirse en rey de Inglaterra. Solo si están casados legalmente y Ana Bolena es reina de Inglaterra, el vástago de su unión tendrá abierto el camino al trono. Si no, será un bastardo más, como el pobre duque de Richmond, a quien todos ignoran. El 25 de enero de 1533, Cranmer, en contra de la posición del Papa, incurriendo en grave delito de desobediencia, se hizo reo de excomunión casando al rey con Ana Bolena.

Han pasado varios meses y el embarazo es cada vez más notorio. Por eso han sido convocados a la presencia real aquellos dos hombres, ascendidos a las cumbres del poder recientemente, por sus servicios al rey en este asunto. Hay que decidir de inmediato qué hacer. Solo los presentes saben de la boda y es menester comunicársela al pueblo de Inglaterra y a las cancillerías, presentarla como un hecho consumado y, si fuera necesario, retirar toda obediencia a la Iglesia romana, con todo lo que ello implica. La cuestión es tan grave, que la decisión que se tome afectará al futuro de Inglaterra. Todos son conscientes de ello. Cuando se haga pública la decisión, las reacciones serán imprevisibles.

Cranmer intervino con su voz fanática y segura que anunciaba siempre una decisión inquebrantable.

–Majestades, hay que reunir un tribunal del más alto nivel, ajeno a Roma, compuesto por los lores eclesiásticos y los jueces de Inglaterra, que declare solemnemente válido el matrimonio celebrado por mí en enero.

–Sí –dijo Cromwell, cortándole el pensamiento al arzobispo–. Y después se realizará ante todo el reino una solemne coronación de la reina en la abadía de Westminster. Y no creo que entonces Roma se atreva a negar la validez de vuestro nuevo matrimonio.

–Si lo hace, entonces declararé cismática a Inglaterra, y la Iglesia del reino dejará de obedecer a Roma.

Ana Bolena le miró con orgullo infinito. Aquel era su triunfo verdadero. Durante años había soñado con aquello que al fin estaba a su alcance: convertirse en reina de Inglaterra. Poco le importaba que hubiera sido a costa del sufrimiento, la mentira, el dolor y la muerte de algunos grandes espíritus. Cualquier precio le hubiera parecido barato por sentir el júbilo que la llenaba en ese momento. Y en el paroxismo de su alegría, no pudo menos que recordar a la que

pretendía sustituir. La resistencia de la reina verdadera de Inglaterra era la única mancha en su felicidad, y su odio por ella era tan grande que apenas lo podía expresar. Habría querido que el rey ordenara su ejecución pero, aunque lo deseaba en lo más profundo de su corazón, era la única cosa que no se había atrevido a pedirle a Enrique VIII. Aún no, por lo menos...

–Y también habrá que comunicárselo a la princesa viuda de Gales –dijo la pretendida reina, con hiriente sorna–. No hay que olvidar las buenas formas.

–Sí, desde luego, esposa mía –dijo el rey–. La princesa viuda de Gales y su hija deben saberlo lo antes posible –dijo el rey con sorna–. Así podrán saber a qué atenerse en adelante.

2. Castillo de Ampthill. Bedfordshire. Julio de 1533

Con toda intención, el rey había enviado a Ampthill al antiguo mayordomo de la reina lord Montjoy, que ahora había puesto a su servicio, y al duque de Norfolk, a quien creía totalmente fiel a su persona. Su ceguera al respecto le impedía ver que para sus súbditos la reina Catalina seguía siendo la legítima soberana del país; de hecho, odiaban a Ana a pesar de haberse celebrado la coronación, y seguían maldiciéndola por los males que su ambición había traído a Inglaterra.

Los dos pares, antiguos amigos de Catalina, la saludaron con la deferencia que merece una soberana pero guardaron con ella una distancia desacostumbrada. Se sentían incómodos por la tarea que el rey les había encomendado y se notaba. Sin embargo, ambos se inclinaron con reverencia ante la princesa María, mostrando así a la reina, que era observadora, lo que en verdad pasaba en el reino. La gente sabía que el rey cumpliría su santa voluntad y que tendrían que soportar en el trono a aquella ambiciosa hasta que se cansara de ella, e incluso aceptaban con dolor el sacrificio de Catalina. Sin embargo, no querían a un hijo de la Bolena en el trono. Deseaban que su princesa María, cuya sangre era real por los cuatro costados, reinara a la muerte de su padre. Esta intuición llenó de paz a Catalina.

Así pudo mantener el rostro tranquilo cuando su antiguo chambelán, en presencia de Norfolk, leyó de corrido, cumpliendo la orden del rey con cierta vergüenza, el acta de acusaciones que Enrique VIII había ordenado redactar contra su antigua esposa. La afrentaba de nuevo, como siempre últimamente, con el título de princesa de Gales y la acusaba, entre otras cosas mezquinas que ella adivinaba muy bien de dónde venían, de desobediencia a la autoridad real y le ordenaba que en adelante usase solo el título de princesa viuda de Gales, si no quería que sus rentas desaparecieran. Sin torcer el gesto ante aquellos

nobles y ante su hija, que estaba delante por orden expresa suya y sufrió con menos presencia de ánimo que su madre el ultraje de aquella infamante sarta de sinsentidos que era la carta real, Catalina leyó por sí misma el texto y tras tachar con un gesto regio el falso título de princesa viuda de Gales del documento, firmó haberlo leído, con su Catalina, reina de Inglaterra. El gesto hizo que Enrique VIII y Ana Bolena sufrieran un nuevo ataque de rabia ante esta resistencia pasiva a aceptar la situación del nuevo matrimonio del rey, que no reconocía y no pensaba reconocer nunca, pues seguía casada por la Iglesia, situación que el Papa acababa de ratificar y que impedía al rey solucionar el conflicto de su primer matrimonio.

Las antiguas cortesías se quedaron en remedo de los viejos tiempos y los señores se retiraron del castillo, tras ordenar a la servidumbre, en nombre del rey, que no le dieran a Catalina el título de reina. Ella les oyó y después de sus palabras dejó a la servidumbre libre de partir si así lo deseaban. Sin embargo, quienes permaneciesen en Ampthill la tratarían siempre como reina. Muy pocos fueron los que partieron, y todos los que se quedaron eran absolutamente fieles a su señora y estaban dispuestos a dar la vida por ella.

Montjoy y Norfolk se retiraron, admirados de la entereza de la reina, sintiendo que lo que el rey les había ordenado era una ca nallada y que, para vergüenza de esa generación, les tocaba a todos vivir una situación afrentosa e injusta. Nunca antes se había producido en la historia de Inglaterra algo semejante que suponía el encierro o el exilio de una reina que antaño había salvado al reino de las armas. Una de las soberanas más queridas, piadosas y buenas que el reino había tenido jamás. Por ello en el camino de regreso los dos hablaron poco. Las cosas eran así y nada podía hacerse a menos que se alzaran en armas contra el rey, empresa que casi nadie deseaba.

El rey era soberano y la reina Catalina aceptaba sus caprichos y no pensaba utilizar su influencia sobre Carlos V y el pueblo y la nobleza para levantar en armas al reino y provocar una insurrección. Ella era reina, era consciente del coste que suponía para la corona un conflicto semejante y no deseaba hipotecar la herencia de su hija. Dejaría que Ana Bolena cayera por obra de su misma ambición. Seguramente eso no tardaría en suceder aunque la llama que inflamaba el amor del rey era poderosa. Ella lo conocía bien y llegado el día, cuando se le pasara la pasión, su ira sería tan grande como hoy lo era su amor.

La princesa María y la reina estaban sentadas, bordando en silencio, en el estrado castellano que la reina Catalina tenía en su residencia. En el castillo de Ampthill había encontrado un rincón muy alegre, ante un gran ventanal gótico, y allí dispuso de su estrado con alfombras granadinas, un trono aragonés que su padre le regalara, un bello aguamanil de plata labrada, colocado sobre un antiguo capitel de

cestería hermosamente tallado en blanco mármol, recuerdo de la Córdoba califal conquistada por sus antepasados, que ella utilizaba como mesa, un bargueño castellano y un par de jamugas castellanas para que se sentaran sus damas. Había muchos cojines de brocado de seda que se apilaban sobre la pared, donde el tapiz flamenco de la anunciación, con una preciosa orla de querubines que sostenían las armas de sus padres, quitaba el frío de la piedra y daba un aire de lujo íntimo a ese trozo de España trasladado a Bedfordshire.

Catalina miró a su hija, sintiendo que aún estaba afectada por la visita de los nobles y la hiriente misiva que su padre el rey se había atrevido a enviarle. Sabía que para ella era muy dura la situación, pero no quería que estuviera ajena a lo que acontecía en el reino. Podía serle fatal. Tenía diecisiete años y ya iba siendo hora de que viera las cosas sin velos.

–No os aflijáis, hija mía –dijo la reina, rompiendo el silencio, que tanto pesaba a la princesa–. Tenemos que ser fuertes las dos, ya que ahora estamos pasando un mal momento. Vuestro padre, siempre mal aconsejado por Cranmer y Cromwell, ha cometido un acto terrible al coronar a Ana Bolena.

–No sé cómo se ha atrevido a seguir adelante con la farsa del matrimonio con la Corneja Negra.

–No habléis así, hija. Sois la princesa de Gales y no conviene que rompáis la contención y el control de vuestro humor y vuestro genio, que conviene a vuestro rango. Al fin y al cabo, ella no podrá nunca perdurar en el trono. Lo que no se ha adquirido bien, se pierde casi siempre de modo violento y doloroso y ya veréis cómo ella caerá. Solo debemos tener un poco de paciencia. Por eso es menester que vos os mantengáis al margen de todo. Absteneos de cualquier crítica, incluso de la manifestación de cualquier opinión negativa al respecto de la situación actual. Así, nadie podrá nunca acusaros de conspiración y podréis servir siempre de referencia y de ideal a vuestro pueblo. Él sabe que estáis cumpliendo vuestro deber de hija conmigo, os admira por vuestra bondad y vuestra sincera piedad y os quiere como a su heredera, a pesar de lo que esté pasando en Londres, que la mayoría no entiende ni quiere entender. Para ellos, en sus mentes sencillas, vos sois su princesa y no hay otra.

La princesa María asintió. Era la primera vez que su madre le hablaba abiertamente y sin tapujos de la situación política, tratándola como a un adulto. Aprovechando un raro momento en que estaban solas, sin oídos que pudieran repetir las palabras pronunciadas por ella, la reina estaba manifestándole por fin las razones de su conducta, que su hija muchas veces no había entendido.

–No lo olvidéis nunca, María –siguió la reina–. Estáis llamada a

ocupar el trono, por más que la Bolena desee robároslo para su prole y por más que quieran negároslo los ministros intrigantes que rodean a vuestro padre. Por ello, debéis ser capaz de separar, desde ahora en adelante, vuestra animadversión hacia ellos del amor que debéis sentir por quien os dio la vida.

–¿Cómo podéis pedirme que le quiera, madre? ¿Cómo podéis pensar que yo puedo amar a quien intenta humillar a mi propia madre y a mí misma de mil sutiles modos, encumbrando a esa…?

–Callad, hija. En verdad que no conviene que habléis mal de ella. Las paredes tienen oídos en toda Inglaterra y su mano es poderosa, incluso desde lejos. Por ello, os conmino a que no confiéis vuestros pensamientos sino a Dios, y vuestras dudas al confesor. Solo así estaréis siempre segura. El silencio es vuestra mejor arma y la resistencia pasiva vuestro respaldo ante el pueblo. Contra eso nada pueden ella ni el rey, vuestro padre. Ya habéis visto cómo he rechazado sus pretensiones sin levantar jamás la voz, ni emitir un reproche, ni una queja.

–No entiendo cómo habéis podido hacerlo, madre.

–Es sencillo, hija. Y ahora que ya tenéis casi diecisiete años, debéis entenderle perfectamente, porque os va mucho en ello. Lo he hecho solo por vos. He sufrido y sufriré todo lo que deba sufrir por vuestros derechos al trono. Así lo decidí el día que nacisteis y así ha de ser. Vos sois mujer y vuestra posición no es tan fuerte como yo quisiera, y por ello es menester que nunca deis un paso en falso. Oídme bien, hija, y grabad estas palabras en vuestro cerebro y vuestro corazón:

»Nunca, y os lo recalco, nunca, por más ofendida que os sintáis, critiquéis al rey ni os atreváis a dar un solo paso contra él, que es vuestro padre y vuestro señor, por más que os intenten convencer de ello. Es importante lo que os digo y más aún que toméis buena cuenta de ello, porque sé que hay muchos a quienes gustaría utilizaros como bandera para destronar a la reina y, si fuera necesario, incluso al rey. Aprended de mi silencio, que no es fácil. Yo que tanto he amado y aún amo a vuestro padre, he de ver cómo me humilla, sentando a otra en mi trono y acariciando su vientre, hinchado con el producto monstruoso de su pecado, y a pesar de todo no he hecho nada contra ellos. Mi única protesta ha sido rechazar el tratamiento infamante de princesa de Gales, que ahora pretende dárseme como insulto, en lugar del que me corresponde en verdad, que es el de reina. Y aunque a vos os parezca terrible que vuestra madre no proteste, ni se resista y calle en todo, salvo en lo relativo a su rango y que no utilice mi poder ni intrigue para que la Bolena caiga, no penséis nunca que es por debilidad o por desidia. Sabed que lo hago con plena conciencia y conocimiento de causa, de acuerdo con mi confesor, para defender

vuestros derechos y para que un día, cuando Dios llame a vuestro padre con él, podáis sentaros en el trono de vuestros mayores y reinar en Inglaterra como una gran reina católica.

–No lo entiendo, madre. ¿No sería mejor intentar convencer al rey de que se equivoca?

–Me parece que no conocéis bien a vuestro padre, hija, y ya va siendo hora de que lo hagáis. Es importante, porque os van la vida y el trono en ello –dijo la reina, mirándola fijamente a los ojos bellos e inocentes–. Enrique VIII nunca se equivoca. Para bien o para mal, esa es su manera de ser, hija. Por ello siempre procura llegar hasta el final en sus decisiones, y si alguien en el reino se opone a ello, pagará con su vida el enfrentamiento con su soberano. Ya han perdido sus haciendas y sus posiciones varios hombres buenos por defender mi legitimidad, y caerán cuantos se opongan a los deseos de su majestad de humillarme y rebajarme, porque él es así. Es capaz de elevar a alguien hasta el mismo cielo, para después dejarle caer hasta las simas del infierno con un solo gesto.

»Por eso os conmino a que nunca os enfrentéis a él. Si lo hicierais, todo mi sacrificio habrá sido inútil y solo conseguiríais que vuestro padre acabara con vos, sin piedad. Por eso, debéis mantener y alimentar como sea el amor que vuestro padre os profesa, a pesar de que os haya insultado al negar nuestro matrimonio. Pensad que solo lo hace para dañarme a mí, que en realidad soy la víctima de su enojo por no querer plegarme a ese divorcio, que por mi honor y por el vuestro no puedo ni podré aceptar nunca. Salvo en eso, soy su más fiel y devota súbdita y su esposa ante la Santa Iglesia Católica y obedeceré su voluntad en cuanto me ordene, salvo que sea contrario a mi conciencia, mi rango y a los mandamientos de Dios Todopoderoso. Ese es mi deber y lo cumpliré hasta el agotamiento y hasta la misma muerte, que os confieso que no temo en absoluto. Mientras yo viva seré vuestro bastión y vuestro muro de contención, pero sé que no he de durar mucho tiempo más. Siento que me queda poca vida, porque salvo vos, que sois mi única alegría, el resto de lo que he vivido no ha sido más que vanidad, una pasajera y poco perdurable vanidad.

»Todo en el reino me duele. Ya no reconozco Inglaterra. Parece que en este tiempo la virtud es castigada y el vicio ensalzado, y por eso vos, que tenéis inteligencia, firmes principios y juventud, debéis callar, esperar y sobrevivir a este tiempo de perdición. Hacedlo por Inglaterra, que un día os aclamará como su católica reina, y sabed que sois su última esperanza de recobrar la fe, la tranquilidad y la paz perdidas en este tiempo aciago en que los consejeros del rey tanto daño han hecho a la real voluntad. Ved, hija mía, que yo ya no me atrevo siquiera a escribir a mis amigos, por temor a que se entere el rey y que ello provoque que caigan sus cabezas bajo el hacha

inmisericorde que blande el odio de Ana Bolena.

–Odio a la Corneja…

–¡Que sea la última vez que os oigo pronunciar ese mote! Otros pueden hacerlo impunemente, la princesa de Gales no. Callad para poder sobreviviría, y cuando os llegue el momento, solo entonces, actuad. Pero hasta ese día debéis hacerme caso. Mostradle a vuestro padre una absoluta sumisión y un afecto devoto, haga lo que haga y diga lo que diga, y nunca le pongáis mala cara a ella, si es que tenéis que estar en su presencia. Miradla e imaginaos que va camino del patíbulo, donde de seguro acabará su vida. Así se os hará más llevadero soportar que esté sentada en nuestro trono.

–Sois tan fuerte, madre… Os admiro y os envidio por ello. Pero yo no soy como vos. No sé si podré controlarme. La odio de un modo tal que me gustaría acabar con ella.

–Los reyes y los príncipes no odian, hija –le cortó la reina–. El odio es patrimonio de los débiles y de los que no tienen poder. Los fuertes saben esperar, y vos tenéis el temple suficiente para hacerlo. Lo sé. Llevo observándoos desde el día que nacisteis y os conozco mejor de lo que os conocéis vos misma. Sabréis conteneros, sabréis cumplir con vuestro deber y soportar nuestra separación, que es inminente de nuevo.

–Pero ¿por qué decís eso, madre? No quiero irme de vuestro lado.

–No sois libre, hija, como tampoco lo soy yo. Ahora solo cabe esperar la decisión del rey, después del fracaso de su nuevo intento de hacerme aceptar la nulidad de nuestro matrimonio y reconocer su falsa boda. Habrá represalias por su parte, no lo dudéis, y separarnos será sin duda la primera de ellas. Por eso, estad preparada para ello. Así os será más fácil asumirlo. Y mientras llega la orden, sabed que estoy disfrutando de cada minuto de vuestra compañía, y que vuestra devoción es para mí como un bálsamo que me permite sufrirlo todo y que me permitirá hacerlo hasta el final.

–¡Ojalá que la Bolena tenga un aborto! –dijo la princesa–. Sería un duro golpe a su ambición.

–Esa sería la mejor noticia para nosotras, hija. Pero no puedo pedirle al Señor el sufrimiento de otro ser, por más que me haya hecho daño. En cambio, rezo todos los días para que Ana dé a luz una hija y siento que así será. Así quizá vuestro padre sufra una decepción y vea las cosas más claras. Desde luego, no creo que el cielo permita que vuestro legítimo derecho al trono sea conculcado por el fruto adúltero del rey. Pero estas palabras –dijo la reina mirándola de frente– no han sido pronunciadas por mí jamás y vos no las habéis oído. Son un secreto entre nosotras.

–Así será, madre.

–Ahora solo nos queda esperar. Tenéis que haceros maestra en la paciencia y saber sacar de ella la enseñanza que os dará madurez y sabiduría que os serán útiles algún día. Y no olvidéis que solo podréis confiar en los que estén a vuestro lado hoy, no mañana, cuando todo os sonría. Y cuando llegue el día en que el rey ordene vuestra partida o la mía de este castillo, os iréis con la cabeza alta, sin derramar una lágrima, con la sonrisa en el rostro, como haré yo, si llega el momento. No hemos de dar placer a quienes quieran vernos sufrir. Si somos capaces de contener la expresión de nuestros sentimientos, podemos incluso llegar a convencernos de que no existen y así conseguiremos vencer a quienes intentan acabar con nuestra resistencia y nuestro orgullo. Así pues, cuando penséis que no podéis aguantar más, recordad que sois María Tudor y Aragón, princesa de Gales y heredera de la corona de Inglaterra, por cuyas venas corre la sangre de muchos reyes valientes y poderosos. En este país nadie es más que vos, y en Europa entera solo el emperador os supera en rango, hija mía. Por eso, id siempre con la cabeza muy alta y recordad que vuestro destino es el trono y nunca os conforméis con menos. Por ello he dado yo mi vida entera.

–Me asustan vuestras palabras, madre. Suenan ominosas, como un lúgubre tañido de campanas que anuncian la desgracia.

–Lo sé, hija. Ver la realidad sin tapujos a veces es así. Ya tenéis edad suficiente para que el velo de la infancia caiga del todo de vuestros ojos. Y prefiero ser yo quien os lo quite, con mi amor y mi preocupación por vos, antes que lo haga la misma vida a fuerza de golpes que no sepáis detener. No quiero que os llaméis a engaño nunca, María. Sería un error fatal para vos. Vuestra posición es muy difícil hoy, pero tenéis un derecho verdadero y por eso deberéis cuidaros en desarrollar una resistencia pasiva, como la mía, a todo aquello que no se corresponda con vuestro rango y vuestro destino. No podéis permitir que se os case con un inferior, ni que se os disminuya en vuestro linaje o vuestra herencia. Resistios a ello con la misma vida si fuera menester, porque si cedéis ahí lo habréis perdido todo y ya no seréis nada. En todo lo demás, obedeced siempre a vuestro pa dre, que es, además, vuestro rey. Recordad siempre que lo sois todo para mí. Mientras haya aliento en mis labios, cada respiración de vuestra madre será una plegaria y una bendición para vos. Estemos cerca o lejos, así será hasta el día de mi muerte –concluyó.

De nuevo retomó un hilo de su costurero y se inclinó en silencio sobre el bordado que estaba haciendo, mientras el sol la iluminaba y le daba un aire de reina antigua, de aquellas que en el medievo esperaban el regreso de sus paladines y cuya dulzura y bondad cantaban los trovadores.

La princesa se quedó pensativa unos minutos, mirándola. Tenía que

digerir aquellas duras frases de su madre que le mostraban una ruta de sacrificios y silencios que eran contrarios a su carácter. Por primera vez en la vida examinó su situación como si no fuera la propia, y comprendió que su madre tenía mucha razón y que había hecho bien en hablarle en ese día. María tenía la inteligencia suficiente para saber que cada una de las palabras de su madre rezumaban verdad; una verdad amarga, difícil de digerir. Cuando las hubo meditado suficientemente, miró de nuevo a su madre y se inclinó ante ella para tomarle la mano y besarla con el verdadero amor de la hija devota que era. Mientras lo hacía, salió de sus ojos una lágrima que escapó a su control. Era la última que se permitiría en mucho tiempo.

Había comprendido que, salvo por la presencia de su madre, estaba sola en un mundo que no iba a serle muy benigno. Sabía que si su padre lo deseaba podía tener ante sí largos años de soledad y de exilio, y estaba comenzando a prepararse mentalmente para soportarlo. El camino del trono no iba a ser fácil. Estaba orlado de espinas tan recias que le iban a lacerar la piel y clavársele en el mismo corazón. Pero sobreviviría. Por su sangre, por su deber y por su reino.

Catalina de Aragón miró a su hija en silencio. Al ver cómo cambiaba la expresión de su rostro y se iba asentando en ella el conocimiento y la conciencia verdaderas de su situación, supo que estaba aceptando su destino y que con ello estaba asumiendo que no había ningún camino que la llevara en otra dirección que no fuera la del trono de Inglaterra. Al comprender lo que estaba pasando, la reina sonrió y su rostro arrugado y seco recobró durante un instante mágico aquella dulzura de antaño, cuando la vida aún no la había marcado. Madre e hija habían llegado a una comunión de sentimientos que nada ni nadie podría nunca romper.

3. Las consecuencias del nacimiento de Isabel Tudor

En septiembre de 1533 nació el esperado vástago de Ana Bolena. La decepción había cundido en la cámara real cuando comunicaron al rey que Ana Bolena había dado a luz una niña. En Londres festejaron que no había nacido el deseado heredero y las cancillerías recibieron la noticia con alegría, pues todos esperaban y temían, en caso de producirse el nacimiento de un varón, que Enrique VIII llevase las cosas más allá de la prudencia y la cordura. Incluso muchos comenzaron a murmurar sobre la relación de la pareja. Se comentaba que la pretendida reina había incluso pedido perdón al rey por su fracaso, y que Enrique VIII se había apartado bastante del clan compuesto por el padre de Ana, sir Thomas, su madre y su hermano, a los que Cromwell comenzaban a detestar, porque hacían disminuir su

ascendiente sobre el monarca.

El nacimiento de la niña, no solo supuso el comienzo del distanciamiento entre Cromwell y los Bolena, sino que marcó el principio del plan del perverso personaje para apartar del trono a la joven. Ana no convenía a Inglaterra y había que acabar con su nefasta influencia sobre el rey. Sin embargo, ella, que normalmente estaba tan atenta a todo, no se dio cuenta de nada. Furiosa por su fracaso en la esencial tarea de dar al rey una legítima sucesión masculina, se sintió insegura durante unas semanas. No obstante, el rey volvió solícito a ella al cabo de muy poco y la nube que amenazó su felicidad pareció disiparse, de modo que ella siguió adelante maquinando nuevas intrigas que condujeran al final de Catalina de Aragón.

De hecho, la reina desterrada no aceptaba el divorcio ni el nuevo matrimonio del rey, y no pensaba aceptarlo nunca. El castigo de Enrique a su nueva negativa había sido, en efecto, ordenar la separación de madre e hija y reducirle la pensión. La reina no pudo mantener la gran casa de Ampthill y, tras la partida de su hija, abandonó el castillo y buscó un lugar más acorde a sus limitados ingresos. El lugar elegido fue Buckden, una agradable villa del sur, donde había encontrado una casa antigua de recios y nobles muros, lo suficientemente pequeña para ser cómoda y manejable para su escasa servidumbre y corte.

Mientras, el pueblo inglés veía cómo el rey, cada vez más grueso y venático, trataba a su verdadera reina como a una concubina en desgracia, y daba a la odiada Bolena incluso las joyas reales que le había quitado a su primera esposa como antes había hecho su padre. Las cosas no se arreglaban, sino que iban empeorando. Catalina no cedía un ápice y el rey tampoco. Para agravar la situación interna del país, llegó la noticia de la excomunión papal del rey, confirmando la validez canónica del matrimonio de Catalina. Poco después hubo un supuesto intento de rebelión, atizado por una monja iluminada del condado de Kent, llamada Isabel Barron, que había anunciado la muerte del rey y grandes males sobre Inglaterra si llegaba a casarse con la Bolena. Enrique VIII sofocó la rebelión a sangre y fuego, acabando así con quienes abiertamente comenzaban a protestar por la situación de la reina verdadera, que según Roma y la mayoría católica del reino era Catalina de Aragón.

El rey comenzaba a detestar por su tozudez a la que había sido su esposa. Sin embargo, su vacilante conciencia le impedía tomar las medidas drásticas que le eran tan fáciles de ordenar para los demás. Ana Bolena, comprendiendo que su esposo no sería capaz de deshacerse de ella, decidió a sus espaldas intrigar para que el rey la desterrase a un lugar terrible, donde muriera de un modo u otro, ya fuera por la insalubridad y la tristeza o por el veneno. Incluso en sus

sueños más ocultos deseaba ser capaz de hacer que el rey ordenase su ejecución pública. Nada le podría haber ocasionado mayor placer, pero sabía que no podía pedirle eso y que tendría que contentarse con esperar.

Empujado por Ana Bolena, el rey decidió ir más adelante. En un acto de amor hacia la Bolena, en contra del sentido común y de los deseos de la mayoría de los pares, hizo que el parlamento inglés aprobase en 1534 el acta de sucesión, que suponía una postergación contra natura del orden sucesorio. Por esa ley su hija María perdía el derecho de sucesión al trono de Inglaterra y su tratamiento de princesa de Gales, que recaería en adelante sobre la pequeña recién nacida, Isabel. Además, tras la negativa de la reina a ratificar el acta, decidió desterrar a la reina Catalina a un lugar infecto, el castillo de Fotheringate, una fortaleza tenebrosa y oscura de origen sajón, que se erigía en medio de un paraje lúgubre y gris, lleno de ciénagas salinas donde no crecía nada. Era un lugar perfecto para hacerla desaparecer para siempre.

La idea era francamente perversa y se le ocurrió pensando en un viaje tiempos atrás, en los años de felicidad con la reina Catalina en que por azar se acercaron a aquel paraje desolador. Entonces recordó que, cuando vislumbraron de lejos el lugar al que nunca se aproximaron, la reina se sintió enferma por su mera visión y dijo que aquel lugar tenebroso podría muy bien haber inspirado al Dante para evocar la entrada del infierno, de un modo más realista que la que el insigne italiano recogía. Enrique VIII se regodeaba pensando que ese sería su mejor castigo y que allí languidecería y hallaría su merecido final. Catalina no sería capaz de sobrevivir a Fotheringate, y así nadie podría acusarle de haber atentado contra la vida de su esposa.

21

La reina triste

1. El rechazo y la conspiración

Enrique VIII le había ordenado partir a Fotheringate y ella se había negado. Catalina de Aragón consideraba que como esposa tenía derecho a ser tratada como un ser humano y aquello era una tortura que no pensaba asumir de modo voluntario. Por eso, cuando los emisarios del rey llegaron con la orden perentoria del monarca, ella se negó a cumplirla y le envió con ellos una carta en la que le respondía con el tono respetuoso de siempre, recordándole que no podía aceptar una orden que suponía su muerte segura y por ello iba en menoscabo de la gracia y grandeza del mismo rey, que, al fin y al cabo, seguía siendo su esposo en la tierra y ante el cielo, como había señalado el Santo Padre. Si su majestad insistía en enviarla allí, tendría que hacerlo como su prisionera, y solo así conseguiría que Catalina de Aragón fuera a aquel horrible y desolador paraje.

La furia del rey fue tal ante la respuesta de la reina que de nuevo se escucharon sus gritos por todo el palacio de Greenwich. Catalina era uno de los pocos seres en la tierra que le hacía perder el control casi por completo, sin que fuese capaz de tomar acciones definitivas contra ella, ni siquiera en esos momentos de rabia. Tal vez el monarca sentía en el fondo de su corazón que lo que ella defendía era legítimo, aunque exteriormente se lo negase a sí mismo y a todos. Aunque no se sentía capaz de ordenar su muerte, sí podía incomodarla bastante más, y decidió hacerlo hasta el límite. Catalina no podía esperar de él ninguna consideración. Sería tratada por todos en el reino como la princesa viuda de Gales, bajo pena de muerte, y su hija también tendría que sufrir las consecuencias de la terquedad de Catalina.

Poseído de una ira que lo desfiguraba, hizo jurar el acta de sucesión a los pares del reino y a los prelados. En virtud de la misma, su hija, la princesa María, perdía sus títulos y privilegios. Todos se consternaron cuando por decisión del rey tuvieron que tratar en adelante a la que consideraban la verdadera heredera del trono como a una bastarda. El escándalo se apoderó del reino y los grandes males se sucedieron en Inglaterra. Los mejores espíritus del reino, favorables a la reina Catalina, se negaron a jurar algo que consideraban una aberración. Pero el rey insistió. Su voluntad era ley, y quien no la acatase lo

pagaría con la cárcel o la vida. Los meses siguientes fueron de presiones sobre los nobles e intelectuales que se resistían al juramento, seguidas a veces de expropiaciones de sus señoríos, que provocaban malestar e insatisfacción en el reino. Todo estaba alterándose de un modo tan profundo, que se sentía en el aire un deseo de rebelión. Percibiendo esto, el embajador del emperador aprovechó la situación para incitar a una revuelta general que acabase con la situación absurda que provocaba que un rey «Defensor de la fe» castigase a una reina católica y a su hija y heredera y se deslizase hacia el campo protestante, solo por su capricho de estar casado con la casquivana y ambiciosa pécora de Ana Bolena, a la que todos odiaban.

Enrique VIII, que a pesar de su obcecación, no dejaba de tener sentido político, se dio cuenta de que estaba en peligro y se volvió más cruel. Los arrestos y las ejecuciones se sucedieron con mayor virulencia. La decisión del rey estaba tomada. No había vuelta atrás. Su matrimonio con Ana Bolena era válido y su hija Isabel sería su heredera, porque así lo deseaba él. El que se opusiera iría al cadalso.

Entre los más importantes detenidos se hallaba el obispo de Rochester, el humanista Fisher, a quien su ciencia no libró de la ejecución cuando se negó a jurar el acta de sucesión. Tampoco se salvó el sabio Tomás Moro, autor de *La utopía.* El que fuera canciller de Inglaterra, antaño un verdadero amigo del rey, fue ejecutado por su fidelidad a Catalina y a la princesa María, ante la indignación de los intelectuales europeos y los profesores universitarios ingleses, que vieron cómo la corte del rey pasaba de ser refugio y orgullo de los intelectuales a convertirse en su azote si no comulgaban con las arbitrariedades regias. Para aumentar la crispación, el rey, incitado por Ana Bolena, nombró camarera de Isabel, su hija pequeña, a su hermana mayor, la ex princesa María, lo cual desató la indignación en el pueblo y estuvo a punto de provocar una insurrección en Londres.

Enrique VIII se había alejado también del duque de Norfolk. Este había sucedido durante un breve tiempo a Moro en el cargo de canciller, pero no le había proporcionado el divorcio. Norfolk había tenido suerte de no perder la cabeza, quizá gracias a su talante diplomático y a que su sucesor, Cromwell, lo admiraba desde siempre y abogó por él. En realidad, en muy poco tiempo se había producido un cambio muy profundo que iba a alterar el modo de vivir inglés y su relación con el mundo, provocado en gran medida por la negra presencia de Ana Bolena al lado del rey.

Cromwell, en su nuevo cargo de canciller, veía cómo el rey adoptaba medidas no solo impopulares, sino peligrosas para él mismo y para la corona, presionado por la Bolena y su odio hacia Catalina de Aragón. Entonces decidió que tenía que tomar cartas en el asunto, pues no creía que Inglaterra pudiese soportar, durante mucho tiempo

más, las arbitrariedades reales, que iban contra el sentir popular. El reino vivía un ambiente enrarecido y había que neutralizar con medidas enérgicas los intentos del embajador del emperador de fomentar una insurrección. Para evitarla, concertó con él una reunión secreta, en la cual le pidió que cesara en sus intrigas si no quería ser expulsado del reino. A pesar de que Cromwell intentaba controlar la situación, le era muy difícil hacerlo, porque el rey, fuera de sí, no atendía a razones. Estaba loco por la Bolena y ella era quien mandaba en Inglaterra.

Cranmer se acercó a Cromwell silenciosamente, cuando meditaba tan peliaguda cuestión. El arzobispo era un hombre como él, de escasos principios, práctico y entregado al servicio del rey. Cromwell sabía que a Cranmer tampoco le gustaban los excesos de la Bolena. Aunque había sido capaz de apoyar al rey en el paso trascendental de declarar el cisma de la Iglesia de Inglaterra, situación que de paso lo beneficiaba a él mismo, era tan consciente como Cromwell de que no se podía contravenir eternamente el sentimiento del pueblo inglés sin poner en peligro el trono.

–Las cosas están yendo demasiado lejos –dijo el arzobispo.

–Ambos estamos de acuerdo, eminencia. Hay que impedir que continúen así. Es un sendero peligroso y sin salida.

–Pero no se me ocurre cómo reconducirlo.

–Quizás haya un método –dijo Cromwell con gesto pensativo y cruel–. Debemos hacer que el rey ame a otra mujer y olvide a la Bolena o que Ana Bolena caiga en brazos de otro y ello llegue a oídos del rey. Ella no ama al rey, sino a la corona. Encontrémosle un hombre guapo e inteligente que la haga caer en la tentación de la infidelidad. Es tan soberbia que solo se dará cuenta del peligroso terreno que pisa cuando sea demasiado tarde.

–Es una buena idea, pero no es tan fácil conseguir las personas adecuadas. Es cosa difícil hacer que el rey se entere. Lo otro, es algo más difícil. Habrá que ir con pies de plomo y elegir bien al futuro amante de la reina. Tiene que ser alguien que reúna bastantes cualidades y que sea prescindible, porque le espera una horrible muerte cuando el rey se entere de que ha sido engañado.

–Ya se sabe que la mosca es atraída por la miel, y el riesgo es parte del juego.

–No muchos se atreverán a volar tan alto, canciller.

–Alguno habrá que sí, eminencia. La naturaleza humana es así: siempre habrá alguien dispuesto a jugarse la vida por los favores de una reina. De momento, comencemos a buscar candidatos. Quizá nos lleve tiempo, porque hemos de conseguir al menos tres o cuatro para que ella tenga donde elegir. Y todo debemos hacerlo con una

discreción exquisita, sin que ella se dé cuenta de que nosotros estamos detrás, ni el rey sospeche una conspiración. Como sabéis, nos va la vida en ello.

–También caeremos, sin duda, si ella sigue en el trono –dijo Cranmer–. Y probablemente el rey también. Comprendo que la llamen la Corneja Negra. Es, en verdad, un ave de mal agüero que lo quiere todo y, en su afán de poder, intenta destruir todo lo que no posee.

–Estamos pues comprometidos en una causa justa.

–Podéis jurarlo, canciller. Dedicaré todos mis esfuerzos a encontrar un hermoso mozo que haga perder el juicio a nuestra pasional reina.

–Eso me parece perfecto. Ya me ocuparé yo de que, además, pierda la cabeza.

–Sea, pues –dijo el arzobispo tendiéndole la mano, que Cromwell apretó con fuerza.

Y tras el apretón de manos ambos hombres se separaron para ir a cumplir con sus obligaciones. Acababan de tomar una decisión trascendente en beneficio del reino.

2. Meditaciones de la reina Catalina

En mayo de 1534 Catalina había recibido la orden real de trasladarse de su cómoda casa de Buckden al castillo de Kimbolton, tras su rechazo a ir a Fotheringate. Kimbolton era una fortaleza inhóspita, aunque no tan terrible como Fotheringate. La reina comprendió que había conseguido de nuevo sacar de sus casillas a su esposo y que, a partir de ese momento, casi podía considerarse como una prisionera, toda vez que su majestad le daba como mayordomo y como chambelán a dos caballeros amigos de sir Thomas Bolena: sir Edmund Bedingfield y sir Eduard Chamberlayn, que en realidad tenían orden de vigilarla de cerca e informar al monarca de todo lo que aconteciera en su pequeña corte.

Catalina sabía muy bien lo que eso suponía. Se había acabado su intimidad. En realidad, el rey deseaba mantenerla aislada, lejos de cualquier posible apoyo, y quería que en su nueva residencia aquellos dos hombres de su confianza fueran sus espías y carceleros. Por ello, nada más llegar a la fortaleza, tras examinarla, decidió retirarse a una torre alta y almenada y reservar estrictamente a su personal de confianza la entrada a sus aposentos, que eran una antesala, un pequeño gabinete, un saloncito, su dormitorio y su capilla. Solo tendrían acceso a esas habitaciones privadas los suyos, que le daban el tratamiento que le correspondía. Los carceleros del rey se quedarían fuera, vigilando lo que desearan y controlando la fortaleza, pero sin tener jamás acceso a la presencia real.

Así pasaron los meses, iniciándose una rutina que acabó con la salud de la reina y con sus ganas de vivir. Catalina, inmersa en sus desesperadas plegarias, cada vez hablaba menos. Solo las cartas de su hija la animaban de vez en cuando. Al llegar al castillo, la reina había sentido que allí iba a acabar su existencia. Fue algo más que una premonición; la conciencia de algo ineludible que no la asustó en absoluto. Quizá por eso, desde que se había encerrado voluntariamente en sus habitaciones, sin contacto exterior con el mundo, se estaba dejando ir poco a poco. Aceptaba que su vida acabaría allí, entre aquellos fríos muros de piedra gris.

Nunca se asomaba a las ventanas del castillo, como si para ella mirar hacia fuera y hacia la vida ya no tuviera razón de ser. Y en realidad así era. A la reina Catalina ya no le interesaban las nuevas del mundo. El terrible golpe que significó el acta de sucesión que Enrique había hecho aprobar fue superado por ella solo gracias a la conciencia de que el pueblo jamás aceptaría un ultraje como aquel. Ese había sido su último pensamiento político. Después, nada. Lo que pasara más allá de la ventana estrecha de su prisión ya no la afectaba, aunque podía decirse que tampoco lo que pasara dentro.

Vivía inmersa en un mundo gris, monocromo, donde las cosas perdían su perspectiva y todo era como una pantomima, en la que cada cual actuaba según el papel que le correspondía. Así, un día tras otro. Se sentía sin fuerzas, desmadejada, como una marioneta de guiñol que alguien dejara olvidada en un rincón, lejos de las demás. A lo largo de aquellos meses, muchas veces su mente se quedaba en blanco, sintiendo una tristeza sin fin que la llenaba por entero y que no era capaz de definir. Era una sensación profunda, difícil de contener, que afectaba a todo su ser. En ocasiones, las cosas se le caían de las manos y se quedaba durante horas absorta, mirando al vacío, con una desidia que llegaba a preocupar a las doncellas. Procuraba disimular en cuanto intuía que era observada. Su serenidad exterior contrastaba fuertemente con su tortura interior, que era permanente aunque nunca derramase lágrimas. Si hubiese sido capaz de llorar, sus lágrimas la hubieran ayudado a aliviar su pesar.

«¿Qué había pasado? –pensaba, angustiada–. ¿Cómo era posible que su vida entera no hubiera servido para nada? ¿Qué le había pasado a Enrique VIII?»

No reconocía en aquel fiero monarca, cuyas cartas eran cada vez más duras y despiadadas, al caballero gentil que la rescató de la humillación y del dolor hacía veinticinco años. ¿Había servido de algo su sufrimiento, su humillación, su silencio?

«¡Madre! –quería gritar, para que su grito llegara hasta el mismo cielo, resonando por las bóvedas de piedra–. Madre mía. Por qué me

trajiste al mundo donde he tenido que sufrir tanto, para que al final mi dolor no haya servido para nada? ¿Por qué no me dijiste que reinar era tan duro? ¿Cómo es posible que no se abran los cielos de indignación y el pueblo no se levante en armas ante el ultraje que sufren en las personas de su reina y su princesa? Incluso ellos, en los que confiaba y a los que he dedicado mi vida, me abandonaron.

»Yo soy Catalina de Aragón, la reina del vacío, en el reino de la nada. Mi corona es una corona de tristeza, cubierta de perlas que son mis muchas lágrimas derramadas en silencio, y mi cetro es el cilicio, pegado a mis carnes durante años de dura disciplina. La soledad me ha hecho olvidar el placer que un día conocí con mi esposo. Su abandono cruel me ha ultrajado de mil modos hasta intentar que nada quede de mi orgullo, de mi dignidad y de mis principios. Y aunque estoy al borde del precipicio de la locura y de la desesperanza, no me he permitido sucumbir aún. Hay algo que me lo impide, una extraña voz que me habla en medio de mis silencios y que me dice que siga adelante. ¡Qué desvarío!

«¿Quién soy yo, Dios mío? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no me llevas a tu lado? Ya no sirvo para nada, sino para molestar a quien he amado con todo mi corazón y mi resistencia, a costa del dolor y el sufrimiento. Ni siquiera ha servido para salvaguardar lo único que yo estimaba por encima de mi misma vida: los derechos al trono de mi hija.

»¡Qué horror! ¡Me siento tan culpable de haberla traído a este mundo! ¡Está sufriendo tanto como sufrí yo misma y casi desde la misma edad! Es un absurdo doloroso que tenga que repetirse una trayectoria como la mía.

«¡Perdóname, hija mía, por no hacer sido capaz de evitar tu dolor!

«¡Muerte! ¡Ven a buscarme, que no te temo! Ya nada me queda por hacer aquí. Quizá si me voy, las cosas mejoren para mi hija María o para el mundo.»

Así pasaba las horas muertas, en largas conversaciones interiores y con las sombras que evocaba su memoria. Sin embargo, cuando sus servidores, asustados por su silencio exterior, le hablaban, la reina miraba con dulzura y cariño, demostrando que estaba cuerda y que seguía teniendo un control de sí misma que asombraba a sus gentes, hasta que de nuevo la melancolía y el silencio se apoderaban de ella y entraba otra vez en sus dolorosas meditaciones. Era una mujer excepcional, que estaba haciendo un balance poco favorable de su vida. En el castillo todos comenzaron a llamarla la reina triste, pues en su rostro la tristeza estaba marcada con unos surcos tan profundos que casi hacía que se saltasen las lágrimas de los que la veían sufrir con ese silencio regio, que tanto les imponía.

Pasaba sus horas intentando encontrar dentro de sí una razón que justificara su existencia. A pesar de que nunca conscientemente había hecho daño a nadie, sentía que todo cuanto había vivido había dado lugar a sufrimiento y a lágrimas. Quizás hubiera sido mejor haber muerto de parto como su hermana Isabel y haber pasado al reino de los justos mucho antes, sin que su vida hubiese significado una tragedia para su rey y su reino. ¿Acaso hizo mal negándole el divorcio? ¿No hubiera sido mejor haber aceptado y partir hacia su Castilla del alma a retirarse en el castillo de Tordesillas, a cuidar a su hermana la reina doña Juana I de España? Su hija habría sido más feliz allí, seguramente.

Pero su voz interior era implacable. ¡No! ¡Nunca! Le decía con firmeza mientras el rostro de su madre se le aparecía en el infinito, con sus ojos verdiazules, recordándole que su deber era permanecer al lado de su esposo en lo bueno y en lo malo y que el deber de una reina era reinar. Catalina no tenía derecho a elegir. Su destino estaba sellado desde que se embarcó hacia Inglaterra. Cuando aquella tempestad le perdonó la vida debió haber leído en ella el augurio que los antiguos romanos hubieran adivinado con facilidad. Aquella tempestad le había anunciado que su vida iba a ser difícil y ajetreada, pero que iba a sobrevivir, aunque otros muchos cayeran o se doblegaran ante su fuerza.

Y así había sido. Había vivido conforme a su deber, sin ceder jamás. Era una princesa de la casa de España y había sido digna hija de sus padres. Dos veces había tenido el sueño de un amor esquivo, una vez como niña y otra como mujer, y en los dos casos se sentía fracasada. Había sido madre de una larga prole muerta, de la que había sobrevivido una única hija, fuerte y triste como ella, que, en lugar de disfrutar de su juventud, estaba siendo perseguida por la ambición de una perversa mujer y por el desdén de su propio padre. Perseguida por su destino aciago, había peregrinado por casas y castillos de todo el reino, soportando con dignidad cuantos dolores habían caído sobre ella, sin rechistar. Había cuidado de que su herencia fuera rica y provechosa, dando de sí cuanto llevaba dentro hasta quedar vacía; había tenido esperanza y fe en el futuro y, en lugar de frutos dulces, se había llevado las mayores decepciones, pues todo lo que construyó con su amor y su dedicación había zozobrado ante sus ojos.

Cuán poco sabían los que envidiaban el brillo de la corona real lo pesado y difícil que es llevarla con dignidad. Reinar no es fácil. Hay que nacer para ello en el seno de una familia reinante o con sangre real, consciente del alto deber que supone y de la responsabilidad que recae sobre el que lleva la corona o su consorte. Para ello, hay que recibir una educación esmerada desde la cuna, con la conciencia de

servicio a los ideales de la monarquía que se representa. Si no, es muy difícil el triunfo en esa exigente tarea que no permite un momento de descanso. A diferencia de Ana Bolena, ella era una reina de verdad. Eso era evidente. Por eso no entendía cómo el rey había dejado que aquella intrigante hubiera sido capaz de engatusarle de tal modo que le había hecho perder su misma dignidad.

Pero no quería pensar en la Bolena. Mil veces se había culpado a sí misma por haberla elegido como dama cuando era pequeña, en aquel maldito e inútil viaje a Francia, que había sido el origen de toda su infelicidad.

–Señora –dijo la joven Jane Arlington, una de sus damas, interrumpiendo su meditación–. Tenéis carta del embajador español.

Le tendió un pliego abierto, que tenía despegado el sello al haber sido examinado por los carceleros del rey.

Sin querer pensar en el oprobio que ello significaba, concentrándose con dificultad, la reina Catalina leyó la misiva de Chapuys. Tras los saludos de rigor, se le comunicaba la buena nueva de que el emperador Carlos V había conquistado Túnez, derrotando a las huestes del pirata Barbarroja, librando así al Mediterráneo occidental de uno de sus peores azotes. El emperador en persona estuvo allí y luego se dirigió a Napóles, donde había sido recibido en triunfo.

Era una gran noticia, pensó la reina, aunque le costaba imaginarse que nada pudiera pasar fuera de aquellos muros de piedra, que encerraban su cuerpo y frenaban sus mismos sueños, que raras veces volaban fuera del perímetro de su cárcel.

Entonces su mano acarició el frío mármol del capitel califal. Su tacto actuó como un embrujo y su mente se distrajo por unos segundos de las cosas de su triste cotidianidad para volver con fuerza a su infancia, a aquella infancia feliz que transcurrió en la lejana España. Sus pensamientos volaron libres, conjurados por los recuerdos, a aquellas ciudades donde pasó los mejores años de su vida. ¡Qué hermosa era Córdoba! Recordaba su mezquita califal como si hubiera estado allí ayer, transformada en catedral cristiana, con sus arcos moros de color rojo y blanco y sus miles de columnas de diferentes mármoles, que indicaban en qué dirección debía mirar, para su adoración sagrada, aquel pueblo sabio que edificó aquella maravilla de edificio.

Se acordó de la Sevilla regia del real alcázar, donde había vivido momentos maravillosos en sus antiguos aposentos y jardines, herencia del castellano rey don Pedro I el Cruel. Sintió el aroma dulce de la dama de noche y del jazmín y el azahar de primavera y el aroma de la cera de los cirios de Semana Santa y la belleza de los patios y de los

palacios, donde lucharan por la supremacía el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia. También recordó su Granada del alma. Aquella ciudad que llevaba en su corazón y donde pasó sus últimos días felices con sus padres, en el palacio de la Alhambra. Le vino a la mente con fuerza el rostro de su madre el día de la despedida. Ahora, con los ojos de la experiencia, supo interpretar aquella mirada de antaño. Y supo que'su madre, la reina Isabel la Católica, había temido y anticipado que le sucedería casi todo lo que había vivido. Y entonces percibió todo el dolor que había sentido como madre al ver partir tan lejos a su hijita pequeña, a ese reino lejano de bárbaros donde nada le garantizaba que fuera a ser tratada como correspondía.

–¿Por qué me dejaste partir, madre? –susurró en un murmullo inaudible, mientras el pliego caía de su mano y se quedaba absorta de nuevo en su tristeza; aquella tristeza sorda y permanente, llena de dolor y de desesperanza.

3. Malos tiempos para Ana Bolena

Mientras la reina iba dejando la vida poco a poco y se perdía en las ensoñaciones de su pasado, el mundo cambiaba e Inglaterra era un hervidero de actividad. Enrique VIII se había declarado a sí mismo cabeza de la Iglesia de Inglaterra, entrando a formar parte de los príncipes rebeldes a la Iglesia católica. Los de Alemania y del norte de Europa se habían unido contra el emperador en la Liga de Esmalkalda, una alianza política y religiosa para evitar los excesos de poder del victorioso Carlos V y para proteger los principios del luteranismo.

Enrique VIII había ordenado la suspensión del «Annates» –la contribución de la Iglesia a Roma– como primera medida para castigar a la Iglesia romana. Tras la inesperada confirmación de la validez de su matrimonio con Catalina de Aragón por el papa Clemente VII no paró en mientes para molestarle. Se declaró independiente de las decisiones de Roma, fundó la Iglesia de Inglaterra y entró en contacto con los protestantes del continente, para escándalo de muchos en el reino. Luego, siguiendo adelante con sus planes, nombró vicario general de la nueva Iglesia de Inglaterra a su canciller Cromwell. Y después de la suspensión del pago de impuestos, comenzó la expropiación de las rentas de la Iglesia en los lugares en que los clérigos y prelados se habían resistido a obedecer sus órdenes o habían apoyado abiertamente a la reina Catalina de Aragón o a la princesa María. Era un buen método para quitarles el poder. Viendo que la medida podía ser, además, un excelente negocio para el Estado, decidió extenderla a toda Inglaterra. La nueva Iglesia de Inglaterra hizo que en el clero las cosas cambiasen. La Iglesia católica sufriría las

consecuencias de las iras del rey donde este consideraba que podía hacerle más daño: en sus rentas. Con ello comenzaba un tiempo de expolios legales ordenados por el rey y su vicario general. Tras las visitas a los más de mil monasterios que había en Inglaterra los bienes expropiados pasaban a propiedad del rey Enrique VIII, que con esa medida se estaba convirtiendo en el hombre más rico de Europa, apropiándose de un solo plumazo de las tierras y de los tesoros de cientos de años de donaciones pías. Siendo tanto lo que había, su sentido político le hizo donar generosamente algunas de las propiedades expoliadas a las familias de los nobles leales para ganarse así adeptos con donaciones que nada costaban a la corona, en un tiempo en que el prestigio del rey se tambaleaba por todas las medidas que había ordenado y que asustaban al pueblo, al quebrantar su modo sencillo de vivir la vida.

La Iglesia católica era un firme pilar en Inglaterra y la nueva política del rey no fue fácil de implantar. Sus deseos no iban a ser obedecidos por todos. Muchos en el reino consideraban que aquello era un sacrilegio y deseaban que todo volviera a estar como antes de la llegada de la Corneja Negra al favor real. Las mentes sencillas la culpaban de las medidas que adoptaba el rey, al que querían y respetaban. Mientras estuvo con la reina Catalina fue un monarca como los anteriores, defensor de la fe y de la tradición. A Ana Bolena y solo a ella se debía la aberración de hacer votar una ley como el acta de sucesión, que era contra natura y dejaba en la peor de las situaciones a la muy amada reina Catalina, la reina buena. Esta pagaba así los largos años de su reinado cargado de bondades con el estigma de un concubinato en el que nadie creía y que solo beneficiaba a los intereses de Ana Bolena.

La negativa a firmar el acta de sucesión, que declaraba bastarda a la princesa María Tudor, había provocado demasiadas muertes y la creciente arbitrariedad del rey. Su imposición despertó la indignación popular y provocó levantamientos contra la influencia de Ana Bolena, a la que todos llamaban abiertamente con los peores calificativos. La indignación popular hizo que pasara a ser llamada por todos «la ramera», incluso en los mismos círculos de palacio.

Los nobles, que en su gran mayoría la detestaban, aprovecharon la difícil situación de la falsa reina desatendiendo las pretensiones de la Bolena de condenar a uno de sus enemigos. Así fue perdonado sir Robert Delauhny por un tribunal de la nobleza y declarado libre de todo cargo, con suma indignación de la reina. Esta, además, veía peligrar su situación, con la súbita aparición en el firmamento real de una nueva estrella, llamada Jane Seymour, que provenía de una antigua familia normanda. Jane impresionó al rey por su belleza y después se ganó su respeto cuando resistió su asedio inicial y se negó a

convertirse en su aventura de una noche. Pero, a diferencia de la ramera, era profundamente virtuosa y el rey quedó cautivado por su dulzura y su belleza que tanto la diferenciaba de Ana, cada día más exigente y difícil.

Con Jane Seymour Enrique se sentía en paz. Aquella joven era un remanso donde podía refugiarse. En adelante, el rey se dejó ver a menudo por la casa de los Seymour, lo cual dio pie a comentarios, aunque todos sabían que la virtuosa joven no se había entregado al monarca ni pensaba hacerlo. Ambos tenían una relación platónica que preocupó mucho a Ana Bolena. De hecho, para la joven Seymour el rey seguía casado con Catalina de Aragón, aunque jamás sacara el tema a colación y, en su fuero interno, considerara que Ana era una mera concubina oportunista. No deseaba, bajo ningún concepto, ocupar su lugar ni hacerse pasar a la historia como una disoluta que quiso hacerse a cualquier precio con el favor real y el trono de Inglaterra. Por eso, por su sencillez y su virtud, el rey se enamoró de ella casi sin darse cuenta, mientras se cansaba de los excesos de Ana y de los suyos.

Como la propia Ana Bolena, Jane Seymour había sido dama de la reina Catalina de Aragón. Además, había nacido el mismo año que la princesa María. El interés del rey en la joven había vuelto a Ana muy celosa, ya que no estaba acostumbrada a compartir su atención con ninguna otra mujer. La relación del rey con Jane parecía seguir la misma pauta que la suya, que había acabado con el exilio de la reina Catalina. Y Ana, que se estaba dando cuenta de lo que ocurría, por primera vez temió ser abandonada.

Cuando supo que Jane pensaba partir con el rey a Francia, hizo cuanto pudo para impedirlo. En primer lugar, fingió un embarazo para retenerle, y más tarde intrigó, implicando en ello a su cuñada, lady Rochford, para que lady Seymour fuera apartada de la corte. Mientras, convenció a su amiga Magde Shelton para que sedujera al rey, de modo que Enrique se olvidara de Jane, envuelto en las redes de una seducción tramada por Ana Bolena.

El asunto no salió como Ana esperaba. Enrique disfrutó de los favores de la Shelton, pero no olvidó a Jane. De hecho, el patético intento de la Bolena de alejarla estuvo abocado al fracaso desde el principio. Enrique VIII anuló de un plumazo su separación de la corte, que estuvo a punto de costarle algo más que un serio disgusto, aparte de la prisión a lady Rochford, ante la alegría de cuantos veían que por fin había una brecha en la pareja real. Todos estaban encantados de que alguien ajeno al clan Bolena ocupara la atención del monarca.

Ana entendió que su situación en la corte peligraba. Debía tener un heredero a cualquier precio. Y sus cavilaciones la hicieron llegar muy

lejos. Llegó a pensar que si el rey no le daba hijos, como de hecho no había podido dárselos a Catalina, tal vez se debía a algún problema suyo. Quizá la sangre de los Tudor estuviera maldita, como se decía en ciertos círculos de Londres, donde aseguraban que Dios los había castigado por sus pecados, negándoles la capacidad de generar herederos masculinos para su linaje.

Ana se decidió. Conservaría la corona a cualquier precio. No iba a permitir que una jovencita sosa y mojigata como la Seymour le quitara con su extravagante virtud aquello por lo que tanto había luchado. Su seguridad pasaba por la llegada de un heredero. Ese era el único modo de permanecer en el trono.

Mirándose al espejo de la recámara real se decidió a tenerlo. De cualquier forma debía llevar en su vientre al heredero al trono. Y si Enrique no se lo daba, lo conseguiría igualmente. Y cuando tuvo este pensamiento, no se aterró por lo que suponía. Sería su sangre la que llevara la corona de Inglaterra. A ella no le importaba que la sangre real de los Tudor perdurara, sino solo la de los Bolena.

Entonces rió con una risa histérica y estridente que extrañó a sus doncellas. Cuando se acercaron para ver qué acontecía a su señora solo recibieron a cambio un bufido de la reina ordenándoles que la dejaran en paz. Ana Bolena tenía mucho en que pensar.

22

El frío invierno

1. Londres. 29 de diciembre de 1535

La figura de un hombre alto y delgado, embozado en una capa oscura, se había acercado con discreción a la princesa María Tudor en un oscuro pasillo del castillo de Greenwich. María se dirigía a los modestos aposentos que la mala voluntad de Ana Bolena, con la aquiescencia de su padre, le habían destinado en la fría y triste ala norte, alejada de los aposentos reales y de las alegres y lujosas nuevas salas. Como el embajador Chapuys imaginaba hacia dónde iba, la había seguido con discreción, sin que ella ni nadie se diera cuenta para no abordarla en un lugar abierto, en el que la gente los hubiera visto hablar y habría podido murmurar al respecto. Sabía que no sería bueno para la princesa que la vieran en su compañía y lo último que quería el embajador imperial era provocarle problemas a la prima de su señor. De hecho, su intención al abordarla era solo interesarse por la salud de su madre, que se decía era muy mala.

–¿Cómo estáis, alteza? –dijo el embajador mostrándose ante ella, haciéndole una reverencia y usando el título que desde hacía meses le habían retirado–. Hace tiempo que no nos vemos –murmuró, mientras la miraba con su rostro inteligente, alargado y de frente despejada, que ella conocía bien.

Sus ojos claros, azules y penetrantes, que asustaban a muchos de sus interlocutores por su frialdad, la miraron de frente, sin que la princesa parpadeara. Sabía que aquel hombre la apreciaba, y en esos días en que estaba tan falta de afectos su compañía le era muy grata, aunque fuera en un pasillo recóndito de palacio.

–Bien, señor –respondió, devolviéndole la mirada–. En lo referente a mi persona, solo sufre mi honor, que no es poco, pero no me dejaré vencer por la adversidad. Mi situación actual no es fácil, aunque, sin duda, podría ser peor. Pero eso ahora no importa nada. En realidad lo que me preocupa de verdad es la salud de mi madre, que está sufriendo mucho con el frío de este invierno en su cárcel de Kimbolton y que parece estar muy delicada.

–También yo estoy muy preocupado por ella, doña María. No ha contestado a mi última carta y sus carceleros no dejan pasar a ninguno de mis emisarios. Por eso os pido que me digáis qué es lo último que

habéis sabido de ella –preguntó Chapuys con voz preocupada que emocionó a la princesa–. Los comentarios de la corte no son siempre el mejor método para enterarse de las cosas, pero se dice en casi todos los círculos que vuestra madre, la reina doña Catalina, está muerta o agonizante. Algunos, incluso acusan a la ramera de estar intentando envenenarla desde hace tiempo, cosa que no me extrañaría nada.

–La reina sigue viva, pero en verdad está muy mal, embajador Chapuys –dijo la princesa María Tudor–. Me acaban de llegar noticias de Kimbolton –dijo señalando una breve misiva que llevaba abierta en la mano– y mucho me temo que su majestad la reina esté en las últimas. Ahora mismo vengo de la antecámara del rey, mi padre, a quien quería pedirle, por caridad, que me dejara ir a consolar y acompañar a mi madre en sus últimos momentos, pero su majestad debía de estar muy ocupado y no ha podido recibirme. Luego he ido a la antecámara de Cromwell, pero solo he podido hablar con el asistente del canciller, quien tampoco ha podido recibirme por estar despachando con el rey, según me han dicho. Y por eso aquí me veis, preocupada y triste por estar lejos de ella, cuando mi deseo sería estar a su lado en sus últimos momentos y cogerle su mano y animarla para que no se sienta sola y abandonada cuando le llegue la hora. Son ya muchos años de sufrimiento los que tiene a las espaldas y, a sus cincuenta años, me dicen que parece como si tuviera más de sesenta. Apenas tiene un gramo de grasa en el cuerpo, de lo poco que come. Es como un fantasma, aunque sigue sin rendirse y su cabeza está perfectamente.

–Pobre señora –dijo Chapuys–. ¿Cómo se puede ser tan cruel con alguien que ya casi no está en este mundo y negarle la compañía de sus seres más queridos?

–Quizá si vos intercedierais, embajador...

–Sería contraproducente, alteza. Os lo aseguro. No soy visto con buenos ojos en la corte de vuestro padre, ya que no acepto disminuiros en vuestro tratamiento ni considerar a la reina, vuestra madre, como la princesa viuda de Gales, como ordena el rey. Además, desde el intento de rebelión creo que mis días en Inglaterra están contados y probablemente vuestro primo, mi señor el emperador Carlos V, me reclame pronto a su lado y me sustituya por alguien que no sea tan odiado por el círculo político que rodea al rey.

–Pues yo sentiría vuestra partida, caballero –dijo la princesa.

–Sí, señora. Vos, vuestra madre y los pocos hombres y mujeres de buen juicio y principios morales que quedan en este reino, donde el rey ha perdido la cordura por una hembra maldita y parece haber arrastrado a todos en su locura y necedad.

–Tened cuidado con vuestras palabras, embajador –dijo la princesa,

algo tensa, mirando alrededor con preocupación–. Son delito de lesa majestad y si son escuchadas por quien no deben, os pueden traer serios problemas por más que representéis al emperador, y también a mí.

–Sí, señora. Tenéis razón. Disculpadme, porque mi falta es aún más grave por haberlas pronunciado ante vos. Olvidad todo lo que he dicho. Gracias a Dios, en estos oscuros corredores no hay tapices donde esconderse ni deseos de hacerlo.

–En la Inglaterra de hoy ya nada ni nadie está seguro, señor. Por eso os recomiendo más discreción. Pero decidme –dijo cambiando el tono y la conversación–, ¿qué pensáis hacer? ¿Vais a ir a verla?

–Esa es mi intención, alteza. Ahora mismo iré a la cancillería para pedir a Cromwell autorización para llevarle a su majestad una misiva del emperador que tengo guardada para la ocasión. No creo que se atreva a negármela. Sería un acto hostil contra mi señor y, dado que la reina está muy mal, no creo que quieran impedirme que me despida de ella. Incluso imagino que para ellos será un alivio que yo vea que no está pasando nada extraño y que la reina muere sin la intervención de manos humanas.

–Quizá tengáis razón, señor. Si llegáis hasta ella, entregadle este pliego mío –dijo sacando una carta sellada con su menuda y fina letra–. Cuando se lo entreguéis, decidle que le envío con vos mi amor, mi respeto y mi devoción filial, que estoy bien y que he cumplido con nuestro compromiso. Y dadle también esta cruz de aguamarinas que ella me regaló. Decidle que quiero que la bendiga y que la bese con esos labios que tanto han callado para poder llevarla yo el resto de mi vida con su bendición, que deseo recibir aunque sea en un objeto, ya que no me autorizarán a ir en persona.

El embajador recibió la cruz y la misiva y los guardó apresuradamente en un bolsillo, bajo su sobrepelliz.

–No os preocupéis, alteza. Vuestro afecto y vuestros mensajes llegarán a su majestad. Os doy mi palabra. Podéis ir tranquila a vuestros aposentos a rezar por su alma.

–Veo que me conocéis bien, embajador –dijo la princesa, tendiendo la mano. El hombre de Carlos V la besó con respeto.

–Ese es mi deber, alteza –dijo el hombre–. Para mí sois la persona más valiosa del reino en este momento, señora. No lo olvidéis. Si me necesitarais para lo que fuera, hacédmelo saber y acudiré presto a vuestra llamada.

–Id pues con Dios, Chapuys. Y no sabéis cuánto os agradezco que vayáis a ver a mi madre en estos momentos. Sé que necesita ver una cara amiga antes de partir de este mundo. Se lo debe la misma vida, que no puede ser tan cruel con ella como para haberle dado un dolor

detrás de otro sin el consuelo de poder despedirse de alguien a quien le importe de verdad su muerte –dijo con cierto dramatismo contenido.

El embajador no respondió. Le dolía en el corazón ver que Enrique VIII se portaba como un desalmado y no dejaba que su propia hija consolara en el lecho de muerte a la que había sido su devota y fiel esposa. Era indignante. Parecía que quisiera vengarse de ella por su firmeza, su santidad y su moral, que estaban por encima de las suyas y que el rey nunca había podido doblegar.

«¡Menudo pelele, gordinflón y rijoso!», pensó el embajador.

Desde luego, cada vez tenía un rostro más adecuado a su naturaleza sensual, superficial y egocéntrica, con los ojos pequeños e inquisitivos, cargados de bolsas, como los de una rapaz nocturna. Pensó con desagrado en la figura del rey. Su enorme cuerpo lo hacía lento y pesado y su andar estaba dificultado por la úlcera que le había salido en una pierna, como consecuencia de los excesos en la mesa y la gota que a veces le postraba en el lecho. Sus gruesos dedos estaban siempre enjoyados con las más valiosas piedras preciosas, que le gustaba lucir para impresionar a cuantos pedían audiencia. Su pecho estaba cargado de cadenas de oro, y su sobrepelliz y su capa, siempre a juego, ya fueran de armiño o de cualquier otra piel valiosa, solían completar su lujoso atuendo que, cuando salía de paseo, iba acompañado de sombrero a la moda francesa enriquecido con algún medallón cargado también de piedras preciosas.

La princesa podía estar tranquila. No se lo había querido decir, pero parecía que los días de la falsa reina no iban a durar mucho. El rey estaba cada día más enamorado de la joven Seymour y Cranmer y Cromwell estaban intrigando para hacerla caer. Eran malos enemigos y la Bolena podía tener mucho cuidado con sus aventuras galantes, que estaban comenzando a producirse con una discreción tan escasa que no había sido suficiente para eludir la vigilancia a que la tenía sometida el embajador e imaginaba que tampoco la de Cromwell. Si el rey se enteraba, no solo le iba a costar la corona sino incluso la vida, y era claro que el rey acabaría sabiéndolo, tarde o temprano. Ya se encargarían esos dos de comunicárselo en cuanto tuvieran suficientes pruebas de ello. Y si no lo hacían –pensó con frialdad–, ya se encargaría él en persona de que a Enrique VIII le llegase la nueva por el conducto adecuado y de modo que no hubiera lugar a dudas de lo que había ocurrido. Lo único que iba a sentir mucho era no ver la cara del rey cuando se lo contaran y la de la ramera cuando tuviera que responder de sus culpas. Seguro que Inglaterra entera se iba a poner de fiesta.

Por eso sería mejor para ella aprovechar esos últimos momentos de

paz y el placer que le iba a proporcionar la muerte de la reina verdadera de Inglaterra porque, sin duda, esas iban a ser sus últimas alegrías. Muy pronto le iba a tocar sufrir en carne propia todos los males que le había deseado a su santa soberana. Chapuys se juró a sí mismo que aquella ramera no tenía que sobrevivir a su verdadera reina mucho tiempo, y mientras tenía estos dulces pensamientos, casi sin darse cuenta se encontró delante de la cancillería. Los ujieres de Cromwell anunciaron al emisario del emperador y este tranquilizó su ánimo mientras el ministro le invitaba a pasar. De nuevo tuvo que contener su indignación.

¿Cómo se atrevía aquel hombrecillo, que al fin y al cabo era Cromwell, a no haberse dignado a recibir a la princesa María, tan solo hacía unos minutos?

Recompuso de nuevo su rostro, y sus ojos, llenos de la mayor de las frialdades, cayeron sobre el impasible semblante del canciller.

Tras los habituales saludos de cortesía, Chapuys le pidió a Cromwell que le permitiera visitar a la reina en Kimbolton para entregarle una misiva del emperador.

Como había imaginado, no hubo resistencia. Tras una protocolaria resistencia inicial, el ministro del rey de Inglaterra le otorgó lo que pedía y extendió el correspondiente salvoconducto para que pudiera llegar hasta Kimbolton, con el fin de que el embajador imperial viera con sus propios ojos que la reina moría de muerte natural. Ya había demasiados rumores en la corte y no querían que corriera ninguno más. Catalina de Aragón se estaba muriendo y el rey de Inglaterra necesitaba un testigo que le dijera al mundo que él no había tenido nada que ver en el asunto.

No tenía tiempo que perder. Tras despedirse de aquel hombre de Estado, el embajador se dirigió a su morada con el salvoconducto firmado en la mano y ordenó que dispusieran los caballos más rápidos. Quería partir lo antes posible para Kimbolton porque temía no llegar a tiempo para despedirse de la reina Catalina de Aragón. En verdad, hacía frío ese invierno y dudaba que la soberana fuera capaz de resistirlo tras los helados muros del castillo que la aprisionaba. Apresuró la partida y acompañado de una pequeña escolta de sus mejores jinetes, se lanzaron a la calle para recorrer las largas millas que les separaban de su destino.

2. Castillo de Kimbolton. Enero de 1536

–El embajador Chapuys, majestad –dijo la dama que le abría el paso.

–Bienvenido seáis, amigo –dijo Catalina de Aragón, que estaba sentada en su trono aragonés, sobre el estrado. Levantando levemente

la mano, hizo un gesto para que el embajador se acercara hasta donde ella estaba–. Veo que el año nuevo me trae una alegría –dijo la reina.

Mientras se acercaba, los ojos observadores del caballero vieron que su majestad estaba muy consumida y casi sin fuerzas. Su rostro era como una máscara de pergamino, seco y avejentado, pero en sus ojos cansados y envejecidos seguía existiendo la misma chispa indomable que siempre los había alumbrado. Catalina seguía siendo ella misma hasta el final, que el embajador adivinó cercano. Una pesada manta de Zamora –que caía por encima de la falda española de terciopelo negro tapándole las finas piernas– y un grueso echarpe de lana escocesa echado por la espalda –que se cerraba cruzándose sobre su anciano y seco pecho– eran su modo de combatir el frío intenso que hacía en aquella habitación, a pesar de tener encendidos, de modo permanente, dos grandes braseros cordobeses de cobre.

–Majestad. No sabéis cuánto me alegra veros –dijo el embajador–. Os traigo los saludos de mi señor, don Carlos V, y una misiva suya –dijo entregándole el pliego que ya había sido revisado por los carceleros sin que opusiese resistencia para no tener más problemas de los necesarios, pues, en realidad, aquel mensaje del emperador no tenía ninguna importancia–. Y también, algo más, que sé que os va a hacer mucha ilusión –dijo, sacando de la manga la cruz de aguamarina de la princesa María y el pequeño pliego de su hija, que los carceleros no habían descubierto y que, por tanto, seguía portando su sello cerrado.

–Gracias, Chapuys –dijo la reina–. No sabéis cuánto os agradezco vuestra visita y las cartas que me traéis. Son un bálsamo para mi soledad, ahora que se acerca la hora de mi muerte. En verdad que Dios es misericordioso y no me ha dejado irme sin tener noticias de las personas que más me importan en esta vida, que son mi hija y quien lleva la corona de mis mayores, que es vuestro señor, mi sobrino, el emperador don Carlos V. Pero decidme, ¿habéis estado, en verdad, con mi hija la princesa? ¿Cómo la tratan en palacio? ¿Se halla bien?

Las preguntas fluían de los resecos labios de la señora con avidez. Necesitaba saberlo.

–No os preocupéis por ella, majestad. Su alteza está muy bien –afirmó el embajador–. Me dijo que os transmitiera su amor y su respeto y que os diera la cruz de aguamarinas que le regalasteis para que la besarais y bendijerais, porque quiere contar con vuestra bendición, ya que no ha podido venir conmigo en este viaje.

–Entonces ya no la veré, Chapuys –dijo la reina con voz serena, mientras acariciaba la cruz de su hija–. Ya me queda muy poco tiempo. Apenas tengo fuerzas para andar hasta el lecho cada día y soy solamente una carga. Ya no soy útil para nadie. Yo pertenezco a otro

tiempo, un tiempo más amable donde las damas eran respetadas y las reinas veneradas por sus subditos. Pero no ha sido ese mi destino. He debido apurar hasta la hez el cáliz de la tristeza y así lo he hecho, hasta que ha acabado conmigo –dijo la reina, mirando al embajador con una mirada serena, que se perdió en sus ojos azules.

–Aún os queda tiempo, majestad –dijo el embajador–. Resistid, porque no todo será tan negro en adelante. Las cosas cambiarán y la que usurpa vuestro trono lo perderá.

–Eso lo sé a ciencia cierta, amigo mío –dijo la reina–. Lo he sabido siempre. Ana Bolena caerá con estrépito y dolorosamente, porque ha provocado la ira del mismo Dios y eso ha de pagarlo con su misma sangre.

–Y será antes de lo que cree.

–A mí eso ya no me interesa, Chapuys. El mundo y sus intrigas ya no me importan. Yo ya no miro hacia abajo sino hacia arriba, y ante mí veo cómo se acerca cada día un poco más la segadora de la vida, me sonríe con su guadaña y su rostro descarnado, sin provocarme ningún terror. Sé que ha llegado mi hora y estoy en paz conmigo misma y preparada para partir. Sabe Dios que sí. He vivido años de dolor y de dificultades; he soportado presiones y humillaciones, pero sigo siendo quien era y nada ni nadie ha sido capaz de doblegarme. En los largos meses de silencios y de meditaciones tristes, cuando he repasado mi vida una y otra vez en medio de la tristeza, el dolor y el vacío que me ha provocado la lejanía forzada de mis seres queridos, solo la conciencia de estar cumpliendo con el sagrado deber para el que nací me ha permitido salir adelante.

»He sido princesa de España y reina de Inglaterra y como tal voy a morir, consolada por el hecho de que el Papa lo ha confirmado ante Dios y ante los hombres, por más que mi propio esposo haya intentado, mal aconsejado, romper con el lazo indisoluble que lo une a mí hasta que yo deje esta tierra, que he regado de norte a sur con mis lágrimas. No es grande la herencia que dejo, pero sí valiosa: dignidad, deber cumplido y honor.

–Los habéis sabido transmitir a la princesa, majestad. Doña María no puede negar que lleva vuestra sangre y es digna hija de vos.

–Pues diciéndome eso me dais la única alegría que en realidad podía recibir y me quitáis la última preocupación que tenía. Sé que un día mi hija se sentará en el trono de Inglaterra y para ello la he educado como buena católica y buena hija. Le he inculcado el sentido de la realeza y del deber y el amor a Inglaterra, que es su tierra, y también a la lejana España, que no ha conocido, pero que le es familiar de tantas veces como se la describí en nuestros largos días de soledad compartida.

En medio de la charla la voz de la reina se detuvo de repente. Fue como si le faltara el aire, y después sufrió un leve desvanecimiento.

Chapuys, con sus rápidos reflejos, acudió a su lado y le dio un poco de aire, mientras se reponía.

–Disculpad a esta vieja reina, señor. Estoy cansada y las emociones han sido demasiado fuertes para un solo día, pues habitualmente estoy sola y callada y todos respetan mi silencio, que nadie se atreve a romper. Retiraos a descansar, que el viaje ha sido largo, y dejadme leer la misiva de mi hija y la del emperador. Y mañana, si Dios quiere, os recibiré de nuevo y hablaremos de España.

–Como gustéis, majestad –dijo el embajador, poniéndose en pie e inclinándose ante la figura sentada–. Os deseo un buen descanso y no dudéis en llamarme si se os ofrece cualquier cosa.

–Así lo haré, joven caballero. Me alegra teneros cerca.

–Me honra ese pensamiento de vuestra majestad –dijo, mientras se retiraba tras hacer una cortesana y perfecta reverencia.

3. El esperado final

Chapuys se quedó en Kimbolton hasta el día 6 de enero. La reina disfrutó mucho con su compañía y durante aquellos tres días fue como si nada de cuanto había acontecido en los últimos años hubiese pasado. Ella se sintió de nuevo la reina de Inglaterra, estaba siendo tratada conforme a su rango y recibiendo noticias de los personajes principales de Europa. Por Chapuys supo los detalles de las campañas del emperador, de la marcha de los asuntos españoles y de la conquista de nuevos territorios en las lejanas Indias Occidentales y ello hizo que los ojos cansados de la reina recobraran algo de su perdido brillo. Cuando por fin partió, transcurridos tres días, Catalina de Aragón parecía estar mejor, sobre todo porque no se quedaba sola. Justo el mismo día de la partida había llegado para quedarse con ella doña María de Salinas, viuda del barón de Willingby, algo que la alegró sobremanera, dado que en los últimos dos años apenas había tenido un visitante, y tener dos en cuatro días era para la reina prisionera una verdadera fiesta.

Pero Chapuys no se engañaba. Al partir, el embajador sabía sin lugar a dudas, como cuantos rodeaban a la reina, que no tardaría en producirse el fatal desenlace. Podía tardar un día o una semana, pero no más. De hecho, convencido de ello, dejó en el castillo a uno de sus hombres para que si era necesario le alcanzase a caballo, lo más rápido posible, con la noticia.

La muerte de la reina aconteció el día siguiente a su partida, el 7 de enero de 1536, a las dos de la tarde. El día anterior, por la noche,

cuando se sintió empeorar y le sobrevinieron unos grandes dolores, pidió que le acercasen un pergamino y una pluma y, soportando su malestar, le escribió una breve carta al rey, dura y sencilla como ella lo fue hasta el final, recordándole que debía salvar su alma y abandonar los goces del cuerpo. Le encomendaba, además, a su hija María y el pago de la dote de sus tres doncellas. Tras cumplir con este último deber, la reina cayó en la inconsciencia y durmió mal. Al día siguiente, rodeada de los pocos servidores que tenía con ella, sobre las diez de la mañana, entró en una tranquila agonía, tras recibir los auxilios espirituales de su confesor.

Chapuys, conocedor de la muerte de la soberana, quiso informar a la princesa en persona. Llegó a Londres con la noticia pocos minutos antes de que se hiciese pública.

–¿Cómo está mi señora madre? –interrogó la princesa.

–La reina ha muerto, alteza –dijo el embajador Chapuys, inclinándose ante ella, que le miró con ojos desolados, mientras el embajador le tendía la cruz de aguamarinas que la reina había bendecido y besado y un pliego pequeño con su letra inconfundible.

La princesa lo abrió con dedos temblorosos y leyó emocionada las breves palabras, mientras las lágrimas caían de sus ojos.

> Querida hija:
>
> Cuando leas esto yo ya me habré marchado de esta tierra y se habrá extinguido ya mi dolor. Pero antes de irme quiero que sepas que te he querido y te he dejado como herencia todo lo que yo recibí de mis padres: sentido del honor, fe y fuerza interior. No olvides cuanto te dije en nuestra última conversación y recuerda que en adelante debes ser fuerte. Son muchos los ojos que están puestos en ti. No flaquees. El destino que te espera es grande y tú sabrás esperarlo. Respeta a tu padre y obedécele en todo, pues es tu rey y señor, pero en lo tocante a tu conciencia y rango sé inflexible como lo he sido yo. Es tu deber para con tu sangre y con la historia. Recibe las bendiciones y todo el amor de tu madre, Catalina, reina de Inglaterra.

Doña María permaneció muy callada. Sabía que para ella comenzaba un nuevo calvario. Estaba sola; absolutamente sola en un reino que un día debía ser suyo pero que hasta su mismo padre pretendía negarle. Con los ojos llorosos miró al embajador Chapuys, a quien podía considerar el único amigo que tenía en la corte, ya que los demás estaban replegados, no atreviéndose a manifestar sus sentimientos hacia la princesa, por temor a desatar la ira del rey y de la Bolena.

–No estáis sola, señora –dijo el embajador.

–Todo lo contrario, embajador. Vos no podéis imaginaros siquiera hasta qué grado lo estoy. Pero no os preocupéis. Lo asumo y lo puedo

soportar. He tenido el mejor de los ejemplos. Sabré ver y callar y sabré esperar hasta que llegue mi hora. Sé de dónde vengo y sé quién soy. Y como mi madre me enseñó con su ejemplo y su vida, nada ni nadie será capaz de hacerme olvidarlo jamás. Pero cuando me llegue el día –dijo con un tono ominoso, que Chapuys nunca había escuchado de sus labios y que le asombró–, entonces que tengan cuidado los que me han faltado y humillado, porque será mejor para ellos que estén lejos de mi real presencia, si no quieren sufrir el peor de los tormentos.

Y mientras hablaba, el embajador comprendió que ya no estaba ante una princesa huérfana de diecinueve años, sino ante una futura reina. Y se despidió de ella con un nuevo respeto, que antes no había sentido por ella. Quizá la princesa María era alguien a quien había que tener en cuenta, llegada la ocasión.

–Majestad, ha muerto doña Catalina de Aragón –informó Cromwell.

–¿Y bien? –respondió el rey con relativa indiferencia, mientras miraba el hermoso traje de terciopelo dorado con mangas acuchilladas de raso y perlas y diamantes bordados que el sastre le mostraba. En su fuero interno, Enrique sentía una inesperada alegría por el fin de aquella mujer que se le había resistido hasta el final y nunca se había rendido a su voluntad.

–Os envía esta carta –dijo Cromwell.

–Abridla y leédmela. ¿No veis que estoy ocupado? –dijo con tono frívolo, mientras tocaba el magnífico trabajo del sastre, que pensaba lucir en la fiesta que había organizado esa misma noche para Jane Seymour.

Cromwell comenzó a leer:

Mi queridísimo señor, rey y marido, llegada la hora de mi muerte...

–Fue terca hasta el final –interrumpió el rey la lectura, molesto por el encabezamiento de la carta–. En fin, resumidme el contenido, Cromwell, que no tengo tiempo ni ganas para las acusaciones de la princesa viuda, que en paz descanse.

Cromwell obedeció y cuando acabó de leer el breve texto, el rey seguía encantado, observando su atuendo para la noche, aunque parecía algo pensativo.

–¿Suspendemos la fiesta de esta noche, majestad?

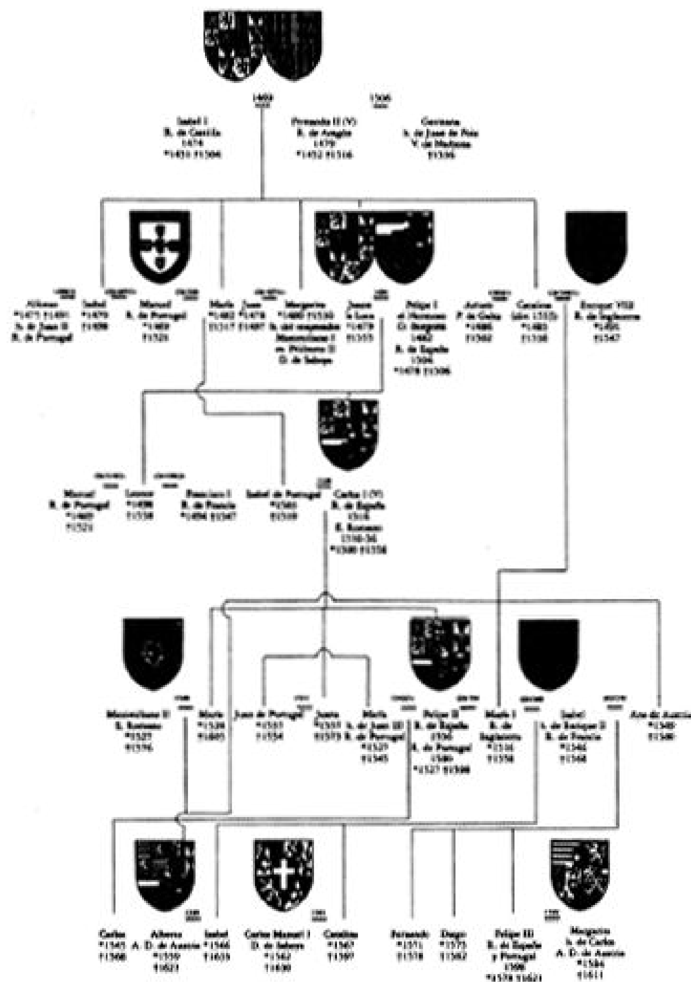
–¡Qué decís, Tomás! ¿Os habéis vuelto loco? He de lucir esta maravilla para Jane, a quien voy a conquistar por fin, y quiero danzar con ella hasta el alba. No le digáis a nadie lo que me habéis contado, porque oficialmente no nos incumbe. La muerte de la princesa viuda

de Gales, que no gozaba de nuestro favor, no es motivo de luto en la corte. Así pues, partid y preparad vuestro atuendo. Esta noche quiero que todos lleven sus mejores galas y que estén contentos y se diviertan con nosotros, y que el esplendor de la corte de Inglaterra brille hasta el mismo continente.

»¡Y que lleven luto por Catalina los cuervos, las beatas y los papistas! –dijo soltando una sonora carcajada y yéndose hasta sus habitaciones privadas, dejando olvidado y despreciado en el suelo el pliego de Catalina de Aragón, que ni siquiera se dignó leer.

Árbol genealógico de Catalina de Aragón

(1485-1536)



Índice